



ADN
N

DAD
CIÓN

U. Calla
U. Calla

U. Calla
U. Calla

F2235

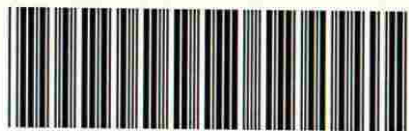
C3

c. 1

126901

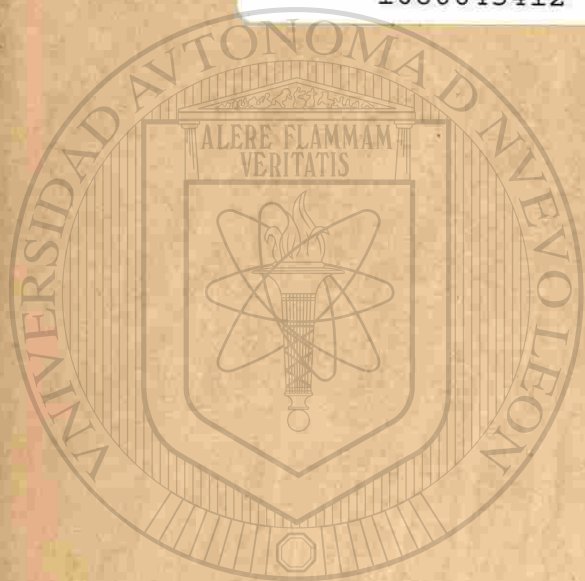
980.0204

C1572



1080043412

86-8



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EDITORIAL-AMERICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I
Biblioteca Andrés Bello (literatura).

BIBLIOTECA VERITATIS

II
Biblioteca Ayacucho (historia).

III
Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV
Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

V
Biblioteca de obras varias (españoles é hispano-americanos).

VI
Biblioteca de historia colonial de América.

VII
Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

De venta en todas las buenas librerías de España y América.

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid.

Núm. Clas 980.0204
Núm. Autor C1572
Núm. Adg. 34335
Procedencia -5-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó [signature]
Catalogó [signature]

LEYENDAS DEL TIEMPO HEROICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA DE LA JUVENTUD HISPANO-AMERICANA

SE HAN PUBLICADO:

I.—*Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac*, por Carlos Pereyra.—3,50 ptas.

II.—*Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa*, por Carlos Pereyra.—3 ptas.

III.—*Humboldt en América*, por Carlos Pereyra.—3,50 ptas.

IV.—*El general Sucre*, por Carlos Pereyra.—3,50 ptas.

V.—*La entrevista de Guayaquil*, por Ernesto de la Cruz, J. M. Goenaga, B. Mitre, Carlos A. Villanueva. Prólogo de R. Blanco-Fombona.—3,50 ptas.

VI.—*Tejas. La primera desmembración de Méjico*, por Carlos Pereyra.—3,50 pesetas.

VII.—*Ayacucho en Buenos Aires y Prevaricación de Rivadavia*, por Gabriel René-Moreno. 4 ptas.

VIII.—*Apostillas á la Historia colombiana*, por Eduardo Posada.—3,50 pesetas.

IX.—*El Washington del Sur. Cuadros de la vida del Mariscal Antonio José de Sucre*, por B. Vicuña Mackenna.—4 ptas.

X.—*Leyendas del tiempo heroico. Episodios de la guerra de la independencia americana*, por Manuel J. Calle.

Biblioteca de la juventud hispano-americana

MANUEL J. CALLE

LEYENDAS DEL
TIEMPO HEROICO

EPISODIOS DE LA GUERRA DE LA
INDEPENDENCIA AMERICANA

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

34335



BIBLIOTECA



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

126901

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADVERTENCIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

Escribir algo nuevo y digno de llamar la atención acerca de la guerra de la Independencia, después de tantas obras como sobre ella se han publicado, es empresa sumamente difícil, aun para plumas más bien cortadas que la mía. El tema está agotado, no sólo en la parte estrictamente histórica, sino también en la anecdótica, en la documentación y en el relato de los acontecimientos. Restrepo, Baralt, Larrazábal, O'Leary, Blanco y Azpurúa y otros muchos han llenado cumplidamente la tarea; á estos autores pueden agregarse los de Memorias, tales como Páez, Miller, López, Padilla, etc., próceres de la época heroica y actos combatientes, y los amenos narradores de anécdotas, entre los cuales, para mi gusto, no es el que menos vale el escritor peruano Sr. Rey de Castro.

Por esta consideración no he querido presentar á mis lectores un libro nuevo, sino una colección de hilachas, que diría D. Ricardo Palma; de remiendos y composturas en tela ajena, en los cuales no tengo más cosa que el hilo. Si éste es de mala calidad, podrido y arrancadizo, peor para mí; pero, en todo caso,



BIBLIOTECA



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

126901

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADVERTENCIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

Escribir algo nuevo y digno de llamar la atención acerca de la guerra de la Independencia, después de tantas obras como sobre ella se han publicado, es empresa sumamente difícil, aun para plumas más bien cortadas que la mía. El tema está agotado, no sólo en la parte estrictamente histórica, sino también en la anecdótica, en la documentación y en el relato de los acontecimientos. Restrepo, Baralt, Larrazábal, O'Leary, Blanco y Azpurúa y otros muchos han llenado cumplidamente la tarea; á estos autores pueden agregarse los de Memorias, tales como Páez, Miller, López, Padilla, etc., próceres de la época heroica y actos combatientes, y los amenos narradores de anécdotas, entre los cuales, para mi gusto, no es el que menos vale el escritor peruano Sr. Rey de Castro.

Por esta consideración no he querido presentar á mis lectores un libro nuevo, sino una colección de hilachas, que diría D. Ricardo Palma; de remiendos y composturas en tela ajena, en los cuales no tengo más cosa que el hilo. Si éste es de mala calidad, podrido y arrancadizo, peor para mí; pero, en todo caso,

habré cumplido mi objeto, relacionado más con el patriotismo que con la literatura.

Este objeto es el de facilitar á los niños un pequeño libro de lectura que les hable de los grandes días de la Emancipación y procure despertar su infantil curiosidad que les lleve, más tarde, á un estudio serio de aquella época de la historia patria.

Si el objeto es honrado, he hecho cuanto buenamente ha sido posible á mis escasas facultades para adoptar un plan de composición que á la sencillez aúne un poco de amenidad en la narración de los hechos principales del tiempo heroico, forzando tal vez algo la descripción y la forma dialogada, mas dejando intacta la sustancia de los hechos y fijando las fechas con la escrupulosidad debida.

¿Vienen estas páginas á llenar algún vacío en el plan general de estudios acordado para las escuelas primarias de la República? De ninguna manera. La enseñanza de la historia patria es una de las prescripciones de la Ley de Instrucción Pública vigente, y en esa historia está, ó debe estar, la de la Independencia. Solamente que, por la indole de los compendios puestos en manos de los alumnos, la narración en referencia apenas pasa de brevisima apuntación, y mal puede despertar ningún sentimiento cívico en el alma y ningún interés en el corazón del niño, mayormente si el árido sistema de preguntas y respuestas ahuyenta las imágenes y atrae la confusión y el fastidio.

Muy útil es el Carreño como libro de lectura en las escuelas; pero él no llena sino una de las necesidades sociales de la educación. Dios, la sociedad en general, la manera como debemos conducirnos en nuestras relaciones con los semejantes en las circunstancias to-

das de la vida... ¡excelente! Pero, ¿y la Patria? ¿Y el amor que debemos al suelo que nos vió nacer y á los hombres admirables que, á costa de sacrificios y heroicidades sin cuento, lo volvieron independiente y conquistaron la libertad para sus conciudadanos? ¡Formad corazones patriotas, para que el tranquilo imperio de la Justicia y del Derecho no sea turbado en las naciones! Esta obra vale por lo menos tanto como las prescripciones higiénicas de la buena crianza y los consejos de cortesía, moderación y cultura.

Herir la imaginación para despertar el sentimiento: he ahí la primera campaña educatriz de los buenos maestros, que no reducen sus afanes á la enseñanza de la historia sagrada y á la explicación de la gramática infantil y de la aritmética del excelente señor Urcullu. El sentimiento cristiano del deber y de la caridad, el sentimiento religioso y filosófico de la misión del hombre sobre la tierra, el sentimiento profundamente humano, noblemente honrado del amor á la Patria: he ahí tres sentimientos que completan la educación de la infancia mediante los conocimientos que á ellos la llevan: lo demás está comprendido en tal programa.

Tal vez me engañe el amor propio de autor—bien que nunca lo he abrigado, ni motivo para abrigarlo he tenido—; pero tengo la esperanza de que estas breves relaciones sirvan de alguna cosa para preparar la curiosidad del niño é introducirle en más severa y provechosa lectura. Por detestable que sea la forma de exposición que he sabido darlas, más noble es el asunto que las entretenidas historias de la Bella y la Fiera, del Príncipe Admirable y de las aventuras de Blanca de Nieve en el país de los enanos...

Como el tiempo á que los episodios siguientes se refieren son tan fecundos en sucesos, las páginas de este pequeño volumen habrían podido crecer indefinidamente, si la obvia consideración del fin á que están destinadas no hubiese detenido la pluma. Lo principal está, y es esto suficiente. Acaso falte la narración de acontecimientos tales como el sitio de Cartagena, el de Portocabello, la toma del Callao, la famosa entrevista de Bolívar y San Martín, la Convención de Cúcuta y otros asuntos que quedan en cartera, pues como el campo es dilatado no hay sino que espigar á manos llenas. Si el público de las escuelas presta acogida favorable á este escrito, ya procuraré añadir algunos episodios y mejorar la forma de los constantes en este opúsculo, en una nueva edición de él.

Para Advertencia, sobra.

¡Y á la buena de Dios! Que si salgo avante en esta empresa, tela en que cortar hay para que no se enmohezca la peñola, sin utilidad para los chiquitines del A B C.

El Autor.

Quito, 25 de Junio de 1905.

I

EL JURAMENTO DEL MONTE SACRO

(1805)

En un bello día de la primavera de 1805, dos hombres salían de una posada de la Plaza de España, en la ciudad de Roma, y montando en un pequeño vehículo dijeron al cochero estas breves palabras:

—¡Al Aventino!

Rodó el carruaje á lo largo de la Ciudad Eterna con dirección á la colina célebre — el *Monte Sacro*, como también se la llama —, donde el antiguo pueblo romano solía retirarse, cuando, atentada su libertad por los patricios y decenviros, llegaba la hora de tomar las grandes resoluciones.

Los dos hombres iban silenciosos y tristes. Su aspecto era de extranjeros y viajeros curtidos al sol de los trópicos.

Ambos eran jóvenes; pues el mayor, de rostro austero y fisonomía inteligente, apenas frisaba en los treinta y cuatro años. Tenía el aire pensativo de un viejo profesor, y, de cuando en cuando, algún gesto

Como el tiempo á que los episodios siguientes se refieren son tan fecundos en sucesos, las páginas de este pequeño volumen habrían podido crecer indefinidamente, si la obvia consideración del fin á que están destinadas no hubiese detenido la pluma. Lo principal está, y es esto suficiente. Acaso falte la narración de acontecimientos tales como el sitio de Cartagena, el de Portocabello, la toma del Callao, la famosa entrevista de Bolívar y San Martín, la Convención de Cúcuta y otros asuntos que quedan en cartera, pues como el campo es dilatado no hay sino que espigar á manos llenas. Si el público de las escuelas presta acogida favorable á este escrito, ya procuraré añadir algunos episodios y mejorar la forma de los constantes en este opúsculo, en una nueva edición de él.

Para Advertencia, sobra.

¡Y á la buena de Dios! Que si salgo avante en esta empresa, tela en que cortar hay para que no se enmohezca la peñola, sin utilidad para los chiquitines del A B C.

El Autor.

Quito, 25 de Junio de 1905.

I

EL JURAMENTO DEL MONTE SACRO

(1805)

En un bello día de la primavera de 1805, dos hombres salían de una posada de la Plaza de España, en la ciudad de Roma, y montando en un pequeño vehículo dijeron al cochero estas breves palabras:

—¡Al Aventino!

Rodó el carruaje á lo largo de la Ciudad Eterna con dirección á la colina célebre — el *Monte Sacro*, como también se la llama —, donde el antiguo pueblo romano solía retirarse, cuando, atentada su libertad por los patricios y decenviros, llegaba la hora de tomar las grandes resoluciones.

Los dos hombres iban silenciosos y tristes. Su aspecto era de extranjeros y viajeros curtidos al sol de los trópicos.

Ambos eran jóvenes; pues el mayor, de rostro austero y fisonomía inteligente, apenas frisaba en los treinta y cuatro años. Tenía el aire pensativo de un viejo profesor, y, de cuando en cuando, algún gesto

extraño ó una mirada singular descomponían por breves momentos su apacible semblante.

El otro era casi un adolescente, pues sólo habían transcurrido veintidós abriles desde que vió la luz.

Era éste de regular tamaño, delgado y esbelto, de rostro aguileño, noble fisonomía y maneras vivas y resueltas. Coronaban su frente unos cabellos negros y abundosos que se levantaban en apretados y sedosos rizos, como en explosión soberbia, y debajo de esa frente elevada, serena, bruñida como un mármol, dos cejas arqueadas y espesas y dos ojos de miradas de fuego, de miradas irresistibles, en las que chispeaban la pasión, el genio, el dominio. La boca era graciosa y debía de sonreír con expresión cuando la melancolía ó los graves pensamientos no la plegaban con la preocupación, el desdén ó la tristeza.

Ese joven viajero se llamaba Simón Bolívar y estaba destinado á redimir naciones con el filo de su espada; su compañero, D. Simón Rodríguez, había sido su preceptor y ayo.

Llegaron, descendieron del coche y comenzaron la subida del monte.

Desde su cumbre se contempla la campiña de Roma, la vía Apia y la tumba de Cecilia Metela.

Los dos Simones se pararon á considerar, absortos, el vasto panorama que ante ellos se extendía, y mil recuerdos clásicos vinieron á su memoria.

El joven Bolívar lo abarcaba todo con su mirada de águila; pero sus pensamientos eran tristes, porque ya el dolor había mordido su corazón. Allá, al otro lado de los mares, había dejado la tumba de una esposa idolatrada que fulguraba por breves momentos en su existencia, dejándole abandonado y huérfano con su

prematura partida. Huyendo de la angustia de recuerdos desgarradores, había repasado los mares, y se veía otra vez como un átomo impalpable en la inmensidad de extranjeras playas, sin norte y esperanza en su vida de peregrino.

Pocos años antes había admirado á Bonaparte, el coloso del siglo, en el esplendor de su gloria; y amó la libertad que Francia conquistara en una Revolución gigante, para esparcirla, como semilla de bendición, sobre el haz de todos los pueblos civilizados; aprendió que el hombre tenía derechos inalienables, y que la tiranía es un nombre vano que desaparece cuando las naciones se dan cuenta de sí mismas.

¿Y ahora? Ahora acababa de ver cómo la libertad de esa misma Francia sucumbía ante la voluntad y la fortuna de aquel Bonaparte que detuvo á la Revolución en sus criminales excesos; acababa de contemplar en París la coronación del guerrero como Emperador de los franceses; y pocos días antes miró en Milán, con asombro, la corona de hierro de los Lombardos ciñendo la frente de ese mismo Napoleón, rey de romanos.

¿Qué era, pues, la libertad, qué el derecho, cuando tan fácilmente podían ser absorbidos por un soldado?

Cierto: él había temblado de indignación ante aquella caída lastimosa, que supeditaba la libertad por medio de la gloria: en Napoleón ya no amaba él á Bonaparte; pero su cólera y su despecho, ¿valían y significaban algo, por ventura?

Y he ahí que, después de un largo viaje, á pie, sin más guía ni compañero que su antiguo maestro, después de haber atravesado los Alpes, y llegado como peregrino devoto á la antigua mansión de Rousseau,

UNIVERSIDAD DE BILBAO
BIBLIOTECA DE ALFONSO XIII
1923

se encontraba en la gran ciudad, en la ciudad inmortal, testigo de los afanes de mil generaciones y de la miseria y vanidad de las grandezas humanas.

Él había meditado sobre todo esto, sentado en el Coliseo, taciturno y solo, como en una vaga adivinación de sus propios destinos.

Atardecía. El viejo Anio se arrastraba silencioso, allá, en el fondo, entre las breñas y precipicios de la Colina Sagrada; y las primeras sombras iban cubriendo los campos y los monumentos. Reinaba en torno un majestuoso silencio.

—¡Monte célebre, campos famosos!—murmuró don Simón Rodríguez—. Aquí, en dos ocasiones, afianzó su libertad aquel pueblo que comenzó á ser libre y grande para uncir á su carro triunfal todas las naciones del mundo. Cuando la *plebe* se retiraba á este lugar que hollamos hoy con nuestras plantas, los *quirites* temblaban.

Bolívar despertó como de un sueño.

—Sí, es verdad. Sólo que los pueblos suelen desconocer sus propias fuerzas, y entonces duermen siglos y siglos, arrullados por el ruido de las cadenas que les oprimen... Hoy Francia tiene ya un amo, Italia ha inclinado la frente...

—¿Y América?

—América es esclava.

—¿Lo será siempre?

—¡Quién lo sabe!...

Volvieron á caer en el silencio. En ese momento parecía que las sombras gigantes de los antiguos romanos pasaban sobre la llanura inmóvil y venían á sentarse agrupadas en el Aventino.

—Y, sin embargo, éste fué un gran pueblo—dijo

D. Simón—. Aun parece que se escucha resonar aquí la voz de sus tribunos, que sube Cicerón al Capitolio para jurar ante los dioses que ha salvado la Patria, y que Camilo y Cincinato arrojan á los bárbaros... ¡Todo sueño! ¡Todo vanidad!

—Sí; ¿pero y la libertad? ¿Este gran pueblo no supo conservarla mientras no se corrompieron sus costumbres, y no le trajo la conquista del mundo las copas de oro cincelado para sus festines?... Para todos llega el momento de la grandeza. ¿Por qué no ha de llegar para nuestra desgraciada Patria? ¡Simón! ¡Simón! Es preciso ser fuertes, es preciso ser heroicos, para que ese momento se apresure.

—¿Y quién lo hará llegar?

—¡Yo!

—¿Tú, pobre niño?

—Sí, yo. Siento aquí en el alma una voz misteriosa que me empuja á más noble destino. ¿Por qué andar vagando en el mundo, cuando hay una misión que cumplir, un sacrificio que aceptar; cuando nuestros compatriotas gimen en la esclavitud, en la abyección, en la ignorancia? ¿Que somos pocos, que no tenemos ningún elemento para contrarrestar el poder de España? ¡Y eso qué importa! Los ejércitos brotarán de la tierra cuando el soplo de la libertad pase por los corazones de los americanos, y sonará la hora de la Independencia. ¡No lo dudes! El tiempo se aproxima, la fruta está madura, y América está ya en condiciones de andar sola, sin tutores ni lazarillos. Los días son oportunos: hoy todos los pueblos de Europa tiemblan ante el poder de Napoleón, y estas mismas grandes guerras han agotado sus energías y su sangre. Cuando el Corso extienda su mano férrea sobre España, Espa-

ña será débil para defenderse, y entonces las Colonias deben mirar por sí. La vida que llevamos allá, presas de un poder extranjero, es indigna; y si América quiere, puede ya emprender la ruta de sus gloriosos, de sus inmortales destinos.

Su voz resonaba aguda y solemne; sus pupilas centelleaban, y todo su ser vibraba de emoción.

Rodríguez le contemplaba admirado.

El entusiasmo es contagioso: también él sintióse agitado.

—Sí—exclamó—. Preveo en ti un héroe y un libertador. ¡Hay que tener fe en el porvenir, y la ley providencial se cumplirá, hijo mío!

Y extendiendo la diestra en ademán imponente:

—¡Viva la libertad de América!—gritó.

—¡Viva la libertad de América!—exclamó también el joven Bolívar.

Y en seguida—latiéndole el corazón con vehemencia extraordinaria—asió las manos de Rodríguez, y dijo con solemnidad:

—Tú eres mi maestro, mi amigo y mi compañero: sé tú el único testigo de mis palabras. AQUÍ, EN ESTA TIERRA SANTA, hago en tus manos el JURAMENTO DE LIBERTAR LA PATRIA ó morir en la demanda.

—Lo acepto, y doy testimonio de ello—contestó D. Simón.

Descendieron lentamente. El sol se había ocultado, y las primeras estrellas titilaban en un firmamento azul. La tierra se humedecía con el rocío vespertino, y allá lejos se divisaba, masa informe de ruinas, el viejo monumento fúnebre de Cecilia Metela.

II

QUITO, LUZ DE AMÉRICA

(1809)

—Os digo que es absolutamente indispensable que yo vea al señor Presidente.

—¡Pero señor, á estas horas!

—¿Y qué?

—Que es imposible.

—¿Y por qué ha de ser imposible? Vaya, dejadme entrar, caballero oficial, y basta de explicaciones.

—¿Conque juzgáis adecuada la hora, señor doctor Ante, para venir á molestar al prójimo? ¡Digo! ¡Las cuatro de la mañana! ¡Y al excelentísimo señor conde!

—Partamos la diferencia, señor oficial. No me dejéis entrar, ya que absolutamente os empeñáis en ello; pero entregad al momento este oficio al señor conde.

—¡Si da lo mismo! ¿Voy á despertarle... para darle un oficio?... Buena peluca me esperaría.

—Pues es necesario.

—¿Y por qué?

—Porque sí. Por última vez os prevengo que des-

pertéis cuanto antes al señor Presidente y le entreguéis en propia mano esta comunicación.

—¿Se puede saber, á lo menos, en nombre de quién?

—En nombre y de parte de la *Junta Soberana de Quito*. ¡Ea! Ya lo sabéis. ¿Resistiréis todavía?

Aturdido el oficial que tan bravamente disputara al doctor Ante la entrada á la alcoba de su señor, tomó el pliego, saludó á su porfiado interlocutor y penetró resueltamente en el dormitorio.

—¡Señor! ¡Señor!...

El excelentísimo señor D. Manuel Urries, conde Ruiz de Castilla, presidente de Quito, dormía en paz el sabroso sueño de la madrugada.

—¡Señor! ¡Señor!...

El viejo, porque ya era viejo el magistrado español, despertó sobresaltado.

—¡Eh! ¿Qué hay? ¿Quién anda ahí?

—Yo, señor excelentísimo... el oficial de servicio.

—¿Y qué quiere el oficial?

—Un oficio...

—¿Qué oficio, hombre?

—Este que acaba de traerme el doctor Ante, quien ha instado terriblemente para que se lo entregue á vuecencia.

—¡Cómo! ¡Bergante! ¿Vienes á molestarme por eso?

¡Largo de aquí! ¡A un demonio!

—¡Dice que es de la *Junta Soberana*, ó de cosa así!

—Pero, ¿qué *Junta*?

—Ahí en el pliego debe constar.

—A ver, á ver ese oficio... Aproxima esa luz. ¿Qué dice el sobrescrito? ¡Ah! ¡Ya! *La Junta Soberana al conde Ruiz, ex Presidente de Quito*. ¿Cómo *ex Presidente*?... ¡Maria Santísima! ¿qué será esto?

(*Legendo.*) «El actual estado de incertidumbre en que está sumida la España, el total anonadamiento de todas las autoridades legalmente constituidas y los peligros á que están expuestas la persona y posesiones de nuestro muy amado Fernando VII de caer bajo el poder del tirano de Europa, han determinado á nuestros hermanos de la Península á formar gobiernos provisionales para su seguridad personal, para librarse de las pérdidas maquinaciones de algunos de sus perdidios compatriotas indignos del nombre español y para defenderse del enemigo común. Los leales habitantes de Quito, imitando su ejemplo, y resueltos á conservar para su rey, legítimo y soberano señor, esta parte de su reino, han establecido también una *Junta Soberana* en esta ciudad de San Francisco de Quito, á cuyo nombre, y por orden de S. E. el Presidente, tengo á honra el comunicar á U. S. que han cesado las funciones de los miembros del antiguo Gobierno.— Dios guarde á U. S.—Sala de la Junta en Quito, á 10 de Agosto de 1809.—JUAN DE DIOS MORALES, *Secretario de lo Interior.*»

Arrojóse del lecho el anciano conde, asombrado de lo que había leído, y, medio desnudo, corrió al aposento donde aguardaba el conductor de documento tan inesperado como audaz.

—Caballero...

—Señor conde...

—¿Habéis traído este oficio?

—Sí, señor. Y vos ¿os habéis enterado ya de su contenido?

—Sí; y me admira que...

Ante no le deja continuar. Sin decir una palabra más, inclinase gravemente, saluda y sale.

—¡Pero os vais, caballero! A lo menos explicadme...
Ante continúa tranquilamente su camino y traspo-
ne el dintel de la estancia.

El conde le sigue á largos pasos.

—¡Oídmel! ¡Oídmel á lo menos, señor doctor Ante!

Y como éste se halla ya fuera, quiere también sa-
lir él.

—¡Atrás!—exclama el centinela, cruzando su arma.

—¡Cómo! ¡Insolente! ¡A mí!

—¡Atrás!

Retrocede el conde.

—Que me le llamen al oficial de guardia... ¡Vaya, qué
mañana ésta!

Y recorre la sala á grandes pasos, nervioso, irritado.

Se presenta el oficial—que también había sido rele-
vado—, y á las primeras palabras del magnate, le dice
con firmeza:

—Señor: después de las órdenes que he recibido de
la *Junta*, ya no me es dable tratar con vucencia, y mu-
cho menos obedecerle. Vucencia perdona, pero pri-
mero es la consigna. Vucencia se halla preso en su
propia habitación, donde se le guardarán las conside-
raciones debidas á su edad y á su rango.

Saluda y se va.

Ruiz de Castilla, casi llorando de impotencia, métese
en su alcoba, donde se deja caer sobre el recién aban-
donado lecho.

El asunto de que se trataba era muy serio, y razón
tenía el desposeído Presidente de entregarse á su des-
esperado furor.

Por aquel tiempo, Europa ardía en conflagración es-
tupenda. De la Revolución Francesa había nacido un
gigante, que supo enfrenarla y postrarla vencida á sus

pies. Las grandes doctrinas, los principios y libertades
por ella proclamados no murieron, porque las ideas no
mueren, y más cuando, como en este caso, estaban lla-
madas á transformar la faz de las naciones y á señalar
uno de los mayores pasos dados por la humanidad en
su carrera de siglos; pero el movimiento convulsionario
fué vencido por aquel gigante que se llamaba Na-
poleón Bonaparte.

Engrandecido éste con sus victorias, fuerte con su
prestigio, sintiéndose animado por el genio, traicionó
la República del cual era hijo; y, déspota irresistible, se
coronó Rey y Emperador, y se sentó sobre el trono de
San Luis, que la Revolución había bañado en sangre.

Su ambición y su fortuna todo lo arrollaron. Ninguna
nación se creyó segura, ningún rey sintió firme la
corona sobre su cabeza, y naciones y reyes temblaron
ante él. Venció á la Europa coaligada, y distribuyó rei-
nos á sus parientes y soldados. En 1809, fecha á que
nos estamos refiriendo, estaba en el apogeo de su po-
der y grandeza.

También España había caído en las garras del águila
imperial; España, débil y carcomida, no ya la de Car-
los V y Felipe II, sino la de Carlos IV y D. Manuel Go-
doy—un rey malo y un valido insolente—, á la cual Bo-
naparte, algunos años antes, encadenara al carro de
su gloria y obligara á ir con él á las aguas de Tra-
falgar...

Pero los pueblos suelen ser grandes en la desgracia.
Cuando los traicionados españoles volvieron en sí, y
contemplaron el país ocupado por tropas extranjeras,
un rey intruso en el trono, su juventud asesinada, su
marina deshecha, irguiéronse altivos y comenzaron á
pelear por su independencia. Desconocieron al rey

impuesto, organizaron *Juntas*, levantaron una guerra de partidas, de la cual, al fin, salió la independencia victoriosa, y se inmortalizaron con hechos que recordará siempre la posteridad entusiasmada.

El momento era precioso y oportuno para las colonias americanas, que, oprimidas y vejadas por una Administración que odiaban, no veían la hora de proclamar sus derechos á la vida común de los pueblos libres.

—Si en España hay *Juntas provinciales y supremas*, ¿por qué no las hemos de tener aquí?—se dijeron nuestros padres, considerando, y con justicia, que el establecimiento de ellas era el primer paso á la independencia, ya que, desconocida toda autoridad que de ellas no emanase, el solo hecho de su existencia era una declaración de autonomía.

Cierto que el pueblo, al cual se le había cegado con una tiranía de siglos y dejándosele en la ignorancia como excelente medio para gobernarle, no estaba aún bastante maduro para que llegase al pleno conocimiento de sus derechos, por más que se quejase de opresión. Por eso mismo, los espíritus ilustrados de la época, aquellos que tenían conciencia de la situación y estaban instruidos de los sucesos que se desarrollaban en la Península, no quisieron desde el comienzo hablarle en nombre de la Independencia, sino que difrazaron su intento generoso con el pretexto de defender la libertad del *muy amado y deseado señor rey D. Fernando VII*, príncipe inepto y cruel que, en unión de su débil padre D. Carlos, había vendido España á los franceses, recibiendo de ellos el natural galardón de la ingratitud, el desprecio y las prisiones.

Algunos ciudadanos de Quito, imbuidos de esta idea, se agitaban en la sombra, desde el año anterior,

en que llegaran á su conocimiento la tragedia del Dos DE MAYO, en que los franceses asesinaron á los españoles en las calles de Madrid; el levantamiento de la Metrópoli, la victoria de Bailén, el establecimiento de las Juntas. Denunciados, muchos de aquellos hombres fueron reducidos á prisión, de la que salieron por ventura ilesos, á causa de haberse perdido los autos del proceso que se les instruía. Volvieron á la obra, y después de tomar las medidas y precauciones conducentes á no malograr el acto que preparaban, señalaron para la ejecución de éste el día viernes 10 de Agosto del dicho año de 1809.

La noche anterior se reunieron sigilosamente en casa de la señora Manuela Cañizares, á pocos pasos de la plaza mayor que hoy llamamos *de la Independencia*. La señora Cañizares era una mujer de temple varonil y palabra elocuente que fortalecía á los entusiastas y convencía y decidía á los tímidos, y que venía á ser parte principal en la conspiración. Los reunidos eran D. Pedro Montúfar, D. Juan Salinas, don Juan de Dios Morales, D. Manuel Quiroga, D. Antonio Ante, D. Juan Pablo Arenas, D. Manuel Mateu, D. Manuel Zambrano, D. Javier Ascásubi, el presbítero Riofrío, Checa, Correa, Vélez y otros.

Don Juan Salinas era el comandante de la escasa guarnición, y jefe de los soldados de caballería don Joaquín Zaldumbide. Estos bravos militares—Salinas, especialmente, era el nervio de la conspiración—acudieron á los cuarteles, arengaron á las tropas, hablándoles de la usurpación de Bonaparte, de la cautividad del rey legítimo, de la obligación en que estaban todos de defender la causa de la Nación contra los usurpadores... Había algunos oficiales que eran de la mis-

ma opinión, y así, los soldados desconocieron el Gobierno, y se pusieron al lado de los patriotas. Era ya más de media noche cuando Salinas sacó las tropas y las hizo formar en la plaza mayor. La revolución estaba consumada.

Dejemos al conde Ruiz de Castilla sumido en sus tristes reflexiones y presa de su impotente furor para dirigir una mirada á lo que estaba aconteciendo en la referida plaza.

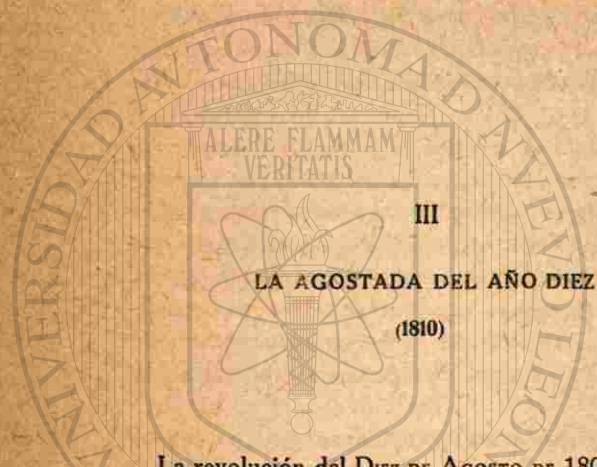
A las seis de la mañana se oyó una prolongada descarga de artillería, é inmediatamente comenzaron á repicar alegres las campanas, á sonar las músicas marciales y á vibrar en el aire los entusiastas gritos y vítores de una multitud alborozada. A los que se espantaban del movimiento, juzgándolo demasiado atrevido, peroraban improvisados oradores, convenciéndoles de la bondad y justicia del acto y de la necesidad de que esta parte de la América española volviese al ejercicio de sus naturales derechos...

A las diez fueron nombrados los miembros que debían componer la Junta, y eran: el marqués de Selva Alegre, presidente; el obispo de Quito, D. José Cuero y Caicedo, vicepresidente; los marqueses de Villaorellana, Solanda y Miraflores, D. Manuel Larrea, D. Manuel Mateu, D. Manuel Zambrano, D. Juan José Guerrero y D. Melchor Benavides, vocales.

A los señores D. Juan de Dios Morales, D. Manuel Quiroga y D. Juan Larrea se les designó para secretarios de gobierno, con el carácter de miembros natos de la Junta, y la elección para secretario particular del presidente recayó en D. Vicente Alvarez.

En el mismo día publicó la Junta un Manifiesto en el que se explicaban *las causas de la revolución y el derecho que para ello tenían los pueblos americanos*.

Tal fué la revolución del DIEZ DE AGOSTO. Primer grito de independencia lanzado en la América española, él debía repercutir en todo el Continente concitando á los pueblos á sacudir la servidumbre extranjera; y por haberlo dado esta inclita ciudad en medio de las sombras del coloniaje y á pesar de las preocupaciones reinantes, mereció que se dijera de ella: QUITO, LUZ DE AMÉRICA.



La revolución del DIEZ DE AGOSTO DE 1809 fué estéril en sus resultados inmediatos. Tímidos é inexpertos, nuestros padres procedieron sin unión, energía ni concierto, y no pasaron tres meses (25 de Octubre) sin que desapareciera la sombra de gobierno que habían establecido para que, por la fuerza misma de las circunstancias, volviese el imperio del antiguo régimen. Con más, que los que regresaban venían animados de rencor y consideraban como un acto de justicia la satisfacción de su venganza.

El viejo conde Ruiz de Castilla había prometido bajo su palabra de honor mantener en pie la Junta Soberana y respetar la vida de los patriotas; pero su respeto duró tan sólo hasta que se consideró fuerte con el apoyo y concurso de cerca de cuatro mil bayonetas; y entonces disolvió la Junta (4 de Diciembre) y mandó prender á más de sesenta personas de las que tomaron parte en el movimiento del mes de Agosto.

Entre esas personas las principales eran los señores José Ascásubi, Pedro Montúfar, Salinas, Morales, Quiroga, Arenas, Juan Larrea, Vélez, Villalobos, Olea, Cajías, Melo, Vinuesa, Peña y los presbíteros Riofrío y Correa.

El mismo día se inició el proceso, para castigar el atrevimiento de los que quisieron ser libres. «Siendo necesario que se proceda contra ellos con todo el rigor de las leyes—decía el Presidente, en un bando que publicó en aquella fecha—, que no exceptúan estado, clase ni fuero, mando que siempre que sepan de cualquiera de ellos los denuncien prontamente á este Gobierno, bajo la pena de muerte á los que tal no lo hiciesen.»

Los cuarteles y cárceles rebosaron, pues, en presos de Estado; muchos se ocultaron, huyeron no pocos; y la persecución se volvió implacable y extensa. Se acusaba á todos; se les tenía bajo el juez, en un proceso famoso cuyos autos llegaron á llenar más de cuatro mil páginas, aun á los ausentes, que no podían ser oídos y á quienes, indudablemente, se quería sacrificar, habiéndoles antes privado del derecho de defensa.

Los presos se defendían con inteligencia y tesón; pero ¿qué iban á valer sus alegatos cuando la ira y el rencor estaban exigiendo de un juez parcial la sentencia de muerte contra los acusados, por boca del fiscal de la causa, Dr. Tomás Arrechaga? Contra cuarenta y seis individuos pidió éste la pena capital, con inclusión de muchos ausentes que ni citados habían sido, y para los demás se contentó con que fueran al presidio ó al destierro.

Perdidos estaban desde ese momento los procesos, pues el juez, el fiscal y el jefe de las tropas andaban

empeñados en sacrificarles, si al anciano Presidente no le hubiese asaltado la conciencia en forma de remordimientos. Teme, vacila, ve el abismo á que le empujan sus desapiadados áulicos y consejeros, no quiere cargar sobre sus hombros enflaquecidos el peso de tan tremenda responsabilidad, y ya que había sido traidor y felón á los más sagrados compromisos, tiembla manchar con sangre sus viejos años y pasar infamado á la posteridad.

¿Y por qué iba á matar á esos hombres? ¿Ellos habían hecho otra cosa en América que lo que en España se consideraba no solamente bueno y laudable, sino necesario para la defensa de la patria? ¿No habían proclamado su fidelidad al rey? ¿No habían procedido como cristianos y caballeros y repuéstole, al fin, en su cargo? La justicia estaba reclamando á gritos la absolución, y, sin embargo, el oidor Fuertes, el fiscal Arrechaga, el coronel Arredondo querían que muriesen.

Pasaron los días; el Presidente llevó los autos á su propio gabinete, dió largas al asunto; y al fin, hostigado por los enemigos de la causa americana, quiso lavarse las manos de toda participación sangrienta, y remitió el proceso al virrey de Nueva Granada. Él huía de la sangre; pero el destino implacable le tenía reservado para hartarse de ella, y morir más tarde anegado en la suya propia.

El pueblo veía con indignación que se quería victimar á los próceres; observaba con desaliento que las prisiones aumentaban, que el elemento español se preparaba á frustrar la misión de paz que traía el comisionado regio D. Carlos Montúfar, y comenzó á mirar con odio al Gobierno. El Gobierno le pagaba en la misma moneda de odio y desprecio, pero le temía.

La soldadesca, por otra parte, principalmente la que había venido del Perú, y el feroz Arredondo, se declararon enemigos de los quiteños, y corría muy válida la voz de que habían obtenido el permiso de saquear la ciudad.

Las sospechas y desconfianzas eran fundadas; pues si los latrocinios y violencias de los soldados hacían creíble el absurdo rumor de la orden de saqueo, la actitud resuelta de la población hacía verosímil la noticia que cundió de que se preparaba á libertar los presos por la fuerza.

Éstos eran cruel y villanamente tratados, permaneciendo sumidos en oscuros calabozos y aherrojados con gruesas cadenas. Sus quejas no eran atendidas, y cuando se sospechó que se trataba de su liberación, Arredondo aprobó la opinión del capitán Barrantes, que proponía matarlos á todos al primer movimiento popular que se notase.

Esta situación era muy violenta para que pudiese ser indefinida. Las pasiones estaban al estallar, y el pueblo bramaba iracundo. Resolvieron, pues, unos cuantos llevar adelante aquello mismo que los opresores temían, sacando libres á los patriotas que gemían encarcelados cerca ya de ocho meses, y haciendo cesar la dura persecución que se ensañaba contra lo mejor y más florido de los compatriotas.

¿Qué apoyo tenían? ¿Con qué recursos contaban para atacar á una guarnición numerosa de tres mil hombres? Tenían el apoyo de su conciencia, que les impelia á la empresa como al cumplimiento de un deber, y contaban con su valor y su desesperación.

¡Ah! ¡Y ciertamente que la tentativa no era fácil! Unos pocos de los presos estaban en la cárcel llamada

Presidio, que hoy es casa de propiedad particular, y la guardia que los custodiaba no era numerosa; pero los más se hallaban en el cuartel del Real de Lima—ahora edificio de la Biblioteca Nacional, y antes Colegio de San Gabriel—, donde había quinientos soldados, y en el inmediato de las tropas de Santafé, hoy de la Artillería Bolívar.

Sin embargo, nada les arredra. Reúnense en juntas misteriosas y acuerdan poner manos á la obra. La fecha fijada fué el 2 de Agosto; la hora, las dos de la tarde, y la señal, el toque de rebato que había de darse en la torre de la catedral.

Los conjurados debían permanecer ese día en el atrio de dicha iglesia catedral y en el de la inmediata capilla del Sagrario (denominada ahora Capilla Mayor), muy inmediatos á los dos cuarteles y cercanos á la cárcel del *Presidio*: oída la señal, todos debían proceder simultáneamente, atacando la cárcel y los cuarteles.

Iban mal armados ó sin ningunas armas de provecho: puñales, garrotes, piedras; y al frente tenían cañones, fusiles, bayonetas.

Suena la hora, al fin. El valeroso José Jerés se dirige al *Presidio*, en compañía de los intrépidos Pereira, Silva y Rodríguez; avanzan sobre la guardia, tienden muerto de una puñalada al centinela y dejan malherido al oficial; penetran á la cárcel, se apoderan de las armas que encuentran, libertan á los presos, visten los uniformes que descubren por ahí, y salen volando en auxilio de sus compañeros, á quienes suponían combatiendo desesperada y desigualmente con las tropas. Algunos de los presos libertados se reúnen á ellos; otros cinco se quedan, rehusando tímidos la libertad con que se les brindaba. ¡Infelices! Bien pronto paga-

ron con su sangre la timidez ó vacilación de un instante.

A la misma hora, ocho valientes se van contra el Real de Lima. Queden sus nombres para que los guarde con veneración la posteridad: el que los comandaba era Landaburo; los otros siete eran los dos hermanos Pazmiños, Mideros, Mosquera, Morales, Albán y Godoy. Embisten la puerta del cuartel, rinden la guardia, se apoderan de las armas, penetran dentro... Los soldados, sorprendidos y atemorizados, creyéndoles tal vez en mayor número, huyen de ellos, y quinientos hombres se ven vencidos por ocho quiteños.

El capitán Galup oye el bullicio, sospecha lo que es, y con la espada desenvainada, animoso y resuelto, baja al patio gritando con todas sus fuerzas: «¡Fuego contra los presos!» Uno de los asaltantes le ve, le oye la orden fatal, y corriendo hacia él le atraviesa con la bayoneta.

Nada entonces se les resiste: el cuartel es suyo.

Pero, en vez de completar la obra, malgastan el tiempo rompiendo las puertas de los calabozos, desaherrojando á los patriotas presos. Esto les pierde, porque están solos, porque dan lugar á la reacción. Como única medida de seguridad y defensa ponen un cañón á las puertas... ¡No era por allí por donde les amenazaba la muerte!

De improviso sienten un ruido espantoso á sus espaldas: levántase densa nube de humo y de polvo; y al clarear el sol entre esa infernal confusión, contemplan las puntas de las bayonetas de los soldados del Santafé por un ancho hueco que en una pared acaba de formarse. Comprenden en el acto su situación: se ven ocho hombres contra dos batallones, cogidos

como en una trampa, sin salida, sin salvación, sin resistencia posible.

¿Qué había sucedido? Que los que debieron atacar el otro cuerpo de la guarnición no acudieron á la cita, por falta de comprensión tal vez, tal vez porque trepidaron ante una empresa tan superior, tan inmensamente superior á sus fuerzas.

Angulo, que mandaba los soldados papayanejos del Santafé, corre á su cuartel, desde el primer momento de la revuelta, advertido por los soldados que huían ensangrentados y perseguidos por los patriotas, quienes desde la plaza les hacían fuego. El comandante Villaespesa, que se dirige también á su puesto de honor, se ve detenido por un hombre del pueblo con quien tiene que luchar, y del cual recibe una puñalada que le echa por tierra...

Llega Angulo al Santafé y encuentra su tropa en formación y sobre las armas; ordena que se ocupen las puertas del cuartel vecino, y de un cañonazo practica un horamen en la pared que divide los dos edificios... ¡Y adentro! No á combatir... ¡á matar!

Acuden en ese momento los vencedores del *Presidio* con Jerés á la cabeza, y se encuentran con las puertas del Real de Lima herméticamente cerradas. Intentan romperlas, pero de las ventanas altas del cuartel y del vecino palacio presidencial cae sobre ellos una rociada de balas que les obligan á retirarse en desorden... Los ocho de Landaburo quedan, pues, solos y abandonados á su propia suerte.

¿Qué hacían ellos en instante tan crítico? Libertar á los presos en los calabozos de arriba y en los de la planta baja. Tenían que forzar las puertas y romper en seguida los grillos. Operación larga.

Algunos estaban ya libres de prisiones cuando vieron la columna que les atacaba por la espalda. Advirtiéndolo vana é imposible la resistencia, diéronse á huir, antes de que el enemigo cerrara las puertas, y aprovechándose de la confusión logran la salida unos pocos, entre los cuales, aunque herido, se encuentra el heroico Albán.

Mideros y Godoy, que les siguen, son fulminados á balazos, casi en la calle. Los demás no pudieron moverse siquiera, y el cuartel queda en paz y por los soldados.

Entonces comienza la matanza, el primero y más odioso acto de la tragedia, cuyo recuerdo vivirá en nuestra historia escrito con letras de fuego...

Aullando de rabia, ebrios de furor, los soldados se precipitan á los calabozos de los presos, donde éstos yacían inermes, indefensos, y, como es natural, aun en los pechos más esforzados, con la suprema ansiedad de la última hora. Algunos habían sucumbido ya en el tiroteo del combate; los demás quisieron hacerse fuertes en sus celdas, atrincherando las puertas. ¡Vana é inútil precaución! Las puertas caen hechas añicos, y descargas cerradas, descargas ciegas, son disparadas contra el montón confuso de los que ni aun pueden moverse porque tienen los grillos en los pies...

¿Vive alguno todavía? ¿Todavía respira? Pues cierran con él á bayonetazos, á culatazos, á sablazos, á patadas: toda arma es buena contra él; hierro, plomo, acero, garras, dientes; es, más que un asesinato, una repugnante carnicería...

¿Terminó la obra en un calabozo? Pues á otro; y la sangre corre á torrentes por las baldosas; miembros palpitantes ruedan, arrancados del cuerpo; los sesos

de cabezas estrelladas contra el muro manchan las paredes... ¡Qué abominación! ¡Qué horror!

Hemos dicho que entre los principales aprisionados el día 4 de Diciembre del año anterior estaba D. Manuel Rodríguez Quiroga, ciudadano de altas prendas á quien, cuando el establecimiento de la Junta Suprema, le tocó desempeñar el elevado cargo de ministro de Gracia y Justicia. Aquel día, para siempre infausto, le visitaban sus hijas, las cuales tuvieron que presenciar la hecatombe, que no combate. Amedrentadas, aturdidadas, se retiran al fondo del calabozo, mientras ruge la tormenta encima de ellas y silban las balas á sus oídos.

Ya han sido despedazados muchos presos: si Quiroga vivía aún es porque estaba destinado para mayor tormento, en los juicios inescrutables de la Providencia... Parece que le tienen olvidado los sayones: ¿se salvará al fin? Él tiembla y calla. Pero sus pobres niñas ven el peligro inminente, la muerte misma que se cierne sobre el adorado padre, y locas de espanto corren al oficial de guardia y, llorando desesperadas, le piden con ardiente humildad la vida del autor de sus días.

—¡Cómo! ¡Aun vive! ¡No le han muerto!— exclama el malvado con estupefacción—. ¡No lo sabía!

—¡Sí, señor: vive aún! ¡Por favor, por piedad, por la santa madre que le llevó en sus entrañas, sálvele usted, protéjale usted!

Y clamaban, arrodilladas, con las manos juntas y los rostros vueltos al verdugo.

—¡Ah, sí! ¡Para salvaciones estoy yo! ¡Canallas!... ¡Eh! ¡Cadete Jaramillo!... ¡Cadete Jaramillo! ¡Pronto! ¡Acompáñeme usted!

Y ambos, con el sable desenvainado, echando por las bocas espumas, rayos de rabia, se lanzan al calabozo de Quiroga.

Pero las inocentes niñas se le habían adelantado. Empujan á su padre al rincón más oscuro, tratan de ocultarle, le cubren con sus cuerpos, y, de rodillas, esperan la muerte.

Los sicarios llegan.

—¿Dónde está? ¿dónde?

Y buscan con ojos de hiena por los ángulos de la oscura estancia.

—¡Perdón! ¡Perdón!— gritan las inocentes con alarido lastimoso. Pero ellos no las hacen caso, las separan bruscamente, y al descubrir á Quiroga:

—A ver—le dicen—, gritad: «¡Vivan los limeños!»

—¡Viva la Religión!— exclama Quiroga, en el momento mismo en que Jaramillo le descarga el primer sablazo.

Sus hijas le rodean con sus brazos, extienden sobre él sus cabelleras, se vuelven como cachorros enfurecidos contra los asesinos. No hay remedio: éstos las apartan brutalmente, las golpean y las dejan desmayadas, tendidas en la laguna de sangre en que nada el cadáver de su desventurado padre! Más allá, una negrita esclava que llevaran á la visita infausta, negrita que estaba encinta, permanece inmóvil y desangrándose: ¡también la habían matado!

En otros calabozos la carnicería se cebaba iracunda y salvaje. Salinas, Morales, Arenas, Riofrio, Ascásubi, Aguilera, Peña, Vinueza, Larrea y Guerrero, Cajías, Villalobos, Olea, Melo, Tovar... ¡todos asesinados!...

Harta de sangre, la tropa se precipita á las calles,

y la matanza se renueva. Caen mujeres, niños, paisanos indefensos...

Al fin, la ola popular se embravece, y corren los quiteños á la pelea con las manos casi vacías; atacan, matan, se atrincheran; ponen en fuga á la soldadesca: la soldadesca roba, saquea, asesina, pero teme batirse, y partidas enteras de ella son desarmadas. El pueblo se envalentona, y sigue la lucha: indudablemente habría sucumbido por falta de armas y disciplina, pero sus enemigos no la hubieran pasado mejor, si el obispo de Quito, revestido de los sagrados ornamentos, con la custodia en la mano, no hubiese recorrido las calles, imponiendo por todas partes la paz, en nombre del Dios de infinita misericordia. Y así, el pueblo quedó asesinado, robado, ultrajado y afrentado...

El orden se restableció; pero la sangre de Agosto fué el riego fecundante del árbol de nuestras libertades. Bien pronto comenzó la guerra civil; los combates se multiplicaron; Ruiz de Castilla fué bárbaramente asesinado... Más allá estaba la revolución de Octubre, y resplandeciendo en el porvenir, con luces inmortales de victoria, la cima sagrada del Pichincha.

¡Salud á los mártires cuya sangre es engendradora de heroísmo!

IV

LOS FUNERALES DE GIRARDOT

(1813)

El 13 de Octubre de 1813 se advertía gran movimiento é inusitado entusiasmo en la muy noble ciudad de Caracas.

Toda la población pululaba en las calles; los balcones estaban ocupados por hermosas mujeres; de trecho en trecho levantábanse suntuosos arcos triunfales, y llenaba el ambiente el perfume de las flores y de los frescos ramos de que estaba cubierto el pavimento; palmas y coronas de verde laurel, vistosos festones, brillantes doseles adornaban puertas y ventanas. Sin duda era aquel un día solemne, y se esperaba alguna procesión memorable.

A poco se oyeron los acordes de músicas militares que tocaban una gran marcha fúnebre, y vióse que de las fueras de la ciudad engalanada, como si en ella fuese á entrar un triunfador, venía un numeroso acompañamiento, caminando con majestad y pausa.

Al encuentro de ese acompañamiento salió una bri-

y la matanza se renueva. Caen mujeres, niños, paisanos indefensos...

Al fin, la ola popular se embravece, y corren los quiteños á la pelea con las manos casi vacías; atacan, matan, se atrincheran; ponen en fuga á la soldadesca: la soldadesca roba, saquea, asesina, pero teme batirse, y partidas enteras de ella son desarmadas. El pueblo se envalentona, y sigue la lucha: indudablemente habría sucumbido por falta de armas y disciplina, pero sus enemigos no la hubieran pasado mejor, si el obispo de Quito, revestido de los sagrados ornamentos, con la custodia en la mano, no hubiese recorrido las calles, imponiendo por todas partes la paz, en nombre del Dios de infinita misericordia. Y así, el pueblo quedó asesinado, robado, ultrajado y afrentado...

El orden se restableció; pero la sangre de Agosto fué el riego fecundante del árbol de nuestras libertades. Bien pronto comenzó la guerra civil; los combates se multiplicaron; Ruiz de Castilla fué bárbaramente asesinado... Más allá estaba la revolución de Octubre, y resplandeciendo en el porvenir, con luces inmortales de victoria, la cima sagrada del Pichincha.

¡Salud á los mártires cuya sangre es engendradora de heroísmo!

IV

LOS FUNERALES DE GIRARDOT

(1813)

El 13 de Octubre de 1813 se advertía gran movimiento é inusitado entusiasmo en la muy noble ciudad de Caracas.

Toda la población pululaba en las calles; los balcones estaban ocupados por hermosas mujeres; de trecho en trecho levantábanse suntuosos arcos triunfales, y llenaba el ambiente el perfume de las flores y de los frescos ramos de que estaba cubierto el pavimento; palmas y coronas de verde laurel, vistosos festones, brillantes doseles adornaban puertas y ventanas. Sin duda era aquel un día solemne, y se esperaba alguna procesión memorable.

A poco se oyeron los acordes de músicas militares que tocaban una gran marcha fúnebre, y vióse que de las fueras de la ciudad engalanada, como si en ella fuese á entrar un triunfador, venía un numeroso acompañamiento, caminando con majestad y pausa.

Al encuentro de ese acompañamiento salió una bri-

llante cabalgata de militares, magistrados y ciudadanos notables, á cuyo frente marchaba, rodeado de su Estado Mayor, el general Simón Bolívar, que el día antes, y después de una gloriosa campaña libertadora, había hecho su entrada en la ciudad nativa, entre el entusiasmo delirante y las aclamaciones repetidas de sus compatriotas, que el año anterior le vieran salir, solo y sin prestigio todavía, con el pasaporte del capitán general Monteverde, á probar fortuna poniendo su espada al servicio de la independencia neo-granadina.

La esperada procesión entró por fin en Caracas.

Abrían la marcha los batidores; luego venía el vicario general del Ejército, bajo de palio, revestido con los ornamentos sacerdotales, y llevando en sus manos una urna coronada de rosas, laureles y siemprevivas. Al vicario seguía una guardia de carabineros nacionales con las armas á la funerala, grave y compuesto el semblante y con uniforme de gala. Detrás de esa guardia marchaban tres compañías de dragones.

El general Bolívar se colocó, rodeado de su guardia de honor, entre los carabineros y los dragones, y así, cada cual en su lugar, se dirigieron todos á la iglesia catedral, donde aguardaba el obispo, y en la cual se había erigido un lujoso túmulo.

Aquella procesión, pues, era un cortejo fúnebre.

Venía desde lejos, con el mismo aparato y con el mismo orden y compostura... Venía de un campo de batalla.

¿Dónde estaba el cadáver? ¿De quién era?

Al cadáver no se le había podido traer; pero el corazón encerrado en la urna que conducía el señor vicario general del Ejército, era el del coronel granadi-

no D. Atanasio Girardot, muerto gloriosamente en la cumbre del Bárbula.

Narremos brevemente los hechos.

Venezuela había vuelto á caer bajo la dominación española, tras breves días de respirar auras de libertad; pero Nueva Granada, empeñada vigorosamente en la lucha, aun mantenía en pie su independencia, y su Congreso era prenda de seguridad para ulteriores triunfos.

Bolívar había peleado como bueno en las filas de los independientes, y ahora venía á reconquistar los derechos de su patria al frente de tropas aguerridas mandadas por oficiales que luego se hicieron célebres.

La campaña en Venezuela principió bien, y el futuro Libertador recorrió una senda de victorias que le llevaron triunfalmente á la capital de la Nación, precipitada y vergonzosamente abandonada por sus autoridades.

Allí se ocupó en organizar la administración, pretendiendo, y con razón, echar así los sólidos fundamentos del porvenir.

Pero bien pronto las cosas cambiaron de aspecto; y mientras Monteverde se hacia fuerte en Puerto Cabello, una reacción inmensa se operó en todo el país recién libertado.

Los libertadores de la vispera eran considerados ya como opresores crueles, á quienes se debía exterminar sin misericordia, y los pueblos se levantaban contra ellos sugestionados por la perfidia española, que les pintaba con negros colores.

Los horrores de la guerra á muerte, decretada por

Bolívar, ensangrentaban las comarcas con retaliaciones sin nombre; el apuro en que los patriotas se veían para sostener la campaña, les aconsejaba medidas violentas de exacciones y destrucción de propiedades; la tea del incendio se paseaba por poblaciones indefensas; los asesinatos estaban á la orden del día, y, cortejo forzoso de semejante lucha sin escrúpulos de humanidad ni reclamos de conciencia, el más terrible de los desórdenes y la más lamentable de las desolaciones habían hecho presa de Venezuela.

No era esto sólo. En los Llanos, los negros esclavos amotinados, unidos á bandidos de la peor especie, cometían atropellos horrendos, asesinando, saqueando, robando. Tigres con figura humana, llamados Boves, Rosete, Morales, devastaban cuanto á su paso se hallaba. Con sus hordas, salidas del fondo de las llanuras, paseaban la muerte y el exterminio por una gran extensión del país, derrotaban las fuerzas que Bolívar enviaba contra ellos, y después de la victoria, sin dar cuartel á nadie, sin conocer la misericordia, se cebaban en el asesinato y la total destrucción del enemigo vencido...

La defección no era tampoco extraña en ese campo de anarquía, y divisiones enteras de los patriotas corrían á unirse con los malhechores de los Llanos, abandonando á sus infelices compañeros en el lugar mismo del combate (1).

¿Solamente esto? *Bien vengas, mal, como vengas solo* dice un refrán castellano, y los males se venían á porrillo sobre la causa independiente de Venezuela. Mon-

(1) La caballería de Padrón, que se pasó infamemente á Boves en la acción del caño de Santa Catalina.—20 de Septiembre de 1813.

teverde, que había corrido á ocultarse en Puerto Cabello, tímido y desmoralizado, acaba de recibir un poderoso refuerzo de tropas peninsulares que venían en barcos de guerra, municionados, aprovisionados y orgullosos con la certidumbre de un triunfo que juzgaban fácil.

El bloqueo de Puerto Cabello no había sido muy fructuoso á las armas republicanas, pues si bien redujeron al último apuro la plaza sitiada, la peste se cebó en los soldados independientes, mermando sus ya reducidos batallones.

La situación era, pues, muy grave, y merecía considerársela despacio para proveer el remedio, ya que el triunfo parecía en aquel momento poco menos que imposible.

Lo importante era rendir Puerto Cabello. Pero, ¿cómo?

Si antes no fué propicia la fortuna, cuando reducido Monteverde á sus atrincheramientos de la plaza pública de aquella ciudad, de los cuales había hecho «un volcán de fuego», ¿no era aventurado el pretender ganarla ahora, cuando el inepto español tenía el regimiento de Granada de 1.200 hombres añadido á la guarnición y, además, una fragata de 40 cañones, una goleta de guerra y seis buques de transporte?

«Bolívar estaba convencido por experiencia que Monteverde era incapaz de abandonar sus atrincheramientos para salir al campo á sostener una acción decisiva; mas, con el arribo de aquellas fuerzas (*las peninsulares*) y los estímulos de Salomón (*el jefe que las mandaba*), creyó que si él se alejaba de la costa, tomaría entonces mayor confianza, condición que le faltaba y que nos era indispensable para comprometerlo á

34335

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
1629 MONTERREY, N.L.

pelear. Imbuido de esta idea sagaz y previsor, ordenó la retirada; levantó el sitio, y en la noche del 17 (*de Septiembre*) se dirigió á Valencia. —Si atraigo á Monteverde—decía á sus oficiales—fuera de la cordillera, donde no puedan obrar sus cañones, allí compensarán nuestros caballos el mayor número de sus soldados» (1).

Y como lo previó, así aconteció. Monteverde salta de alegría, se enorgullece ante lo que él reputa como una retirada vergonzosa, cuando no era sino un ardid de guerra, y sale en seguimiento de los que se van.

Camina aceleradamente, y se detiene en un lugar llamado «Trincheras»; y envía adelante quinientos hombres á que se sitúen en el cerro llamado «Bárbula», á dos leguas de distancia del campo donde él se quedaba...

Esta operación, que divide las fuerzas realistas de semejante manera á presencia misma del enemigo, le parece á Bolívar tan inverosímil en su necia sencillez, que vacila en tomar una resolución: teme que ella sea una maniobra estratégica con la cual quieren atraer á algún desconocido peligro, y cautelosamente permanece en observación.

Pero el pobre Monteverde no corrige el desatino que ha hecho, ¡tan lejos estaba de creer que su movimiento era una torpeza increíble!, y esto mantiene en su error á Bolívar.

Al fin, cansado de esperar, se resuelve á atacar el día 30 del mes referido, aunque todavía en la creencia de que se le había armado una celada.

—¿Qué podrá suceder?—decía á sus oficiales—. A medida que descubran los planes los presuntuosos,

(1) LARRAZÁBAL.

iremos combatiéndolos, y no ha de ser mayor su astucia que nuestro brío.

Ordena, pues, su pequeño ejército en tres columnas; da el mando de ellas á Girardot, á D'Eluyar y á Urdañeta, y empieza el ataque.

¿Quién era ATANASIO GIRARDOT, al que, en esta campaña célebre, confiaba siempre la vanguardia el general Bolívar, y al cual ahora le empuja al cerro erizado de enemigos?

Era un granadino hijo de la ciudad de Antioquia; muy joven se había puesto al servicio de su patria, abandonando los pacíficos goces de un honrado hogar y el cariño de los suyos. Era casi un adolescente, y ya su nombre corría de boca en boca, entre los de notables que, con amor y admiración, pronunciaban sus compatriotas. En *Palacé* se cubrió de gloria sosteniendo con 75 soldados la arremetida de 700 hombres que tenían á sus espaldas una división de más de 1.000 plazas. Se trataba de la defensa de un puente, y el puente no fué pasado; antes bien, quedaron sobre él y sus alrededores tendidos más de 200 enemigos. Acción célebre en los fastos de la guerra de la Independencia. Refiriéndose á ella, decía el mismo Libertador: «Hasta entonces la Nueva Granada no había visto un peligro mayor para su libertad recientemente adquirida, y las consecuencias del triunfo de Girardot salvaron á un tiempo á su patria de la esclavitud y del exterminio con que la amenazaba el tirano.»

Luego siguió á Bolívar á la campaña de Venezuela, y en ella añadió más hojas á su corona. Jefe de la vanguardia, se distinguía por su celo, la rapidez de sus marchas, su consumada prudencia, el éxito feliz de sus operaciones y su valor indomable.

Ser un héroe en medio de tantos como á millares produjo aquella época fecunda en grandes acciones y en hombres extraordinarios, no era acaso un mérito muy subido; lo que completaba su egregio carácter eran virtudes bien extrañas en esos días de ferocidad y exterminio: aquel adolescente unía á la bravura la amabilidad, á la inteligencia la bondad de corazón, al amor á la patria el amor á sus semejantes, que le hacía dulce y querido á la par que heroico... ¡Qué hermosa figura!

Pero he ahí que ya llegan las columnas á las faldas del Bárbula: suena una descarga horripilante; es la salutación del enemigo que corona la altura.

Los nuestros contestan, replican los otros; y arriba, ¡á la cumbre!... Recibidos por una granizada de balas, se abalanzan al enemigo, le rodean, le aturden, le exterminan... Los que viven todavía, no piden cuartel, porque saben que la guerra es á muerte; confían más bien su salvación á la fuga, y se arrojan desde arriba con el pavor que da alas á sus talones; ruedan á tumbo, se desparraman, estrellándose no pocos contra los mismos que siguen subiendo, subiendo, envueltos en humo y fuego...

—¡Victoria por la patria! ¡Victoria! ¡Victoria!...

Es el joven Girardot, que avanza á la carrera, pone el primero la planta en la conquistada cumbre, y clava en ella el pendón victorioso...

Pero ¿qué sucede? Vacila sobre sus pies; la angustia final cubre su pálido semblante, y cae de bruces envuelto en los pliegues de la bandera que sostenía con valerosa mano...

Bala traidora... La última quizás... ¡Pero ella le ha perforado la frente!...

El campo queda por los nuestros, pero Girardot ha muerto: ¡qué victoria tan costosa!

«La primera vida notable que segó la muerte en el ejército republicano—dice con razón uno de los historiadores de aquel suceso—fué también la más hermosa y la más llena de esperanzas» (1).

El Libertador sintió como debía esta pérdida que privaba al ejército de uno de sus mejores oficiales y á él de un gran colaborador en la magna obra de redención que había emprendido.

Aquel mismo día expidió una ley para honrar su memoria; de ella copiamos la parte dispositiva, que dice así:

«1.º El día 30 de Septiembre será un día aciago para la República, á pesar de las glorias de que se han cubierto sus armas en este mismo día; y se hará siempre un aniversario fúnebre, que será un día de luto para los venezolanos.

»2.º Todos los ciudadanos de Venezuela llevarán un mes consecutivo de luto por la muerte del coronel Girardot.

»3.º Su corazón será llevado en triunfo á la capital de Caracas, donde se le hará la recepción de los libertadores y se le depositará en un mausoleo que se erigirá en la catedral metropolitana.

»4.º Sus huesos serán transportados á su país nativo, la ciudad de Antioquia, en la Nueva Granada.

»5.º El cuarto batallón de línea, instrumento de sus glorias, se titulará en lo futuro el *Batallón de Girardot*.

»El nombre de este benemérito ciudadano se escribirá en todos los registros públicos de las municipali-

(1) BARALT.

dades de Venezuela, como el primer bienhechor de la Patria.

»7.º La familia de Girardot disfrutará por toda su posteridad de los sueldos que gozaba este mártir de la libertad de Venezuela, y de las demás gracias y preeminencias que debe exigir del reconocimiento de este Gobierno.

»8.º Se tendrá esta por una ley general, que se cumplirá inviolablemente en todas las provincias de Venezuela.

»9.º Se imprimirá, publicará y circulará para que llegue al conocimiento de todos sus habitantes.»

La muerte de Girardot no quedó sin venganza.

Ardiendo en ira los granadinos que formaban parte del ejército, pidieron ser conducidos contra el enemigo que aun permanecía en las «Trincheras».

Eran éstas un lugar casi inexpugnable; estaban allí con Monteverde dos mil veteranos; pero ¿qué reducto es temible para los que sienten en el alma el entusiasmo del triunfo?

D'Eluyar, amigo y compañero de Girardot, se puso al frente, y marcharon contra las posiciones de los españoles; las atacaron; en cinco notables horas de lucha hicieron prodigios de valor, y se apoderaron de ellas.

Las fuerzas que las defendían fueron deshechas y dispersas, y el mismo Monteverde emprendió la fuga, herido en el rostro; y después de la victoria, Bolívar se puso en camino, llevando consigo el corazón del héroe.

Ya vimos cuáles fueron los funerales que, según lo prescrito por la ley copiada, se le hicieron en Caracas.

Terminaremos el presente episodio con la siguiente bella página de Montalvo:

«¿Quién es el caballero que alarga el brazo y enseña las alturas del riscoso Bárbula? El general dió el orden de victoria; vuelan los soldados rompiendo por los enemigos batallones. El combate está empeñado, las balas caen como granizo, los valientes se extienden por el suelo heridos en el pecho. El general abraza con la vista el campo de batalla, y se dispara adonde la pelea anda más furiosa; suena su voz en dondequiera: su espada, como la del ángel exterminador, despide centellas que ciegan á los enemigos. Bolívar aquí, Bolívar allí; es el Genio de la guerra que persigue la victoria. Flaquea una ala, él la sostiene; otra es rota, él la vuelve su entereza; anima, enciende los espíritus, y no hay cómo salvarse el enemigo, si no agacha las armas y se pone á merced del vencedor. Los que resisten son pasados á cuchillo; los que huyen no volverán al combate; la imagen de Bolívar los aterra, ven su sombra, y tiemblan y trasudan, semejantes á Casandra en presencia de la estatua del macedón invicto.

»Triunfo caro, triunfo horrible; las lágrimas de los jefes, los ayes de los soldados manifiestan cuánto fué triste esa jornada. Joven hermoso, ¿qué haces ahí tirado sobre el polvo? ¿Contemplas la bóveda celeste, tu alma se ha enredado en los rayos del sol y no puedes libertarla de esa prisión divina? Álzate, mira: tus

armas han vencido, mas sin tu brazo la victoria era dudosa. Toma tu parte en la alegría del ejército, vé hacia tu general, y recibe la corona que han esclarecido tus proezas. ¿Quién eres? Te conozco: la frescura de los años, la energía del corazón, la nobleza del alma, todo está pintado en tu rostro bello y juvenil como el de Ascanio. Atanasio, ¿no respondes? Este cuerpo frío, esta belleza pálida, esta inmovilidad siniestra, me dicen que no existes y que tu espíritu voló á incorporarse en el eterno. Muerto estás: la frente perforada, los sesos escurriendo lentos hacia las mejillas, la sangre cuajada en los rizos de tus sienes, dan hartos en que se aflija el corazón y por que lloren los ojos. Morir tan joven no es lo que te duele, si en la eternidad se experimenta alguna pesadumbre; morir tan al principio de la guerra, cuando la suerte de tu patria está indecisa; morir sin verla libre y dichosa, esto es lo que te angustia allá donde miras nuestra cuita. Lejos de tu sepultura, tu madre no podrá regarla con su llanto; tus hermanas, ¿las tuviste?, recibirán la nueva de tu fin y se desesperarán en su ternera; tu amada, tu prometida (preciso era la tuvieras, pues mocedad sin amor es senectud); tu amada; tu prometida, perderá el color y andará silenciosa por lugares solitarios. ¿Qué mucho? Te lloran los soldados, te lloran tus amigos, te llora el general: Urdaneta, D'Eluyar empapan la victoria con lágrimas de sus ojos. Bolívar, Bolívar mismo, mírale, parece el capitán de los cruzados que llorase sobre Reinaldo. Flor del ejército, esperanza de la patria, bendícela desde las alturas, envíanos tu fuerza que nos ayude en las batallas» (1).

(1) *Siete Tratados.*

V

EL BATALLÓN «SIN NOMBRE»

(1813)

La batalla está empeñada. Asomada á una legua de distancia, gentil Barquisimeto, tú la contemplas. Es el 10 de Noviembre de 1813. El realista Ceballos hace esfuerzos increíbles por arrebatar la victoria á las fuerzas republicanas que pelean bajo las órdenes de Bolívar. Grande es el arrojo de unos y otros, entre el sostenido fuego de fusilería; pero al cabo de dos horas, los de Ceballos comienzan á cejar; aprietan la embestida los patriotas, y el enemigo huye en desorden. La batalla está ganada. Loco de furor y de despecho, Ceballos, que había sido arrastrado en la fuga durante los primeros momentos, se detiene en el límite del campo, reúne algunos jinetes y trata de contener á los que huyen despavoridos. ¿Se restablecerá el combate? Imposible parece. La desmoralización es grande entre los serviles, y los independientes les vienen á los alcances. En este momento crítico algo extraordinario, algo

armas han vencido, mas sin tu brazo la victoria era dudosa. Toma tu parte en la alegría del ejército, vé hacia tu general, y recibe la corona que han esclarecido tus proezas. ¿Quién eres? Te conozco: la frescura de los años, la energía del corazón, la nobleza del alma, todo está pintado en tu rostro bello y juvenil como el de Ascanio. Atanasio, ¿no respondes? Este cuerpo frío, esta belleza pálida, esta inmovilidad siniestra, me dicen que no existes y que tu espíritu voló á incorporarse en el eterno. Muerto estás: la frente perforada, los sesos escurriendo lentos hacia las mejillas, la sangre cuajada en los rizos de tus sienes, dan harto en que se aflija el corazón y por que lloren los ojos. Morir tan joven no es lo que te duele, si en la eternidad se experimenta alguna pesadumbre; morir tan al principio de la guerra, cuando la suerte de tu patria está indecisa; morir sin verla libre y dichosa, esto es lo que te angustia allá donde miras nuestra cuita. Lejos de tu sepultura, tu madre no podrá regarla con su llanto; tus hermanas, ¿las tuviste?, recibirán la nueva de tu fin y se desesperarán en su ternesa; tu amada, tu prometida (preciso era la tuvieras, pues mocedad sin amor es senectud); tu amada; tu prometida, perderá el color y andará silenciosa por lugares solitarios. ¿Qué mucho? Te lloran los soldados, te lloran tus amigos, te llora el general: Urdaneta, D'Eluyar empapan la victoria con lágrimas de sus ojos. Bolívar, Bolívar mismo, mírale, parece el capitán de los cruzados que llorase sobre Reinaldo. Flor del ejército, esperanza de la patria, bendícela desde las alturas, envíanos tu fuerza que nos ayude en las batallas» (1).

(1) *Siete Tratados.*

V

EL BATALLÓN «SIN NOMBRE»

(1813)

La batalla está empeñada. Asomada á una legua de distancia, gentil Barquisimeto, tú la contemplas. Es el 10 de Noviembre de 1813. El realista Ceballos hace esfuerzos increíbles por arrebatar la victoria á las fuerzas republicanas que pelean bajo las órdenes de Bolívar. Grande es el arrojo de unos y otros, entre el sostenido fuego de fusilería; pero al cabo de dos horas, los de Ceballos comienzan á cejar; aprietan la embestida los patriotas, y el enemigo huye en desorden. La batalla está ganada. Loco de furor y de despecho, Ceballos, que había sido arrastrado en la fuga durante los primeros momentos, se detiene en el límite del campo, reúne algunos jinetes y trata de contener á los que huyen despavoridos. ¿Se restablecerá el combate? Imposible parece. La desmoralización es grande entre los serviles, y los independientes les vienen á los alcances. En este momento crítico algo extraordinario, algo

imprevisto y fatal ocurre en las filas de Bolívar: los batallones vacilan, los vencedores sienten el frío glacial del temor en las venas, miranse unos á otros con rostros en los que el pánico está dibujado; se oye el grito de *¡Sálvese quien pueda!* Y esos vencedores se precipitan en desordenada fuga delante del enemigo, que también huye. ¿Qué significa todo esto? Una cosa bien singular ha sucedido.

Cuando los patriotas iban en persecución de los realistas desbandados, cuando la victoria estaba conseguida, antójasele á un tambor, sin motivo, sin haber recibido orden alguna, por una inspiración desastrosa, tocar á retirada. El toque se repite de fila en fila por cornetas y tambores, causando profunda admiración á Bolívar y desesperación á los oficiales, que no comprenden la causa de orden semejante.

Entonces el ejército se cree rodeado por fuerzas desconocidas, y que la huida de los de Ceballos es sólo una estratagema para sacarle de sus posiciones y atraerle al peligro. En consecuencia, se derrota.

No menos admirado que Bolívar, Ceballos contempla el singular movimiento de las tropas de su adversario. Comprende algo, y formando apuradamente las columnas que puede, vuela en seguimiento de sus vencedores, que huyen despavoridos.

Grande fué la matanza que consumó en los fugitivos, y acaso ninguno de éstos habría escapado con vida si el escuadrón Ribas-Dávila, que se hallaba á orillas del río inmediato, no hubiese cubierto bravamente la retirada.

Envuelto Bolívar en la huida de sus tropas, llega á la montaña del Altar, por la noche, furioso y desanimado, en unión de unos pocos compañeros.

—¿Pero cómo es esto? — se preguntaban mutuamente—. ¿No estaba ganada la batalla? ¿No huía Ceballos? ¿Y entonces, qué ha pasado?

—Fué un tambor quien tocó retirada á la infantería—dice uno.

—¡Ah, maldito tambor!

—¿Y de qué batallón era? ¿Cómo se llamaba?

—No se sabe nada.

—Pero he ahí que, sin saber cómo, nos hallamos vencidos.

—Vencidos, general Urdaneta.

—Vencidos, coronel Palacios.

Bolívar escucha taciturno y preocupado éste y otros diálogos semejantes. Al fin, como saliendo de un sueño, se estremece, levanta la voz y llama:

—¡General Urdaneta!

—¡Señor!

—Vaya usted y reuna los dispersos.

Urdaneta parte.

Pocas horas después, á costa de grandes esfuerzos, se han reunido unos pocos centenares de hombres. Fórmase con ellos un batallón, y Bolívar les dice:

—Soldados, sois la causa de la más injustificada de las derrotas, comenzada en el momento mismo en que abandonaba el campo el enemigo en desorden. ¡Soldados! ¡Habéis faltado á vuestros deberes para con la causa que defendéis y para con vosotros mismos. En recuerdo de este día y para castigo de vuestro atolondramiento, no tendréis nombre ni llevaréis bandera. Sois el *Batallón sin nombre*, sois el batallón sin bandera. ¿Queréis conseguir uno y otra? ¡Venced! El enemigo os los dará.

Dice. Los soldados inclinan la cabeza; un murmullo

de aprobación se oye entre los jefes. Bolívar entrega el mando de la pequeña fuerza al valiente Urdaneta, ordénale se sitúe en el pueblo de San Carlos, pica espuelas y se va, á largo trote, camino de Valencia.

Una batalla se había perdido: necesario era levantar nuevas fuerzas para proseguir la lucha.

No era fácil esa prosecución. La causa de la libertad, como en otras muchas veces, anteriores y posteriores al año á que nos estamos refiriendo, pasaba por uno de sus momentos críticos. Verdad es que la capital estaba en poder de los republicanos, verdad que había una sombra de Gobierno, verdad que la naciente república había afianzado su pabellón con las batallas de Las Trincheras y de Bárbula; pero también es cierto que en esos días se verificaba una reacción inmensa en favor de la causa española, que la opinión del país era totalmente adversa á los libertadores, y que éstos no tenían seguro ni aun el pedazo de tierra que hollaban con sus plantas. La clerecía en masa habíase levantado contra los independientes; y la empresa bendita, la empresa sagrada, á cuyo recuerdo, pocos lustros después, la América había de levantar altares en el corazón de los libres ciudadanos, era maldecida y denunciada por impía desde lo alto de la cátedra del Espíritu Santo, y á ella, á esa empresa gloriosa, se le achacaban, por bocas consagradas, hasta los terribles sacudimientos de la Naturaleza, ¿Qué mucho, pues, que el pueblo odiase de muerte á los mismos que bregaban desesperadamente en defensa de su libertad y por la conquista de sus derechos? ¿Qué mucho que Bolívar y los suyos en Venezuela, Nariño y sus compañeros en Nueva Granada, y los patriotas de Quito, se viesen abandonados á sus propios esfuerzos

y encontrasen como obstáculo en su camino la declarada mala voluntad de las naciones que querían emancipar de la dominación hispana?

Y, sin embargo, se combatía, y, lo que es más admirable aún, á veces se triunfaba: de todos y contra todos...

Volvamos á Bolívar.

En breves días y con la actividad que era la característica de su genio, logró éste poner en pie un nuevo ejército con que resistir á las fuerzas combinadas de Ceballos y Salomón; y el 24 del citado mes de Noviembre les ganó el memorable combate de Vígirima.

El 5 del mes siguiente óyese gran estampido en la llanura de Araure. Otra batalla está empeñada. Es el mismo valeroso Ceballos, que resiste á los 3.500 hombres de Bolívar.

Pero situación es la suya bien diferente de la jornada de Barquisimeto y del día de Vígirima; pues en los primeros momentos la victoria le sonríe espléndidamente.

La batalla había comenzado de una manera imprevista.

El día anterior, Ceballos ocupaba la colina inmediata al pueblo; en la mañana del 5, había desaparecido; la colina estaba escueta, y en la llanura no se movía más gente que la de Bolívar. ¿Dónde se hallaba el enemigo? ¿Se retiró durante la noche ó preparaba alguna sorpresa á los independientes?

Saber esto era un punto muy capital, y para averiguarlo destacó el general en jefe la vanguardia á man-

do del coronel Manuel Manrique, reforzándola con 400 caballos.

—Y, sobre todo—dijo el futuro Libertador, concluyendo sus advertencias á Manrique—, en ningún caso empeñe usted combate.

Partió Manrique. El resto del ejército, después de reconocer el pueblo, se movió por el camino de Acarigual.

El enemigo no parecía. Busca Manrique por una parte, busca por otra; cuando se encontró con lo que tan afanosamente iba buscando, se tenía encima todo el ejército de Ceballos.

¡Y en qué formidable posición se había colocado éste!

Resguardado y defendido por un espeso bosque en que apoyaba su retaguardia y sus flancos, con una laguna por delante, que imposibilitaba cualquier ataque de frente; fuerte con diez piezas de artillería... ¿cómo iba á ser expugnado?

Manrique pretende retirarse; ya no era hora: mil jinetes le han cortado la retirada, y se vienen sobre él como un huracán, lanza en ristre y sable en mano, dirigiendo los corceles con las rodillas... Es preciso luchar... y morir; pues vencer, ¿cómo?

Y ahí mueren todos: son 500 cazadores; los 500 caen al golpe de la lanza enemiga... al frente, ruge el cañón y consume la matanza... Manrique y cinco ó seis oficiales más son los únicos que logran escapar. Ya el ejército republicano no tiene vanguardia. Reserva... ¿qué reserva?

La segunda división, en cuanto en el campamento se oyen los estampidos de la artillería, vuela en auxilio de la vanguardia: al llegar se encuentra con que ésta ya no existe.

Medio desmoralizados y confusos, entran en acción los reclutas, inexpertos en el manejo de la arma, que dicha división formaban: el enemigo les recibe rudamente. Muévase en su auxilio la caballería; mas si una parte de ésta penetra en las filas contrarias, la otra retrocede en confusión.

No es difícil de prever el resultado: el número, la disciplina, el mejor armamento, la artillería, de que los nuestros carecen, van á arrollar una vez más á la hueste patriota... Bolívar lo ve, y se le llena de luto su grande alma.

—¡Avancen los últimos!... ¡Adelante el *Batallón sin nombre!*

El *Batallón sin nombre*, sin más armas que largas lanzas, sin bandera que desplegar, se arroja sobre el enemigo, resistiendo sus nutridas descargas, venciendo los obstáculos del bosque... Acero contra fuego... ¡Ah! ¡Bravos campeones!

Choca con el enemigo, lo alancea, quitale los fusiles, las cartucheras, y le devuelve bala por bala... A los ocho minutos, ya tenía bandera; á los diez minutos, habían muerto los artilleros sobre sus piezas; á los quince minutos, la batalla estaba ganada.

Los contrarios se dispersan, dejando mil fusiles, toda la artillería, casi todo el parque, cajas de guerra, vivres, banderas en poder del vencedor. Caen también 300 prisioneros... Ceballos y Yañez vuelan en alas de su miedo...

El *Batallón sin nombre* está formado en primer término. El ejército celebra, al día siguiente, su victoria; Bolívar le revista.

El general se adelanta á caballo, seguido de su Estado Mayor, dirigiéndose al lugar donde descansa sobre las armas el batallón tan prodigiosamente heroico la vispera.

Un ayudante del jefe lleva una bandera: esa bandera es una de las quitadas al enemigo por el innominado cuerpo.

Bolívar va á hablar, y hace seña al corneta que toque atención. Sucede un profundo silencio.

—¡Soldados!—dice dirigiéndose á los del *sin nombre*—. ¡Soldados! Vuestro valor ha ganado ayer en el campo de batalla un nombre para vuestro cuerpo; y en medio del fuego, cuando os vi triunfar, le proclamé el VENCEDOR DE ARAURE. Habéis quitado al enemigo banderas que un momento fueron victoriosas: habéis ganado la famosa llamada *invencible de Numancia*. Llevad, soldados, esta bandera de la República. Yo estoy seguro de que la seguiréis siempre con gloria.

Los soldados, estremecidos de placer y de legitimo orgullo, reciben la bandera de manos de su caudillo, y luego, por un sentimiento súbito, espontáneo y unánime, gritan entusiasmados:

—¡Viva el general Bolívar!

El caudillo inclina la cabeza, se descubre lentamente, y grita á su vez:

—¡Viva la República!

El ejército entero repite:

—¡Viva la República!

Y todos, igualmente, se descubren un momento.

VI

EL PARQUE DE SAN MATEO

(1814)

Desde el 20 de Febrero (1814) Bolívar estaba acampado y atrincherado en el pueblo de San Mateo (Venezuela) y sus alrededores.

«Hállase situado este pueblo entre Victoria y la ribera del lago de Valencia; en una parte del espacio llano que dejan entre sí las cordilleras, casi al ocaso, le demora el pueblo de Turmero, y al Sudeste, el de Cagua, edificado á la orilla izquierda del Aragua. Al Norte y Sur de San Mateo corren dos filas de montes que lo dominan en varias direcciones: en el primer rumbo hay dos pequeñas alturas, la llamada del Calvario y otra en cuya cima había una casa propia de Bolívar; pues debe saberse que al pie del monte y contiguo al pueblo, hacia el Oriente, se hallaba el Ingenio, la mejor hacienda patrimonial del jefe republicano. Por el segundo, y frente á frente de las alturas nombradas, había otras dos que dicen comúnmente cerros de la Punta del Monte. El Libertador hizo levantar y man-

daba en persona una trinchera para interceptar el camino real de la Victoria, que atraviesa el pueblo de San Mateo y corre al pie de la casa alta del Ingenio y del Calvario; y varias partidas de infantería avanzadas defendían el pasaje del río Aragua y las calles próximas á la trinchera (1).

Pocos días después, el sanguinario jefe realista José Tomás Boves, famoso en los anales de la ferocidad humana, llegó al mencionado pueblo de Cagua (25 de Febrero), al frente de 7.000 hombres aguerridos, de caballería los más.

Esto quería el caudillo de los independientes, que apenas contaba con 1.200 soldados de infantería y 600 jinetes, fuerzas con las que no le hubiera sido posible resistir á su adversario en campo abierto: por eso le había atraído á la sierra, donde no podía Boves desplegar el arrojo indomable é incontenible de aquellos llaneros que, en un partido y otro de los contendientes, tan célebres se hicieron en la guerra de la Independencia.

Al día siguiente quiere Boves limpiar de avanzadas las orillas del río, pero se estrella su intento en la serena resistencia que le opone el intrépido mayor general Mariano Montilla. Retírase maltrecho, y el 28 se arroja sobre los patriotas desde las alturas de Punta de Monte, con ímpetu tremendo y atronadores gritos. Parecía un huracán que ensordecía los espacios, un alud que se desgajaba de los montes, aquella hueste tremenda. Baja gritando y se precipita contra los atrinchamientos, decidido á despedazarlo todo, á matar cuanto encuentre.

(1) BARALT.

Un nutrido fuego les ataja en su carrera á los feroces llaneros, y caen por docenas, por centenares, cubriendo el campo de cadáveres, heridos y sangre.

No cejan; bien al contrario, se revuelven iracundos contra los que les hostigan con una lluvia terrible de balas, que el mismo Libertador dirige; pero su ira es impotente.

Es ya el medio día: se ha combatido desde el amanecer, sin ningún resultado para la una ni para la otra parte. Bolívar se muestra grande en su serenidad; Boves, admirable en su salvaje arrojo.

¿Tregua? ¿Respiro? Ni un momento: el guerrillero realista conduce tropas de refresco al ataque; el general republicano ordena al coronel Villapol que refuerce el Calvario y haga por ese lado un amago al enemigo. Este marcha sobre Villapol, se apodera de unas casas y al abrigo de ellas le diezma sin misericordia, le pone en grande aprieto. Bolívar le socorre, le envía un cañón: ¡nada contiene á Boves, ni el parapeto que levanta el coronel patriota!

Sigue la lucha más empeñada en el Calvario, con una tenacidad y bravura dignas de la epopeya. Un balazo hiere mortalmente al célebre Campo-Eliás, otro tiende muerto á Villapol, treinta oficiales y doscientos soldados de la patria yacen heridos ó muertos, ¡y el fuego continúa más horroroso, y no cede el coraje en el ánimo de los combatientes!

El hijo de Villapol, que pelea en otra parte, al saber la muerte de su padre, corre, herido como está, al lugar terrible; restablece la confianza, arroja de las casas á los de Boves, y cae desmayado. En ese mismo momento recibe Boves una herida, y como las sombras de la noche cundiesen ya por la tierra, se retira con

los suyos á las alturas, dejando á Bolívar dueño del campo de batalla, y cubiertos con los cadáveres de sus valientes los caminos, la campiña y las calles del pueblo. Se había combatido con desesperación durante diez horas y media.

El primer día del siguiente mes de Marzo, el Libertador extendió su línea de defensa hasta su hacienda, y en la casa alta del Ingenio situó el parque con un cuerpo de infantería que lo custodiase, al mando de un joven santafereño llamado el capitán Antonio Ricaurte.

Así permanecieron algunos días frente á frente los dos ejércitos, sin otro incidente que una tentativa que el Libertador hizo de arrebatar á Boves de en medio de los suyos, y que se le frustró, cuando el 9 de Marzo supose en el campamento republicano que el bandido Rosete había ocupado el 6 á Ocumare y amenazaba la indefensa Caracas con una horda de 3.000 asesinos, que, de penetrar en ella, hubieran pasado la población á cuchillo.

El conflicto era grande, angustiosa la situación. Las fuerzas patriotas estaban muy reducidas á consecuencia de los combates del mes anterior, y toda disminución que se hiciera en ellas era arriesgar el peligro y correr á una muerte cierta.

Sin embargo, Bolívar se olvida del riesgo que puede sobrevenirle; elige 300 hombres de los mejores del ejército, les da por comandante al mayor general Mariano Montilla, y ordena á éste que vuele al socorro de la capital saliendo del sitiado campamento á vista del enemigo, con banderas desplegadas y á tambor batiente.

Boves se engaña: cree que van á atacarle por la de-

recha, refuerza ese flanco, y deja escapar la columna de Montilla (10 de Agosto), que avanza tranquilamente para ir á pulverizar, en unión con Ribas, el cuerpo de Rosete, en las calles de Ocumare. (20 de Agosto.)

Furioso al verse engañado, arremete al contrario el día 11, pero recibe una severa lección. El 17 hacen una salida los libres, y escarmientan una vez más á los de Boves, destruyendo unos cuerpos de caballería, cuyos destrozados restos empujan en desorden hasta Cagua Hermógenes Maza y Tomás Montilla, oficiales republicanos.

Los dos días siguientes fueron de calma. El enemigo, adoctrinado con tantos y tan seguidos descalabros, temía, sin duda, á aquel puñado de valientes infatigables que continuaban en sus posiciones.

El 20 se oyeron grande estrépito, aclamaciones y vitores en el campamento realista. Era que Boves, curado ya de su herida, se presentaba en él, ansioso de venganza, tan intrépido é incansable como antes. Aquel mismo día se renovaron los combates. Las cargas que daban los llaneros eran formidables; pero no podían salvar los parapetos desde los cuales el ejército libertador les hacía un devastador fuego de cañón y fusilería. Por otra parte, Boves andaba escaso de municiones.

Así siguieron las cosas hasta el 25, de inmortal recuerdo, en que el caudillo de los sitiadores dispuso un asalto general y decisivo.

Él no tenía pertrechos; érale indispensable tomarlos donde los hubiera; y sabía que el parque de los sitiados, guardado por escasa tropa, estaba, según hemos dicho, en la casa alta del Ingenio: un golpe de audacia, y era suyo. Y sin municiones, Bolívar estaba perdido,

irremisiblemente perdido! Todo consistía en burlar la vigilancia del enemigo.

Despuntaba apenas la aurora de aquel día memorable, cuando Boves, tomadas é impartidas ya las disposiciones necesarias al logro del intento, dió la señal del combate.

Bajó á la llanada en orden de batalla, y acometió por todas partes con el impetu acostumbrado.

Fué un turbión que corría ciego contra los parapetos... A resistirlo estaban allí con sus héroes Lino Clemente, Martín Tovar, Tomás Montilla, Pedro León Torres, Hermógenes Maza, el impávido Gogorza, D'Eluyar, célebre en la historia de la magna guerra, y otros muchos cuyos nombres debe guardar la posteridad con admiración y respeto...

Las cargas se repiten, la sangre corre á borbotones; anda la Muerte al escape en medio de los lidiadores; los cadáveres amontonados dificultan el paso de los vivos; y el aire tiembla estremecido al fragor de las descargas de los fusiles, al estampido de los cañones, al grito tremendo de una lucha de titanes. Se oyen por aquí blasfemias, por allá el clamor de los heridos, y hombres y caballos ruedan confundidos en el espeso polvo que la sangre tiñe de rojo...

¿Cuartel? ¿Misericordia? No hay misericordia, á ninguno se da cuartel; ¿prisioneros para qué, si el que se entrega sabe que luego ha de sucumbir sin gloria, fusilado al día siguiente? Y la ira crece, y ciegos todos, se lanzan á las armas contrarias más en pos de la muerte que de la victoria, perdido ya el instinto de conservación.

Boves, que había repartido los últimos cartuchos á sus soldados, andaba por las filas, discurriendo so-

berbio á caballo, en una prueba de arrojo increíble. ¡Azuzá á unos con gritos salvajes, premia á los más esforzados con voces y ademanes de entusiasmo, conduce él mismo á muchos al pie de los parapetos, rectifica la puntería de los fusileros, y á no pocos con sus propias manos les ayuda á escalar aquellos reducidos que vomitaban sin cesar torrentes de metralla!... ¡Valor sublime el suyo, más que temerario, si hubiese sido empleado en la defensa de la noble causa americana y, principalmente, si no hubiera estado manchado con actos de crueldad inaudita que aun recuerdan con horror las generaciones!...

De pronto se ven los cerros en que apoyaban su izquierda los patriotas, coronados por una fuerte columna enemiga.

¿Están flanqueados, por ventura?

¡Maldición! ¡Es una cosa peor, es una cosa mucho más terrible!

—¡El parque!— exclaman aterrorizados los patriotas...

Era el movimiento decisivo del general contrario. Sigilosamente había caminado aquel gran golpe de gente escogida, desde muy por la madrugada, mientras el grueso del ejército tenía ocupados á los republicanos con la embestida en toda la línea. Su objeto, que ya lo alcanzaba en esa hora, era pasar por la retaguardia del enemigo, apoderarse de las descritas alturas y bajar desde ellas á la casa donde estaba el parque...

Los patriotas temblaron de angustia, la cual crecía cada instante más viendo cómo aquellas fuerzas descendían en tropel y se dirigían al lugar codiciado sin encontrar resistencia ni obstáculo alguno en su camino

Buena tropa custodiaba aquel depósito sagrado, ¡pero su número era tan escaso! ¿Qué iba, pues, á suceder?

Ya se acercan... ya están á dos cuadras de distancia... ¡Un instante más, un instante, y están perdidos los republicanos!

La desesperación se dibuja en los semblantes, los mismos enemigos aflojan en la acometida para dirigir inquietas miradas por aquella parte.

Vense salir los heridos, pues la casa estaba también convertida en hospital de sangre...

Luego, baja la tropa... ¿Qué? ¿No resiste? ¿No se bate? ¿No se deja matar en el puesto antes que entregar aquello que representa la salvación del ejército, de la República misma, que se había confiado á su defensa?

Bolívar, mudo de asombro, mortalmente pálido, sigue con ansiedad infinita la pavorosa escena.

Al fin desciende del caballo, manda desensillarlo, y colocándose en medio de los suyos: —¡Aqui—exclama—moriré el primero!

De súbito, un estruendo fragoroso, una explosión tremenda ensordece el campo de batalla y va rodando repetido en cien ecos por los montes y valles circunvecinos. Una espesa nube de humo se levanta enfrente, en la que brillan millones de chispas...

El combate se suspende y reina en torno un profundo silencio...

¿Qué había ocurrido?

Cuando Ricaurte vió al enemigo cerca y toda resistencia vana, ordenó que salieran los heridos, y tras ellos á sus pocos soldados. Después se entró á los almacenes, y con un valor imponderable, se puso á es-

perar tranquilamente, ceñida la espada y con una mecha encendida en la mano.

Llegan los de Boves, invaden la casa, la llenan, y dando gritos de triunfo, corren á los almacenes. Entre barriles de pólvora y hacinamiento de toda clase de materiales de guerra, encuentran á Ricaurte tranquilo impávido, terrible.

—¡Ríndete!—le gritan.

—¡Viva la Patria!—contesta el sublime joven, y aplica la mecha á la pólvora.

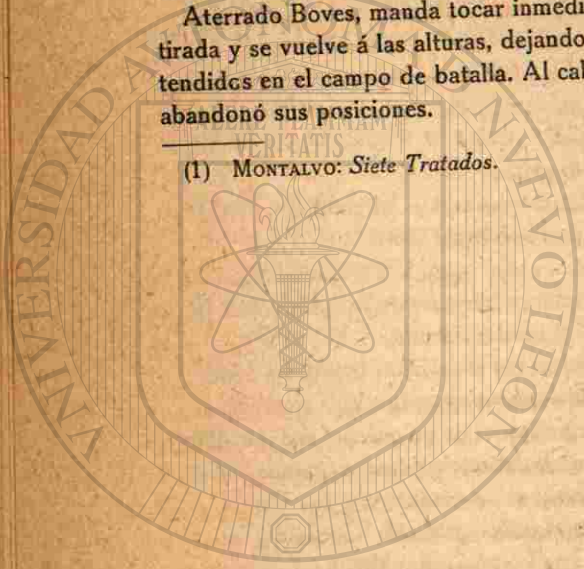
Luego... parque, casa, soldados, Ricaurte, no son sino fragmentos que un huracán de fuego arroja á los espacios. La Patria estaba salvada.

«¿Adónde volaron tus miembros, mancebo generoso? Si fuera dable suponer que los que desaparecen del mundo sin dejar rastro de su cuerpo son llevados al cielo en figura de hombre, yo pensara que tus huesos no yacen en la tierra, ni las cenizas de tus carnes se han mezclado con el polvo profano. Quemado, ennegrecido, sin ojos en el rostro, sin cabello en la cabeza, todavía me hubieras parecido hermoso; y al contemplar ese tizón sagrado, mis lágrimas hubieran corrido de admiración y gratitud antes que de dolor: los grandes hechos, las obras donde la valentía y la nobleza concurren desmedidamente, no causan pesadumbre, aun cuando traigan consigo una gran desgracia; conmueven, exaltan el espíritu, maravillan, y al paso que sentimos la pérdida de un hombre extraordinario, experimentamos satisfacción misteriosa de que la especie humana le hubiese contenido, y de que se hubiese dado á conocer con muerte sublime. Ricaurte, hombre grande en tu pequeñez, ilustre en tu oscuridad, no eres pequeño ni oscuro desde que te sacrificaste por la libertad de la patria»

que tiene á gloria el haber producido hijo como tú» (1).

.....
 Aterrado Boves, manda tocar inmediatamente á retirada y se vuelve á las alturas, dejando 800 hombres tendidos en el campo de batalla. Al cabo de dos días abandonó sus posiciones.

(1) MONTALVO: *Siete Tratados*.



VII

EL AÑO TERRIBLE

(1814)

La causa de la Independencia tuvo períodos de terrible prueba, durante los cuales caía estrepitosa y sangrientamente el edificio no bien construido, inutilizándose los penosos esfuerzos llevados á cabo para levantarlo, y haciendo necesario un nuevo trabajo, acaso más duro que el anterior. Tormento de Sísifo: cargar la piedra poderosa á la lejana cumbre, llegar á ella entre agonías de muerte, y ver rodar la piedra, y volver á la misma obra.

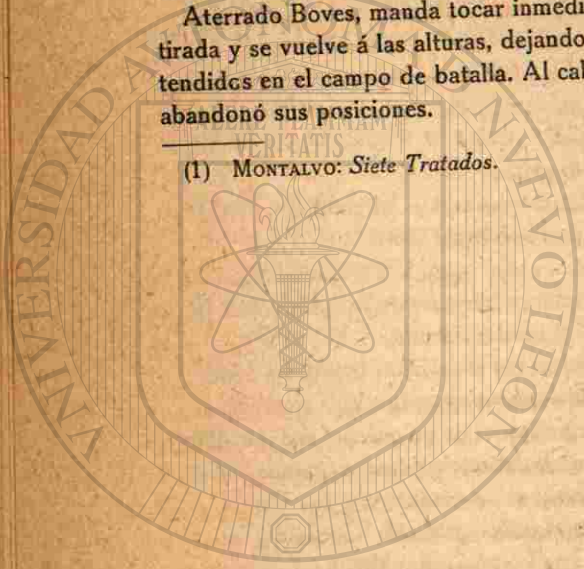
Entre esos períodos ninguno tal vez tan triste y doloroso como el infausto año de 1814, en el que la Libertad fué vencida en todo el Continente Americano...

Pues si en Nueva Granada desaparecía el ejército del Sur y terminaba de modo trágico la primera parte de la carrera militar y política del ilustre general don Antonio Nariño; ardía Cartagena en facciones; la República estaba dividida por civil discordia con un Congreso en Tunja y un dictador en Santa Fe; y era necesario derramar sangre hermana para reducir á la

que tiene á gloria el haber producido hijo como tú» (1).

.....
 Aterrado Boves, manda tocar inmediatamente á retirada y se vuelve á las alturas, dejando 800 hombres tendidos en el campo de batalla. Al cabo de dos días abandonó sus posiciones.

(1) MONTALVO: *Siete Tratados*.



VII

EL AÑO TERRIBLE

(1814)

La causa de la Independencia tuvo períodos de terrible prueba, durante los cuales caía estrepitosa y sangrientamente el edificio no bien construido, inutilizándose los penosos esfuerzos llevados á cabo para levantarlo, y haciendo necesario un nuevo trabajo, acaso más duro que el anterior. Tormento de Sísifo: cargar la piedra poderosa á la lejana cumbre, llegar á ella entre agonías de muerte, y ver rodar la piedra, y volver á la misma obra.

Entre esos períodos ninguno tal vez tan triste y doloroso como el infausto año de 1814, en el que la Libertad fué vencida en todo el Continente Americano...

Pues si en Nueva Granada desaparecía el ejército del Sur y terminaba de modo trágico la primera parte de la carrera militar y política del ilustre general don Antonio Nariño; ardía Cartagena en facciones; la República estaba dividida por civil discordia con un Congreso en Tunja y un dictador en Santa Fe; y era necesario derramar sangre hermana para reducir á la

Unión la rebelde Cundinamarca, y se perdía la escuadra tan penosamente conseguida, y había odio á la libertad en pechos americanos, y el fanatismo excomulgaba á los caudillos de la República, y el desconcierto era grande, y el Gobierno débil, y la situación penosa; si O'Higgins, el prócer chileno, era derrotado por Osorio en el funesto campo de Rancagua, cayendo la República aplastada bajo los pies de bandidos como Bruno San Vicente y otros peores asesinos; si Morelos y Matamoros sucumbían en México ante la fortuna del bárbaro Calleja; si Quito, después de un enorme sacrificio y de una guerra desgraciada, agonizaba en manos del presidente Montes; si el Perú yacía como en la paz de los sepulcros,—en parte alguna se extremó tanto la adversidad como en la infeliz Venezuela.

Por más que los triunfos de Bolívar en 1813 hubiesen alegrado los ánimos de los independientes y dádoles valor y confianza para los combates y tormentas que se preveían en días no lejanos, la situación estaba bien lejos de ser consoladora al comenzar 1814.

Boves, Morales, Yáñez, Rosete, Puy, Calzada y otros hombres que se hicieron famosos en los anales de la ferocidad humana, tenían ocupado casi todo el país con aquellas hordas á caballo, que entraban en las poblaciones, las saqueaban, asesinaban á sus habitantes, y por último las incendiaban.

Y esas hordas eran innumerables, en tanto que los ejércitos de la República se reducían á miserables divisiones que operaban á grandes distancias unas de otras, sin esperanza de auxiliarse, y ardiendo en ellas las sordas rivalidades y mezquinas envidias de muchos jefes...

Y principió el año con un desastre: el republicano Campo-Elias se deja derrotar por Boves en la Puerta. Casi toda la infantería patriota queda en el campo de batalla, destrozada al cabo de dos escasas horas de combatir contra la formidable caballería de los Llanos, pudiendo salvarse apenas Campo-Elias y unos pocos oficiales y soldados.

Si se triunfa en las inmediaciones de Caracas, mediante el arrojo de Ribas y sus compañeros, se pierde Barinas, se pierde Ospino y se sufren los degüellos de la Sabana de Ocumare.

Bolívar ejecuta—¡bárbara necesidad de un tiempo de odios y de crímenes!—860 españoles y canarios que tenía presos en Caracas y la Guaira, pero la implacable saña española había hecho 10.000 víctimas desde 1813...

San Mateo es una prueba admirable de valor y de constancia, y á su recuerdo va unido el del inmortal sacrificio de Ricaurte; pero San Mateo cuesta al pequeño ejército de Bolívar 200 oficiales, 1.500 soldados y el parque.

Si se triunfa del malvado Rosete y se gana la acción de Bocachica, Barquisimeto es saqueada, saqueado San Carlos, despedazados los patriotas en Arao, y reducida á cenizas gran parte de la todavía inexpugnable Valencia.

¡Y cuánto horror! ¡Cuántos crímenes!

Robos, incendios, estupro, violaciones, asesinatos innumerables, hasta en el recinto consagrado de las iglesias, donde—como en Ocumare, en San Carlos, en Aragua—lloran su afrenta las doncellas y las esposas, y caen al pie de los altares benditos centenares y millares de víctimas indefensas...

La tierra es un erial, pues la guerra ha matado la agricultura: el hambre apura; los soldados de la Patria comen carne de asno; en las poblaciones reina la más espantosa miseria; la plata, el oro, las joyas, de particulares y de iglesias, son tomados por los beligerantes...

Y reina la *guerra á muerte*, en mala hora declarada el año anterior. A nadie se da cuartel; los rendidos son ultimados; el asesinato ha venido á ser una costumbre bárbara, y el tormento precede muchas veces á la matanza... ¡El país entero es testigo de una inmensa carnicerial...

¡Qué época maldita! ¡Qué calamidades!...

«Mi espíritu se conmueve—exclamaba el virtuoso arzobispo Coll y Prat, refiriéndose á estos horrores—, y mi alma no puede soportar el peso de tantos males. El hurto, la rapiña, el saqueo, los homicidios y asesinatos, los incendios y devastaciones; la virgen estuprada, el llanto de la viuda y del huérfano; el padre armado contra el hijo, la nuera en riña con la suegra, y cada uno buscando á su hermano para matarle; los feligreses emigrados, los párrocos fugitivos; los cadáveres tendidos en los caminos públicos; esos montones de huesos que cubren los campos de batalla, y tanta sangre derramada en el suelo americano: todo esto está en mi corazón.»

Y el general Rafael Urdaneta, después del desastre total, decía desde Trujillo al Congreso de la Unión granadina, país al cual llevó, á través de congojas sin cuento, los míseros restos del ejército venezolano:

«De aquí para adelante (hacia Valencia) son tantos los ladrones cuantos habitantes tiene Venezuela. Los pueblos se oponen á su bien; el soldado republicano es

mirado con horror, no hay un hombre que no sea un enemigo nuestro; voluntariamente se reúnen en los campos á hacernos la guerra; nuestras tropas transitan por los países más abundantes y no encuentran qué comer; los pueblos quedan desiertos al acercarse nuestras tropas, y sus habitantes se van á los montes, nos alejan los ganados y toda clase de víveres; y el soldado infeliz que se separa de sus camaradas tal vez á buscar el alimento, es sacrificado. El país no presenta sino la imagen de la desolación. Las poblaciones incendiadas, los campos incultos, cadáveres por dondequiera, y el resto de los hombres reunidos por todas partes para destruir al patriota.»

¿Que en este cuadro puede haber alguna exageración? Pues el realista Oropesa, asesor de la Intendencia de Venezuela, escribía en aquellos mismos meses, entre otras cosas, lo siguiente:

«No hay provincias; las poblaciones de millares de almas han quedado reducidas unas á centenares, otras á decenas y de otras no quedan más que los vestigios de que allí vivieron racionales... Yo he quedado sorprendido al ver los caminos y los campos cubiertos de cadáveres insepultos, abrasadas las poblaciones, familias enteras que ya no existen sino en la memoria, y tal vez sin más delito que haber tenido una rica fortuna de que vivir honradamente. La agricultura enteramente abandonada, y así es que ya no se encuentra en las ciudades ni granos ni frutos de primera necesidad. En una palabra, he visto los templos polutos y llenos de sangre, y saqueados hasta los sagrarios. No se puede decir más ni yo me atrevo á referirle lo más que he visto y que he llorado...»

¿No es verdad que parece nos referimos á una época

lejana, á aquellos tiempos famosos de las grandes invasiones de los bárbaros que destruyeron el poder romano?

¿Es Alarico que destruye Roma? ¿Es Atila que viene empujado por un soplo de venganza divina desde el desierto helado?...

¡Y qué breves consuelos para los que sostenían el pabellón de la República en medio de tanta desolación!

El 17 de Mayo se gana la célebre batalla de Carabobo, último chispazo de gloria en ese periodo nefasto; pero el 14 del mes siguiente pierden por completo los republicanos el terrible combate de la Puerta, donde meses antes ese mismo Boves destrozara la división de Campo-Elias...

¡Y qué funestas fueron las consecuencias de aquella derrota!

Bolívar huye con los restos de su ejército, y salen tras él los míseros habitantes de Caracas, en la más lastimosa de las emigraciones.

Ancianos que no pueden bajo el peso de sus años, niños á quienes sonríe aún el ángel de la infancia, adolescentes, imberbes, jóvenes antes esperanza de esa Patria que acaba de morir al golpe de la lanza de un bandido; tiernas doncellas, madres con sus hijos colgados del exhausto seno, matronas respetables... ¡cuántos infelices!... En larga hilera siguen á los últimos defensores de la Libertad, á pie, por senderos frágiles, por caminos sin camino, cargados los más de aquello que reputaran lo precioso de su hacienda... Muchos no pueden; vacila su planta ensangrentada, y caen para no levantarse más en esa vía dolorosa, interminable.

¿Tienen hambre? ¿Sed? ¿Frio?

¡Enhorabuena que la tengan! No hay pan, no hay agua, no hay vestidos, una mala choza que les abrigue ni un corazón misericordioso que les compadezca... Y mueren de hambre, y mueren de frío, y mueren de desamparo, por docenas, por centenares...

¿Qué nube aparece por el horizonte, como un punto negro que se adelanta á manera de viento huracanado?

¡Son los llaneros, los bandidos implacables! Y, á pesar de los esfuerzos de los soldados que la defienden, una vez y otra la procesión de espectros escuálidos que se arrastran por los caminos, es perseguida, lancheada, degollada...

¿Cuándo se vió escena semejante en las tragedias humanas?

¡Y venturosos todavía los que huyen, como un inmenso rebaño perseguido por los lobos! Aquellos que se quedaron en la abandonada Caracas no tienen ni aun la esperanza de salvar su vida en alguna selva oscura, en la cima de algún árbol ó en el fondo inextricable de los barrancos... ¡Todos son pasados al filo de la espada! Juan Nepomuceno Quero merece pasar á los siglos venideros atado por la historia á la misma picota que Antoñanzas, Morales, Rosete y Boves...

Y Valencia se entrega, y sus habitantes son degollados (10 de Julio), y siguen escenas horribles después de la acción de Aragua, perdida por Bolívar (18 de Agosto), y rivalidades tanto más incomprensibles cuanto los días eran más azarosos, llevan su injusticia hasta encender la discordia en el campo de los perseguidos por contraria fortuna; y Bolívar es expulsado por sus mismos tenientes del suelo de la Patria...

Después la angustia llega á su colmo, y se efectúa el gran desastre.

Pues si Bermúdez gana la acción de Maturín, Urdaneta pierde la de Mucuchíes; y se pierden sucesivamente las de Sabana del Salado (17 de Octubre), Corosillos (9 de Noviembre), Soledad (4 de Diciembre), Urica (5 de Diciembre), y el 11 del mismo mes, Maturín cae en poder del enemigo, y sus habitantes son degollados, como lo fueron siete días antes los del pueblo de Santa Ana, tras del combate de Soledad, porque en esta guerra todo encuentro desfavorable á los patriotas era seguido de alguna atrocidad que los realistas perpetraban en las poblaciones indefensas.

¿Qué queda por referir?

Una sombra de autoridad, el nombre de un poder sobre elementos vencidos y dispersos le quedaba al general Ribas, que por dos veces librara Caracas de las amenazas de Rosete y de Morales; y no terminó el año infausto sin que el general Ribas fuese vendido por un negro y cobardemente asesinado, prófugo y solo como le encontraron.

¿Qué le quedaba á la causa de la Libertad?

Le quedaba Bolívar.

Pero Bolívar fué á padecer nuevas amarguras en Cartagena, por la malevolencia de sus enemigos y la criminal inepticia de sus rivales, que preferían el desastre ante el adversario á dar obediencia á las órdenes del Congreso Granadino poniendo á disposición del Libertador los elementos indispensables para defender y salvar la Nación.

Y abandonado y negado por todos, odiado y calumniado, pocos días después dejaba aquel hombre singular las playas cartageneras, haciendo rumbo á Jamaica.

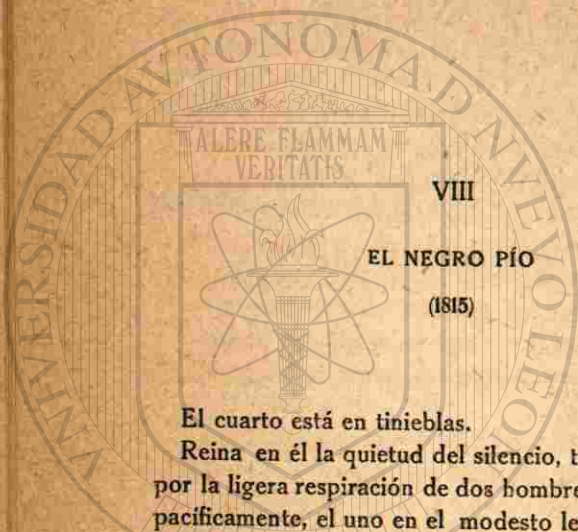
Con él se llevaba el Genio de la Patria...

En esos mismos días estaba á punto de zarpar de Cádiz la expedición pacificadora de D. Pablo Morillo, que presto debía reducir nuevamente á la obediencia á España el palmo de tierra que aun les quedaba á los americanos independientes.

¿Cuándo más desesperada la situación?

¡Sin embargo, nueve años después, la América entera sería libre!

¡Maldito año, año terrible el de 1814!



El cuarto está en tinieblas.

Reina en él la quietud del silencio, turbado apenas por la ligera respiración de dos hombres que duermen pacíficamente, el uno en el modesto lecho de la habitación y el otro en la hamaca.

Afuera se descuelga una lluvia torrencial, de esas tropicales en que el agua cae á chorros espesos, durante días enteros, porfiada, incesantemente.

En lo alto rimbomban los truenos; cruzan el espacio millares de relámpagos, estalla el rayo.

La ciudad yace á oscuras...

Estamos en Kingston, capital de la isla de Jamaica, y es el 9 de Diciembre de 1815.

Todo reposa en paz en la población... ¡Bendita sea la paz!

De pronto, por los negros corredores de la casa aquella avanza con cautela un bulto. Sus pasos no resuenan en el pavimento, sus manos se apoyan en las paredes, su aliento está como contenido.

Son las diez y media de la noche...

El bulto llega á la puerta del cuarto donde los hombres duermen. Está sólo entornada. La entreabre con precaución exquisita para que no haga ruido y se desliza adentro.

Ahoga la respiración, y palpando en la sombra, procura orientarse para no tropezar con algún mueble.

Es diestro conocedor del lugar, sin duda alguna, porque su vacilación dura un instante.

Se dirige, de puntillas, á la hamaca y tantea una de las cuerdas que la sostienen, para cerciorarse, por el peso, si alguien duerme en ella.

Luego desenvaina un puñal, y adelanta un paso.

El hombre de la hamaca no despierta: su respiración es igual y tranquila.

El bulto se inclina sobre él, le ase bruscamente por la ropa y le tira un puñalada en el cuello.

La víctima da un alarido terrible, se incorpora á medias bajo la férrea mano que la oprime, y adivina más que reconoce, á su enemigo al través de la obscuridad y el terror.

—¡Páez! ¡Páez! —grita con todas sus fuerzas—. ¡El negro me asesina!

No tiene tiempo para más.

El negro alza otra vez el brazo, y le entierra el puñal en el corazón.

Luego, procura escaparse.

Pero el grito supremo del asesinato de tan infame manera, ha puesto en pie al llamado Páez, que le persigue dando grandes voces.

El negro, armado como está, no piensa siquiera en defenderse. Tiembla, se aturde, pierde la cabeza, y todo su afán es correr y ponerse en salvo.

Pero el tumulto ha despertado á los demás moradores de la casa, quienes se echan fuera, é informados instantáneamente de lo que sucede, se arrojan en persecución del malvado.

—¡El negro Pío!... ¡El negro Pío!... ¡él es! ¡él es!...

A estos clamores, á este ruido insólito acuden los agentes del orden público, y en breve es hallado y aprehendido el malhechor.

¡Aun tenía en la diestra el puñal énsangrentado!

Anhelante está por la agitación de su loca carrera; los ojos sanguinolentos quieren saltársele de las órbitas y brilla feroz su blanca dentadura...

¿Quién era este negro infame? ¿Quién la desventurada víctima y por qué se la había matado?

Bolívar había abandonado voluntariamente las playas colombianas el 9 de Mayo del citado año de 1815, cediendo no tanto á la fuerza arrolladora de la expedición del general Pablo Morillo, cuanto á la envidia y al odio de sus mismos conmlitones y compatriotas, que se desgarraban entre sí en miseras rivalidades, cuando más indispensable era la unión incondicional para resistir al gran torrente que les estaba anegando.

Se dirigió á Jamaica, y se estableció en Kingston.

Iban con él su secretario privado Briceño Méndez, su primer edecán Kent y los dos hermanos Carabños.

Algunos días después emigraron, con la misma dirección, otros oficiales patriotas, entre los cuales se contaba el teniente coronel Páez, que había sido su edecán.

Una vez en Jamaica, lleno siempre Bolívar de su

pensamiento libertador, dióse á buscar amigos y protectores para la independencia de su patria, y á publicar en los periódicos escritos en los que exponía con valor y talento la justicia del movimiento revolucionario y la verdad de los acontecimientos. Esta última labor era muy urgente, porque los enemigos de la emancipación americana propalaban en el extranjero mentiras y calumnias con el objeto de concitar antipatías contra la mencionada causa.

Por lo demás, parecía locura que el Libertador soñase siquiera en proyectos de nuevas expediciones y quisiese interesar en ellos á gentes extrañas en el momento preciso en que más desesperados que nunca se presentaban los sucesos de la Revolución. Nada resistió ante los diez mil veteranos de Morillo, que acababan de humillar en España el enorme poderío de Napoleón el Grande. Los ejércitos republicanos se habían vuelto humo; los elementos de guerra estaban en poder del *pacificador*; Venezuela, Nueva Granada, Quito, yacian sometidas; se levantaba ya el cadalso para los americanos que se atrevieron á procurarse la independencia; todo era una ruina, todo era una desesperación.

Sin embargo, Bolívar soñaba en Jamaica—¡sueño profético el suyo, ciertamente!—con la realización gloriosa de los destinos del Nuevo Mundo, desarrollando vastos planes en una carta famosa dirigida en Agosto de ese año á un caballero de aquella isla:— ¡y estaba solo! ¡y estaba pobre! ¡y estaba expatriado...— «Veía á Colombia emancipada—dice uno de sus historiadores—, á Chile constituido, á México, al Perú libertado, al Istmo de Panamá hecho el centro de las comunicaciones y de la actividad de la industria

humana; veía la América del Sur dividida en nacionalidades poderosas, habiendo pasado de la esclavitud á la lucha y á la conquista de la propia dignidad, y de los tiempos de la espada á los de la civilización política y de las constituciones del poder: entidades considerables en la estadística del mundo por sus productos, por su comercio, por su ciencia, por sus guerras, por sus alianzas, por sus leyes, por sus gobiernos libres... con nombres propios, con historias famosas, con virtudes excelsas y esperanzas inmortales» (1).

Sus contemporáneos pudieron reirse de estas que parecían quimeras de un calenturiento: pudieron llamarle loco, porque estaban viendo los sucesos; pero hoy ¿quién se ríe? ¿quién es el loco?...

No se entretenía tan sólo en la propagación de estas ideas el Libertador. Inquieto y activo, llamaba á todas las puertas en solicitud de auxilio, para recomenzar la lucha, y cuando ya el desaliento iba quizás entristeciendo su alma, porque, en fin, hombre era y la debilidad es don común de los humanos, halló—¿quién lo creyera?—un hombre generoso, un noble extranjero (era natural de Curaçao, colonia holandesa no muy distante de Venezuela), que no vaciló en sacrificar—porque sacrificio era en esos momentos—su posición, fortuna, porvenir, en aras de la independencia colombiana. Era rico: tenía barcos, tenía cañones, fusiles, pertrechos, y todo se lo dió á Colombia. Se llamaba Luis Brión: este nombre se hizo justamente célebre en la historia de la liberación de Colombia.

Organizada la expedición, iba á zarpar de un día á otro.

(1) LARRAZÁBAL

Bolívar no sospechaba que en esos mismos momentos estaba cerniéndose sobre él una tempestad en cuyo seno fulguraba con resplandores rojizos el puñal del asesino.

Tenía el Libertador un criado de color, llamado Pio, antiguo esclavo á quien había manumitido.

Contra aquel negro que puso á su servicio personal ninguna queja tenía que alegar: por bueno le había escogido y por bueno le conservaba á su lado.

Dicen que D. Salvador Moxó, entonces gobernador y capitán general de Caracas, anduvo en este criminal enredo, como inspirador, ordenador y pagador, y que envió á Kingston un español y un americano realista con la misión de asesinar al jefe republicano, que, así desterrado y todo, como estaba, era aún motivo de temor para sus contrarios. No es cosa demostrada; pero dada la calamidad de la época y la inmoralidad de los caudillos y autoridades españoles, tampoco es increíble.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que corrompieron al desdichado negro ofreciéndole dos mil pesos por el asesinato de su amo.

Este hubiera perecido irremediamente, si su destino, que para mayores cosas le tenía reservado, no lo hubiese impedido por medio de una casualidad.

Vivía el héroe colombiano en junta de otros emigrados; algo estrecho é incómodo en las apreturas de una convivencia que le quitaba parte de su libertad individual.

Quiso estar mejor, y, acompañado de su secretario

intimo Briceño Méndez, se puso á buscar otro alojamiento.

No le costó mucho trabajo hallarlo como él lo deseaba.

Una criolla francesa llamada madama Julienne le ofreció una sala y una alcoba en su casa, oferta que fué aceptada.

Cerrado el trato, se despedían ya el Libertador y su compañero, con la promesa de volver al día siguiente con su equipaje é instalarse en las habitaciones que acaban de alquilar, cuando cayó la copiosa lluvia á que hicimos referencia en el principio de este episodio.

Se detuvieron. No era cosa de salir á esas horas—ya había cerrado la noche—y con semejante aguacero.

Pasaba el tiempo y la lluvia era cada vez más copiosa. Situación comprometida.

—Puesto que me ha alquilado el cuarto—dijo bondadosamente madama Julienne á su nuevo inquilino—quédese, señor, y así tomará posesión de él desde esta misma noche.

No había más remedio que acceder á la invitación, y Bolívar se quedó.

Su salvación consistió en un acto tan sencillo.

Las dos noches anteriores había dormido el grande hombre en el cuarto de aquel oficial Páez á quien arriba nombramos. Como en la que nos estamos refiriendo no regresaba y se hacía ya tarde, ocupó su lugar otro emigrado, D. Félix Amestoy; y él fué la víctima en la escena descrita.

Al día siguiente, Bolívar hizo insertar en todos los periódicos el artículo que va á leerse:

«Dos mil pesos se han ofrecido por algunos españoles para asesinar á su amo, el general Simón Bolívar.

Pudo más en el criado la tentación del oro que el deber de la fidelidad.—El preso no ha revelado hasta ahora los nombres de los que le corrompieron.—El general Bolívar había dejado su alojamiento por algunos días y colocado entretanto sus baúles y equipaje en el cuarto del teniente coronel Páez, que había sido su edecán. El general durmió una ó dos noches en la hamaca de Páez; y el asesino esperaba que durmiese la tercera.—Apagadas las velas, el negro, que debía cumplir la maldad á que le habían inducido, vino á la hamaca, y hallándola ocupada, dió una puñalada al que allí estaba, creyendo que era su víctima. Cuando el infeliz se movió, el negro le dió una segunda herida mortal en el costado, que causó instantáneamente la muerte.

»Es esta la tercera vez que la vida del general Bolívar ha sido atacada por los españoles más bajos y criminales; y en todas ocasiones ha escapado milagrosamente.

»El desgraciado Amestoy, comisario, era un hombre de excelente educación y de maneras cultas é inofensivas. Al día siguiente de su muerte debía salir para Santo Domingo.»

Condenado á muerte, Pío fué ahorcado el 23 de Diciembre en la plaza pública de Kingston, y su cabeza, puesta en un palo, se colocó en un lugar donde todos pudiesen verla.

Algunos días después de esta aventura, el Libertador se embarcaba en la goleta de guerra *Popa* con rumbo á las riberas de la Patria.

Con él iba la fortuna de Colombia.

propósito el hacerlo por la naturaleza y objeto del presente libro.

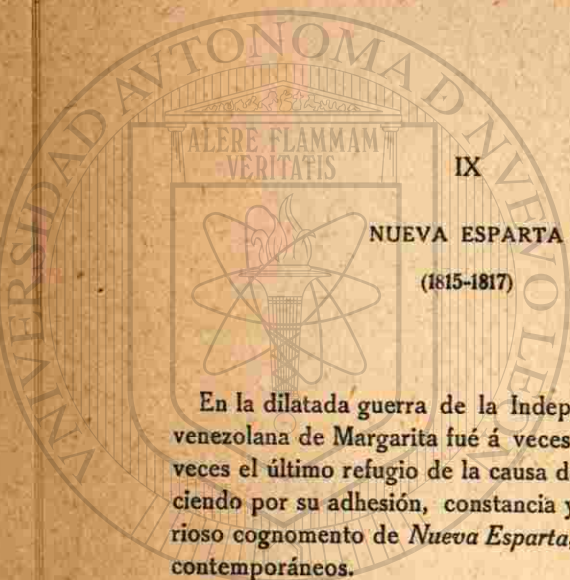
Es en 1815.

La expedición del brigadier D. Pablo Morillo, salida meses antes del puerto de Cádiz, arriba á Margarita: son 10.000 hombres de los combatientes de Bailén, Arapiles y Vitoria, de los defensores de Gerona y Zaragoza; es una escuadra tal como no la vieron nunca las costas americanas; son baterías mandadas por jefes expertos; es el orgullo del vencedor y el altivo desprecio del español por el criollo.

En cercano puerto se encuentra el famoso Morales con numerosas naves, en las cuales trata de embarcar 5.000 expedicionarios contra Margarita: son los restos de aquellos famosos llaneros de Boves; son hienas avezadas al crimen; es el odio del indio y del zambo contra el blanco su compatriota, odio puesto á disposición del extranjero; es, en fin, la venganza y la implacable sed de sangre.

¿Por ventura hay en la isla algún ejército formidable que aniquilar? ¿Hay conspiraciones que ahogar en las cárceles y en los patíbulos? ¿Tanta importancia tiene aquel pobre lugar, pequeño en extensión, escaso de recursos y corto en pobladores?

No llegan á quinientos los defensores de la isla, mal armados, mal vestidos, mal sustentados y sin esperanzas de protección. El Genio de la libertad americana anda por el extranjero mendigando auxilios para liberar á un Continente. Venezuela, Nueva Granada, Quito yacen en paz, la paz de los sepulcros donde los gusanos devoran el cadáver. Si algunos guerrilleros audaces se agitan intrépidos en el fondo de los llanos ó en la espesura de los bosques, su acción no es sufi-



En la dilatada guerra de la Independencia, la isla venezolana de Margarita fué á veces el baluarte y á veces el último refugio de la causa de los libres, mereciendo por su adhesión, constancia y heroísmo el glorioso cognomento de *Nueva Esparta*, que la dieron los contemporáneos.

Cuando todo estaba perdido, cuando aun las menores esperanzas se habían apagado en el corazón de los independientes, y triunfaba la tiranía en el Continente y campaban por su respeto, ejerciendo de gobernantes, caudillos y jueces, alimañas disfrazadas de verdugos, la bandera republicana alzabase orgullosa en algún rincón de aquella isla, combatiase allí con el coraje de la desesperación y se extremaba la resistencia hasta un punto verdaderamente extraordinario y admirable en las páginas americanas.

Narrar á grandes rasgos la historia de esa isla célebre, sería poner de relieve uno de los episodios más brillantes de la Independencia. No entra en nuestro

ciente para interrumpir ese como silencio de muerte que domina en torno. La Libertad ha caído asesinada.

Y porque Margarita la proclama, porque en ella hay hombres bastante locos para provocar las iras del español, van contra ella todas las fuerzas de que éste dispone, cual si los ejércitos de Bolívar le esperasen en sus orillas para repetir la heroica hazaña del Bárula y la resistencia inmortal de San Mateo.

Llega Morillo, amenaza, intima la rendición.

¿Qué van á hacer los 400 margariteños levantados en armas contra los 10.000 soldados enviados de la Península?

Se guardan para mejor ocasión; ocultan sus armas, lloran de despecho, se dispersan, desaparecen; la isla queda en poder de los españoles.

Entonces se ve una cosa sorprendente. Treinta goletas defienden la salida con sus cañones cargados de metralla, con sus tripulaciones ganosas de combate; embarcaciones menores, bien armadas y artilladas, cruzan á la distancia: toda la tierra es del enemigo... Una pequeña embarcación se lanza por entre los enemigos; en ella va de pie un hombre, rojo de indignación, contraída la boca y fulgurando en sus ojos un odio salvaje: ese hombre profiere imprecaciones atroces contra los españoles y les muestra los puños en señal de amenaza.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? Está loco—dicen los vencedores, al mismo tiempo que le dejan pasar.

—¡Miserables!—prosigue el hombre de la canoa—. ¡Yo soy Juan Francisco Bermúdez, yo soy el general Bermúdez, yo no me rindo!...—Y agrega palabras tremendas de profundo desprecio, de cinismo heroico, de esas que si la Historia no recoge en el campo de

Waterloo de los labios de un coronel de Granaderos de la Guardia, la posteridad no olvida, porque revelan un carácter, sintetizan una pasión y determinan un conflicto.

—¡Volveré, volveré!—repetía Bermúdez, solo contra todo un ejército, en una exaltación rayana con la locura; y sus palabras apasionadas se perdían en la inmensidad del mar, al mismo tiempo que, alejándose de las costas de la patria, iba en su barquichuelo á solicitar abrigo en alguna hospitalaria playa del extranjero.

Pasaron algunos meses. (Noviembre de 1815.) La perfidia española que se presentara proclamando la paz, el olvido y el perdón de antiguas injurias, extremó sus furores de venganza en la indefensa isla. Se consumaban asesinatos, cundía el pánico en las familias, el duelo era público. Todos llevaban la muerte en el alma, y la ira recontaba las afrentas que había que reparar en el día de las venganzas.

En la gobernación de la isla, al buen D. Antonio Herráiz, probo y tolerante magistrado, le había sucedido D. Joaquín Urreiztieta, uno de aquellos canibales españoles cuyos instintos feroces puso en evidencia la guerra á muerte.

Capitán general de Venezuela era D. Salvador Moxó, otro que tal, y éste le decía á Urreiztieta:

«Prevengo á usted que deseche toda humana consideración. Todos los insurgentes ó los que los sigan, con armas ó sin ellas, los que hayan auxiliado ó auxiliado á los mismos, y todos los que hayan tenido parte en la crisis en que se encuentra esa isla, serán fusilados irremisiblemente sin formarles proceso ni sumario, sino con breve consejo verbal de tres oficiales. Reencargo

á usted mucha actividad, y que, siendo inexorable, me dé parte de la entera pacificación de ese albergue de pícaros que tanto han abusado de nuestra bondad y clemencia...»

¡Buen encargo! Aquella orden era como la sentencia de destrucción de la isla entera...

A la mente depravada de Urraiztieta se le vino el extraño pensamiento de imitar á aquellos famosos tiranos y asesinos de otras edades, que solían ultimar á sus víctimas en medio de las delicias de un festín; y con el objeto de atraer á los jefes independientes y cumplir con facilidad la humana y suave orden de Moxó, dispuso un gran banquete, á cuyos postres las damas margariteñas verían en sus platos las ensangrentadas cabezas de sus padres, hijos y maridos; ó bien contemplarían cómo rodaban aspados á puñaladas en el momento en que las efusiones del vino instan á brindar por la felicidad de los circunstantes.

¡Horrible plan, en verdad, y que, felizmente, no llegó á efectuarse!

Caudillo de los patriotas margariteños y persona principal en la isla, era, por aquella época, un jefe republicano llamado D. Juan Bautista Arismendi, nombre que luego debía hacerse famoso en los fastos de nuestra magna lucha. Contra éste, especialmente, iban dirigidos los furoros del gobernador Urraiztieta; á éste se le quería anonadar, después de haberle reducido á la última extremidad: él era el primer convidado al festín en cuestión, cuyo objeto aparente era festejar la caída y prisión del capitán del siglo, Napoleón el Grande.

Por la revelación de un amigo supo Arismendi el complot infame en que querían victimarles á él y á sus

camaradas; y sin contestar al amable convite del verdugo, fugó al Norte de la isla y se ocultó. Pocos días después levantó una partida con la cual ocupó el puerto de Juan Griego. Entre todos, eran muy poco numerosos; por armas lanzas, azadas, horcones, cuchillos y garrotes; con estos elementos desafiaban á las autoridades de la isla, las fuerzas militares que en ella había, las iras de Morillo y los suyos y el poder español en América; y estaba escrito que triunfarían, que en ello habían de encallar autoridades y ejércitos, aun cuando Margarita quedase reducida á pavesas...

Ardió en cólera Urraiztieta cuando supo el levantamiento de Arismendi... ¡Cómo! ¿Aquel Arismendi era, pues, tan cobarde y vil que, en vez de venir á dejarse degollar plácidamente en el opíparo banquete del señor gobernador, corría, desalado, á ocultarse, y, por fin de cuentas, tenía el atrevimiento de alzarse en armas y proclamar de nuevo la ya vencida independencia americana?

«No dará usted cuartel—le decía á D. Juan Garrigo, á quien mandaba á debelar la rebelión del jefe patriota—; no dará usted cuartel á ninguna persona, y permitirá el saqueo á las tropas luego que lleguen (á la villa del Norte). Dará usted fuego al pueblo de San Juan, y se retirará cuando todo esté *TRANQUILO*... La villa del Norte será también quemada cuando vuelva usted de San Juan.»

¡Cuando todo esté *TRANQUILO*! La frase merece pasar á la Historia; hablar de tranquilidad al mismo tiempo que se ordenaba el incendio de las poblaciones y el asesinato de sus habitantes, sería el colmo de la imbecilidad humana si no fuera el extremo de la perversidad.

La guerra se encendió; y las crueldades llegaron á su colmo.

Doña Luisa Cáceres se llamaba una joven y hermosa dama caraqueña, esposa del general Arismendi.

No pudiendo aprehender al marido, aprisionaron á la mujer los jefes españoles, y ejecutaron contra ella actos de violencia y crueldad bastantes á deshonrar cualquier causa.

Sumida en un oscuro y fétido calabozo, hartada de insolencias y desprecios, custodiada como un criminal, la infeliz señora sintió los dolores del parto. Un bárbaro español, llamado Pardo, contemplaba con alegría propia de una hiena la angustia suprema de la maltratada doña Luisa, y en su corazón sintió el extraño deseo de victimar al recién nacido. El 29 de Enero de 1816 escribía Pardo á Moxó diciendo que *la esposa de Arismendi había dado á luz, en la prisión á que estaba reducida, un nuevo monstruo... y que convendría decapitarla*, al mismo tiempo que preguntaba al inexorable capitán general de Caracas *si debería privar de la vida á todas las mujeres y niños de la isla de Margarita, que eran patriotas y que servían á sus maridos, hermanos y padres insurgentes...* Moxó retrocedió ante crimen semejante; pero no por eso se aplacaron las venganzas de los realistas.

El aire malsano del calabozo, los diarios maltratos, el horror de una situación desesperada, no abatieron el ánimo de la valiente señora. Vió morir al hijo concebido en la esperanza y nacido en la cárcel; sabía que el esposo andaba rodeado de enemigos, sorteando cada día riesgos de muerte; ella misma era tratada peor que un presidiario, y no abrió sus labios á la queja, ni se arrojó en brazos de la desesperación. No-

ble, altiva y desdeñosa, exasperó á sus carceleros, quienes la embarcaron, bajo partida de registro, con destino á las cárceles de Cádiz. ¡Hermosa muestra de alma americana! Bien hace un historiador al decir que la constancia de esta mujer en el sufrimiento y su ánimo varonil forman uno de los más bellos episodios de la guerra de la Independencia.

Arismendi, por su parte, no flaqueó tampoco, ni dudó ante la situación de su esposa, sabiendo anteponer el amor de la Patria al de la adorada compañera de su vida. Toda la isla se levantó con él; consumáronse actos de intrepidez increíble; y entre el asesinato de los patriotas, el saqueo é incendio de las poblaciones y la sangrienta devastación de los campos, sostuvo la resistencia durante meses y años.

En vano se extremaron los ataques, en vano se multiplicaron las expediciones, en vano el mismo Morillo, con todas sus fuerzas, volvió, en 1817, á presentarse en las costas margariteñas. La *Nueva Esparta* fué la tumba de aquellas expediciones, la roca invencible contra la que se estrelló el arrojo español; y su resistencia, la salvación del ejército libertador de tierra firme, y la ocasión propicia para que Bolívar se apoderase de la capital de la Guayana, cuna de Colombia, y en la cual nunca jamás volverían ya á poner sus plantas los soldados de Fernando.

Cuando en el año que acabamos de citar se presentó el caudillo español, con el aparato de todas sus fuerzas, en Margarita, é intimó la rendición, el gobernador de ella, general Francisco Esteban Gómez, envió la contestación siguiente, desde la Asunción, capital de la isla, y con fecha 31 de Julio:

«Los espartanos de Colombia han visto con admi-

ración el parlamentario inesperado que V. E. les ha enviado.

»Los espartanos de Colombia no se aterrorizan con la presencia del ejército formidable que V. E. tiene á sus órdenes.

»Los espartanos de Colombia combatirán hasta perder sus vidas; y si V. E. fuere vencedor, será señor de las cenizas y lúgubres vestigios que quedarán de nuestra constancia y valor. Con eso se complacerá su tiranía ambición, mas no con dominar jamás á los ilustres defensores de la Nueva Esparta.»

Tembló de ira Morillo ante respuesta semejante; y aunque los acontecimientos de la Guayana le obligaron á abandonar la empresa, impidiéndole cometer las atrocidades á que se preparaba, no por ello dejó de perpetrar asesinatos, destruir las fortalezas de Juan Griego y degollar á bordo de sus naves á los incautos que se le habían entregado bajo la fe de su palabra y la promesa de generoso indulto.

Dos años duró, pues, la resistencia de Margarita, resistencia que llegó al grado heroico contra todos los miles de *pacificadores* venidos de la Península. El mismo jefe español hizo justicia á sus bravos defensores cuando, escribiendo al Rey, les pintó como *gigantes, combatiendo como tigres, y presentándose al fuego y á las bayonetas con un ánimo de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo...*

¡Llor á la invencible Nueva Esparta, y que su nombre sea saludado con respetuoso cariño por los amigos de la libertad!

X

LA LOCURA DEL LIBERTADOR

(1817)

Fué una tamaña ligereza de Bolívar; una de esas imprudencias que sólo el éxito justifica, pero á las cuales trata duramente la opinión común de las gentes cuando la desgracia ha sido su natural y lógica consecuencia.

He aquí los hechos:

Corría el mes de Julio de 1817. Bolívar, que había salido de Barcelona con un reducido ejército, con dirección á las riberas del Orinoco, se hallaba sitiando la ciudad de Angostura, en Guayana—que hoy lleva su nombre—, y quería también apoderarse de los castillos de Vieja Guayana.

«En consecuencia, la izquierda del ejército libertador bloqueaba las mencionadas fortalezas; el centro ocupaba á San Miguel y al pueblo de Caroní, parroquias situadas veinte leguas al Este de Angostura. Su cuartel general se fijó en San Félix, donde diera el célebre reglamento sobre consejos de guerra permanen-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tes para juzgar con brevedad los delitos militares en toda la República, el que por mucho tiempo estuvo en observancia. La derecha del mismo ejército, compuesta en su mayor parte de caballería, era la división bloqueadora de Angostura» (1).

Bolívar esperaba mucho de esta campaña. «Ahora más que nunca—decía—debemos confiar en la fortuna, ya que empezamos la restauración de Venezuela por donde debemos: *por el Orinoco y por los Llanos.*»

Y como por aquellos mismos días las fuerzas sutiles de la República se apoderasen por sorpresa de una flotilla española, añadía: «La operación que importa es apoderarse del río, con lo cual la posesión de ambas Guayanas es infalible.»

Sin embargo, las cosas no se presentaban del todo bien; pues si es verdad que la campaña se había iniciado con el espléndido combate de *San Félix*, ganado por el republicano general Piar, y el español Morillo, reforzado por la división del general Cantezac, andaba empeñado en la reducción de la isla Margarita, empresa gloriosa únicamente para los de dicha isla, que, al fin, había de libertarse, aunque reducida á un montón de cenizas; en cambio, Barcelona sucumbía; la más loca de las rivalidades, apoderada del débil carácter del general Santiago Mariño, daba el escándalo de la desunión, en el momento preciso de la lucha; se reunía el Congreso ilegítimo de *Cariaco* con el objeto de desconocer la autoridad del Libertador, y ese mismo Piar andaba fraguando conspiraciones militares que, antes de terminar el año, había de pagar con la vida.

(1) RESTREPO.

La imprudencia no consistía en haber emprendido esa campaña, pues á pesar de los reveses sufridos, Bolívar logró su objeto, cual era apoderarse de la capital de Guayana (donde dos años más tarde había de nacer Colombia) para que le sirviese de base de operaciones, dominar el Orinoco y reunirse con Páez; la imprudencia fué su poca previsión ó su mucha audacia, que le pusieron en riesgo inminente de morir sin gloria en una emboscada oscura.

Ya que Morillo con su expedición á Margarita, que los historiadores califican de *necia*, le dejaba campo libre para operar en el Apure, una cosa necesitaba Bolívar para rendir Angostura: naves en número suficiente.

Él tenía pocas, pues el almirante Brión, que mandaba la escuadra, era uno de los que aceptaran la farsa de *Cariaco*. Dióse, pues, con la energía que tan característica le era, á construir algunas de aquellas ligerísimas embarcaciones que en ese tiempo llamaban *flecheras*, y, efectivamente, las tuvo como por encanto, ya que no contaba ni con materiales y apenas con artifices que las hicieran. Armó tres ó cuatro de esos barquichuelos, púsolos bajo el mando de un capitán llamado Rodríguez, y se confió á su propia estrella.

Su objeto era enviarlos en busca de la escuadra de Brión y de las fuerzas sutiles que comandaba el heroico Antonio Díaz, á cuyo efecto debían ir á la isla Tórtola del Orinoco y otros parajes. Unió los barcos nuevamente contruidos á los que ya tenía armados en guerra, y los confió á las aguas del poderoso río.

La aventura en que les metía no era fácil, pues para ir en demanda de Brión, del cual se sabía que andaba

ya en pos del ejército de la Guayana, había forzosamente que pasar por medio de la escuadrilla enemiga que dominaba el río.

Pero era necesario aventurarse, y así se hizo.

Sigilosamente se dirigieron las pequeñas naves por la ruta señalada; y de ellas, nueve consiguieron pasar por entre las contrarias sin ser sentidas. De pronto suena el cañón de alarma; dos flecheras tienen que retroceder antes de haber forzado el paso, y las restantes, vivamente perseguidas, se ven obligadas á refugiarse en un estero pantanoso llamado el caño de Casacoima, á cuya boca aparecen en seguida los perseguidores.

Los barcos patriotas iban á caer irremisiblemente en poder del enemigo. El Libertador, entonces, envía un fuerte destacamento que los defiende, y no contento con esto, va él mismo á activar la operación.

Se tomaban las medidas necesarias, cuando, advirtiendo el enemigo de lo fácil que le sería aprisionar ó matar á un grupo de oficiales que veía sin escolta alguna, á retaguardia y alguna distancia del destacamento que acabamos de mencionar, desembarcó una partida de infantería más arriba de la boca del caño, la cual, dando un ligero rodeo, cayó sobre la espalda de aquellos oficiales.

Ese grupo lo formaban el Libertador, Arismendi, Soublette, Pedro León Torres, Jacinto Lara, Briceno Méndez y otros jefes.

De pronto suena una descarga: es que les fusilan casi á quemarropa... Ellos no habían visto la partida agresora...

El general Torres y dos jefes más no se aturden por semejante acometida; saltan sobre sus caballos y huyen

al escape, retirándose por el camino que á aquel paraje les había traído.

Los demás salen de tino—Bolívar entre ellos—, y no ven más salvación posible que arrojar al agua y ganar una rebalsa que ahí cerca hace el río, que entra muy adentro en la tierra...

Hacen el esfuerzo supremo; ya llegan, ya están allí, se agazapan en el agua, conteniendo la respiración, lívidos y desconcertados, y aguardan con la angustia que es de suponer.

«Los enemigos pudieron acabar con ellos cazándolos como ánades»—dice un autor; pero ó no les vió, ó no tuvo tiempo de emprender la caza. Los soldados del destacamento, al oír la descarga de los opresores, hicieron algunos tiros: creyeron éstos que eran atacados á su vez, y poniendo pies en polvorosa, se acercaron á su nave y se reembarcaron.

Mientras pasaban estos sucesos, la escuadrilla realista entraba en el caño y rendía fácilmente á la republicana. Bolívar quedaba otra vez sin un mal barco, animado únicamente de la esperanza de que llegaría Brión y con su llegada variaría la faz de los acontecimientos.

El riesgo corrido por el Libertador fué inminente: cuentan que, viéndose ya perdido, desnudó su garganta y requirió su puñal para suicidarse, antes que caer prisionero en manos de sus crueles enemigos. «Este horrible sacrificio—exclama Restrepo—habría tal vez anulado por algún tiempo los esfuerzos de Venezuela y de gran parte de los pueblos de la América del Sur por su independencia.»

Salvado al fin, y salvado como por milagro, acampó en la misma orilla que presencié su peligro.

¡Y he ahí que se encontraba en peor situación que antes!

Brión no parecía... ¿Cómo rendir Angostura?

Mariño le negaba; Piar conspiraba contra su autoridad; estaba por ver si Páez con sus indisciplinados y feroces llaneros querían someterse á ella.

La anarquía asomaba por todas partes su cabeza de Gorgona...

Los pueblos carecían de patriotismo, la opinión pública de la gran masa nacional le era hostil y cuando menos indiferente, y era obra más que de romanos el remover la indolencia de las mayorías, soplar en ellas el fuego del patriotismo y obtener, si no su apoyo, que entonces era mucho pedir, siquiera su simpatía.

No en vano se vive tres siglos atado á la coyunda. La cerviz toma la costumbre de permanecer inclinada, la espina dorsal se arquea, cuelgan lacios los brazos, y, á la larga, se encuentra que esta posición es la más cómoda y conveniente. Y cuando llega la hora de la lucha, cuando es preciso romper el yugo, comenzando por desatar á la víctima, la víctima se molesta, se subleva; porque, al fin y al cabo, mejor estaba quieta en la ciénaga que puede estar fatigada en la labor... Y dice: ¿Por qué me importunáis? Dejadme en calma, dejad que duerma; ¿acaso vuestras ideas de emancipación, vuestro patriotismo, vuestras locuras han de redundar en beneficio mío? Inquietos ó ambiciosos, si queréis desatarme es porque me necesitáis; pero vosotros no sabéis que trescientos años he estado así... ¡y no he advertido que mi situación era indecente! ¡Es tan bueno no pensar en nada!

Y los libertadores, odiados muchas veces de los mismos hermanos á quienes quieren libertar, se ven

en el peregrino caso de convencerles, primero, de que conviene que se rediman... ¡Y esto no es tan fácil, porque los hermanos no quieren ser convencidos!

Faltaba, pues, la opinión pública en rededor de Bolívar en aquel momento desalentador y triste. Y le sobraban enemigos.

¡Enemigos adentro, enemigos afuera: por todas partes!...

Por heroicos y tenaces que fuesen los margariteños, concluirían por sucumbir ante el formidable aparato de fuerzas del caudillo español; y aunque él, Bolívar, se apoderase de las Guayanas y de mitad de Venezuela, ¿no volvería Morillo vencedor, más fuerte que nunca, para oprimirle y desbaratarle con esos soldados tan hechos á la batalla?

Sí, le quedaba el último recurso: las inmensas llanuras que en ese momento tenía á la espalda; llevaría á ellas la patria, porque patria eran sus compañeros y el pedazo de tierra que pisaban... ¡nada más!

Se abismaría en el piélago de verdura, perdiéndose en su fondo con aquel puñado de hombres, para tentar la fortuna por última vez, para violentarla, así, sin recursos, sin apoyo como estaba.

Y luego... ¡quién sabe!

Los pocos oficiales que le rodeaban, sentados en el suelo, taciturnos y pensativos, contemplaban su silencio y acaso comprendían la inmensa amargura de aquella grande alma.

De pronto el Libertador alzó la cabeza y comenzó á hablar lentamente.

Sorprendidos, á las primeras frases, los compañeros se miraron entre sí como preguntándose: — «¿Qué le pasa?»

Pero Bolívar no lo advirtió.

Y continuó hablando.

Su voz iba aclarándose poco á poco; sus palabras, antes lentas, brotaban por momentos más abundantes, más rápidas; y, en alas de una improvisación sublime, se elevaba sobre la tierra con vibraciones extrañas de acento profético y geniales aspiraciones...

¿Qué decía?

¡Casi nada! No hablaba sino de la liberación total de la América del Sur, que, según él, estaba encomendada á su valor y fortuna.

El espíritu que le iluminó en la cumbre augusta del Aventino, cuando solo, oscuro, desconocido en su misma tierra nativa, juró libertar la patria; el espíritu que le dictó la famosa carta en Jamaica, cuando derrotado, pobre, sin amparo en lo humano, odiado de los suyos, arrojado por la envidia de sus compañeros de armas en tierra extraña, rodeado de asechanzas de muerte, hablaba de la consolidación de la independencia en el Continente y de los medios adecuados para hacerla duradera, provechosa y civilizadora; ese espíritu, decimos, le poseía ahora con toda plenitud; y olvidado de su misera situación, sin acordarse de que cuatro horas antes saliera milagrosamente del peligro de morir á las balas españolas, continuaba el antiguo ensueño, que en él era ya una vocación.

Si; la América sería libre. ¿Cómo? No lo sabía todavía bien; pero era indudable que se debería al genio, al valor y la constancia de sí mismo y de los que le escuchaban.

¿No es verdad que Venezuela sería libre? Porque, en suma, unidos todos, en un esfuerzo común, acabarían por arrojar al orgulloso Morillo en el Atlántico,

y constituir la patria á la sombra del pendón republicano.

Luego irían á Nueva Granada: ¡qué luchas y qué triunfos, cuántos peligros vencidos y cuántas esperanzas les aguardaban allí!..

Forzosamente, el antiguo virreinato sería libre; se vengaría la sangre de tantos mártires como en esos días mismos estaba derramándola bajo el hacha del verdugo Sámano; y atizado otra vez el fuego sagrado, desde el Apure hasta el Magdalena, la tierra sería libre...

De allí, á Quito...

¡Cómo! ¿Los hijos del suelo que primero se empapó en sangre de patriotas no habían de participar de la independencia? Aquella era una tierra privilegiada, tierra de heroísmo y de grandeza, y ¿había de estar siempre á oscuras? ¡No! El Chimborazo vería amanecer el sol de la libertad sobre la patria de Atahualpa, y saludarían el naciente día con sus estampidos horribles los volcanes de los Andes ecuatoriales...

Luego se formaría una gran nación, con un Gobierno central y una ley y una bandera, nación que en su mismo poder y fuerza tuviese el secreto y la garantía de la paz y de la libertad de América; y ya consumado todo, cada uno de los héroes y redentores, modestos ciudadanos, se retiraría á dormir el sueño de sus viejas glorias...

¿Todo? No. Faltaba mucho para el descanso. ¿Y el Perú, pues? ¿No se le había de ayudar? ¿No se le debía la porción de independencia á que tienen derecho todos los pueblos?

¡Ea! Que era indispensable ir allá y redondear la obra... ¿Quién duda que irán?

Desde esa margen misma del Orinoco, donde estaban descansando, ellos—los que en su rededor se agrupaban escuchándole atónitos—volarían á las cumbres argentadas del Potosí, en vuelo sublime y triunfal, llevando en la diestra el pabellón de la nueva Patria, rompiendo cadenas y segando laureles... El Perú sería libre, Chile consolidaría su libertad, y del estrecho de Behring á la Tierra del Fuego, no habría ya esclavos que redimir...

Pero se iba á olvidar de las Antillas... Allá iría una poderosa escuadra, un ejército invencible... y pasado el afán, Dios amanecería sobre todos los pueblos del Continente de Colón...

Su voz se elevaba serena y majestuosa en el silencio de la noche... Corría apacible el río á cuatro pasos de distancia, y en el firmamento oscuro brillaban á millares las estrellas...

Calló. Meditabundos sus compañeros, ocultaron en las mantas los pálidos semblantes, en los cuales se dibujaba un gesto de malhumor y desaliento...

Lo que ellos sabían, lo que les constaba á ellos, era que la situación no podía ser más crítica, que acababan de perder la flotilla con tantos esfuerzos construída y que una parte de la tripulación estaba en poder de un enemigo con entrañas de hiena.

¡Y hablarles Bolívar de esas cosas!

Continuaba el silencio.

Dormían todos.

Entonces, cierto oficial, llamado el capitán Martel, que escuchara los proyectos del Jefe Supremo, se levantó calladamente, y acercándose á otro grupo, trabó del brazo á un amigo para decirle al oído:

—¡Perdidos! ¡Ahora sí que estamos perdidos!

—¿Por qué?

—¡EL LIBERTADOR ESTÁ LOCO!

¡Loco! ¿Quién estuvo loco, oh contemporáneos que presenciáis el espectáculo de cinco naciones redimidas por el genio del pobre soñador de Casacoima en la noche del 4 de Julio de 1817?



En uno de los últimos meses del año de 1817 mientras Bolívar bregaba penosamente en Angostura, entre riesgos de muerte (1), defecciones y amarguras (2), en tanto que se ocupaba en sentar las bases para la administración de la República (3), la ciudad de Santa Fe, dominada por los españoles, contemplaba con asombro el fusilamiento de una mujer, ejecutada por la espalda, en presencia del prometido de su corazón, sobre un patíbulo alzado en la plaza Mayor, y después de haber sido cínicamente juzgada en un consejo de guerra.

Merece referirse ese episodio, que da la medida de la calamidad de aquellos tiempos y puso el sello a la

(1) El día de *Casacoima*.

(2) La rebelión y consiguiente fusilamiento del bravo cuanto infortunado general Piar.

(3) La fundación del Consejo de Estado.

ferocidad del sanguinario Sámano, virrey entonces de la Nueva Granada.

Antes diremos que las mujeres americanas representaron un papel importante en la guerra de la Independencia. En casa de una de ellas—Manuela Cañizares—tuvo cuna la revolución del 10 de Agosto; otra, quiteña asimismo—Manuela Sáenz—salvó al Libertador en la noche infausta del 25 de Septiembre; otras tomaron parte en los combates, y no pocas sucumbieron á manos de los implacables opresores.

«Ya desde muy al principio de la guerra se había visto con horror que las armas de Boves, Lizón y otros candillos españoles se ejercitaban no sólo contra los valientes defensores de la Independencia, sino también contra el sexo amoroso y débil, digno siempre de estimación y de respeto. La señora Mercedes Ábrego, natural de Cúcuta, acusada de haber bordado un uniforme de brigadier para el general Bolívar, fué decapitada por Lizón, *después de haber echado suertes entre los suyos para saber á quién tocaría la feliz ventura de cortarle la cabeza*. A la señora Josefa Figueras, de Barcelona, la asesinó Morales, pagándole de este modo 200 pesos que le debía. Boves mató á Carmen Mercicé, en Cumaná, complaciéndose de las convulsiones del feto que llevaba en su seno, que se extinguía sin haber vivido!... Otros hechos menos crueles, pero indignos, se recuerdan de Aldama y de Morillo. El primero hizo azotar públicamente en las calles de Cumaná á la señora Leonor Guerra, porque se negaba á decir lo que el déspota deseaba. El segundo despidió de su presencia con voces groseras y gritos descompasados más de 300 señoras de las principales de Bogotá, que en cuerpo fueron á implorar gracia para

sus hijos, esposos y hermanos!... Pero, en fin, no se había levantado todavía un patibulo para ver morir en él á una mujer, y podía decirse que aquellos desafueros, y aquella sangre inocente, sin piedad vertida, tormentos que no merecieron la consagración funesta del cadalso, eran las obras de exterminio de una guerra sin lástima que derramaba la calamidad por todas partes!... > (1).

Era joven, era bella, era pura, y se llamaba Policarpa Salabarrieta.

En un cuerpo elegante y garrido abrigaba un espíritu varonil, una grande alma de heroína.

Veía la lucha tan desigual como tenaz que sostenían sus compatriotas para libertar el suelo nativo de un yugo tres veces secular, y llegó á interesarse en la contienda, sintiendo estremecerse su ser de entusiasmo cívico.

Presenciaba las abominaciones y los crímenes que perpetraban los sostenedores de la causa extranjera, convertidos en verdugos y hienas, y llegó á aborrecerlos.

En aquella virgen bogotana había un embrión de Juana de Arco: mitad heroísmo, mitad vocación al martirio.

Pero había más aún: había el amor, pasión generosa que, cuando es honesta y bien encaminada, conduce á todas las abnegaciones y á todos los sacrificios.

Alejo Savarain era el nombre de un valiente joven que militara como oficial en los ejércitos de la República, y que luego fué obligado á servir como soldado en las filas realistas.

(1) * LARRAZÁBAL.

Este era el amado de la hermosa, á quien él correspondía con afecto intenso y puro.

Su unión estaba próxima, y si ardía plácido el fuego del cariño entre los dos, en un horizonte no lejano les sonreía la divina esperanza.

Ellos no sabían que la muerte les acechaba más cerca.

No iban tan bien aquel año las cosas de la Patria, y en la brumosa lejanía no se adivinaba aún el astro glorioso de Boyacá.

Sobraba valor, es verdad; sobraban constancia en el peligro y fe en el triunfo. Lo único que faltaba era fortuna. Bien podía decirse que la Patria estaba reducida al pedazo de tierra que hollaban los soldados de la Libertad.

Pero Bolívar vivía, Bolívar batallaba, y el Genio de la Independencia era su compañero en los días de victoria y en las amargas horas de la derrota.

El general Morillo, venido de España con las huestes vencedoras en Bailén y la misión de pacificar las insurreccionadas colonias, había conseguido su intento; y Venezuela y Nueva Granada estaban reducidas y deshecho el andamiaje laboriosamente fabricado con riego de sangre y esfuerzos de ciclopes para establecer la República.

Pero la llama existía latente, y bien pronto lo iba á consumir todo.

Comenzaron los actos de prueba en el oprimido virreinato en forma de pequeños movimientos.

De súbito se supo en la capital que el fogoso y patriota dominico Fray Ignacio Mariño se había insurreccionado en Casanare, proclamando la Independencia al frente de un puñado de hombres arrojados y que

en el Cauca y en el Socorro se habían levantado otras partidas.

Morillo tenía 10.000 hombres aguerridos, ¡y algunos centenares, sin más recursos que su valor, se alzaban provocándole!

Bastó la noticia para que muchos ciudadanos que no podían ya con una situación que les desesperaba, corriesen á unirse con las diminutas fuerzas independientes.

—Anda, amigo mío—le dijo Policarpa á su novio, cuando supo el movimiento efectuado—. Anda á combatir por la libertad y por la Patria, y cuando vuelvas... vuelve digno de mí. Yo aquí te espero, y sean tus hechos de valiente las arras que, entonces, me des de nuestro enlace.

¿Quién puede resistir á la voz querida que nos impone el deber de servir como buenos al suelo en que nacimos y á la felicidad de nuestros hermanos?

Savarain palpitó de entusiasmo y juró partir.

—Los que se han levantado son pocos—agregó ella—. ¡Si pudieras ir acompañado! ¡Si pudieras llevarte á tus amigos!

—Tengo varios que sólo esperan el momento oportuno—contestó Alejo.

—Está bien. Diles que ese momento ha llegado; que se apresten. Por lo demás, no tengas cuidado, que yo lo prepararé todo para vuestra partida. Todo... y algo más. Vuelve.

Alejo volvió con otros siete, de los cuales cinco eran militares.

Policarpa cumplió su promesa: lo tenía preparado todo... y algo más.

Este *algo más* les perdió á todos.

¿Qué era?

Nunca se supo cómo; pero lo cierto es que la valerosa mujer había conseguido datos exactos de las fuerzas que los realistas tenían en la capital y en las provincias vecinas, y se los comunicaba minuciosamente á los jefes de las partidas insurrectas.

Puso los pliegos en manos de Savarain, dióle el abrazo de despedida, y se quedó llorando una ausencia que ella misma provocara.

Savarain fué sorprendido, y encima se le encontraron las fatales cartas.

Y aquí empieza el drama.

Virrey de Nueva Granada era, como hemos dicho, D. Juan Sámano, hombre perverso y de feroces instintos, cuyas manos se habían manchado más de una vez en sangre americana.

Este virrey aprehendió á la Salabarieta y sepultóla en el fondo de un oscuro calabozo.

Cuanto la astucia y la crueldad pueden inventar para que una desvalida mujer confiese su secreto, todo se puso en práctica contra la encerrada. Mimos, halagos, promesas; amenazas, maltratamientos, sorpresas; emboscadas de jueces, palabras de verdugos: todo fué inútil.

—¿Cómo obtuvisteis tales noticias?

—Porque las averigüé.

—¿Quiénes fueron los averiguados?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabéis?

—No recuerdo de ellos.

—¡Vuestros cómplices! ¿Cuáles son vuestros cómplices?

—No tengo cómplices.

Y luego, la respuesta del silencio, la contestación del desdén, la réplica de la indiferencia... ¡Ah! ¡Era una heroica mujer!

Toda la energía de los oficiales que la juzgaban en consejo de guerra—¡a una pobre mujer!— encalló en la fría resolución que les opuso la víctima.

Y los jueces no se dolieron de tanta juventud y de tanta belleza, y unánimemente la condenaron al último suplicio.

¡Pero de qué manera! Pasada por las armas, en lo alto de un patíbulo afrentoso, por la espalda, como á un vil traidor.

Oyó sin pestañear la sentencia cruel, esbelta y pálida, como en un desafío supremo á su infortunada suerte.

Pero no era ése el último dolor de su corazón.

Su amante debía acompañarla al suplicio y morir con ella, en unión de sus siete compañeros.

¡Crueldad inútil poner una agonía enfrente de otra agonía y convertir para dos corazones que se amaban el patíbulo de los criminales en ara de Himeneo!

¡La posteridad no ha perdonado ni perdonará jamás esta infamia inaudita al tristemente célebre Sámano!

Amaneció el 14 de Noviembre.

Una multitud inmensa llenaba la plaza, en la cual se alzaban los cadalsos. Esa multitud estaba profundamente emocionada, y se advertía la consternación en todos los semblantes.

El cielo estaba gris, la tierra húmeda. Doblaban lentamente las campanas, y por la atmósfera sombría atravesaba un soplo de horror trágico que se perdía en los espacios inmensurables...

A poco apareció la fúnebre procesión.

En medio de una hilera de soldados, marchaban los presos, atadas las manos, el semblante descompuesto, la desolación inmensa en el alma.

Lívica como una flor marchita, suelta sobre los hombros la copiosa cabellera, majestuosa en su andar, humilde y modesta en su compostura, iba la heroína, cuya juventud, belleza é infortunio ablandaban el corazón de los mismos que, máquinas inconscientes del despotismo, la llevaban á la muerte.

Cerca de ella, el infeliz Savarain la miraba tristemente, con lágrimas de piedad y de amor, como pidiéndola perdón de su involuntaria falta, que había acarreado el desastre para ambos.

—¡Bárbaro! No impedirás á lo menos que nuestras cabezas se besen en el cesto—exclamó Héruault de Sechelles, cuando el verdugo se negó á permitir que abrazase á su amigo Dantón, al pie de la guillotina.

Los dos infelices, Alejo y Policarpa, ni este consuelo tenían.

¡Su vida, lo que les restaba de su pobre vida, la habían concentrado en sus ojos, y se miraban... se miraban, como si mutuamente quisieran estamparse para toda la Eternidad!...

Era llegada la hora fatal.

Se ordenan todos; suenan las descargas; suben al cielo los gritos de los ajusticiados; y un sollozo gigantesco, un solo alarido de dolor, de angustia, de desesperada maldición, sale de los pechos de los miles de espectadores que llenan el vasto recinto.

Ni un momento había dejado de asistirle su insólito valor á Policarpa, y murió impávida y serena, asombrando á sus mismos matadores.

Y ahora estaba ahí, despedazadas sus espaldas,

desgarrado su seno de virgen, de bruces contra el suelo empapado en su sangre, desparramada la cabellera, orgullo de sus años juveniles...

—*¡Mi sangre será bien pronto vengada por los libertadores de la Patria!*—había dicho la heroína al salir para el patíbulo.

Su predicción se cumplió.

Queseras del Medio, Vargas, Boyacá, Carabobo, Pichincha, Ayacucho son las flores que crecen sobre la ignorada tumba de la mártir de la Independencia. ¿Qué venganza mayor? ¿Y qué gloria más grande?

La multitud se retiró entristecida. Por todas partes se oían llantos desolados, y hasta los mismos verdugos llegaron á tener vergüenza de su acción inhumana y detestable.

Los cadáveres permanecieron hasta la noche en el lugar del suplicio.

Caía la sombra: un hosco silencio reinaba en la atónita ciudad, y por la atmósfera entenebrecida cruzaba un soplo de horror trágico que se perdía en los espacios inmensurables... (1).

(1) Es sabido que con el nombre y apellido de la infortunada heroína se compuso el siguiente anagrama:

YACE POR SALVAR LA PATRIA.

XII

LA CASA FUERTE

(1817)

Hay Junta de jefes en el cuartel general del caudillo de las fuerzas de Oriente, el intrépido Santiago Mariño, situado en las sabanas de Cautaro. Estamos á comienzos del año de gracia de 1817. Se trata de una grave cuestión. En el campamento se ha presentado un mensajero de Bolívar, y ha entregado á Mariño un pliego urgente del Libertador.

Este, habiendo salido de Margarita, libre ya merced á la heroicidad de Arismendi y la abnegación de sus habitantes, se ha dirigido á Barcelona, ocupada por el general insular y 400 soldados patriotas. Apenas 300 hombres más ha logrado reunir á costa de grandes esfuerzos, y con esa pequeña tropa ha abierto la campaña, la cual ha comenzado, para los independientes, con la derrota de Clarines, donde perdieron la mayor parte de sus fuerzas, armas y pertrechos. Mohinos y vencidos, hanse vuelto los restos de la expedición á

desgarrado su seno de virgen, de bruces contra el suelo empapado en su sangre, desparramada la cabellera, orgullo de sus años juveniles...

—*¡Mi sangre será bien pronto vengada por los libertadores de la Patria!*—había dicho la heroína al salir para el patíbulo.

Su predicción se cumplió.

Queseras del Medio, Vargas, Boyacá, Carabobo, Pichincha, Ayacucho son las flores que crecen sobre la ignorada tumba de la mártir de la Independencia. ¿Qué venganza mayor? ¿Y qué gloria más grande?

La multitud se retiró entristecida. Por todas partes se oían llantos desolados, y hasta los mismos verdugos llegaron á tener vergüenza de su acción inhumana y detestable.

Los cadáveres permanecieron hasta la noche en el lugar del suplicio.

Caía la sombra: un hosco silencio reinaba en la atónita ciudad, y por la atmósfera entenebrecida cruzaba un soplo de horror trágico que se perdía en los espacios inmensurables... (1).

(1) Es sabido que con el nombre y apellido de la infortunada heroína se compuso el siguiente anagrama:

YACE POR SALVAR LA PATRIA.

XII

LA CASA FUERTE

(1817)

Hay Junta de jefes en el cuartel general del caudillo de las fuerzas de Oriente, el intrépido Santiago Mariño, situado en las sabanas de Cautaro. Estamos á comienzos del año de gracia de 1817. Se trata de una grave cuestión. En el campamento se ha presentado un mensajero de Bolívar, y ha entregado á Mariño un pliego urgente del Libertador.

Este, habiendo salido de Margarita, libre ya merced á la heroicidad de Arismendi y la abnegación de sus habitantes, se ha dirigido á Barcelona, ocupada por el general insular y 400 soldados patriotas. Apenas 300 hombres más ha logrado reunir á costa de grandes esfuerzos, y con esa pequeña tropa ha abierto la campaña, la cual ha comenzado, para los independientes, con la derrota de Clarines, donde perdieron la mayor parte de sus fuerzas, armas y pertrechos. Mohinos y vencidos, hanse vuelto los restos de la expedición á

aquella ciudad; y después de mucha brega, los jefes revolucionarios han levantado 600 hombres, con los que tratan de resistir á los 5.200 que comanda el brigadier español D. Pascual Real.

Avanza éste á Barcelona: va á llegar, á ocupar la ciudad, á abrir sus fuegos contra el convento de franciscanos donde se retiraran Bolívar y los suyos.

La situación es peligrosa, la defensa vana y el triunfo poco menos que imposible. Urge ser auxiliados, ó es necesario sucumbir, y sucumbir sin gloria en una empresa temeraria, vuelto inútil el sacrificio para la causa de la emancipación americana. En tales circunstancias, el Libertador pide refuerzos á Mariño, con la premiosidad que el caso requiere.

La Junta está resuelta á enviárselos: por mucha que sea la ambición y vanidad de Mariño, por grande que sea aquella rivalidad funesta que el caudillo oriental opuso siempre al héroe caraqueño y fué causa de divisiones y desastres que, en cierto modo, dilataron la consecución del gran objeto, la causa es una, el fin idéntico, y la victoria, si se consigue, provechosa para todos: así opina Mariño, así piensan Guevara, Valdez y Armario.

—No debemos permitir— dice á sus compañeros el leal D. Santiago—que Bolívar sea víctima de la ferocidad de sus enemigos; esos enemigos lo son nuestros también: preparémonos todos para auxiliarle.

—De ninguna manera— exclama el implacable Bermúdez, cuyo odio al Libertador se sobrepone en él al sentimiento de honor, justicia y patriotismo; Bermúdez, que, arrastrado por la violencia de su carácter, había desenvainado su temible espada contra el Padre de la Patria en el motin de la Güiría y sido rechazado

por el ofendido cuando quiso ponerse al servicio de la nueva expedición; Bermúdez, temerario hasta la heroicidad, tenaz hasta el sacrificio, arrojado hasta la imprudencia, pero irascible hasta la locura—. De ninguna manera. Bolívar se ha metido en una empresa ciega; la derrota de Clarines lo prueba, y su situación actual lo está justificando. Su soberbia y presunción, su empeño de ser el jefe, nos divide...

¡Cómo! — le interrumpe Mariño—. ¿Conque así piensas? No te conozco. ¿Conque abandonaremos á Bolívar en el peligro, y consentiremos que sobre él triunfen los godos? ¿Y perecerán también Arismendi y Freites, y los demás amigos y patriotas que con él están? ¡Oh Bermúdez! ¡Repito que no te conozco!... ¡Eso no puede ser!

Un murmullo de asentimiento se oye en la Junta; los ojos á la vez severos y suplicantes de aquellos bravos veteranos se fijan en el rostro del impugnador. Colóranse las mejillas del valiente Bermúdez, encendida súbitamente su sangre con el fuego sacro que anima el corazón de los héroes; habla dentro de él con voz elocuente el genio del patriotismo y de la libertad, y con una expresión de sinceridad indefinible, se levanta resueltamente y exclama:

—*Mi general, estoy de marcha.*

En consecuencia, la división de Mariño se pone en movimiento, parte por mar y parte por tierra, señalando á Pozuelos como lugar de cita para la reunión de las fuerzas auxiliaadoras.

Son 1.200 hombres escasos, pero su conocido arrojo será tal vez suficiente para vencer á los 5.200 del brigadier Real. Este llegaba á Barcelona, situaba sus tropas en la plaza mayor y en el puente, y rompía sus

fuegos contra el convento el día mismo en que Mariño y Bermúdez llegaban á Pozuelos.

Siempre arrogante, Bermúdez llama á un oficial y le dice:

—Vaya usted, y dígame á Real que se retire inmediatamente, que Bermúdez ha llegado.

Real retrocede á Juncal y no pára hasta Clarines, lugar en donde asienta su campo y en el que había de sufrir los rigores de la escasez y la merma de sus tropas.

Los auxiliares se acercan á la ciudad libertada á banderas desplegadas y tambor batiente. A recibirles salen las tropas de Bolívar y Arismendi, llenas de gratitud y de verdadero regocijo.

¿Quién es aquel hombre que se adelanta á los batallones auxiliares? Corre presuroso, sale de la ciudad, atraviesa el puente, y ya en presencia del ejército de Oriente, busca á alguien con la vista.

A su encuentro avanza otro militar. Se ven, se juntan, vacilan un brevisimo instante, y se arrojan luego uno en brazos de otro.

—¡Vengo á abrazar—dice el que salió de la ciudad—al libertador del Libertador!

Y yo—murmura el otro—... y yo...

No puede más. Un sollozo se anuda á su garganta; las lágrimas se le escapan de los ojos, y esconde su encendido rostro en el pecho del que le tiene estrechado en un abrazo fraternal, profundamente cariñoso.

No aciertan á desasirse; lloran ambos, sin decir una sola palabra; lloran durante minutos enteros, empapándose mutuamente con su llanto, en presencia del ejército, que los contempla absorto y conmovido.

Al fin, uno de ellos, aquel que venia de fuera, rompe el silencio, se aparta de los brazos del *amigo*, echa hacia atrás la cabeza y con toda la fuerza de sus pulmones grita con entusiasmo, como en un desahogo de aquel momento de efusión:

—¡Viva la América libre!

Aquel era un grito de reconciliación sublime, porque esos hombres se llamaban Bolívar el uno y Bermúdez el otro; el caraqueño, que perdonaba, y el cumanés, que desde aquella hora había de ser el amigo más leal y constante, no sólo de la causa de la libertad—que tal era su sino—, mas también de la persona del Libertador.

Hay Junta de jefes en el cuartel general de Bolívar. Se trata de una grave cuestión. ¿Cuál es la manera mejor de proseguir la campaña?

Con las pocas fuerzas que cuenta la Patria reunidas en Barcelona, es inútil pretender la defensa de la ciudad con provecho para las operaciones ulteriores; las subsistencias se hacen cada día más escasas, y el enemigo, aunque en inacción, amenaza siempre, y es mucho más poderoso que los que tratan de vencerle. ¿No era mejor evacuar la plaza, reconocer las fuerzas de Piar que campean á la distancia, regularizar los diferentes cuerpos de patriotas diseminados en el país y buscar en la Guayana una base de operaciones? Saldrían al instante, se embarcaría para la Margarita el parque innecesario á la campaña y se pondría Bolívar en busca del infatigable Piar. Esto era lo mejor y lo más factible; pues permanecer estacionados é inactivos en Barcelona, ¿con qué objeto?

Este es el pensamiento del Libertador; cómo él opinan los demás jefes, y así se resuelve.

Pero las autoridades municipales de la ciudad oponen resistencia á tan acertado plan. ¿De manera que los habitantes de Barcelona iban á quedar sin auxilio alguno en lo humano? ¿De manera que se les condenaba, en premio de su lealtad y patriotismo, á ser víctimas de la ferocidad española? ¿Su amor á la independencia no significaba nada? ¿Los esfuerzos hechos hasta el momento presente no merecían siquiera el galardón de que se les defendiese? ¡No, no! Eso es imposible. Perdería la Patria una ciudad adicta y llevarían los libertadores prendida en sus corazones la espina del remordimiento por abandono tan ingrato. ¡Que no había soldados suficientes! Allí estaban ellos, que sabrían defender la ciudad, con tal de que se les dejase un batallón, un solo batallón, el *Barcelona*, y unas pocas armas y municiones. ¿Jefes? El geaeral Pedro María Freites y el gobernador civil D. Francisco Esteban Ribas se bastaban para la empresa.

E instaban y suplicaban aquellas autoridades para que no se les dejase en desamparo, á merced del enemigo vengativo y poderoso.

Bolívar resistió cuanto pudo á tal pretensión, que si generosa y patriótica, nada tenía de militar; pero estrechado al fin por instancias y súplicas, tuvo que ceder: él conocía el riesgo, mas su autoridad no tenía aún fundamentos sólidos para que su voluntad se impusiese á las exigencias de los demás.

Así, pues, aunque con dolor, tuvo que dejar en la ciudad 700 hombres al mando del general Freites, con orden de fortificarse en el convento y defender á la multitud de personas que en él se habían asilado. Fué

una resolución fatal, como luego veremos, impuesta por la fuerza de las circunstancias.

Y el ejército se puso en marcha, bajo el mando de Mariño, con dirección á la Guayana, al amanecer del 25 de Marzo de aquel año. Constaba de 2.000 hombres. El caudillo republicano le había precedido tres horas antes con la misma dirección.

Avanza Bolívar en busca de Piar, que tiene asediadas las dos plazas fuertes de la provincia de Guayana. Largo y fatigoso es el camino; los riesgos en él se multiplican, y á esquivarlos no bastaría la pequeña comitiva, si con el hombre providencial no fuesen el Genio y la Fortuna de la futura Colombia.

—¿*Quid times? ¡Cesarem venies!*—le decía arrogantemente el vencedor de las Galias al patrón del misero barquichuelo que le conducía por un mar embravecido—. ¿Qué temes? ¡Conduces á César!... Bolívar pudo decir mil veces á los suyos lo mismo que el orgulloso romano; él no era un César, pero era algo más que eso: era un Libertador. Y podía tener, y la tuvo, fe en su propio destino. La bala que le había de matar, lo mismo que para Napoleón el Grande, *no se había fundido*. Así se explica, por el cumplimiento de una misión providencial y civilizadora, cómo acertó á salir ileso de tantas batallas, cómo salvó de las asechanzas de Jamaica y del Rincón de los Toros, del peligro inminente de Casacoima, de la celada de Quimare, de la noche trágica del 25 de Septiembre de 1828...

Ojo avizor adelantaba el diminuto cortejo... De pronto se detiene el coronel Parejo, echa pie á tierra y atiende, haciendo señal de que callen todos, á los

ruidos que vienen de la espesura... Es Quimare, donde las malezas abundan y los barrizales hacen penosa la jornada... Esperan los compañeros; Bolívar desciende de su cabalgadura y, á un ademán de Parejo, comienza á dar en altas voces disposiciones á una tropa imaginaria... «¡Avance el centro! ¡Muévase aquella columna por la derecha! ¡Flanquéese la izquierda del enemigo! ¡Fuego!...» ¡Y no eran treinta, entre todos, para algarazara semejante!

Pero ésta les salvó. Al romperse el fuego, la partida enemiga del negro Jesús Alemán, que acechaba oculta, creyó habérselas con una fuerte división, y huyó á la desbandada. Cuando el negro supo cuán pocos eran los que le burlaran, no quiso creerlo, y juzgando que algún destacamento iba á la retaguardia, renunció á la persecución.

Bolívar se vió con Piar en las inmediaciones de Angostura, y concertó con él un plan de operaciones.

...Avanza el ejército expedicionario camino de la Guayana... Bravura, constancia, todo hay en él: lo único que falta es unión y confraternidad entre los jefes... Las rivalidades y envidias fermentan la levadura del odio, la indisciplina desmoraliza, yendo de arriba para abajo... La división crece; los cuerpos están para venir á las manos; se propaga el desorden con la falsa noticia del asesinato de Bolívar, desmentida inmediatamente por Urdaneta, y Mariño, el general en jefe, como siempre, vacila y se deja llevar en alas de su ambición, que le aconseja no servir á las órdenes del jefe supremo Bolívar...

Entretanto, el porfiado general Freites, que se había quedado en Barcelona, envía mensajero tras mensajero en solicitud de auxilio, pintando lo terrible de

su situación. Un ejército está sobre él... ¡y ya no era Real, sino el atroz Aldama, quien lo acaudillaba!...

Un día dispuso Mariño volver en auxilio de la ciudad amenazada... El ejército está pronto á marchar, cuando se presenta en él un hermano de Freites. ¡Era ya tarde! ¿Qué había pasado?

¡La Casa Fuerte!

Sólo por ironía podía llamarse así al lugar donde se habían retirado los 700 hombres de Freites y Ribas y más de 300 pacíficas personas, viejos, mujeres y niños, los más. De «La Casa Débil» lo calificaba una señora barcelonesa, y no le faltaba razón.

La tal Casa Fuerte no era otra cosa que el ya dos veces mencionado convento de franciscanos, situado al extremo occidental de la población, «hacia el lado por donde salen los caminos que van á Piritu y al Juncal».

Extensa es la porción de terreno que ocupa, con sus grandes patios y su huerta; pero lo edificado no es gran cosa: la iglesia, algunos claustros, algunas celdas. Los tapias no son dignos de llamarse muros almenados de un castillo roquero: á balas de fusil pueden resistir; mas la artillería, al primer cañonazo, abriría cómoda brecha.

Freites y Ribas fortificaron como Dios les dió á entender aquel caserón, aspillerando las paredes, emplazando cañones en patios y azoteas, distribuyendo convenientemente la poca gente de que disponían, tomando, en fin, disposiciones para la mejor defensa posible.

Hay Junta de oficiales en el cuartel de la Casa Fuerte. Se trata de una grave cuestión. El enemigo está al frente. Es el coronel D. Juan Aldama, que abriga resoluciones perversas y ánimo de vencer ó morir en el empeño; su ejército es numeroso: trae cañones, trae verdugos, y él, seguramente, no repetirá el ejemplo de debilidad del brigadier Real, retirándose, después de una breve escaramuza, por falta de artillería.

Aldama ha intimado la rendición. ¿Qué hacer?

—La resistencia es imposible, señor gobernador— dice Freites—. Mariño no se mueve; se nos abandona, y estamos rodeados; también imposible antójase-me la escapatoria.

—¿No podemos exigir de Aldama alguna base honrosa de capitulación? Siquiera las vidas, no por la mía, sino por la de tantos infelices asilados aquí.

—¡Bah! Usted no le conoce, señor Ribas. Con capitulación ó sin ella, la misma suerte nos espera.

—¿Entonces...?

—Entonces, no hay sino que cerrar los ojos y cumplir con el deber.

—¡Pobres gentes!

—¿Y qué vamos á hacer? A cada cual le llega su turno.

—Así, pues, ¿es cosa convenida, mi general?

—Convenida, señor gobernador.

Los dos hombres se estrechan la mano conmovidos. Bajan al patio, tienden una mirada sobre los cientos de desventurados que esperan allí la resolución de los jefes, y su semblante palidece.

—¡La rendición! ¡La rendición! ¡La rendición!—aúllan ancianos, mujeres y niños—. ¡La vida! ¡La vida! ¡La vida!

Freites y Ribas atraviesan silenciosos por entre la multitud que les implora, tendiendo hacia ellos las manos, desesperada y lacrimosa. Llamán al parlamentario de Aldama, y Freites le dice con tono seco y breve:

—Hemos meditado la proposición del coronel Aldama, y la rechazamos. Vuélvase usted á su campo, caballero, y dígame al señor Aldama que estamos resueltos á defendernos hasta la muerte, pues nos asiste la seguridad de que, rendidos, seremos asesinados, y más vale sucumbir con las armas en la mano.

El parlamentario, sin contestar una sola palabra, se inclina y se marcha.

—¿Y ahora, general?

—Ahora, morir, señor gobernador.

Esta escena tenía lugar en las primeras horas de la mañana el 7 de Abril.

Aldama se había presentado frente á la Casa Fuerte muy por la madrugada, situado sus baterías á mil pasos de distancia de la fachada del convento que miraba al Oriente, y abierto inmediatamente un fuego formidable. Adentro, la mayor parte de los soldados eran reclutas que no sabían siquiera el manejo del fusil: las pequeñas piezas de artillería eran usadas torpemente por hombres que jamás, hasta aquel día, se habían ocupado en tal cosa; y, como acabamos de decir, las murallas del convento no ofrecían seguridad alguna. De manera que no fué obra de grande empeño el abrir una brecha practicable: ya parte del muro estaba en tierra, cuando Aldama intimó la rendición: eran las dos de la tarde. Las tropas de Aldama se lanzan al asalto. Con asombro, hallan una resistencia desesperada: son seis contra uno, son veteranos contra bisoños, y se ven rechazados, acribillados, diezmados. El fuego es horro-

roso por entrambas partes, y los rugidos de cólera de los combatientes atruenan el espacio al par del silbido de las balas y del tronar de los cañones... Los patriotas ceden, agobiados por el número y la disciplina. Entonces los españoles se arrojan furiosos á la brecha y entran, como locos, embriagados por la más sorda, incontenible y sanguinaria de las iras.

Después... Después ya no hubo resistencia, ya no hubo combate. Los 700 hombres de la guarnición son degollados bárbaramente; los 300 ancianos, mujeres y niños sucumben á los golpes asesinos. No hay piedad para nadie: el que se presenta, el que es hallado, tiene la muerte segura. Muchos corren á la iglesia, se abrazan á las imágenes sagradas, se ocultan detrás del tabernáculo... ¡Vano empeño! La furia asesina les sigue allí, y el ara sagrada donde se ofrece diariamente el sacrificio propiciatorio, el tabernáculo donde se oculta la Hostia, son bañados en sangre, salpicados con sesos humanos y entrañas palpitantes.

¡Todo cayó al filo de la espada!

He ahí en aquel rincón á dos jóvenes que, abrazados, se dan el último beso.

—Huye! ¡Escápate!—le dice ella.

—¿Por dónde? ¡Oh Eulalia, Eulalia! Estamos perdidos.

—¡Dios santo!

—¡No, no!... No he de ser asesinado, ni me ha de ultrajar nadie!... ¡Adiós! ¡Mira!

Y rápido como un relámpago, aplicase el cañón de la pistola á las sienas... y dispara.

¡Infeliz Chamberlain!

¡Tú que seguiste con tanta lealtad y constancia la causa de la libertad sur-americana, tú el amigo y

compañero de Bolívar en aquella época terrible de lágrimas y desastres, noble extranjero, yaces ahí, bañado en tu propia sangre, á los pies de tu joven esposa, que te mira loca de dolor, muda de espanto!

—¡Oh, yo te seguiré, bien mío! ¡Hasta la tumba, hasta la tumba!

Se baja la valerosa Eulalia Burós y empuña una pistola.

—Señorita... ¡Preciosa chiquilla! Te hago mi prisionera.

Eulalia se vuelve entontecida hacia el oficial español, que la traba de un brazo.

—¡Linda chiquilla! ¡Ven, ven conmigo! ¡Yo te amaré!

—¿Qué... qué?—murmura como entre sueños la desventurada, procurando desasirse.

—¡Oh, oh...! ¡La insurgente!

Eulalia siente la bestialidad del atrevimiento, se yergue veloz, y de un pistoletazo tiende muerto á sus pies al bárbaro que pretendía hacer lecho de amor para la viuda el cadáver del esposo suicidado.

Cae el oficial, y al verle caído se precipitan como fieras algunos soldados españoles sobre la infeliz mujer y la despedazan instantáneamente á sablazos.

¡Todos sucumbieron!

Solamente cuatro mujeres fueron reservadas por Aldama como su botín de guerra. ¡Desventuradas! ¡Más les valiera haber perecido!

¿Qué más pasa en el recinto del templo? ¡Horrendo teatro del desenfreno y la lascivia! Las mujeres son violadas y en seguida muertas. Canibales hay que sacian su apetito en cadáveres ensangrentados, ahuyentando de horror á la misma muerte, y escandalizando

la tumba... ¡Que calle la lengua ante el extremo del humano crimen!

Cuando ya era todo desolación, sangre y ruinas en el convento, Aldama da orden de saquear la ciudad y degollar cincuenta enfermos que yacen en el hospital. Las escenas de asesinato, lujuria, pillaje, incendio, se repiten en las calles.

Pocas horas después, Barcelona es un escombros...

—¡Oh, qué horror de suplicio! ¡La muerte, pronto, la muerte, para que de una vez se acaben estos dolores!

—¿La muerte? ¡Á ella vamos, hermano! Ten paciencia: cinco minutos más, y ya no seremos.

—¡Ah! ¡Por fin!

—¡Sí, por fin!

—¡Hermano! ¡Aun tengo ante mi vista aquel día tremendo! ¡Cuánta sangre! ¡Cuántas atrocidades!

—Pensemos en Dios.

—Sí; en Él pienso... ¡y también en la Patria!

—¡Dios y Patria!

—¡Dios y Patria!

Y hablando así, en voz baja, el uno quejándose de dolores insoportables, consolándole el otro, marchan Freites y Ribas al patíbulo: Freites y Ribas, que, aprehendidos por Aldama en el asalto de la Casa Fuerte, habían sido enviados á Caracas, para que el cruel Moxó tuviese el delicioso placer de ahorcarles.

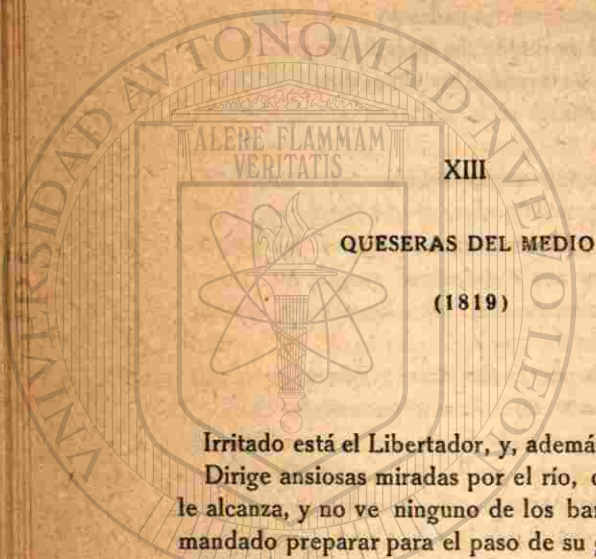
Freites había salido herido del combate; y por un refinamiento de barbarie, los españoles no le curaron ni consintieron que se curase sus heridas, las cuales, siempre abiertas y ya gangrenadas con el transcurso

de los días, producian en el desgraciado aquellos dolores atroces de que se quejaba.

Media hora después, los cadáveres de Freites y Ribas se balanceaban de lo alto de la horca infame.

¿Infame? No. El crimen, no el patíbulo deshonra, dijo un gran poeta. Y ellos no eran criminales: eran libertadores.

¡Oh Libertad! ¡Oh sagrada Independencia! ¡Mucho os debemos amar y defender, ya que tantos sacrificios, tantos dolores y tanta sangre costasteis á nuestros padres!



Irritado está el Libertador, y, además, inquieto.

Dirige ansiosas miradas por el río, cuanto la vista le alcanza, y no ve ninguno de los barcos que había mandado preparar para el paso de su gente.

Morillo con sus veteranos se encontraba no lejos, en Calabozo; Quero y sus seiscientos valientes, á un paso de ahí, en San Fernando. El plan era atacar á Morillo; pero tenía, para hacerlo, que pasar el Apure; y allí, adelante, extendíase el río ancho y caudaloso que le detenía. ¿Iba, pues, á perder el éxito de la campaña? ¿Los dos mil soldados que traía, ejército improvisado por su genio y su actividad, después de que uno de sus tenientes se dejó sorprender, días anteriores, en "La Hogaza", estaban condenados, así, á la inacción ó bien á una rota segura? ¿Para esto, pues, había venido desde Angostura, verificando una marcha memorable, á unirse con la gente de los Llanos y su impertérrito jefe?

Y, sin embargo, él lo había prevenido y ordenado todo. Á ese mismo jefe, que aprobara su operación sobre Calabozo y aun le indicara el punto más á propósito para ir al otro lado, le mandó adelante, á preparar embarcaciones y facilitar al camino.

¡Y ahora... nada!

Barcos sí hay: á la parte opuesta se ven una cañonera, tres flecheras y varias canoas; *pero son de los enemigos!*

Esos enemigos contemplan los apuros del ejército patriota, y tienen razón de reirse, porque, á lo menos en ese momento azaroso, aquellos apuros son irremediables; y brincan de contento, con la natural insolencia del que se encuentra desafiando con su presencia, tranquila é impunemente, á un adversario inerme...

Un hombre, joven todavía, de mediana estatura, de complexión sanguínea, ancho de espaldas y de recia musculatura, sonrío con incalificable placidez al lado de Bolívar. Ese era el jefe que, habiendo venido adelante, nada ha hecho por la seguridad del ejército mediante la preparación de barcos.

Bolívar se vuelve á él y le dice:

—General Páez, ¿dónde están los buques que usted tiene prevenidos?

—Señor—contesta el llamado Páez, con una tranquilidad que á su interlocutor le parece abominable—, cuento con una cañonera, tres flecheras y varias canoas. ¿No le parece á usted que en ellas puede pasar la tropa?

—¡Ya lo creo! Pero ¿dónde están?

Páez extiende el brazo, señala las embarcaciones del frente, sonrío de nuevo y dice con calma imperturbable:

—Allí.

—¡Cómo!...—Y creyendo ser objeto de alguna burla, inverosímil en semejantes circunstancias, le mira de hito en hito el Libertador.

El otro no cede ante esa mirada, y se contenta con hacer un signo afirmativo de cabeza.

—Sí—agrega—; *el enemigo las tiene.*

—¡Oh!...—se contenta Bolívar con exclamar, adivinando el pensamiento de su segundo.

Pero ese pensamiento le parece tan absurdo, tan loco, que su inquietud crece, y sus lamentaciones continúan...

—¡Qué contratiempo! ¡He ahí un plan fracasado! Páez nada replica; pero entretanto se vuelve á uno de sus oficiales y grita:

—¡Coronel Aramendi!

—¡Señor!

—Cincuenta escogidos.

—Cada cual vale lo que otro, mi general.

—Pues los que más á mano se hallen.

—Está bien, mi general.

Páez comienza calmadamente á despojarse de parte de sus ropas; y concluida esa operación, desensilla su caballo.

Aramendi y los cincuenta compañeros le imitan.

Semidesnudos y montados en pelo, toman luego sus lanzas.

Y se arrojan al río...

Empresa loca, ¿no es verdad?

¡Ah, los buenos caballos! ¡ah, los jinetes inmejorables! Nadan en silencio hacia las barcas, la tripulación de las cuales les deja venir, sin penetrar su intento: ¡les parece tan inverosímil!

Ya cerca de ellas, atruenan el río y los campos vecinos con su formidable grito de guerra, y se esfuerzan por que los corceles lleguen pronto.

Suena una detonación... Es que las barcas se defienden...

Pero no tienen tiempo de hacer segunda descarga. Páez, Aramendi y sus cincuenta caen sobre ellas, alcanzan, destrozan, arrojan al río cuantos enemigos se les ponen delante, batiéndose con la energía de un valor indómito; saltan á bordo; se apoderan de las embarcaciones...!

Momentos después, ya de regreso con la vencida flotilla, Páez, jadeante, chorreando agua y sangre sus cabellos, en alto la terrible lanza, le dice á Bolívar, atónito:

—Y bien, señor, ¿no es cierto que podrá pasar la tropa en estos barquitos que ya son nuestros?

Bolívar le abraza, entusiasmado; pasa su gente, corre á Calabozo, sorprende á Morillo, le intima rendición ofreciendo que se apiadaria *del mismo Fernando VII* si con él estuviera, y le arroja de la población, después de matarle mucha gente... Si no consumó la ruina del jefe español, no fué suya la culpa, ciertamente.

Estos sucesos tenían lugar en el mes de Febrero del año de gracia 1818.

Por aquella época el general *José Antonio Páez* era joven todavía, pues apenas contaba veintiocho años; pero la fama de sus hazañas llenaba ya Venezuela, y era el terror de los llanos del Apure, en donde había levantado una división para combatir contra los espa-

ños, sin sujeción á nadie, obrando por su propia cuenta y remitiendo su derecho á los botes de su lanza. Su carrera había sido corta, distinguiéndose por actos de valor increíble.

Sus tropas se componían de jinetes, aquellos famosos llaneros cuyo renombre dura aún en nuestros días.

Montados en ágiles potros, sin más armas que una lanza, y á veces también una carabina, el puñal al cinto, sin equipo ni impedimenta, aquellos hombres de hierro volaban como un huracán por las inmensas llanuras, siempre en persecución del enemigo, dándole cargas tremendas, molestándole, sorprendiéndole, apareciendo tan pronto en una parte como en otra, infatigables é indomables. Si el número era mayor, rompían filas, lanzaban un grito gutural, se desparramaban por la llanura y se perdían en el horizonte á presencia del enemigo, atónito, que ni lugar tenía para perseguirles.

Fieros y crueles, no daban cuartel ni se lo pedían; cada bote de su lanza era un enemigo muerto, y se cebaban en la matanza con ímpetu á la vez de tigres y de leones.

Indisciplinados é indisciplinables, combatían cuando y donde querían, sin reconocer otro jefe que el más valiente... ¡Cuánto debía de serlo Páez para que le hubiesen proclamado caudillo suyo y adheridose á él con una fidelidad salvaje, á prueba de sacrificios!

Sus campamentos eran las pampas húmedas, donde dormían al pie de sus caballos, sin más tienda que la inmensidad del firmamento, ni otras hogueras que los astros encendidos en la altura, que atisbaban su sueño...

Vestidos, pocos y primitivos; calzado, jamás lo co-

nocieron; forraje para sus caballos daba la grama de las llanuras; los abrevaban en las aguas de los ríos, que atravesaban, centauros invencibles, con las riendas en la mano y la lanza entre los dientes.

Vituallas, ¿para qué? Si tenían hambre mataban los toros que pacían en el fondo de la pampa, los asaban entre la hierba y se los comían, sentados alrededor de la fogata, como los héroes griegos en el campamento de Agamenón.

¿Que los corceles estaban rendidos? Pues no había más que tomar otros, de los millares que ofrecían las grandes yeguas que pasaban á su vista. Pronto el lazo, la vista experta, el pulso firme, y la nueva cabalgadura no tardaba una hora en relinchar y rebotar bajo sus piernas de hierro... Y otra vez á la carrera huracanada, bebiéndose los vientos, haciendo silbar el aire con la punta de su arma formidable; y luego, al combate y á la matanza... ¡Hombre extraordinario debía de ser Páez para haberles acaudillado durante tantos años!

Todo era creíble de esos feroces y sobrios guerreros de la llanura; porque la heroicidad era en ellos cosa natural y corriente.

¡Cuánto les debió la Independencia!

De ellos queremos referir brevemente una de las acciones más portentosas, acaso la más culminante de la epopeya americana, tan llena de cosas sorprendentes.

¿Quién no ha oído hablar de la función de guerra llamada de las *Queseras del Medio*?

Las cosas pasaron de la manera siguiente.—Las

cuenta el mismo Páez en un libro suyo que publicó ya viejo y en el destierro (1).

El general Morillo, al frente de una espléndida división de 6.500 hombres de todas armas, infantería, artillería y caballería, se había metido imprudentemente en los llanos del Apure, deseoso de exterminar á los guerreros de la Independencia, que la sostenían en esa parte al mando del invicto Páez.

Lo que sufrió en esa campaña, como perdido en aquellos ilimitados desiertos, falto de provisiones, embarazado con una impedimenta pesadísima y hostigado sin cesar por los republicanos, cuéntanlo las historias.

No tenía un momento de reposo el ejército realista, muy superior al contrario, aunque menos avezado á esa clase de guerra.

Páez, habiendo dejado en lugar seguro la infantería y una emigración de diez mil personas, que, huyendo de las iras españolas, seguía los pasos de sus reducidas tropas, opuso á Morillo un sistema de alarmas, asaltos y sorpresas que le traía á mal andar. Tan pronto se le aparecía á vanguardia como á retaguardia, por el un flanco como por el otro. Si la ocasión le venía propicia para un golpe de mano, lo daba, hacía algún estrago de los suyos en las filas enemigas y desaparecía rápido como un ave que se pierde en el espacio. Siempre á vista del enemigo y nunca á su alcance, le mareaba con la rapidez de sus movimientos y causaba la desmoralización de sus tropas.

Esto era en los primeros meses del año 1819.

Bolívar, reconciliado ya con Páez y habiendo per-

(1) La *Autobiografía*, dada á luz en Nueva York por la casa de Appleton. Véase el tomo I.

donado la debilidad con que éste se dejara investir del mando supremo con desconocimiento de la autoridad que él, Bolívar, representaba, acudió desde la Guayana á hacerse cargo del ejército, llevándole refuerzos y, más que todo, el inmenso prestigio de su presencia en el lugar de la campaña. Llegó el 17 de Marzo del año que acabamos de citar.

Después de algunos encuentros, no siempre favorables á los patriotas, repasó el Arauca, situándose en la margen derecha, en tanto que el general enemigo se preparaba á hacer un movimiento decisivo sobre su línea.

Al efecto se acercó por la orilla izquierda el día 1.º de Abril; y como veinte oficiales de caballería, conducidos por Páez en persona, saliesen á verificar un reconocimiento y se encontrasen súbitamente con doscientos jinetes enemigos que formaban la descubierta del ejército de Morillo, les atacaron furiosamente, matando, aprisionando y arrojando los despedazados restos sobre el grueso del ejército que andaba por ahí cerca.

El riesgo de una batalla general era inminente, y aunque al caudillo republicano no le conviniese aceptarla, por la inferioridad de su infantería, parecía inevitable.

Al día siguiente—¡memorable 2 de Abril—Morillo, después de algunas evoluciones, vino á ponerse al frente de Bolívar, bien que fuera de tiro de cañón.

Era ya un reto que no había cómo esquivar. El río estaba por medio, y convenía atraer al enemigo.

Páez elige ciento cincuenta hombres entre jefes, oficiales y soldados, pasa el río, los forma en tres co-

lumnas de á cincuenta cada una, y se va sobre el enemigo.

Este mueve contra él todas sus fuerzas; despliega su infantería, forma los jinetes y principia á hacer jugar su artillería. ¡Seis mil hombres contra ciento cincuenta, que sólo tienen sus buenas lanzas para defenderse!

Los patriotas se retiran ordenadamente con dirección al río, y al verles en retirada, corren hacia ellos mil jinetes—toda la caballería, entre ella doscientos carabineros—, juzgando el triunfo fácil y cierto, pues la diminuta tropa fugitiva, al parecer, no puede tener escape posible puesta entre un ejército que les cañonea y fusila y un río en aquel punto invadeable.

Los ciento cincuenta continúan retirándose, hasta que oyen á sus espaldas el mugido de las olas del Arauca.

Algunas guerrillas les sostienen desde la ribera opuesta; pero ¿qué auxilio es el suyo, cuando los tiros enemigos se han dirigido contra ellas?

¡Ha llegado el último momento para el *León de los Llanos* y sus impertérritos compañeros! ¡No hay salvación! Ya los jinetes enemigos están sobre ellos, se vienen al escape, dejando á larga distancia la masa numerosa del ejército... ¡Ya llegan, ya están allí!...

Rápido, Páez manda volver caras, ordena los suyos en siete grupos de á veinte hombre: enristran lanzas, aprietan los ijares de los corceles y se van como si fuesen á la muerte...

Horrendo fué el choque. Las secciones de á veinte se meten por entre las filas enemigas, de frente y por los flancos, y, sin darles un instante de descanso, les alancean, les atropellan y desbaratan...

Resisten esos enemigos, porque valor no les falta; oponen lanzas á lanzas, pechos á pechos... Todo en vano: van de vencida.

Se apean entonces los doscientos carabineros, quieren ordenarse, hacer uso de sus armas... ¡Vano esfuerzo! Son alanceados en tierra en vez de ser clavados sobre las sillas de sus cabalgaduras... Al fin, huyen á la desbandada, siendo degollados en la fuga...

Páez, en su furiosa arremetida, llega con su escuadrón á las filas mismas de la infantería y se lanza contra ella: cinco mil hombres retroceden á su presencia; los cañones callan, y el ejército entero de Morillo, aturdido y espantado, retrocede, se desbanda, refúgiase en el bosque en que se apoya su retaguardia... La noche llega; cesa la matanza, y Páez se arroja otra vez al río, presentándose luego victorioso ante el ejército republicano...

Esta fué la increíble acción de las *Queseras del Medio*. Los españoles dejaron cuatrocientos soldados de caballería tendidos en el campo; los patriotas tuvieron DOS MUERTOS Y CINCO HERIDOS.

Aturdido, Morillo se retira precipitadamente á Achaguas, rechazado por la carga de menos de doscientos llaneros, de la *gavilla*, como él los llamaba...

«Jamás se había visto, ni después se vió en la guerra de la Independencia, un combate más desigual—dice Baralt—ni más glorioso para las armas de la República; combate que sería increíble si no estuviera apoyado en el testimonio de los amigos y de los enemigos de Páez y de multitud de documentos fidedignos» (1).

(1) PÁEZ en su *Autobiografía* da la lista de los que asistieron á esta memorable función de armas, lista que nos-

Al día siguiente, Bolívar decretó la concesión de la *Cruz de libertadores* á todos los vencedores de la *vispera*—jefes, oficiales y soldados.

Y el 4 de Abril se expresaba de esta manera en una carta á su amigo D. Guillermo Withe:

«Antes de ayer, el general Páez ha logrado un golpe admirable sobre Morillo, y que pudo haber sido completamente decisivo, si la noche no lo hubiera ocultado á nuestras lanzas. No pensábamos más que darle á conocer la superioridad de nuestra caballería; y así, no aprovechamos el brillante resultado que tuvimos, porque no habíamos preparado el lance para ello. Arrollamos todo el ejército cuando sólo pensábamos batir una parte de su caballería. Ciento y cincuenta valientes, mandados por el general Páez, no podían solos destruir todo un ejército, estando nuestras tropas con el Arauca por medio.»

otros no reproducimos aquí, tanto por no llenar mucho espacio como por no consentirlo la naturaleza de este libro.

XIV

EL PÁNICO DE UN VIRREY

(1819)

Los salones están abiertos.

La luz de numerosas bujías se refleja en los grandes espejos, que la devuelven multiplicada, brilla en los amplios cortinajes de seda y recorta la figura de las talladas mesas y de los sillones de alto y blasonado espaldar.

El señor virrey de Nueva Granada come en su palacio de Santa Fe, acompañado de sus oficiales.

El servicio es lujoso, la mesa espléndida, ricos los manjares que criados de librea conducen en amplias y cinceladas fuentes de plata.

¡Y cuán grande satisfacción demuestran los comensales, cuánta alegría le sale al rostro al amable anfitrión!

Al oír la dulzura de las frases de éste, al notar su amabilidad de hombre repleto y bonachón, ¡quién va á creer que no es otro sino el excelentísimo señor brigadier D. Juan Sámano, que está coronando una ca-

Al día siguiente, Bolívar decretó la concesión de la *Cruz de libertadores* á todos los vencedores de la *vispera*—jefes, oficiales y soldados.

Y el 4 de Abril se expresaba de esta manera en una carta á su amigo D. Guillermo Withe:

«Antes de ayer, el general Páez ha logrado un golpe admirable sobre Morillo, y que pudo haber sido completamente decisivo, si la noche no lo hubiera ocultado á nuestras lanzas. No pensábamos más que darle á conocer la superioridad de nuestra caballería; y así, no aprovechamos el brillante resultado que tuvimos, porque no habíamos preparado el lance para ello. Arrollamos todo el ejército cuando sólo pensábamos batir una parte de su caballería. Ciento y cincuenta valientes, mandados por el general Páez, no podían solos destruir todo un ejército, estando nuestras tropas con el Arauca por medio.»

otros no reproducimos aquí, tanto por no llenar mucho espacio como por no consentirlo la naturaleza de este libro.

XIV

EL PÁNICO DE UN VIRREY

(1819)

Los salones están abiertos.

La luz de numerosas bujías se refleja en los grandes espejos, que la devuelven multiplicada, brilla en los amplios cortinajes de seda y recorta la figura de las talladas mesas y de los sillones de alto y blasonado espaldar.

El señor virrey de Nueva Granada come en su palacio de Santa Fe, acompañado de sus oficiales.

El servicio es lujoso, la mesa espléndida, ricos los manjares que criados de librea conducen en amplias y cinceladas fuentes de plata.

¡Y cuán grande satisfacción demuestran los comensales, cuánta alegría le sale al rostro al amable anfitrión!

Al oír la dulzura de las frases de éste, al notar su amabilidad de hombre repleto y bonachón, ¡quién va á creer que no es otro sino el excelentísimo señor brigadier D. Juan Sámano, que está coronando una ca-

rrera de crímenes de lesa humanidad en uno como delirio de fiera hambrienta!

Comen, beben, hablan: hablan sobre todo, con franqueza de militares y ardimiento de vencedores...

¡Cuán feliz les sonríe la esperanza á aquellos hombres, y muy en particular al excelentísimo señor virrey!

Morillo ha pacificado sangrientamente el virreinato, arrojado fuera á los pícaros que se atrevieron á conquistar su independencia y establecer una autoridad: España gobierna, España reina, y él, Sámano, en su nombre. ¿Qué más se quieren los granadinos?

Y la situación no puede ser más favorable á los intereses reales en el Sur del Continente; porque si Nueva Granada yace en paz, Canterac triunfa en el Perú, Quito no respira, y hay que ver lo que sucede en México...

Sólo la Capitanía de Venezuela anda un poco alborotada por el lado de allá del Orinoco, entreteniendo á las invencibles huestes del general Morillo, una partida de bandidos que huyen ante él, sin cesar, por las ilimitadas sabanas.

¿Quién mandaba esa partida? *El dicho* general Bolívar, un insurgente empecatado, incansable y ardido-so... ¡Ah, si Morillo hubiera podido cogerle!...

¡Mas, qué fortuna! Ese mismo Bolívar ha venido á meterse en el corazón del país con unos cuantos haraposos, que él llama su ejército, y media docena de aventureros ingleses.

Por lo pronto, ya ha llevado su merecido. Ahí está la comunicación del brigadier Barreiro que cuenta la gran victoria que sobre los insurgentes ha tenido en *Pantano de Vargas*; textualmente lo dice: «Estoy re-

corriendo el campo y recogiendo á cargas los fusiles» (1).

De modo, que se espera de un momento á otro la total exterminación de esos malvados y la captura de Bolívar. Si Bolívar cae en sus manos, en las del piadoso virrey, ¡bonita horca le espera, plantada en media plaza de la fidelísima ciudad de Santa Fe de Bogotá!...

—¡Vamos, caballeros: un brindis por el bizarro Barreiro!

—¡Viva el Rey, viva Barreiro! ¡Por Barreiro!

—Y por la horca del insurgente Bolívar, excelentísimo señor.

—¡Vaya por la horca, capitán!

Chocan los vasos, apúrnanlos, y sonrien como hombres satisfechos.

En este momento entra un ujier:

—Excelentísimo señor, unas señoras.

—¡Ah! ¡Ya! Que voy al instante. Hazlas entrar en el salón principal. Caballeros, á recibir á las damas.

Se levantan todos, y pasan á la gran sala.

Ahí están las bellas. Galantes son los españoles, y se inclinan con respeto, en garbosa salutación.

En este momento—no son sino las siete de la noche (8 de Agosto de 1819)—se oye entrar un caballo en el patio, á carrera tendida.

No pasan dos minutos, y he ahí que se presenta un oficial—llamado D. Manuel Martínez de Aparicio—, jadeante, sudoroso, lleno de polvo, con botas y espue-

(1) Sabido es que Barreiro engañó á Sámano dando como un triunfo la rota que sufrió en *Pantano de Vargas*. De ahí la alegría y esperanzas del virrey, que estamos procurando describir en este breve cuadro.

las: gran carrera manifiesta haber sido la suya el desgreño en que llega; y algo muy importante tiene que decir, cuando así falta á todas las conveniencias sociales entrándose en el salón con semejantes arreos.

—¡Cómo! Usted, Martínez.

—Sí, señor.

—¿Y qué hay de nuevo?

—*¡Todo está perdido! ¡Bolívar está encima!*

—¿Qué...?

—*¡Que todo está perdido! ¡Bolívar, encima!*

Desconcertado, despavorido, tiembla el recién llegado oficial, y á todas las preguntas que se le hacen no puede contestar sino las palabras transcritas.

—Pero... ¿y Barreiro?

—Prisionero.

—¿Y el ejército?

—Muerto... prisionero... disperso...

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¡Explíquese usted, por Dios!

¿No ve que nos está matando?

—Ayer... en el puente de Boyacá... ¡Ah! ¡Esos malditos! Se batían como tigres... ¡y nos vencieron! ¡Un desastre completo!

—¿Y...?

—¡Pero no estoy diciendo que ya no hay Barreiro, que no hay ejército, que todo se lo ha llevado el diablo, y que Bolívar, dueño de nuestro armamento, de la artillería, de las municiones, de los caballos, llevando en sus filas á mil seiscientos prisioneros, avanza sobre la capital, al frente de dos mil hombres!

Densa palidez cubre los semblantes de los que escuchan; las damas se escapan dando chillidos, y cada cual mira por su propia seguridad.

—¡Misericordia! ¡Misericordia!—exclamaba el virrey,

elevando las manos al cielo, lívido como un difunto, crispada la boca, con extravío en la mirada y sacudido todo su cuerpo por un temblor nervioso...

—¡Misericordia! ¡Misericordia!

Y se hundía en el sillón sobre el que había caído.

Acaso la visión tremenda de todos los que había asesinado en los cadalsos se levantaba ante él en aquella hora de angustia, pues no se comprende de otro modo terror semejante en un viejo militar: ¡y aun tenía en el paladar los dejos del vino con que acababa de brindar por la horca de Bolívar!

—Y al fin, ¿qué hacemos?—dijo alguien.

Preso de un estupor imbecil, alzó la frente Sámano, y no contestó.

Luego se levantó como loco, corrió á sus habitaciones particulares, tomó en ellas lo que creyó indispensable, pidió caballos, y acompañado de quien le quiso seguir, se lanzó á la fuga.

Un millón de pesos tenía en la caja fuerte del Tesoro: no se acordó de ese millón.

Papeles había que era necesario ocultar ó llevar: ¿para qué papeles?

Cuatrocientos valientes estaban acuartelados en la ciudad... ¡Allá se las hayan! Le sobra con su guardia de honor.

Y corrió... corrió desesperadamente... En las plazas de las ciudades que atravesaba, en los caminos públicos que la actividad de su terror devoraba, desde lo alto de afrentosas escarpas le iban saludando con mueca horrible de sarcasmo las cabezas de los patriotas que había victimado...

Y corrió... y corrió... Llegó á Honda, se embarcó para Cartagena, y cuatro días después de su salida,

había puesto ya cincuenta leguas entre él y aquel Bolívar á quien se prometiera ahorcar ó decapitar cuando menos.

Entretanto, Bolívar ocupaba tranquilamente la capital, y se daba, después de la fiesta triunfal que se le hizo, á la tarea de organizar la administración pública.

Narremos esta campaña célebre, cuyo resultado principal fué la definitiva liberación de Nueva Granada.

—¿Y qué? ¿Todos se desertan, todos se retiran, todos me abandonan? ¿Con quién voy, pues?—decía el Libertador una tarde (4 de Junio de 1819) á la orilla del Arauca, cruzado de brazos, pensativo y melancólico, dirigiendo una larga mirada por las profundidades de la solitaria pampa.

—¿Y yo, mi general? ¿Y mi legión británica? A usted le seguiria *hasta más allá del cabo de Hornos si fuera necesario.*

¡Ah! ¡bravo coronel Rook!

Y es que, sabedores ó sospechando la clase de expedición á que se les llevaba, comenzaron á desertarse los llaneros; Iribarren se ha retirado con su escuadrón, Rangel con el suyo, y Páez queda allá con mil jinetes para hacer frente á Morillo...

La aventura en que se ha metido es arrojada, de difícil ejecución y problemáticos resultados; pero si triunfa en ella, ¡qué gloria para él!

Ciertamente, fué una inspiración muy genial la que le empujaba sobre la tierra granadina, desde las riberas del Orinoco, para combatir por la libertad, redentor de suelo extraño cuando el propio estaba, en parte, ocupado por un ejército español que, aun cuando

escarmentado una y otra vez, no podía llamarse vencido. ¿Y Páez? Páez quedaba en situación comprometidísima, con pocos elementos y enfrente de un enemigo poderoso...

Pero lo había dicho, lo había consultado y resuelto, y era preciso marchar. Podía trasmontar la cordillera con dos ó tres mil hombres; y si libertaba el virreinato, ¿no es cierto que habría de volver al territorio venezolano al frente de alguna expedición capaz de arrojar de una vez por todas del suelo americano á ese incansable Morillo?

Años atrás había venido él desde Nueva Granada para luchar por la independencia de Venezuela; entonces el virreinato era libre; ahora que la faz de los acontecimientos se vuelve favorable para la causa que defiende, ¡qué hermoso salir de Venezuela para luchar por la independencia de Nueva Granada!

El Congreso de Angostura nada sabía de esta empresa. ¿Para qué comunicársela? Esos buenos patriotas se perderían en divagaciones oratorias, y el secreto, una de las mayores garantías de aquella tentativa, se convertiría en noticia pública; y entonces, ¡adiós empresa!

¡En marcha, pues!

¡Pero qué marcha!

Llovía á cántaros sobre los infelices expedicionarios, quienes veían con tristeza que el camino se alargaba sin fin al través de llanuras inundadas, de ríos crecidos... Y ellos casi desnudos, sin tener qué comer sino muy poco y malo, aburridos, cansados, sin saber de seguro adónde iban ni á qué matadero se les llevaba...

Y ¡adelante... adelante!... Camina que caminarás, á marchas forzadas, casi sin descanso, durmiendo breves

horas al descubierto, llenos de fango y calados hasta la médula de los huesos.

Soplan vientos helados; la vegetación cambia de aspecto, y ante ellos extiéndense sombríos páramos que la neblina envuelve y las lluvias torrenciales é incasantes convierten en tremedales espantosos.

Y ¡adelante... adelante! Camina que caminarás por el lodo, por los pajonales, bajo las inclemencias del cielo y entre un cierzo que les punza las carnes con sus mil agujas de hielo.

He ahí la cordillera: ¡qué hoscas se elevan sus inaccesibles riscos!

¡Cómo! ¿Hay que trepar y trepar sin fin, es preciso trasmontar esas moles inmensas?

¡No pueden más! Nunca en la ardiente sabana conocieron el frío; y ahora llegan á la región de las nieves eternas. Ropa, ya no la tienen; los caballos se rinden, y hay que proseguir á pie... Demacrados, hambrientos, desnudos, parecen una legión de fantasmas perdidos en la cumbre de la cordillera.

Y ¡adelante... adelante! Camina que caminarás por regiones heladas, entre riscos y precipicios, con hambre, con frío, con desnudez...

Ruedan los caballos; las cargas van, dando tumbos, á hondos abismos; mueren muchos... Y ¡adelante... siempre adelante!... ¡Ah, qué marcha tan cruel!

¡5 de Julio! ¡Por fin!

Queda atrás la cordillera; están ya en tierra granadina; llegan á Soacha, en la jurisdicción de la provincia de Tunja.

Pero ¿es ése un ejército ó una reunión de miles de pordioseros en la más extraña *Corte de los Milagros*?

No pueden tenerse de pie; hay cientos de enfermos;

¡cuántos compañeros quedan, despojos lamentables, en el horrible camino!

¿Viveres? No los hay. ¿Muníciones de guerra? Apenas unas pocas. ¿Caballos? *Ni uno...* Todo se lo había tragado la cordillera. ¿Padeció más Alvarado en su expedición famosa al reino de Quito?

Ahora podrán descansar, reponerse de las fatigas de un mes de marchas forzadas...

¿Descansar?... ¡Bonita noticia la que acaban de darles!

El brigadier español D. José María Barreiro avanzaba rápidamente sobre ellos al frente de tres mil hombres...

Si profundo era el desaliento del ejército, admirable fué la actividad del Libertador.

Tres días le bastaron para remontar la caballería, reponer el armamento dañado y proveer á las demás necesidades del ejército, de manera que éste pudiese entrar con buen pie en la campaña que principiaba.

Entretanto, distraía al enemigo llamando su atención por diferentes lados, le amagaba, ya por una parte, ya por otra, y le fatigaba con guerrillas.

Luego se movió en busca de él.

Era ese Barreiro joven, valiente, muy querido de los suyos y bastante conocedor de las cosas de la guerra. Mandaba buena gente y confiaba en el triunfo.

Comenzaron los encuentros.

El 11 se dió el combate de Gámeza, que duró ocho horas, y en el cual se peleó con encarnizamiento por una y otra parte. Los republicanos triunfaron.

Escarmentado, Barreiro quiso cansar al Libertador

manteniéndose á la defensiva, sabiendo que el país era escaso de recursos, y que, falto de todo auxilio, el ejército invasor se desharía como el hielo.

Por consiguiente, se retiró á un paraje llamado los «Molinos de Bonza», que fortificó con algunas obras de campaña.

Allá le siguió Bolívar, presentándole reiteradamente la batalla; provocaciones que no surtieron ningún efecto.

Pero Barreiro no contaba con el entusiasmo de los granadinos por la causa libertadora, entusiasmo que el caudillo patriota supo despertar y mantener por medio de proclamas y la activa propaganda de discretos agentes.

Así es que, no solamente lo tuvo en abundancia, sino que aumentó sus tropas con voluntarios granadinos, que se presentaban en partidas, hasta darse el caso de ser muchos despedidos por falta de armas que darles. Y, tranquilamente, al mismo tiempo que recibía vituallas, vestidos, noticias—que era lo mejor—, disciplinaba y ejercitaba en el manejo del arma á sus voluntarios, en presencia misma del enemigo... «Feria más bien que campamento parecía Bonza en los cuatro días que allí estuvo Bolívar»—dice un historiador.

Barreiro, fiel á su sistema, no quería combatir; pero á Bolívar no le convenía la inacción; y por eso, el 25 ordenó un movimiento general de su línea por el flanco izquierdo sobre la retaguardia del enemigo. Su intención era obligar al combate al jefe español y arrojarle de sus posiciones ó atacarle por la espalda.

«Barreiro se movió entonces contra él—dice Baralt—, y con tal ímpetu, que le obligó á combatir en posición desfavorable. Porque es una hondonada pa-

ludosa llamada «Pantano de Vargas», circuida casi toda de colinas, de las cuales se apoderó al principio de la acción el enemigo, é hizo llover sobre los patriotas un fuego horroroso de fusilería. Los infantes realistas, así peninsulares como criollos, eran excelentes; la caballería, como siempre, inferior á la republicana. Y á esto último se debió la salvación de Bolívar; pues como se hallase el ejército envuelto por todas partes y fuesen inútiles los esfuerzos que se hacían para tomar de frente y tiro á tiro las posiciones enemigas, una columna de jinetes al mando de Rondón las atacó por un flanco, á tiempo que otra, también de jinetes, á las órdenes del teniente Lucas Carvajal, dispersaba y alanceaba su caballería, que por el otro estaba á resguardarlas. La infantería, y particularmente el batallón *Albión*, apoyaron de frente y con denuedo este bien pensado y mejor dirigido movimiento, y el enemigo, desalojado de sus alturas, abandonó el campo y la victoria. Salvóle de su total destrucción la noche que sobrevino, y al abrigo de la cual se retiró en buen orden y sin ser perseguido hasta las alturas de Paypa, donde tomó nuevas posiciones.

Considerables fueron sus pérdidas, pues además de las armas, municiones, banderas, etc., que le tomó el vencedor, dejó tendidos en el campo quinientos hombres entre muertos y heridos. La victoria costó al ejército libertador ciento cuatro bajas.

Después de semejante desastre, ¿cómo se atrevió Barreiro á proclamarse victorioso en el oficio al virrey de que hicimos mención, y á decir que quedaba en el campo recogiendo á brazadas los fusiles?

En fin, para no alargar más de lo debido esta relación, diremos que, por un movimiento estratégico fel,

císimo, el 5 de Agosto se apoderó Bolívar de la ciudad de Tunja, haciendo prisionera á la guarnición; sorpresa provechosa, pues en dicha ciudad encontró cuanto necesitaba su ejército: armas, vestuarios, medicinas, alimentos, y voluntarios que aumentasen sus filas.

El engañado contrario, que se había quedado atrás, siguió los pasos del ejército independiente y se acercó á Tunja.

Después de los golpes que recibiera, ya no osaba medir sus armas con las del enemigo que tenía á la vista: lo que ansiaba era reunir sus fuerzas á las de Sámano; pero Bolívar estaba en medio...

Así estuvieron las cosas hasta el memorable 7 de Agosto, día en que se decidió la libertad de Nueva Granada en una de las jornadas más brillantes y memorables de la guerra de la Independencia.

La ciudad de Tunja estaba en conmoción aquel día famoso en los anales patrios. Hay ansiedad en los pechos de los habitantes é incertidumbre en el de los jefes republicanos.

El ejército se halla formado en media plaza, y aguarda la orden de marchar.

Van y vienen los espías; las colinas cercanas están coronadas de gente en observación; Bolívar mismo sube á una de ellas... ¿Qué hará Barreiro? ¿Por dónde se moverá? ¿Cuál de los dos caminos que tiene adelante tomaría?

—¡Señor...! ¡Señor...!

—¿Qué hay?

—Que vienen por el puente.

—Pues ¡á ellos!

Y puso el ejército en movimiento.

Eran las dos de la tarde.

Veamos cómo cuenta el lance el historiador Restrepo, en su *Historia de la Revolución de Colombia*:

...«la primera columna enemiga se acercaba al puente de Boyacá, donde se reunían los dos caminos que llevaban las tropas contendoras, cuando se dejó ver sobre una altura de la izquierda realista la descubierta de caballería de Bolívar. El enemigo, creyendo que sólo era un cuerpo de observación, envió á sus cazadores para que la atacaran, alejándola del camino mientras que sus tropas continuaban la marcha. Entonces las divisiones del ejército patriota aceleraron la suya, y de repente toda la infantería se presentó en columna sobre una altura que dominaba la posición enemiga. La vanguardia española había subido parte de la cuesta persiguiendo á nuestra avanzada, y el resto de la división de Barreiro estaba en lo bajo, á un cuarto de legua del puente. Su fuerza total era de dos mil quinientos hombres, los cuatrocientos de caballería. Los patriotas apenas tenían dos mil hombres de infantería y caballería del llano, junto con algunos reclutas medio disciplinados, que fueron puestos en la reserva.

«El batallón Cazadores de vanguardia atacó á los cazadores realistas, obligándolos á retirarse precipitadamente contra un paredón que rodeaba la casa de teja, de donde fueron también desalojados; mas, pasando el puente, tomaron posiciones del lado meridional del pequeño río de Boyacá, que allí corre al Oriente. Entretanto, nuestra infantería bajaba la altura, y la caballería marchaba por el camino principal. El ene-

migo intentó un movimiento por su derecha, al que se opusieron los Rifles y una compañía de la Legión Británica. Los batallones de infantería, Primero de Barcelona y Bravos de Páez, con el escuadrón de caballería del Llano-Arriba, siguieron por el centro. El batallón de línea de Nueva Granada y los Guías de vanguardia, reunidos á los cazadores, formaban la izquierda. Las columnas bisoñas de Tunja y del Socorro quedaron en reserva. El general Anzoátegui regía el centro y la derecha; el general Santander, la izquierda.

»La división española se formó en columna sobre una altura, con tres piezas de artillería en el centro y dos cuerpos de caballería á los costados. En esta formación aguardó el ataque de los republicanos, y en breve se rompió el fuego en toda la línea. Un batallón enemigo, que había ocupado una cañada, fué compelido á retirarse. Las tropas del centro, despreciando los fuegos de algunos cuerpos españoles situados á derecha é izquierda, atacaron la fuerza principal enemiga. Esta hizo un fuego horroroso; pero los independientes, con movimientos audaces, ejecutados con la mayor regularidad y disciplina, envolvieron á todos los cuerpos realistas. Al mismo tiempo, el formidable escuadrón del Llano-Arriba, con el coronel Rondón á su cabeza, cargó con su acostumbrado arrojo, y desde aquel momento fueron inútiles todos los esfuerzos que hiciera el jefe español para restablecer la batalla. Perdió su posición y en las tropas se introdujo el desorden. La compañía de Granaderos á caballo, que era toda de españoles europeos, fué la primera que abandonó cobardemente el campo: casi toda la caballería imitó el mismo ejemplo, con su comandante el teniente coronel D. Víctor Sierra. La infantería trató de

rehacerse ocupando otra altura, pero en un momento fué derrotada. Un cuerpo de caballería, que estaba en reserva, aguardó el combate con denuedo, y casi todo pereció. Entonces ya nada pudo contener el empuje de los soldados republicanos. La mayor parte de la división española, en completa derrota y cercada por los patriotas, tuvo que rendir las armas.»

Y cayó prisionera, añadiremos nosotros. Santander rindió la vanguardia, y la derrota del enemigo fué total. Verdad que no murieron sino cien realistas; pero mil seiscientos, las dos terceras partes, cayeron prisioneros: el resto se dispersó. Armas, municiones, artillería, equipo, todo fué del vencedor, el cual, consumada la victoria, avanzó rápidamente con dirección á Santa Fe.

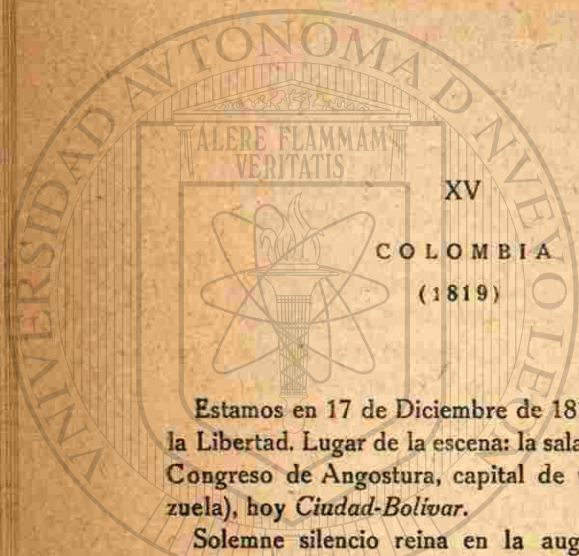
Esta fué la noticia que llevó Martínez Aparicio al virrey, y que produjo en Sámano el pavor que hemos visto.

Aun días después de su llegada á Cartagena, no se le había pasado el susto, y escribía incoherentemente á D. Melchor Aymerich, presidente de Quito, pintándole las cosas á su modo.

Los cuatrocientos hombres de la guarnición de Santa Fe se retiraron por el Sur, con el coronel Calzada á la cabeza, cometiendo atrocidades cuya narración espeluzna. Ni mujeres, ni niños, ni ancianos de sesenta años, ni sacerdotes se libraron de ser ultrajados ó bárbaramente muertos.

Pero eran aquellas las últimas víctimas.

Boyacá puso el sello á la independencia granadina. Días después, nacía Colombia.



Estamos en 17 de Diciembre de 1819, año nono de la Libertad. Lugar de la escena: la sala de sesiones del Congreso de Angostura, capital de Guayana (Venezuela), hoy *Ciudad-Bolívar*.

Solemne silencio reina en la augusta Asamblea; chista apenas la numerosa concurrencia... Los rayos de un pálido sol invernal iluminan la anchurosa estancia. Es todavía de mañana.

El diputado secretario D. Diego de Vallenilla se pone de pie, y el presidente lee el documento que transcribimos:

LEY FUNDAMENTAL DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

«El soberano Congreso de Venezuela, á cuya autoridad han querido voluntariamente sujetarse los pueblos de la Nueva Granada, recientemente libertada por las armas de la República, considerando:

1.º Que reunidas en una sola República las provincias de Venezuela y de la Nueva Granada, tienen

todas las proporciones y medios de elevarse al más alto grado de poder y prosperidad;

2.º Que constituidas en Repúblicas separadas, por más estrechos que sean los lazos que las unan, bien lejos de aprovechar tantas ventajas, llegarían difícilmente á consolidar y hacer respetar su soberanía;

3.º Que estas verdades, altamente penetradas por todos los hombres de talentos superiores y de un ilustrado patriotismo, habían movido á los gobiernos de las dos Repúblicas á convenir en su reunión, que las vicisitudes de la guerra impidieron verificar. Por todas estas consideraciones de necesidad y de interés recíproco, y con arreglo al informe de una comisión especial de diputados de Nueva Granada y Venezuela;

En el nombre y bajo los auspicios del Ser Supremo. Ha decretado y decreta la siguiente ley fundamental de la *República de Colombia*:

Artículo 1.º Las Repúblicas de Venezuela y la Nueva Granada quedan desde este día reunidas en una sola bajo el título glorioso de REPÚBLICA DE COLOMBIA.

2.º Su territorio será el que comprendían la antigua capitania general de Venezuela y el virreinato del Nuevo Reino de Granada, abrazando una extensión de ciento quince mil leguas cuadradas, cuyos términos precisos se fijarán en mejores circunstancias. ®

3.º Las deudas que las dos Repúblicas han contraído separadamente son reconocidas *in solidum* por esta ley como deuda nacional de Colombia, á cuyo pago quedan vinculados todos los bienes y propiedades del Estado, y se destinarán los ramos más productivos de las rentas públicas.

4.º El poder ejecutivo de la República será ejerci-

do por un presidente, y, en su defecto, por un vicepresidente, nombrados interinamente por el actual Congreso.

5.º La República de Colombia se dividirá en tres grandes departamentos: Venezuela, Quito y Cundinamarca, que comprenderá las provincias de la Nueva Granada, cuyo nombre queda desde hoy suprimido. Las capitales de estos departamentos serán las ciudades de Caracas, Quito y Bogotá, quitada la adición de Santa Fe.

6.º Cada departamento tendrá una administración superior y un jefe nombrado por ahora por este Congreso con título de vicepresidente.

7.º Una nueva ciudad que llevará el nombre del Libertador *Bolívar* será la capital de la República de Colombia. Su plan y situación se determinarán por el primer Congreso general, bajo el principio de proporcionarla á las necesidades de los tres departamentos, y á la grandeza á que este opulento país está destinado por la Naturaleza.

8.º El Congreso general de Colombia se reunirá el 1.º de Enero de 1821 en la villa del Rosario de Cúcuta, que por todas circunstancias se considera el lugar más bien proporcionado. Su convocación se hará por el presidente de la República el 1.º de Enero de 1820, con comunicación del reglamento para las elecciones, que será formado por una comisión especial y aprobado por el Congreso actual.

9.º La Constitución de la República de Colombia será formada por su Congreso general, á quien se presentará en clase de proyecto la que ha decretado el actual, y que con las leyes dadas por el mismo se pondrá luego, por vía de ensayo, en ejecución.

10. Las armas y el pabellón de Colombia se decretarán por el Congreso general, sirviéndose entretanto de las armas y pabellón de Venezuela, por ser más conocido.

11. El actual Congreso se pondrá en receso el 15 de Enero de 1820, debiendo procederse á nuevas elecciones para el Congreso general de Colombia.

12. Una comisión de seis miembros y un presidente quedará en lugar del Congreso con atribuciones especiales que se determinarán por un decreto.

13. La República de Colombia será solemnemente proclamada en los pueblos y en los ejércitos con fiestas y regocijos públicos, verificándose en esta capital el 25 del corriente Diciembre, en celebración del nacimiento del Salvador del mundo, bajo cuyo patrocinio se ha logrado esta deseada reunión por la cual se regenera el Estado.

14. El aniversario de esta regeneración política se celebrará perpetuamente con una fiesta nacional, en la que se premiarán, como en las de Olimpia, las virtudes y las luces.

La presente ley fundamental de la República de Colombia será promulgada solemnemente en los pueblos y en los ejércitos, inscrita en todos los registros públicos, y depositada en todos los archivos de los cabildos, municipalidades y corporaciones, así eclesiásticas como seculares.

Dada en el palacio del Soberano Congreso de Venezuela, en la ciudad de Santo Tomás de Angostura, á 17 días del mes de Diciembre del año del Señor de 1819, noveno de la Independencia.

El presidente del Congreso, *Francisco Antonio Zea*.
Juan Germán Roscio.—Manuel Cedeño.—Juan Mar-

tez.—José España.—Luis Tomás Peraza.—Antonio María Briceño.—Eusebio Afanador.—Francisco Conde.—Diego Bautista Urbaneja.—Juan Vicente Cardoso.—Ignacio Muñoz.—Onofre Basalo.—Domingo Alzuru.—José Tomás Machado.—Ramón García Cádiz. El diputado secretario, *Diego de Vallenilla*."

Concluida la lectura, continuó el silencio por breves instantes.

Entonces, pausada, solemne, majestuosamente, vuelve á levantarse el presidente del Congreso, el venerable y por tantos títulos ilustre D. Francisco Antonio Zea, y exclamó en alta voz:

—La República de Colombia queda constituida.
¡Viva la República de Colombia!

—¡Viva la República de Colombia!—contestó á una voz el Congreso entero, puesto en pie y elevando las diestras en señal de juramento.

—¡Viva la República de Colombia!—gritó entusiasta la gran concurrencia de espectadores que asistían á tan solemne acto.

Y así nació Colombia la Grande, casi puede decirse al último fogonazo de la gloriosa acción del puente de Boyacá.

Uno de los ensueños de Bolívar, acariciado por él en el destierro y en los campos de batalla, en la victoria y en el desastre, acababa de realizarse, al prestigio de su fama y al poder de su espada vencedora.

Y con su realización «quedaron consagrados diez años de combates y de sangre; diez años de victorias, de abnegación y de virtudes; diez años de magnánimos sacrificios, de inclemencias, de lágrimas, de anales

resplandecientes, de desastres inmensos, de grandeza, de esperanzas celestiales»,—como dice un autor muchas veces citado en estas sencillas páginas.

El mismo día fué sancionada la ley en referencia, é inmediatamente fueron nombrados presidente y vicepresidente de la nueva República el general Bolívar y el Sr. Zea.

La fundación de Colombia obedecía á un hondo pensamiento político, y venía á ser como el fundador de la Libertad en el Sur del Continente. Una nación grande por su extensión, sus recursos, el número de sus habitantes, respetable por la íntima cohesión de sus diversos elementos, rica por la generosidad del suelo, la bondad de sus puertos, situados á las orillas de uno y otro Océano, regida por leyes apropiadas y gobernada por una mano hábil, fuerte y desinteresada, no hay duda que era la mayor prenda de garantía de la naciente Independencia.

Así lo declaraba Bolívar en su discurso al Congreso referido, el 14 del mes y año mencionados:

«La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas: es el voto de los ciudadanos de ambos países y es la garantía de la libertad de la América del Sur.»

Fecundo en buenos sucesos para la causa republicana, el año de 1819 había de terminar con este grande y trascendental acto.

El cual venía preparado desde muy atrás, pues la instalación del Congreso de Angostura fué una de las operaciones más felices del Libertador, verificada en los momentos mismos en que lanzaba sus legiones á

los desiertos llanos para precipitarse desde allí á los campos de Gámeza, Bonza, Pantano de Vargas y Boyacá...

Refiriéndose á ella dice con razón el historiador Baralt:

«Otro adversario, más formidable aún, pero de diverso género, preparaba en tanto Bolívar á la causa española en el Congreso de Guayana; más formidable, sí, porque sus pacíficos triunfos debían cimentar el gobierno en la opinión, reina del mundo. En las riberas del Orinoco, en medio de aquellas selvas primitivas donde el indígena de América vaga aún libre y salvaje, iba el descendiente de los conquistadores del Nuevo Mundo á renunciar á la alianza de sus padres, á mejorar su obra, á dar, en fin, á la tierra del inmortal Colón su precio verdadero por medio de la libertad. Una asamblea de hombres buenos, emancipados de la tutela colonial, iba á reunirse por segunda vez, no á crear la República, como ya lo hiciera el memorable Congreso de Caracas, sino á fijar, según el pensamiento de Bolívar, su fortuna incierta y vacilante, á dar fin á su peregrinación y á curar las heridas de la guerra al abrigo de instituciones generosas y fuertes.»

Efímera fué la vida de Colombia, pero aun en medio de sus discordias intestinas, de los partidos que se devoraban y de la ambición que la condujo á su ruina, ¡cuán gloriosa y cuán grande!

Después de Boyacá, Carabobo; esto es, la completa liberación de Venezuela; tras de Carabobo, Pichincha; es decir, la independencia de la antigua presidencia

de Quito; en seguida, Junín y Ayacucho, que significan la muerte del dominio colonial de España en la América del Sur.

La bandera colombiana vuela de cumbre en cumbre, á lo largo de la cordillera de los Andes; siempre vencedora, libertadora siempre: nace á su sombra Bolivia, y la ingratitud y la felonía peruanas son castigadas en la áspera garganta del Portete.

¡Y qué hombres y qué tiempos!

Se veteranizan y hacen formidables los ejércitos en campañas rápidas y decisivas; salen de la sombra, de lo ignoto, guerreros admirables; se improvisan profundos estadistas; se escribe la historia con la pluma y con la espada; y si Bolívar vibra el rayo de la guerra, canta Olmedo en las márgenes del Guayas, y su canto, al par que las hazañas del héroe, vive y perdura en la memoria y en la admiración de las generaciones.

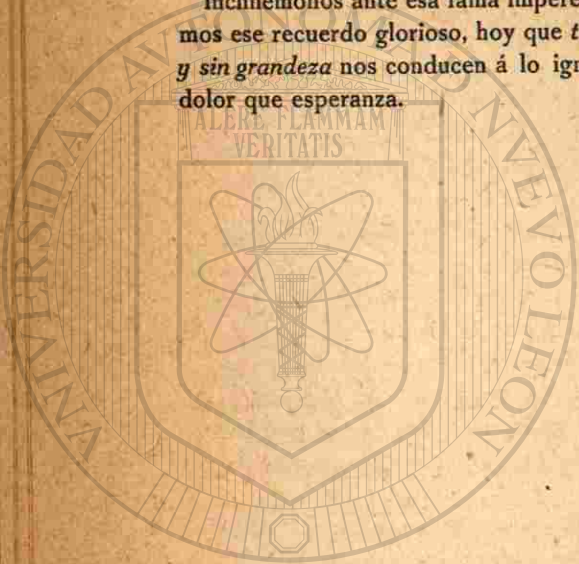
Nada es pequeño en aquella época famosa: los hombres ni las cosas; las glorias ni los crímenes. Los héroes mueren en la sombría encrucijada; brilla el puñal de Bruto en la oscuridad siniestra de la exaltación política; los vencedores son asesinados en míseros combates, y cuando todo se derrumba, el estrépito ensordece á las naciones!...

Colombia pasó como un relámpago en la sucesión de los tiempos; pero dejó tal rastro de luz de gloria, que aun sirve para iluminar el justo orgullo de las jóvenes naciones que de ella nacieron.

A ella, á la Colombia heroica de 1819 á 1830, se puede aplicar, con propiedad, la bella imagen del humilde cura de Pucará, Dr. Choqueguanaca, en su famoso discurso á Bolívar:

«Con los siglos crecerá vuestra fama, como crece la sombra cuando el sol declina.»

Inclinémonos ante esa fama imperecedera y evoquemos ese recuerdo glorioso, hoy que *tiempos sin fama y sin grandeza* nos conducen á lo ignorado, con más dolor que esperanza.



XVI

LA GOLETA "ALCANCE"

(1820)

El 31 de Octubre de 1820, dos hombres discutían acaloradamente á bordo de la goleta *Alcance*, que, habiendo salido algunos días antes del puerto de Guayaquil con dirección á las costas de Chile, navegaba á inmediaciones de la isla de San Lorenzo.

Asunto bien grave era la materia de aquella conversación. Iban en busca de la escuadra de lord Cochrane y del ejército de San Martín, que combatían por la independencia del Perú, y se encontraban en presencia de varios buques de guerra en cuyos mástiles flotaba al viento la bandera española.

—Es la escuadra de Chile con bandera de España—decía el primero de aquellos hombres, que era un luisianés, de apellido Villamil—, y este encuentro me satisface porque, dentro de un instante, habremos llenado nuestra comisión.

—Yo sostengo que son buques españoles—replicaba el otro, cuyo apellido era Letamendi, militar al servicio de la causa americana.

—Pues hagamos la prueba.

—¿Cómo?

—Acercándonos y reconociendo esos barcos.

—Sería una imprudencia.

—Bien. Lo único que hay que temer aquí es una bala mal dirigida. Evite usted esa bala, yéndose abajo. Mi deber me clava en cubierta; si no, yo iría abajo.

—¿Yo ir abajo?—contestó con indignación el valiente mayor Letamendi—. Si me es permitido, déme usted á reconocer como jefe de la infantería y, si son españoles, volaremos antes que rendirnos.

—Usted es un valiente. Quédese en cubierta, persuadido de que no habrá más que una descarga, y que si la bala mal dirigida no toca á usted, pronto recibirá usted un abrazo del general San Martín.

Se ejecutó, en seguida, la maniobra de acercarse á los buques cuya nacionalidad ignoraban los de la discusión que acabamos de copiar, y resultó lo que era de esperarse: que fueron recibidos á cañonazos, los cuales, á la primera andanada, dejaron á la intrépida goleta sin vela portante.

—¡Buena la ha hecho usted!—dijo el mayor, sonriéndose—. Esta vez si que estamos *bien metidos en la ratonera*.

—No ha habido segunda descarga, mayor.

—Desde luego; pero todavía no he recibido el abrazo de San Martín.

—No tardará usted en recibirlo. Pronto verá usted á toda esa escuadra arriar bandera á mi irresistible voz, y luego yo recibiré un fuerte apretón de manos del lord Cochrane.

La fragata que de manera tan poco amistosa había acogido al *Alcance*, se le acercó resueltamente, y des-

pués de las preguntas de ordenanza, el jefe de ella interrogó:

—¿Qué noticias trae?

—No merecen ustedes que se las dé—contestó Villamil.

—¿Qué significa esa negativa?

—Significa que, en vez de recibirme con triple salva, por la noticia que les traigo, me han recibido á cañonazos.

—Diga usted; diga pronto la noticia que nos trae—exclamó con alegría el de la fragata.

—Para terminar de una vez: ¡Guayaquil por la patria!

—¡Arria la bandera española! ¡Arriba la nacional! ¡Viva Guayaquil! ¡Viva Guayaquil! ¡Viva Guayaquil!—fueron los gritos que se oyeron en medio de una tripulación alborozada, entusiasta y ansiosa por conocer en toda su plenitud y detalles la noticia importante que le llevaba el *Alcance*.

—Mire usted—dijo Villamil á Letamendi—: ya no se ve la bandera española á bordo de ninguna de esas embarcaciones.

—¿Quién me metería á mí—repuso Letamendi, que no era hombre de mar como su compañero—, quién me metería á mí, soldado desde mi infancia, á porfiar con quien, desde la suya, anda por agua salada?

Para consolarle:

—Acuérdese usted, compañero—contestó Villamil—, de que el capitán del buque que encontramos en Pisco nos dijo que la escuadra estaba al Norte; luego no podía ser otra que la que tenemos á la vista (1).

(1) Estos diálogos y, en general, la narración, están extractados del curioso opúsculo del general Villamil, testigo

Villamil había estado en lo justo, y sólo un ardid de guerra, de uso común y lícito, era lo que había motivado que la armada chilena que bloqueaba el Callao, al mando del noble inglés Cochrane, llevara en los topes de sus barcos la bandera española.

Pocos instantes después, el bravo hijo de la Luisiana recibía el apretón de manos del almirante patriota, á quien explicó la naturaleza y objeto de su misión.

—Vaya usted á Ancón—concluyó el almirante—; allí encontrará al general San Martín, é impóngale de la gran noticia que nos trae. Señores—continuó, dirigiéndose á los jefes y oficiales presentes—: la campaña ha principiado bajo los más favorables auspicios; ya tenemos un puerto amigo, un astillero á sotavento.

Al día siguiente, muy por la madrugada, estaba el *Alcance* frente á Ancón. Dos goletas salieron á reconocerle.

Para evitar nuevos cañonazos, el Sr. Villamil invitó al mayor á que fuera á bordo de uno de los barcos que salieron á su encuentro, y él se aproximó á tierra.

No se esperó el saludo del *Alcance*, pues un huracán de cañonazos anunciaron al ejército realista, uno de cuyos escuadrones andaba por allí de observación, que las huestes de la Patria acababan de recibir una comunicación de gran importancia; y el mayor Letamendi recibía el anunciado abrazo del general San Martín.

¿De qué se trataba? ¿Cuál era la misión que, arrojando el peligro, con tanta inteligencia y fortuna, había llevado á cabo el *Alcance*?

y actor en estos sucesos, titulado *Reseña de los acontecimientos políticos y militares de la provincia de Guayaquil desde 1813 hasta 1824 inclusive*.

Era nada menos que comunicar á los libertadores del Sur la gloriosa transformación que en el NUEVE DE OCTUBRE DE 1820 había tenido lugar en la ciudad de Guayaquil.

He aquí cómo habían pasado las cosas:

Por aquella época, tres de los oficiales del batallón del Rey *Primero de Numancia*, que, después de haber hecho la campaña de Venezuela, había sido destinado á la del Perú, se encontraban en Guayaquil, de paso para el suelo natal. Estos oficiales, en quienes ardía la llama del patriotismo, eran el mayor D. Miguel Letamendi, el capitán D. León de Febres Cordero y el capitán D. Luis Urdaneta. Unida á ellos la juventud guayaquileña, que ansiaba sacudir el yugo de la dominación española, dióse con ferviente entusiasmo á preparar la revolución que había de darnos libertad y patria.

Guarnecían la plaza cosa de mil quinientos hombres, que componían el batallón *Granaderos de reserva*, medio batallón de milicias, un escuadrón de la caballería *Daule* y una brigada de artillería; y cuidaban la ría siete lanchas cañoneras con su respectiva tripulación.

Contra estas fuerzas resolvieron operar un puñado de valientes sin más elementos que su arrojo y la sanidad y justicia de la causa que defendían.

El domingo primero de Octubre del año en referencia, reunidos los principales conspiradores, en una tertulia íntima, casa de D. José Villamil, se prestaron mutuamente el sagrado juramento de triunfar en la noble empresa que echaban sobre sus hombros ó sucumbir en la demanda.

Los días siguientes se ofreció á algunos ciudadanos respetables, uno tras otro, con el honor de la Jefatura

de la Revolución, la responsabilidad y los peligros de ella; pero como ninguno quisiera aceptar, resolvieron se los conjurados á proceder sin caudillos ni jefes, á las solas palabras de *Patria é Independencia*, y se precipitaron á su generosa aventura en la noche del 8 al 9 de Octubre, contando con la cooperación de varios oficiales y sargentos de las fuerzas de la guarnición.

Primer jefe de la brigada de artillería era el coronel D. Manuel de Torres Valdivia, y apellidábase Nájera un subteniente á quien él mucho estimaba y protegía, y que era uno de los comprometidos en el movimiento que luego iba á efectuarse.

Era Torres y Valdivia un íntegro militar que, entre sus defectos de hombre, tenía el de ser inclinado al juego. De esta inclinación se aprovechó Nájera para precipitar los sucesos y evitar, en lo posible, lamentables efusiones de sangre humana.

Al efecto, le invitó á su casa para una partida en la que debía interesarse algún dinero; y habiendo aceptado el jefe, acudió con fiadamento á la cita.

Al llegar á la pieza donde esperaba encontrar á los jugadores, se le hace saber que está arrestado.

—¿De orden de quién?—pregunta sorprendido Valdivia.

—De orden de la Revolución—se le contesta.

Al verse tratado de este modo, se vuelve hacia el dueño de casa y comienza á increparle amargamente:

—¡Es posible, Nájera, que...!

Este no le deja completar la frase.

—Mi comandante—le dice—, no busque usted otro móvil en mí, al traerle aquí con engaño, que el de poner á usted en toda seguridad. Todos los oficiales y

sargentos del cuerpo están comprometidos; usted habría intentado defender su puesto, y usted habría caído irremediamente.

—¿Quiénes son los que están á la cabeza de la revolución?

—Su amigo el capitán Cordero es uno de ellos.

—Llámenme á Cordero.

—Déjeme usted ir á mi cuartel—exclama Torres Valdivia en cuanto Cordero se le presenta y después de haberle reconvenido por su proceder.

—Esto es precisamente lo que quiero evitar—responde imperturbable Cordero—. La Revolución no se manchará con una sola gota de sangre, si podemos evitarlo. Usted, á la cabeza de su cuerpo, se opondría á ella, y sería muerto; y la Revolución quiere conservar á usted.

Torres Valdivia, en el colmo del abatimiento y de la desesperada impotencia, se arroja sobre un sillón y deja caer la cabeza en sus manos, lleno de cólera y de despecho.

Toma Cordero las llaves del Parque, pedidas en casa de Valdivia y á nombre suyo por Nájera, y corre al cuartel de Artillería, en unión de sus amigos y al frente de cincuenta hombres del batallón *Granaderos*, que le habían dado los mismos oficiales de aquel cuerpo, entre otros el valiente Alvarez, cacique cuzqueño y decidido insurgente.

Mucha vigilancia había recomendado en dicho cuartel el gobernador de la provincia D. Pascual Vivero, quien, sospechando ya lo que se tramaba, lo visitó pocas horas antes; pero, según se vió después, su recomendación no había sido estrictamente atendida.

Al acercarse Cordero con su gente, el centinela grita:

—¿Quién vive?

—Refuerzo— contesta el patriota; y sin detenerse, entra en el cuartel, y mira al oficial de guardia dormido en el suelo.

Despiértale con violencia, y

—¿Cómo es eso?— exclama—; ¿se sirve así al Rey? ¿No se le ha encargado á usted la mayor vigilancia? ¿Usted responderá!...

—Mi capitán... mi capitán... dispense usted— tartamudeaba el desgraciado oficial.

Cordero, sin hacerle caso, le empuja al cuarto de banderas, le precipita dentro, medio dormido todavía, le encierra con llave, y se guarda la llave en la faltriquera, entretanto que uno de los suyos se apodera de los fusiles del cuerpo de guardia. El intrépido Cordero hace formar la tropa, la perora, háblale de libertad, americanismo, independencia; estas palabras mágicas repercuten en el corazón de los soldados, y la brigada se le rinde.

Mientras tenían lugar estos sucesos en el cuartel de Artillería, otros análogos se desarrollaban en el del escuadrón *Daule*. Allá fué Urdaneta, con veinticinco hombres del mismo *Granaderos*, y allá le esperaban los bravos sargentos primeros José Vargas y Francisco Pavón, para facilitarle la entrada.

Penetra Urdaneta como un huracán, se apodera del cuartel, sorprende á la soñolienta tropa. El valiente Magallar, su comandante, despierta sobresaltado, se arroja sobre sus armas, quiere ver á sus soldados, hablarles, precipitarse fuera, y queda tendido de un pistoletazo, revolcándose en la propia sangre: la suya y

la de unos pocos soldados fué la única que la fuerza de los acontecimientos, la necesidad de evitar una lucha desastrosa y la defensa propia, derramaron en esta admirable transformación.

Amanecía: el astro rey se elevaba tras de las lejanas brumosas cimas de la Cordillera, arbolado de oro y de púrpura sobre un horizonte tranquilo y sonriente.

Cordero se dirige corriendo á Villamil, que acudía á esa hora, y obligándole á volverse de frente al padre del día:

—¡Mire usted el sol del Sur de Colombia!— exclama con gozo y varonil orgullo.

—A usted en gran manera lo debemos—le contesta modestamente Villamil.

A poco se rendían las lanchas cañoneras, y se consumaba la transformación milagrosa.

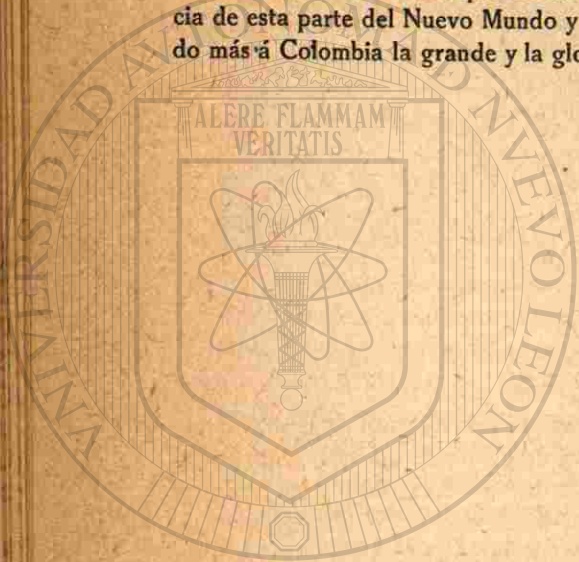
Y el día subsiguiente, 11 de Octubre, zarpaba el *Alcance*, con su comandante Villamil, en busca de San Martín, y el 12 se encaminaba el capitán Lavayen en pos de Bolívar, para comunicar la gran nueva á los ilustres caudillos del Sur y del Norte.

La Junta de Gobierno se formó de los señores José Joaquín Olmedo, D. Rafael Jimena y D. Francisco Roca.

Algunas horas después de que oyera la relación de estos hechos el general San Martín, el vigía hizo señal de estar á la vista el buque *O'Higgins*. Era una nueva victoria: el almirante Cochrane había apresado la nave realista *Esmeralda* en la noche anterior, y la traía triunfalmente, aunque la victoria le había costado una herida.

Así iban encadenándose los sucesos de la Revolución.

ción Americana, entre reveses y triunfos. Después del 9 de Octubre y los desastres de Huachi y Tanizahua, estaba Pichincha, victoria que cimentó la independencia de esta parte del Nuevo Mundo y añadió un Estado más á Colombia la grande y la gloriosa.



XVII

EL BAUTISMO DE SANGRE

(1821)

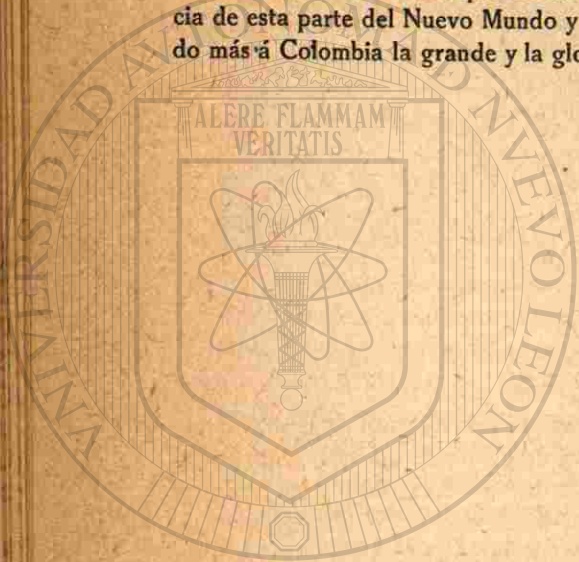
Cuenta la fábula que Palas Atenea nació armada de punta en blanco, á un golpe de martillo dado por el cojo Vulcano en la divina cabeza de Júpiter, padre de los dioses y de los hombres. De la misma manera, al golpe de maza de Boyacá, nació Colombia, armada de todas armas y llevando en la diestra el sagrado estandarte de la Libertad.

Pero el suelo colombiano no era todavía libre en su totalidad. En 1820 gran parte de Venezuela yacía aún en poder de los españoles, y el Pichincha esperaba á los soldados de Sucre—que habían de venir dos años después—, para saludar el día de la liberación de los Estados del Sur de la Gran República.

Lo más urgente era empujar las huestes pacificadoras fuera del territorio venezolano; y eso es lo que se hizo en la campaña famosa de 1821.

Roto el armisticio de Trujillo con el pronunciamiento de Maracaibo y la ocupación de dicha ciudad

ción Americana, entre reveses y triunfos. Después del 9 de Octubre y los desastres de Huachi y Tanizahua, estaba Pichincha, victoria que cimentó la independencia de esta parte del Nuevo Mundo y añadió un Estado más á Colombia la grande y la gloriosa.



XVII

EL BAUTISMO DE SANGRE

(1821)

Cuenta la fábula que Palas Atenea nació armada de punta en blanco, á un golpe de martillo dado por el cojo Vulcano en la divina cabeza de Júpiter, padre de los dioses y de los hombres. De la misma manera, al golpe de maza de Boyacá, nació Colombia, armada de todas armas y llevando en la diestra el sagrado estandarte de la Libertad.

Pero el suelo colombiano no era todavía libre en su totalidad. En 1820 gran parte de Venezuela yacía aún en poder de los españoles, y el Pichincha esperaba á los soldados de Sucre—que habían de venir dos años después—, para saludar el día de la liberación de los Estados del Sur de la Gran República.

Lo más urgente era empujar las huestes pacificadoras fuera del territorio venezolano; y eso es lo que se hizo en la campaña famosa de 1821.

Roto el armisticio de Trujillo con el pronunciamiento de Maracaibo y la ocupación de dicha ciudad

por las fuerzas patriotas del general Rafael Urdaneta, el Libertador reanudó las hostilidades, abriendo operaciones de guerra el 28 de Abril del citado año.

Por entonces la situación de los contendientes era muy diversa de la de 1817; diferencia favorable á los republicanos.

Cansado Morillo de combatir sin gloria y sin fortuna en una tierra que sólo le ofrecía campos de derrota, habíase vuelto, el año anterior, al suelo nativo, dejando en manos de La Torre, su sucesor en el mando, tropas mermadas por las batallas y las enfermedades, cansadas de una guerra interminable, rodeadas de enemigos y desmoralizadas por el desaliento. En pos suyo había dejado también otra cosa peor: la negra envidia con que Morales soportaba la elevación de La Torre, envidia que sembrando rivalidades en el ejército había de ser fecunda en males y origen del descalabro final.

Aquel ya no era el brillante ejército expedicionario, compuesto de 10.000 hombres, que años atrás arribara á las costas americanas, confiado en su propia bravura, en el número y en la disciplina, auxiliado por las hordas de Boves, rico en esperanzas y arrogancia; no era aquella legión que traía el encargo de pacificar Venezuela, Nueva Granada y Quito, pasar al Perú, y, en un glorioso paseo militar, llevar la bandera española hasta las pampas argentinas.

Los desastres, las fatigas, el clima, habían enseñado á aquellos hombres que su misión no era fácil de cumplirse; y en cosa de seis años no sólo no habían pacificado el país, sino que habían perdido la mayor parte del fruto de su primera ocupación.

Los patriotas, bien al contrario, estaban en una bri-

llante situación: tenían de su lado la fuerza material del valor y del número y la fuerza moral de la opinión pública.

La guerra se había regularizado; en la República, los Poderes públicos administraban con orden perfecto; no faltaba dinero, y el ansia de libertad era inmensa en todos los corazones.

Para la nueva campaña, el plan de Bolívar consistía en unir sus fuerzas á las de Páez, que operaban en los Llanos, y caer sobre La Torre, al mismo tiempo que, con parte de su ejército, distraía en puntos lejanos y diferentes la atención del enemigo.

Al efecto, mientras él se movía en busca del invicto *León de los Llanos*, los generales Soublette y Bermúdez hacían la admirable campaña de Barlovento contra los jefes españoles Correa, Morales, Avoy, González, Pereira y otros; por un feliz movimiento, ocupaba la capital, bien que se vió obligado á abandonarla luego, y se daban con diversa fortuna los combates del Consejo, El Limón, El Rincón, El alto de Macuito y el del cerro de El Calvario, en las inmediaciones de Caracas.

Por otra parte, Justo Briceño y Escalona combatían en el territorio de la realista Coro á Inchauspi y á Carrera; y aunque arrojados de la ciudad, divididos y vencidos, tenían en continua alarma al enemigo y le fatigaban con su actividad.

Tal era el estado de las cosas cuando se libró la célebre batalla que había de poner fin á la dominación española en Venezuela.

He aquí el histórico campo de Carabobo. Saludémoslo con orgullo y con respeto. Por allí pasan, como

un hábito de gloria venido desde las regiones de la eternidad, la inspiración sublime de Bolívar y el grandioso heroísmo de Páez; por allí vagan las sombras excelsas de Cedeño—el Ney americano—, de Plaza, cuyo temerario arrojo y digna muerte han pasado á la historia, y alumbra con sus pacíficos rayos el recuerdo inmortal de los días épicos de nuestra independencia.

Es una llanura vasta y despejada, bañada al Occidente por las caudalosas olas del río Paito y limitada al Nordeste por el formidable desfiladero de Buenavista. Los caminos de Pao y de San Carlos la cruzan por la mitad; en otro extremo dos altas montañas forman una abra de muy difícil paso. Allá, al Sur, queda Valencia.

Este era el campo elegido por La Torre. Había ocupado el desfiladero, artillado las montañas que dominan el abra y ocupado la llanura con el grueso de su ejército, formado en dos líneas de infantería, con la derecha apoyada en un matorral y defendidos los flancos por la excelente caballería española y los indómitos y desenfrenados llaneros de Morales. Así, resguardado por desfiladeros, apoyado en fragosidades, formado en doble línea, con una ciudad á la espalda, La Torre había hecho de Carabobo un castillo inexpugnable.

Bolívar estaba en las inmediaciones, en el pueblo de Tinaquillo; y para avistarse con el enemigo tenía forzosamente que pasar por los desfiladeros; y ahí el peligro.

Sin embargo, los pasó y venció.

Dejémosle á él mismo la relación de esta célebre batalla. El parte que elevó al Congreso es una página

que verán nuestros lectores con más agrado que nuestras descarnadas descripciones. Dicho parte dice así:

«Valencia, 25 de Junio de 1821.

Excelentísimo señor:

Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de Colombia.

Reunidas las divisiones del ejército Libertador en los campos de Tinaquillo el 23, marchamos ayer por la mañana sobre el cuartel general enemigo, situado en Carabobo. La primera división, compuesta del bravo batallón *Británico*, del *Bravo del Apure* y mil quinientos caballos á las órdenes del general Páez. La segunda, compuesta de la segunda brigada de la guardia, con los batallones *Tiradores*, *Boyacá* y *Vargas*, y el escuadrón *Sagrado*, que manda el impertérrito coronel Aramendi, á las órdenes del general Cedeño. La tercera, compuesta de la primera brigada de la guardia con los batallones *Rifles*, *Granaderos*, *Vencedor de Boyacá*, *Anzoátegui* y el regimiento de caballería del intrépido coronel Rondón, á las órdenes del coronel Plaza.

Nuestra marcha por los montes y desfiladeros que nos separaban del campamento enemigo fué rápida y ordenada. A las once de la mañana desfilamos por nuestra izquierda, al frente del ejército enemigo, bajo sus fuegos; atravesamos un riachuelo, que sólo daba frente para un hombre, á presencia de un ejército que, bien colocado, en una altura inaccesible y plana, nos dominaba y nos cruzaba con todos sus fuegos.

El bizarro general Páez, á la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente coronel Muñoz, marchó con tal intrepidez sobre la derecha del enemigo, que, en media hora, todo él fué envuelto y cortado. Nada hará jamás bastante honor al valor de estas tropas.

El batallón *Británico*, mandado por el benemérito coronel Farriar, pudo aún distinguirse entre tantos valientes, y tuvo una gran pérdida de oficiales.

La conducta del general Páez en la última y más gloriosa victoria de Colombia, le ha hecho acreedor al último rango en la milicia; y yo, en nombre del Congreso, le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de general en jefe del Ejército.

De la segunda división no entró en acción más que una parte del batallón *Tiradores de la Guardia*, que manda el benemérito comandante Heras. Pero su general, desesperado de no poder entrar en la batalla con toda su división, por los obstáculos del terreno, dió solo contra una masa de infantería, y murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del «bravo de los bravos de Colombia».

La República ha perdido en el general Cedeño un grande apoyo en paz ó en guerra; ninguno más valiente que él, ninguno más obediente al Gobierno. Yo recomiendo las cenizas de este general al Congreso soberano, para que se les tributen los honores de un triunfo solemne.

Igual dolor sufre la República por la muerte del intrepidisimo coronel Plaza, que, lleno de un entusiasmo sin ejemplo, se precipitó sobre un batallón enemigo á rendirlo. El coronel Plaza es acreedor á las lágrimas

de Colombia y á que el Congreso le conceda los honores de un heroismo eminente.

Disperso el ejército enemigo, el ardor de nuestros jefes y oficiales en perseguirlo fué tal, que tuvimos una gran pérdida en esta alta clase del ejército.—El boletín dará el nombre de estos ilustres.

El ejército español pasaba de 6.000 hombres, compuesto de todo lo mejor de las «expediciones pacificadoras». Este ejército ha dejado de serlo; 400 hombres habrán entrado hoy á Puerto Cabello.

El ejército Libertador tenía igual fuerza que el enemigo; pero no más que una quinta parte de él ha decidido la batalla. Nuestra pérdida no es sino dolorosa; apenas doscientos muertos y heridos.

El coronel Ranjel, que hizo, como siempre, prodigios, ha marchado hoy á establecer la línea contra Puerto Cabello.

Acepte el Congreso soberano, en nombre de los bravos que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el más grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla.

Tengo el honor de ser, etc., etc.

BOLÍVAR.

¡Y cuántos heroísmos brillaron en esa jornada memorable!

El *Apure* había pasado el primero la angosta fragosidad dominada por los fuegos del enemigo, cuando al desembocar en la llanura se encontró frente á las líneas del ejército contrario. Se ordena y resiste en vano: es aplastado por el número, obligado á retirarse, y hubiera perecido en el desfiladero sin la oportuna llega-

da del batallón *Británico*. Ponen rodilla en tierra los bravos ingleses, con una sangre fría verdaderamente extraordinaria; se aferran al suelo, y se echan el fusil á la cara. Y envueltos en un torbellino de fuego, sin ceder una pulgada de terreno, sin un estremecimiento nervioso siquiera, atacados por todo un ejército que admira su valor y constancia, permanecen inmóviles, dando y recibiendo la muerte, mientras el *Apure* se reorganiza y llegan auxilios.

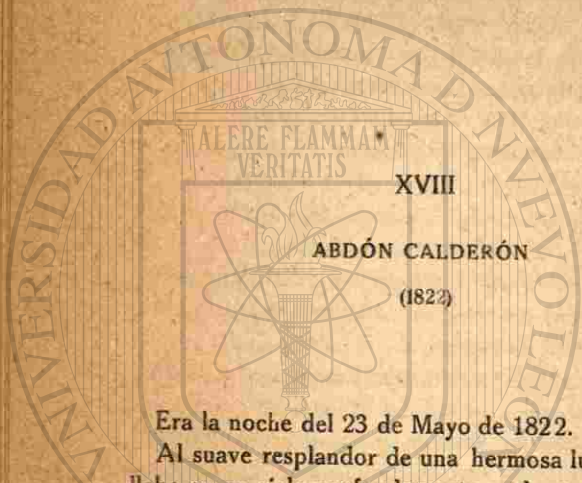
Un solo escuadrón de la caballería de Páez pone en fuga á los numerosos bandidos de Morales, quienes, por traición ó despecho, no pueden, saben ó quieren resistir la acometida de un puñado de valientes. La caballería española se desmoraliza y huye; cunde el pánico en las filas de la infantería; y antes de que haya entrado en acción la cuarta parte del ejército Libertador, la batalla estaba perdida para los españoles: éstos corren, se dispersan, desaparecen por todos los puntos del horizonte, vivamente perseguidos por los vencedores.

¡Inclinémonos con respeto ante la retirada heroica y admirable del batallón español 1.º de Valencey!

En buen orden, altivos y amenazantes, con una serenidad formidable, sale del campo aquel grupo de valientes. Paso á paso, y volviendo á cada momento caras al enemigo, se retiran camino de Valencia. Nada basta á intimidarles y desbaratarles. Los esfuerzos del vencedor se estrellan en su impávida resistencia; el bravo Cedeño, que se ha arrojado imprudentemente entre ellos, cae herido de muerte... Es un león que se retira acosado por una furiosa jauría, á la cual castiga siempre que está al alcance de su acerada zarpa y de sus dientes desgarradores.

Y esta retirada se sostuvo en orden, y combatiendo, en una marcha de seis largas leguas, hasta que la noche vino á poner fin á la persecución.

Esta fué la famosa batalla de Carabobo, *bautismo de sangre* de la recién nacida Colombia.



Era la noche del 23 de Mayo de 1822.

Al suave resplandor de una hermosa luna que brillaba en un cielo profundamente azul y tachonado de inúmeras estrellas, se veía desfilar sigilosamente un grupo considerable de hombres armados, con dirección al Pichincha, monte á cuyas faldas se levanta la ciudad de Quito, capital de la República.

El silencio era solemne; casi no se oían las pisadas de aquellos hombres, y ni una luz, ni siquiera el menor rastro de claridad artificial iluminaba su camino.

Difícil era éste y por demás accidentado. Los nocturnos expedicionarios tan pronto rompían entre malezas como caminaban por valles profundos, hundiendo sus pies en hondos barrizales, resbalando entre pedruscos, esguazando torrentes hinchados por las lluvias de los días anteriores.

Sus movimientos eran cautelosos y ordenados; diríase que era un solo hombre que marchaba entre el silencio de la noche.

La caminata duró algunas horas: al amanecer del 24 hallábanse ya á respetable altura sobre el volcán, que era el objeto de su jornada.

Bien pronto los primeros rayos del sol vinieron á llenar de viva claridad los horizontes inmensos, y á la distancia, haciendo coro al himno matinal de la naturaleza, resonaron las alegres dianas de un ejército en espera.

El panorama era magnífico y causaba asombro á los que por primera vez habían puesto la planta en ese lugar, que bien pronto iba á recibir un baño de sangre y á hacerse famoso con una de las más célebres batallas de la libertad americana.

Porque esa gran porción de hombres armados era el ejército que el general Sucre conducía desde las ardientes selvas de la costa, para decidir en un combate la suerte de la que es hoy República del Ecuador. Se componía de tres mil soldados, curtidos al vivac de los campamentos y al fuego de las batallas; veteranos que, en la magna Epopeya de la Independencia, se habían cubierto de gloria, ya en las llanuras del Apure, ya en los campos inolvidables de Carabobo y Boyacá, ó en las jornadas históricas de Maipú y Chacabuco: venían de todas partes, del Norte, del Sur, del Meridión, como á una cita gloriosa en defensa de la más grande é inmortal de las causas.

Arriba, el cráter del volcán cubierto de eterna nieve; abajo, la ciudad que despertaba sonriente y bañada en luz, con sus majestuosas cúpulas, sus altos campanarios y sus techados rojos; más allá, la verdura de los campos de esta privilegiada tierra extendiéndose sin fin, cruzados de arroyos espumosos, de ríos como de plata, sembrados de granjas y atalayados por colí-

nas de gracia escultural; en el confín lejano, las blancas cimas de los gigantes de la cordillera andina, y cubriéndolo todo, un cielo encendido en matices rojos, por el cual iba ascendiendo lentamente con pompa y majestad imponderables el sol ecuatorial.

Algo menor que el ejército de Sucre, en el cual había jefes como el general Mires, el coronel Morales, el coronel José María Córdoba y el coronel Santa Cruz, jefe de los auxiliares peruanos, era el ejército realista que comandaban el presidente Aymerich y el coronel López, traidor á la Patria en la plaza de Bahoyo.

Al mirar este ejército que los patriotas coronaban las altas faldas del Pichincha, á una altura de 4.600 metros sobre el nivel del mar, se movieron de sus posiciones para desalojarlos, y comenzó la batalla.

Rompiéronse los fuegos á las nueve y media de la mañana entre el grueso del ejército de Aymerich y las tropas que mandaba el coronel Córdoba, compuestas de dos compañías del *Magdalena*, los cazadores de la *Paya* y batallón peruano *Trujillo*.

Media hora duró este primer encuentro, hasta que, consumidas sus municiones, se ven los soldados de la Independencia obligados á retirarse, lo que hacen poco á poco, dando frente al enemigo.

Municionados ya de nuevo, vuelven á la pelea, reforzados por dos compañías del *Yaguachi* al mando del jefe de Estado Mayor, coronel Morales, y lo restante de la infantería á órdenes del general Mires.

Nuevamente consumidas las municiones, se ven otra vez los patriotas en el caso de replegarse, y los realistas se arrojan sobre ellos, creyéndolos ya vencidos. Tres compañías del batallón *Aragón* se desprenden

para flanquear la izquierda de Sucre, y á su encuentro salen otras tres del *Albión*, cuerpo formado por aquellos bravos ingleses que vinieron á derramar su sangre en la conquista de la libertad americana.

Dase entonces orden de cargar á la bayoneta, y comienza lo más horroroso del combate.

«El choque fué horrendo—dice una tutor—; en honor de la verdad, el heroísmo español nos asombraba: jadeantes los soldados, sin respiración por la subida casi perpendicular, se venían en pelotones sobre nosotros, como un aluvión invertido, como un alud que ascendiese. Recibíamoslos á machetazos, á culatazos, á empuellones. Aquello era algo así cual una miniatura del combate de los titanes contra el cielo: ni siquiera nos faltaban los peñascos para lanzarlos sobre el adversario; los caballos que morían se precipitaban por el declivio, aplastando á los que trepaban. ¡Qué infierno! Era necesario atender al enemigo y prestar atención al suelo: el que caía rodaba hasta los pies de los contrarios que subían, é iba á ser degollado ó tomado prisionero, ó á despedazarse en horribidos precipicios. Los heridos se asían de nuestras piernas ó de los matorrales, arrastrándose por el estrecho campo, para no ser destrozados por las plantas de los combatientes ó los cascos de los bridones.

«Córdoba recibió orden de dar el golpe de gracia: cesamos la defensiva, y como si tornase á la actividad ese mismo volcán sobre cuyas erupciones petrificadas combatíamos, cual quemante irresistible lava borbotando del cráter de las pasiones humanas, más terribles que el del volcán, la ola ardiente de hombres enfurecidos, con las bayonetas chorreando sangre, gritando, tronando, haciendo retemblar el monte, se pre-

cipitó sobre las mejores tropas de Aymerich, cuyo hijo murió uno de los primeros» (1).

La carga fué irresistible: temblaba el monte al choque de los enfurecidos lidiadores. Entre el humo de los disparos y el fragor de la contienda, veíase rodar por las grietas y matorrales hombres y caballos, heridos y muertos, en horrorosa confusión. Los gritos, los alaridos, las blasfemias llenaban el espacio al igual que el tronido de la fusilería; las bayonetas chorreaban sangre, y de sangre hasta el pomo estaban bañadas las espadas: ardía la ira en los corazones y los ánimos estaban inflamados de soberbio, de desesperado heroísmo.

Al fin los españoles cedieron el campo, precipitándose abajo, por entre quebras y riscos, y «á las doce del día, en que se ostenta más espléndido el que fué dios de Calicuchima y Quisquis, los soldados de la Libertad, haciendo, no correr, sino rodar á los vencidos y obligándolos á refugiarse en el fortín del Panecillo, dieron el grito de victoria» (2).

Los habitantes de la ciudad de Quito contemplaban la batalla desde altos collados, de las torres de las iglesias, de las azoteas, galerías, ventanas y techados de las casas, siguiendo ansiosos é impacientes las peripecias de la lucha, palpitando los corazones de esos cuarenta mil habitantes al esfuerzo de las más encontradas emociones: terror, desesperanza, alegría, victoria.

«Hasta ancianos y adultos de ambos sexos—dice

(1) TOBAR: *Relación de un veterano de la Independencia*.—Tomo II.

(2) CEVALLOS: *Resumen de la Historia del Ecuador*.—Tomo III.

otro autor—, habían subido gozosos las crestas encumbradas, cuál llevando un plato de comida ó una canasta de bizcochos, cuál un poco de pólvora, cuál una bayoneta; alguna cosa, en fin, con que manifestar su gratitud á los soldados de la Patria. Los vivas á la libertad y al vencedor tuvieron aturrida la ciudad toda la noche del 24» (1).

Entre los soldados de la Independencia había un jovencito casi imberbe, que desde tiempos atrás se distinguiera por su bravura en los combates y su serenidad ante el peligro.

Llamábase el tal ABDÓN CALDERÓN, había nacido en la ciudad de Cuenca, y pertenecía á una familia muy respetable de Guayaquil.

Años atrás al padre de ese joven le había inhumanamente fusilado el tirano Sámano, virrey de Nueva Granada, asimismo por ferviente amigo y favorecedor de la Independencia. Abdón tenía, pues, en sus venas sangre de héroes y de mártires, y en su alma la filial obligación de vengar, batiéndose en los campos de la libertad, el bárbaro asesinato de su infeliz padre.

Enrolado en el ejército de Sucre, pertenecía al batallón *Yaguachi* y tenía el grado de teniente en una de sus compañías.

Fué este soldado niño quien dió en aquella memorable jornada la prueba mayor de hasta dónde puede llegar el heroísmo cuando está alentado por el sagrado amor á la Patria; y por eso, en esta acción, se destaca su figura entre la de tantos guerreros beneméritos, llamados Sucre, mariscal de Ayacucho; Córdoba, el héroe de cien batallas legendarias; Mires, Santa Cruz,

(1) CEVALLOS: *Resumen de la Historia del Ecuador*.—Tomo III.

Morales, los invictos del *Albi6n* y otros muchos que pelearon el 24 DE MAYO.

Hemos dicho que, obligada á retirarse la vanguardia que mandaba Córdoba, por falta de municiones, volvió al combate, reforzada con dos compañías del batall6n *Yaguachi*. En una de esas compañías estaba Calder6n.

Inflamado de valor, corre al frente de los suyos, y se precipita sobre el enemigo.

—¡Adelante, amigos míos! ¡Avancen, muchachos!— exclama con delirio dirigiéndose á los suyos, y se entra por donde arreciaba el peligro y se cernía la muerte, con la mirada encendida y la espada desnuda en la diestra.

Silba una bala y le rompe el brazo derecho.

Pasa Calder6n la espada á la izquierda, y continúa la lucha al grito de:

—¡Viva la Patria!

Silba otra bala y le rompe el brazo izquierdo.

—¡Viva la Rep6blica!—grita el heroico adolescente, y siempre en pie, siempre sereno, anima á los suyos, y corre adelante con la espada en los dientes.

—¡Avancen! ¡A ellos!

Silba otra bala y le atraviesa el muslo.

Vacila el niño, pero no cae.

—¡Patria! ¡Patria! ¡Libertad! ¡Libertad! Y jadeante!—grita como puede, dejando caer la ya inútil espada.

Viene una bala de cañ6n y le lleva ambas piernas

—¡Viva la Independencia!

Y cae sobre su espada.

Y allí, en el suelo, sin brazos, sin piernas, destrozado, mínima parte de sí mismo, aun respira con el alien-

to de su valor gigantesco y lanza entre el hipo de la muerte el último *viva* á la República.

Y luego, como una pálida flor que se dobla, blanco como un lirio que se marchita en un lago de sangre, entrega su grande alma.

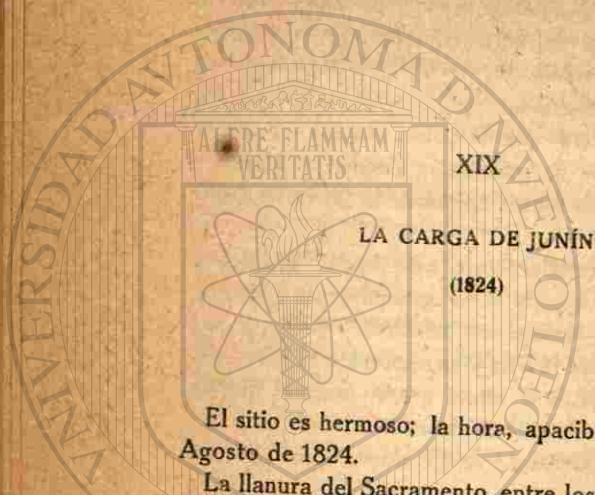
Tenía diez y ocho años.

El batall6n entero que le había atacado se arroja sobre sus despojos sangrientos, y alrededor de su cadáver, como en los cantos épicos de la *Iliada*, se traba un reñido combate...

Cuando el Libertador supo este hecho admirable dispuso que la compañía del *Yaguachi* á que pertenecía Calder6n no tuviese en adelante capitán, y que cuando se corriese la lista y se nombrase al héroe de Pichincha, ascendido á aquel grado después de su muerte, la compañía entera contestase:

—*Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones.*

Esta fué la batalla de Pichincha, que nos libr6 del yugo extranjero, y tal el comportamiento glorioso de Abd6n Calder6n.



El sitio es hermoso; la hora, apacible. Fecha: 2 de Agosto de 1824.

La llanura del Sacramento, entre los pueblos llamados Rancas y Pasco (República del Perú), se extiende hasta la distancia como un mar de verdura, que alegra la agreste soledad de los contornos con la brillantez de su color: un sol de fuego refule en el cenit, reflejándose su luz en las dormidas olas de un ancho lago del cual toma origen el Amazonas, rey de los ríos. En los lejanos horizontes elevan al espacio sus escuetas cumbres los cerros de la Andina Cordillera, como atalayando la pompa triunfal de abajo desde las inmensidades cerúleas de la altura.

En la pampa se mueve un enjambre humano. ¿Qué es? — Un ejército.

Se halla en correcta formación, como en día de gran parada; y á la luz meridiana del trópico, brillan el oro y la plata de los uniformes de gala, chispean las aceradas

puntas de espadas, lanzas y bayonetas, fulguran ostentosas enseñas y banderas...

Ese es el ejército libertador del Perú. Allí están los bravos de Maipú y los héroes de Boyacá; allí, los compañeros de San Martín y los conmitones de Girardot y Antonio Ricaurte.

Y allí está también Bolívar.

Este, á caballo, recorre las filas esbelto y orgulloso después de tantos años de combates y victorias, entre voces de entusiasmo, felicidad y aplauso:

— «¡Soldados!—les dice—: Vais á completar la obra más grande que el Cielo ha encargado á los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

»¡Soldados! Los enemigos que vais á destruir se jactan de catorce años de triunfos; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates.

»¡Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. ¿La burlaréis? ¡No! ¡No! Vosotros sois invencibles» (1).

Los soldados le contestan con vitores y aclamaciones, y en todos aquellos rostros envejecidos entre el humo de la pólvora y la agitación de las campañas, ve dibujarse la serena alegría del veterano, seguro de sus fuerzas y de su valor ante un contrario digno de él.

En seguida, después de breve descanso, aquel ejército se pone en movimiento. Va en busca del general español Canterac y de los nueve mil valientes que comanda. El día 4 por la tarde llegaba al pueblo de Reyes el arrojado realista, y bien pronto salió de allí

(1) Proclama de Bolívar en el día y la fecha indicados.

con la esperanza de sorprender á los republicanos. Bolívar se movía paralelamente á él, y después de haber evolucionado dos días, encontráronse los dos ejércitos á las cuatro de la tarde del día 6 en la llanura de Junín ó Pampa de los Reyes.

En ese momento, Canterac practicaba un movimiento de retirada, con su infantería en correcta formación y cubriendo la retaguardia con la masa compacta de sus dos mil soldados de caballería.

Sabedor de su aproximación, el Libertador había forzado la marcha de los suyos desde las primeras horas de la mañana; pero como los peones no pudiesen, por más que redoblasen el paso, caminar al igual de los jinetes, en el momento crítico de empeñarse la acción la infantería patriota quedaba á una legua de distancia del campo de batalla.

La laguna separaba las dos caballerías, y al frente de la nuestra iban Bolívar, Sucre, Lamar, Santa Cruz, Necochea...

Dispone el Libertador que siete escuadrones al mando del valiente Necochea avancen por la orilla izquierda de la laguna para cortar la que aparecía retirarse con la infantería; observa el jefe español este movimiento; advierte la superioridad numérica de su caballería, la cree invencible, porque estaba acostumbrada al triunfo, y determina salir con ella al encuentro de la nuestra. Son mil doscientos contra setecientos.

Por una rápida maniobra se separa de la infantería, rodea la laguna y se presenta de improviso en perfecto orden de batalla, en apretada línea reforzada por otra de reserva.

Necochea, al hallarse enfrente de esta formación,

ordena inmediatamente cargar por la retaguardia de la primera subdivisión, y se abalanzan al enemigo los impávidos jinetes, llevando á Bolívar en persona en sus filas.

Canterac carga también, por el centro, la derecha y la izquierda, dirigiendo la carga con admirable denuevo.

El choque fué tremendo.

Nada resistía al empuje de las lanzas españolas, y en un instante vense los nuestros envueltos como en una nube, acosados por todas partes, y aturdidos, asombrados ante valor semejante, vuelven grupas, desordenados y en derrota... Los nuevos escuadrones que llegan sufren la misma suerte... La victoria está por España.

Bolívar es sacado del campo y se retira á una eminencia cercana para dar las órdenes que convengan; el denodado Necochea cae atravesado por siete lanzadas y es llevado prisionero...

El enemigo, dando gritos de triunfo, corre al escape de sus corceles en persecución de los que huyen, y se mete por entre sus deshechos grupos, trabando una serie sucesiva de combates parciales, hijos, más que de la serenidad y disciplina de los nuestros, del instinto de conservación que les obliga á vender caras sus vidas...

Esta carrera loca de devastación fué la que les perdió.

Entre la general confusión sólo unos cuantos granaderos á caballo de Colombia sostienen trabajosamente su formación y logran abrirse paso por entre el enemigo: los dirige el mayor Braun; más allá, un escuadrón peruano al mando del teniente coronel Suárez no

ha entrado todavía en batalla, y se mueve con dirección al enemigo: apóyanle los granaderos de Braun, y mientras los realistas van adelante alanceando á los desbandados patriotas, les cargan por la retaguardia.

El asombro de los realistas fué grande, pero breve... ¡Qué! ¿Todavía hay quien les resista?... Y vuelven caras, listos á castigar la insolencia del adversario...

Miller, Silva, Carbajal, Bruix, se aprovechan de este momento de respiro, restablecen la formación de sus mermados escuadrones, y el combate sigue con mayor furia.

En los tres cuartos de hora que duró la acción no se oyó un solo tiro: todo lo hizo el esfuerzo personal, luchando cuerpo á cuerpo, brazo á brazo, á lanzadas, sablazos, estocadas... Gritos de maldición, interjecciones ahogadas por la cólera, chirrido del hierro que chocaba con el hierro, correr de caballos sueltos y espantados por la vasta llanura, gemidos de agonía de los que caían y de los que eran pisoteados por los cascos de los bridones... he ahí todo el ruido del combate.

Muchos, jadeantes, ensangrentados, con la lanza rota y mellado el sable, sin saber cómo ofender, cómo herir, se abrazaban del enemigo y en sacudida feroz se venían con él á tierra, y ¡desgraciados ambos si no podían al instante levantarse!, pues eran pisoteados y hechos pedazos; otros, heridos de muerte, perdido el conocimiento, ahogándose en borbollones de la propia sangre, pero aún sosteniéndose encima de sus corceles, eran sacados por éstos del campo de matanza, y se les veía, inconscientes y tendidos sobre los arzones, correr un rato por la llanura, hasta que no podían más, y caían y eran arrastrados horriblemente... Toda herida

era mortal, y donde se trababa alguna lucha quedaba un pozo de sangre... El campo estaba sembrado de cadáveres mutilados: cabezas, brazos, piernas no era extraño que se viesen fuera del tronco, y los más de los muertos, tendidos de cara al cielo, tenían derramadas sus entrañas y en los apagados ojos el horror del supremo instante.

¿No parece que estamos describiendo algún reencuentro prodigioso de los tiempos caballerescos, cuando los paladines armados de todas las armas, al pecho los escudos, corrían al escape, lanza en ristre, al encuentro de las huestes enemigas?

Al fin, tras de heroica resistencia de los españoles, durante la cual los oficiales que los mandaban hicieron prodigios de valor para no dejarse arrebatar la ya comenzada victoria, ésta se decidió por la causa de la libertad americana.

Los realistas huyen á su vez, y son perseguidos hasta las mismas filas de su infantería, que ha contemplado impávida el sangriento choque.

¡Una hora más de luz! (1)... «¡Pero esa hora no fué la del destino!»... Faltó en el horizonte, y cuando las sombras invadían ya la pampa, descolgándose de arriba de los montes, la caballería patriota volvía, rendida de fatiga, chorreando sudor y sangre, pero con un triunfo más que inscribir en las dipticas de la gloria colombiana.—Más allá de Junin estaba Ayacucho, y con Ayacucho la liberación total del Continente americano.

Los españoles perdieron en esos tres cuartos de hora de refriega reñidísima diez y nueve oficiales, trescientos cuarenta y cinco soldados muertos y ochenta

(1) OLMEDO: *La victoria de Junin.—Canto á Bolívar.*

prisioneros, cuatrocientos caballos ensillados y algunas armas. Los patriotas tuvieron cuarenta y cinco muertos y noventa y nueve heridos.

La noche favoreció á Canterac, quien aprovechándose de ella, continuó su retirada, no sin ser vivamente molestado por los republicanos; pues Bolívar, cuando el coronel Carbajal le dió noticia del éxito feliz del combate, ordenó que algunas compañías de tiradores cabalgasen á la grupa de los jinetes mejor montados, á fin de que persiguiesen al enemigo. Pero éste no había de sucumbir aquel día.

Si á la acción de Junín se la considera simplemente como un hecho de armas, no cabe duda que fué magnífica y caballeresca, pues en ella el valor individual de las dos partes combatientes se desplegó hasta un grado heroico: pruébalo el que quedara en el campo como la cuarta parte del número total de los que entraron en combate. Pero si se la considera en su relación con la campaña, añadiremos que tuvo en ella el mayor influjo. Canterac emprendió, en consecuencia de la derrota de su caballería, una retirada desastrosa por los hondos y fragosos valles y las elevadas cumbres de la cordillera, dejando en el camino más de dos mil hombres, setecientos fusiles, municiones, ganados, equipos; no fué, pues, una retirada la que hizo desde la llanura de Junín á las riberas del Apurimac, sino una verdadera huida en derrota.

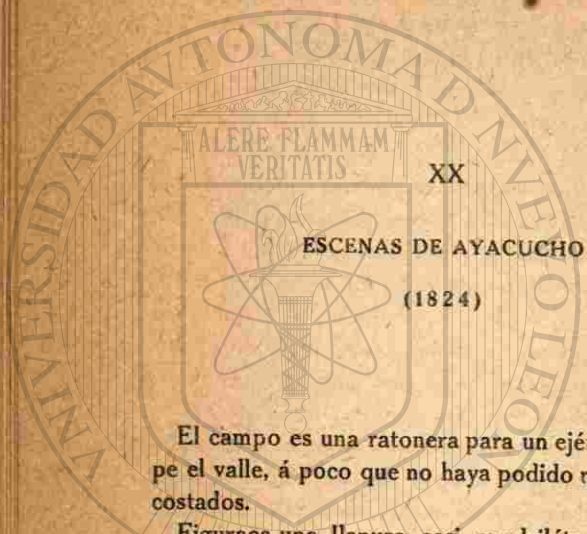
El ejército atravesó el territorio recién libertado en un verdadero triunfo por el entusiasmo patriótico con que le recibían los pueblos. Distinguióse Huamanga, en cuya ciudad y en sus alrededores se detuvo un mes entero, descansando de tantas fatigas y de tan dilatadas marchas. Con los soldados que se pasaron del

enemigo, con los destacamentos y dispersos que recogió, y con los demás auxilios suministrados generosamente por los pueblos, el ejército republicano se halló de nuevo en el mismo brillante estado que tenía cuando emprendió su marcha desde las provincias del Norte del Perú.

»Si esta sangrienta acción se hubiera ganado por los realistas—dice un escritor español que escribió un libro para calumniar la guerra de nuestra Independencia (1)—, habría formado el primer eslabón de la cadena de triunfos; se perdió, y lo formó de contrastes y reveses.»

Junín no era sino un campo más de batalla para quien los contaba por docenas y tenía en su historia Boyacá, Carabobo, San Mateo y otros tan famosos; su gloria personal no podía acrecer mucho con ese triunfo; pero él constituye el bajo relieve más primoroso que adorna el pedestal de su estatua gigantesca, porque la victoria de Junín fué cantada por Olmedo, el príncipe de los poetas americanos y honra inmortal del Ecuador, su patria.

(1) D. MARIANO TORRENTE.



El campo es una ratonera para un ejército que ocupe el valle, á poco que no haya podido resguardar sus costados.

Figuraos una llanura casi cuadrilátera de cerca de una legua de extensión, flanqueada á derecha é izquierda por ásperos y profundos barrancos, dominada por una montaña que extiende de Norte á Sur su dorso enorme, cuyas últimas ondulaciones se pierden hacia el Sur en el confín lejano del horizonte.

Al extremo oriental, hay una suave bajada de dos leguas, en cuyo fondo, al pie de una montaña casi perpendicular y sin salida conocida, serpentea un pequeño sendero. Al Occidente se levanta una mísera población de indios, llamado Quinua.

Aquel es el histórico campo de Ayacucho, ya ensangrentado por la discordia intestina en los primeros tiempos de la conquista. El cerro es el de Cundurcunca.

Á ese lugar habían llegado el ejército patriota mandado por el general Antonio José de Sucre, y el realista dirigido por el virrey La Serna y los mejores generales españoles, el día 8 de Diciembre de 1824; y allí, en ese valle para siempre memorable, iba á librarse la última de las batallas de la Independencia americana.

La campaña, comenzada en el mes anterior, había sido dura y fatigosa para ambos ejércitos; el 2 de Diciembre presentó Sucre la batalla, que no fué aceptada por los españoles, en el valle de Matará; el día siguiente sufrió un verdadero quebranto en la quebrada de Corpahuayco, de cuyas resultas perdió todo el parque de campaña y una de las dos únicas piezas de artillería que llevara á la expedición.

Luego, cinco días de penosa marcha con un ejército hambriento, semidesnudo, por las fragosidades de la cordillera, el enemigo á la vista, molestado sin cesar por los indígenas adversos á sus propios libertadores, que asesinaban á heridos y rezagados; mal montada la caballería, y por toda dotación de guerra, cincuenta cartuchos por soldado.

El hambre sobre todo; cundía el desaliento en las filas con el acrecentamiento de la miseria, y escasas tortas de salvado y carne de mulas y de asnos eran el alimento de los que iban á la empresa de redimir un mundo.

—Señor—le dijo un día al general cierto soldado que salía de una choza, con un pedazo de aquel pan en la mano—, ¡esto es insufrible, esto no se puede ni siquiera tragar, esto da dolor de tripas!

—A ver, á ver, hombre—contestó Sucre—, dame eso para que lo pruebe.—Y tomando el pan lo partió

y se llevó un pedazo á la boca, y después de haberlo comido:—¿Cómo es eso?—continuó—. ¡Si está exquisito! ¡Si no se puede exigir más! ¡Si no se come mejor en la mesa de un emperador!

Al desaliento de las tropas se añadía el descontento de los generales. ¿Qué es lo que quiere Sucre? ¿Qué fin se propone el general en jefe? ¿A qué conducen esas marchas y contramarchas, esas disposiciones incomprensibles? Los ánimos se inquietan, varios jefes se reúnen en Consejo para criticar las órdenes del jefe é imponerle su voluntad.

Sucre se encierra en el silencio, sufre el primero las penalidades de la campaña, disuelve con altivez la reunión de los generales, y adelante, ¡siempre adelante! ¿Que adónde va? El y el destino de América lo saben.

Y he aquí que el día 8 se encuentra en la llanura de Ayacucho, casi desarmado, con un poderoso enemigo al frente y cortada toda retirada posible. En ese campo están, pues, la victoria ó la muerte.

Los españoles ocupan la altura, atisbando desde allí el menor movimiento de los americanos, que acampan en el llano; listos á aprovecharse de cualquier ventaja. Sólo la distancia de una escasa media milla separa los ejércitos contendientes.

¡Y cuánta desproporción numérica! Nueve mil trescientos hombres tiene á sus órdenes el virrey La Serna, los cuales, aun cuando han sufrido las mismas penalidades que los cinco mil ochocientos guerreros de la libertad en las crudezas de la campaña, están mejor vestidos, mejor municionados, y tienen catorce cañones para apagar el fuego del solo cañón de Sucre.

Por lo demás, no es mejor la moral del ejército en

las filas del virrey: si al jefe americano se le oponen Consejos de oficiales que tienden á la rebeldía y á la violencia, manos de descontentos arrojan pasquines en las tiendas de los generales españoles, protestando contra su ineptitud y culpándoles de cobardes.

Así, pues, en uno y otro campo, los jefes se ven compelidos al combate, como obligados á presentarlo sean cuales fuesen sus respectivas situaciones, su responsabilidad y su opinión de militares.

La suerte está echada; y el premio del vencedor será el dominio ó la liberación del Continente Americano.

Presenciamos la gran lucha.

Son las cuatro de la tarde del mencionado día 8.

Un pálido sol de Diciembre oculta sus rojizos fulgores tras de la cumbre del Cundurcunca, bañando en luz vespertina el hormiguero humano que se agita en las escabrosidades del cerro y sobre el solitario verdor de la llanura. Masas informes de negras nubes avanzan por el Sur y por el Oriente; y un silencio profundo, una expectativa mortal, como de ansiedad suprema, reina en torno. Los dos ejércitos se miran y se contemplan.

En esto, un batallón realista desciende de la altura, y cerca ya del llano, se despliega en guerrillas. A su encuentro sale un batallón patriota, y se abre, igualmente, en orden disperso. Comienza el fuego. Ese combate parcial es como el choque de aceros con que los duelistas tientan la fuerza del contrario antes de comenzar el asalto.

¡Pero qué admirable encuentro! Los dos batallones

combatientes maniobran como en una plaza pública en un día de fiesta, á grandes voces de mando y á toques de corneta. Las guerrillas se dispersan, se unen, forman columnas cerradas, se forman en escuadras y compañías, avanzan, retroceden, se dividen en caprichosas figuras, siempre disparando, según la voluntad de sus respectivos coroneles. Muertos y heridos cubren la tierra, atruena el espacio el ruido de las descargas, suben hasta arriba columnas del humo de la pólvora, la noche se acerca... y el fuego continúa.

A intervalos, por tácito consentimiento, se interrumpe el combate.

Entonces —¡cosa inaudita y rara!— combatientes de uno y otro lado pasan al campo contrario, se saludan afectuosamente, se dan las manos, abrázanse en una como efusión fraternal, y en seguida vuelven á filas cuando la corneta les llama, para continuar disparando sobre el que tienen al frente.

Es uno de esos momentos de descanso.

Un bizarro oficial español sale de entre los suyos, y á pasos precipitados se va para el enemigo. Camina de aquí para allá, busca, se afana, pregunta.

Alguien ha satisfecho su pregunta, alguien ha contentado su deseo. He ahí que del fondo del campamento americano se dirige corriendo al lugar del combate un oficial patriota. Mira al realista y se le acerca presuroso:

—¡Hermano!

—¡Hermano!

Quedan en silencio breves instantes, mirándose de hito en hito, con lágrimas en los ojos y convulsivos sollozos anudados en la garganta.

Al fin, el realista prorrumpe:

—Hermano. ¡Cómo te encuentro! ¡Dónde te encuentro!

¡Español eres de nacimiento, y tu puesto entre los nuestros está, y no entre los que combaten contra su Rey y contra su Patria!

—No. Ya no soy un español, soy un americano. En esta tierra me he casado, en ella está cuanto amo, en ella he levantado mi hogar y á ella he adoptado como madre y como patria. ¿Quieres que no combata por ella? ¿Quieres que no sucumba en la defensa de su libertad, si el destino así lo ha dispuesto para mi gloria? ¡Hermano! ¡La causa es grande, la causa es justa, la causa es santa!

Fruncido el ceño, plegada la boca en *riectus* desdenoso, fulgurante la mirada, oye el brigadier español las entusiastas palabras de su hermano el teniente coronel patriota.

Tras de una corta pausa, le dice:

—Escucha. Cuando la batalla termine, como nosotros forzosamente hemos de vencer, forzosamente también has de caer tú prisionero nuestro. Desde ahora te digo que puedes contar con mi entera protección. A brigadier me han ascendido últimamente por mis servicios en esta campaña, y creo que el virrey no me mira con malos ojos. Pues bien: toda la influencia que pueda ejercer cerca de mis jefes y compañeros, será para salvarte, oveja descarriada que has aprendido á aullar entre lobos... ¡Oh, pero los demás!... ¡Los traidores que militan contra sus compatriotas, que hacen armas contra su Rey!... Para ellos, ¿qué perdón, qué piedad posible? Una misma madre nos llevó en sus entrañas, y por eso serás tú el único español de los que han seguido á los insurgentes que no sea ahorcado.

Temblando de ira escucha el oficial independiente las altivas palabras de su hermano; y cuando éste concluye:

—Así, pues—exclama—, ¿me has buscado, me has hecho llamar, para insultarme? ¡Guarda tu protección para quien te la solicite! Si la suerte de la guerra me pone en tus manos, ahórcame en buena hora. ¿Qué me importa?

Y le vuelve colérico la espalda y se aleja á grandes pasos.

Un rayo de indecisión y de despecho ilumina un momento el noble semblante del español. Se decide, y corre tras del que se aleja, alcánzale, trábale del brazo, anhelante y cariñoso.

—¡Hermano! ¡Hermano! ¡No te vayas así! Tal vez sea mañana el último día de nuestra existencia, y no conviene llevar motivos de queja á la eternidad.

El otro se vuelve. Se abrazan, lloran.

Los dos ejércitos, que contemplan esta curiosa escena, aplauden con entusiasmo.

Pocas horas después, el brigadier español Tur, concluida la batalla, caía prisionero, y era recibido cariñosamente por los abiertos brazos de su hermano Tur, el teniente coronel republicano.

¿No es verdad que esto parece una leyenda inverosímil?

Y, sin embargo, la historia lo testifica.

Pero he ahí la noche. Los batallones se han retirado á sus respectivos campamentos; el silencio es interrumpido por el grito de los centinelas, el rumor de pisadas de las patrullas que cuidan el orden, y las

conversaciones de los soldados junto á las hogueras.

De pronto suena una alegre música al pie del cerro.

¿Qué significa esa música?

Es que el general Sucre les da una serenata á los enemigos, con dos de las mejores bandas de su ejército. No importa que á la marcial tocata acompañe el nutrido fuego de una compañía: son achaques de la guerra: el enemigo oirá la música de clarinetes y fusiles, y no se atreverá á bajar de sus posiciones, porque sabe que en el campo contrario están todos sobre las armas.

Las horas pasan. El cielo limpio, profundamente azul, tachonado de estrellas, cobija esa gélida noche de Diciembre. Abajo y en las ásperas quiebras de la montaña se extinguen chisporroteando las últimas hogueras del vivac; los soldados duermen á la intemperie con el fusil empuñado; dan el *quién vive* los centinelas; recorren el campo los jefes, y las postreras notas y los últimos tiros de la *serenata de Ayacucho*, rompen el silencio augusto de la Naturaleza.

Después, todo duerme.

Es la mañana del gran día.

El día 9—dice un testigo presencial y actor en la lucha—amaneció hermosísimo; al principio, el aire era muy fresco y parecía influir en el ánimo de las tropas; pero así que el sol tendió sus rayos por encima de la montaña, los efectos de su fuerza vivificadora se vieron palpablemente: los soldados de uno y otro ejército se restregaban las manos y visiblemente hacían co-

nocer el placer que les causaba, y el vigor que recibían» (1).

Desde muy por la mañana andaba Sucre inspeccionando el campamento, y, catalejo en mano, observaba atentamente el de los realistas.

—En la situación en que nos hallamos, ¿qué opina usted debemos hacer?—le dice al general Lamar, que andaba á su lado.

—Para esta situación no hay otro remedio que dar la batalla, y vencer ó morir—es la contestación de Lamar.

—Soy de la misma opinión—replica brevemente Sucre. Y manda tocar llamada de oficiales generales, para darles las órdenes convenientes.

«La batalla de Ayacucho tuvo, al iniciarse, todos los caracteres de un caballeresco torneo.

»A las ocho de la mañana del 9 de Diciembre, el bizarro general Monet se aproximó con un ayudante al campo patriota, hizo llamar al no menos bizarro Córdoba, y le dijo:

»—General, en nuestro ejército como en el de ustedes hay jefes y oficiales ligados por vínculos de familia ó de amistad íntima: ¿sería posible que, antes de rompernos la crisma, conversasen y se diesen un abrazo?

»—Me parece, general, que no habrá inconveniente. Voy á consultarlo—contestó Córdoba.

»Y envió á su ayudante donde Sucre, quien en el acto acordó el permiso. Treinta y siete peruanos entre jefes y oficiales, y veintiséis colombianos, descendiéndose la espada, pasaron á la línea neutral donde, igual-

(1) *Memorias del general Miller.*

mente sin armas, los esperaban ochenta y dos españoles.

»Después de media hora de afectuosas expansiones, regresaron á sus respectivos campamentos, donde los aguardaba el almuerzo.

»Concluido éste, los españoles, jefes, oficiales y soldados, se vistieron de gran parada, en lo que los patriotas no podían imitarlos por no tener más ropa que la que llevaban puesta.

»Sucre vestía levita azul, cerrada con una hilera de botones dorados, sin banda, faja ni medallas; pantalón azul, charreteras de oro y sombrero apuntado con orla de pluma blanca. El traje de Lamar se diferenciaba en que vestía casaca azul en lugar de levita. Córdoba tenía el mismo uniforme de Sucre y, en vez de sombrero apuntado, un jipijapa de Guayaquil.

»A las diez volvió á presentarse Monet, á cuyo encuentro se adelantó Córdoba.

»—General—le dijo aquél—, vengo á participarle que vamos á principiar la batalla.

»—Cuando ustedes gusten, general—contestó el valiente colombiano—. Esperaremos para contestarles á que ustedes rompan los fuegos.

»Ambos generales se estrecharon la mano y volvieron grupas.

»No pudo llevarse más adelante la galantería por ambas partes.

»A los americanos nos tocaba hacer los honores de la casa, no quemando los primeros cartuchos mientras los españoles no nos diesen el ejemplo.

»En Ayacucho se repitió aquello de: *A vous, messieurs les anglais, que nous sommes chez nous*» (1).

(1) PALMA: *Tradiciones.*—Tomo I.

¡Qué tiempos y qué hombres!

Parece que estamos asistiendo á unas justas caballescadas de los siglos medios, cuando los paladines, ostentando las divisas de sus señoras, se lanzaban, lanza en ristre, unos contra otros, en palenque cerrado, por la conquista de una banda, de una joya, de una flor, de una dulce sonrisa de amor, en premio de su lealtad y bizarría; parece que estamos tratando, no de los indómitos llaneros de Venezuela, curtidos por el fuego, por el aire y por el agua, hijos primitivos de la naturaleza, en estado casi salvaje; no de los aguerridos soldados colombianos, endurecidos en los furores de la guerra á muerte; no de los legionarios de Junín; tampoco de esos fieros españoles, verdugos heroicos al mando de Boves y Rosete, *vencedores del vencedor de Europa*, sino de aquellos caballeros de Fontenoy, que sacudían los encajes de sus chorreras y bocamangas, y saludaban al enemigo con la más graciosa de sus sonrisas antes de envasarle la espada hasta la guarnición.

A las diez de la mañana se pusieron los dos ejércitos en actitud de trabar la batalla.

La división del bravo Monet, compuesta de los batallones Burgos, Infante, Guías y Victoria, y la de Villalobos, formada por los de Gerona, Imperial y Fernandinos, comenzaron á descender de la cumbre, amagando el centro y la derecha de los republicanos; movióse la caballería, que constaba de los Húsares de Fernando VII, Dragones de la Unión, Granaderos de la Guardia, y escuadrones de San Carlos y Alabarderos, en apoyo de los infantes, en tanto que la artillería se colocaba en lugares desde donde más daño podía hacer á

los nuestros. El mismo virrey en persona, ostentando las insignias de su alta categoría, ordenaba las filas, y dirigía á los suyos palabras de aliento y entusiasmo. La división de Valdés había desaparecido misteriosamente durante las primeras horas de la madrugada. Esta división la componían los batallones Cantabria, Centro y Castro.

¡Y qué lujo de uniformes desplegaba el ejército realista! Habíase vestido de gala: lucían al sol el oro y la plata de los galones, brillaban costosos cascos de plata y fulguraban con cambiantes de iris las puntas de lanzas y bayonetas.

La formación del ejército patriota, según el testimonio del general Miller, era la siguiente:

División de Córdoba (á la derecha): batallones Bogotá, Caracas, Voltigeros y Pichincha.

División de Miller (en el centro): caballería formada de los Húsares de Junín, Granaderos de Colombia, Húsares de Colombia y Granaderos á caballo de Buenos Aires.

División de Lamar (en la izquierda): batallones números 1, 2, 3 y Legión Peruana.

División de Lara (en reserva): batallones Vargas, Vencedores y Rifles.

Artillería, mandada por el comandante La Fuente (al frente): Un cañón de á cuatro.

«Sucre pasó á caballo por delante de sus tropas, y dirigiendo algunas palabras enfáticas á cada cuerpo, les recordó sus hechos gloriosos, y colocándose en seguida en un punto céntrico, al frente de la línea, y con un tono de voz que parecía inspirado, dijo: «*De los esfuerzos del presente día pende la suerte de la América del Sur*»; y señalando á las columnas enemigas que ba-

jaban, les aseguró: «*Otro día de gloria va á coronar vuestra admirable constancia.*» Este lacónico pero animado discurso del general en jefe produjo un efecto eléctrico, y todos contestaron con vivas repetidos con el mayor entusiasmo» (1).

En seguida el jefe patriota mandó atacar á la división de vanguardia, mandada por el valiente Córdoba. Se apea éste de su caballo, avanza al frente de su división, formada en dos columnas paralelas con la caballería al centro; levanta su sombrero en la punta de su sable, y con grito estentóreo da aquella voz de mando que desde aquel mismo punto había de ser legendaria:

—*¡División! ¡De frente! ¡Armas á discreción! ¡Paso de vencedores! ¡Marchen!*

Y sin disparar, impetuoso como un torrente, se precipita á carrera tendida sobre las divisiones Monet y Villalobos, que tiene al frente, las cuales le reciben con una tempestad de balas.

Llegan á las filas enemigas y comienzan á jugar con sanguinario frenesí sables, bayonetas y lanzas.

Si tremendo es el ataque, no es menos bizarra la resistencia.

Rudo choque, en verdad. La victoria permanece indecisa sobre un campo ya anegado en sangre y cubierto de muertos y heridos.

Entonces acomete, irresistible, la caballería colombiana, al mando del valeroso coronel Silva, quien es herido en la primera carga, y sacado del campo de batalla vuelve inmediatamente á él, chorreándole sangre sus heridas, exangüe y débil, pero lleno de intrépido coraje. Los realistas ceden, pierden terreno, se

(1) *Memorias del general Miller.*

desconciertan, y al fin huyen á las alturas, donde en vano tratan de rehacerse y volver á ordenar sus huestes. Los soldados independientes trepan á la altura tras los fugitivos, los cazan á tiros, los persiguen á sablazos, y se repiten las escenas de Pichincha, donde muertos y heridos rodaban, dando tumbos, desde las abruptas peñas hasta el fondo del valle.

Por ese lado la victoria es completa.

El peligro para los patriotas estaba á la izquierda, donde acababa de asomar la división de Valdés, que desde muy por la mañana había dado un largo rodeo con el objeto de verificar esa operación. Los patriotas están flanqueados, bien que aun les defiende un hondo barranco que les separa del enemigo. Este despliega sus fuerzas en guerrillas y abre un nutrido fuego de fusilería, sostenido por los disparos de cuatro cañones. A esta embestida imprevista, dos batallones peruanos huyen, cede el batallón colombiano de Vargas; dos batallones realistas pasan el barranco y se arrojan sobre los nuestros, que se retiran acosados y en desorden.

El momento es crítico.

Entonces vuela el regimiento Húsares de Junín en auxilio de la división de Lamar y carga contra los realistas vencedores. Lamar rehace sus batallones, vuelve caras el heroico Vargas, y juntos se lanzan contra los godos, los rechazan, obliganles á reparar el barranco, toman su artillería, les dispersan, vencen.

La batalla de Ayacucho está ganada.

—*¡No le mates! ¡No le mates!*—gritaba desesperadamente al cabo Villarroel el sargento de Húsares de

Junin Pantaleón Barahona, viendo que aquél tenía asido por la garganta á un enemigo, ya herido en la frente, al cual trataba de victimar.

—¡Canario! ¿Y por qué?

—Porque es el virrey.

—¡Hombre! ¡Qué ganga!

Y juntos conducen á La Serna, prisionero, al lugar donde estaba Sucre.

Este, al ver que avanzaba á él custodiado por sus aprehensores, jadeante, ensangrentada la blanca barba, pálido como un difunto, el noble y desdichado anciano, se apea de su caballo, y, sombrero en mano, aguarda que llegue.

—¡Gloria al vencedor!—exclama La Serna, inclinándose respetuosa y dignamente, desciñéndose la espada y ofreciéndosela á Sucre.

—¡Honra al vencido!—contesta el general colombiano, con no menor nobleza y cortesía, rehusando aceptar la espada.

—General, mi espada—murmura La Serna, palideciendo.

—¡Oh! ¡No, no, no, general! Consérvela usted—replica Sucre.

«Y con ademán negativo de recibir la espada, exigió volviera á ceñirla el prisionero, quien, no conviniendo en hacerlo, la conservó en la mano derecha.

»A instancias repetidas, La Serna montó el caballo último en que había dirigido la gran jornada el general Sucre, que dejando en su tienda de campaña al español, se dirigió á presenciar sus postreras disposiciones» (1).

(1) GENERAL VERNAZA: *Episodios de la Independencia*.—*Agacucho*.

La batalla había durado setenta minutos; veinticinco minutos más que la acción de Junín.

La pérdida de los realistas fué de 1.400 muertos y 700 heridos; se les tomó todo su tren de artillería y bastimentos de campaña. La de los patriotas avanzó á 370 muertos y 609 heridos.

«Consumada la derrota de la primera línea de batalla peninsular, y arrojada ya la segunda de la división de reserva, avanzaron al frente de ésta un oficial con bandera blanca y un corneta que hizo resonar el toque de *parlamento*.

»El general Lamar mandó á su corneta de órdenes que tocara *cesar el fuego*.

»El oficial parlamentario, previo el recibimiento de práctica, dijo al general Lamar:

«—El señor general Canterac invita á usted á una conferencia, doscientos pasos al frente de sus respectivas tropas, con el objeto de celebrar un armisticio ó capitulación.

»—Diga usted al general Canterac—contestó Lamar—que acepto su invitación, que al instante me dirijo al punto (doscientos pasos á vanguardia) que se me indica, sin más compañía que un edecán, un corneta de órdenes y cuatro individuos de tropa. En marcha, señor oficial.

»Tras él continuo el Gran Mariscal.

»Minutos después, los dos generales conferenciaban al frente de sus líneas de combate. El americano rechazó la proposición de armisticio, y aceptada por el español la capitulación, uno y otro se encaminaron

hacia el general en jefe del Ejército Unido, á quien dijo el primero:

»—Presento á V. E. al señor general Canterac, en el cual ha recaído el mando del ejército español, por estar herido y prisionero el virrey, y solicita honrosa capitulación.

»El general colombiano, tendiendo la mano al general castellano, con la modestia que le era característica, contestó:

»—Tengo la honra de saludar al señor general Canterac, ponerme á sus órdenes y aceptar la capitulación que propone.

»Como por ensalmo, en uno y otro campo cesaron las detonaciones del cañón y del fusil; y en la dilatada extensión de las dos líneas de guerra repercutían los toques de *cesar el fuego*.

»Horas después, estaba firmada la capitulación de Ayacucho por el héroe colombiano y por el bizarro capitán español» (1).

En Ayacucho, además del virrey, quedaron prisioneros 15 generales, 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 oficiales y 3.200 sargentos, cabos y soldados.

«El general Miller continuó ocupado en varios encargos hasta muy tarde; y cerca de media noche fué á visitar al virrey prisionero La Serna, que había sido colocado en una de las mejores de las miserables habitaciones de Quinua. Cuando Miller entró halló al vi-

(1) *Memorias del general Miller.*

rrey sentado en un banco y recostado contra la pared de barro de la choza. Un corto reflejo de la llama de una pequeña lámpara de barro esparcía luz únicamente para que pudiesen percibirse sus facciones, á las cuales, en parte, hacían sombra sus venerables canas, teñidas aún en algunas partes con sangre de la herida que había recibido. Su persona alta, y en todos tiempos noble, parecía en aquel momento aún más respetable é interesante. La actitud, la situación y la escena, todo reunido, era precisamente lo que un pintor histórico habría escogido para representar la dignidad de pérdidas grandezas. Reflexionando en las vicisitudes de la fortuna, puede fácilmente imaginarse con qué sentimientos se iría adelantando Miller hacia el hombre que pocas horas antes ejercía el poder real. El virrey fué el primero que habló, y alargándole la mano dijo:

»—General, todos conocemos á usted perfectamente; y siempre le hemos considerado como un amigo personal, sin embargo de las inquietudes que nos han causado, y del estado de alarma en que tantas veces nos ha tenido. A pesar de mis desgracias, tengo mucho gusto en ver á usted.

»El virrey en seguida le manifestó que habían puesto un centinela dentro de su mismo cuarto, según presumía, por equivocación, y que en la confusión y atropellamiento natural del día, no habían curado aún su herida. El general Miller mandó salir inmediatamente el centinela, y envió por un cirujano. Cuando le habían curado ya la herida, al ofrecerle Miller sus servicios, le dijo que lo único con que podía brindarle era un poco de te que por casualidad tenía en su cantina y único tal vez que habría en el ejército. Debilitado por la pér-

dida de sangre, el virrey pareció revivir á la sola mención de aquella bebida, y dijo:

»—Esa es á la verdad la única cosa que podía tomar ahora. Una sola taza me reanimaría, y me preservaría de empeorar y de un desvanecimiento.

»Cuando trajeron el te lo tomó con ansia, y le fué quizás más agradable este oportuno auxilio que ninguna otra atención ó favor de cuantos recibió en su vida. El virrey manifestó á Miller su reconocimiento del modo más expresivo, el cual tuvo un particular gusto en haber podido prestar aquel pequeño servicio á prisionero tan distinguido» (1).

Derrotada su división, el general Valdés, lejos de apartarse del sitio del combate, donde su vida corría inminente riesgo, echó pie á tierra, sentóse sobre una piedra, y con el estoicismo de un antiguo exclamó en voz baja:

—La comedia está acabada. ¡Canario, de aquí no me muevo y aquí me matan! (2).

Tuvieron que valerse de la fuerza sus soldados, que adoraban en él, para llevarle, en vilo, lejos de aquel lugar peligroso.

Cuenta Miller (3) que en la mañana del 10 vió venir hacia su alojamiento, en compañía del general Sucre, á un oficial español. «Éste, que era de pequeña estatura, delgado y un poco inclinado hacia delante, traía un sombrero de ala ancha de pelo de vicuña, una levita basta cenicienta y unos botines altos de pelo. Cuando

(1) *Memorias del general Miller.*

(2) PALMA: id., *ibid.*

(3) *Ibid.*

llegó más inmediato, sus penetrantes ojos chispeaban y animaban un rostro tostado por la inclemencia del tiempo, pero sumamente interesante, y antes que Sucre tuviese tiempo de presentarlo corrió al frente algunos pasos y abrazó á Miller diciéndole:

»—Conozco quién es usted. Yo soy Valdés: usted y yo debemos ser amigos.

»Entonces, volviéndose á Sucre, añadió:

»—Este señor Miller nos ha tenido muchas veces sobre las armas sin dejarnos descansar y andando arriba y abajo. Dicen que yo soy activo; pero él parecía brujo, tan pronto aquí como allá y en todas partes, sin que nunca pudiésemos conocer sus intenciones, saber su número ó qué hacía, hasta que nos había pegado algún chasco.»

¡Y cuántas escenas de heroísmo y de dolor en aquel campo de batalla!

—¡General, general!—decía á un jefe, con voz al mismo tiempo orgullosa y doliente, el guayaquileño teniente coronel Prieto, mostrando en sus brazos el desnudo cadáver de un adolescente de diez y ocho años. Mire usted... aquí, en el pecho, ¡un balazo!... aquí, en la cabeza, ¡un bayonetazo! Heridas de frente. Es preciso que mi pobre hermano haya estado bien metido entre los enemigos para haber caído de esta manera. ¡Ah! ¡malditos godos!...

Más allá yacen tendidos, con la cara al sol, bañados en su propia sangre, los dos hermanos Sevillas, hijos de Ambato, víctimas de distintas causas, arrastrados por contrarias simpatías, pues el uno murió combatiendo en las filas españolas, y el otro, en las de los patriotas.

¡Valientes granaderos! Treinta son ellos, treinta bizarros españoles, que cayeron de bruces yendo á la vanguardia, al primer choque con las bayonetas republicanas. En tierra yacen, en correcta formación, con las armas en las manos y apretados los dientes en la convulsión de la postrera angustia...

Esta fué la famosa jornada de Ayacucho, de la que Sucre fué el genio y Córdoba el héroe: última escena del drama de trescientos años de dominación española en América.

XXI

DELIRIO SOBRE EL CHIMBORAZO

(1822)

El 6 de Julio de 1822 subió Bolívar á la cima del Chimborazo, y entonces dijo:

«Yo venía envuelto con el manto de Iris desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir al atalaya del universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt; seguías audaz, nada me detuvo; llegué á la región glacial; el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso la mano de la Eternidad sobre las sienas excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: Este manto de Iris que me ha servido de estandarte, ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales; ha surcado los ríos y los mares; ha subido sobre los hombros gigantes de los Andes; la tierra se ha allanado á los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad. Belona ha sido humillada por el resplandor de Iris—

¡Valientes granaderos! Treinta son ellos, treinta bizarros españoles, que cayeron de bruces yendo á la vanguardia, al primer choque con las bayonetas republicanas. En tierra yacen, en correcta formación, con las armas en las manos y apretados los dientes en la convulsión de la postrera angustia...

Esta fué la famosa jornada de Ayacucho, de la que Sucre fué el genio y Córdoba el héroe: última escena del drama de trescientos años de dominación española en América.

XXI

DELIRIO SOBRE EL CHIMBORAZO

(1822)

El 6 de Julio de 1822 subió Bolívar á la cima del Chimborazo, y entonces dijo:

«Yo venía envuelto con el manto de Iris desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir al atalaya del universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt; seguías audaz, nada me detuvo; llegué á la región glacial; el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso la mano de la Eternidad sobre las sienas excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: Este manto de Iris que me ha servido de estandarte, ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales; ha surcado los ríos y los mares; ha subido sobre los hombros gigantescos de los Andes; la tierra se ha allanado á los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad. Belona ha sido humillada por el resplandor de Iris—

¡y no podré yo trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra! Si podré. Y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt, empujando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento; tenía á mis pies los umbrales del abismo.

»Un delirio febril embarga mi mente: me siento como encendido por un fuego extraño y superior.—Era el Dios de Colombia que me poseía.

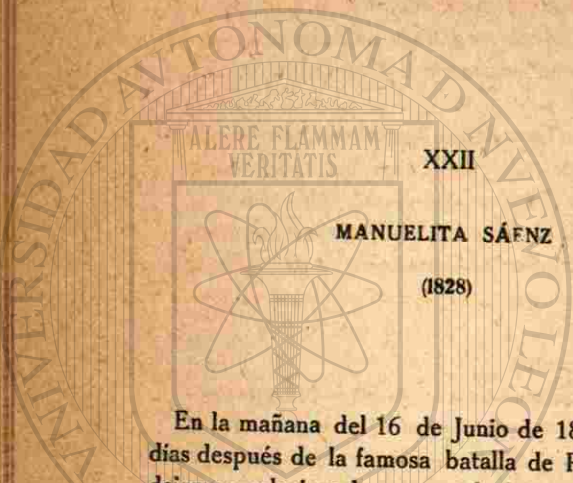
»De repente se me presenta el Tiempo. Bajo el semblante venerable de un viejo, cargaba con los despojos de las edades: ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano...

»—Yo soy el padre de los siglos: soy el arcano de la fama y del secreto; mi madre fué la eternidad: los límites de mi imperio los señala el infinito: no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte: miro lo pasado, miro lo futuro y por mi mano pasa lo presente. ¿Por qué te envanece, niño ó viejo, hombre ó héroe? ¿Crees que es algo tu Universo? ¿Qué? ¿Levantaros sobre un átomo de la creación es elevaros? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida á mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la santa verdad? ¿Suponéis locamente que vuestras acciones tienen algún precio á mis ojos? Todo es menos que un punto á la presencia del infinito, que es mi hermano.»

»Sobrecogido de un terror sagrado,—¿Cómo, ¡oh Tiempo!, respondí, no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado á todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la

cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas: llego al eterno con mis manos: siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos: estoy mirando junto á mi rutilantes astros, los soles infinitos: mido sin asombro el espacio que encierra la materia; y en tu rostro leo la historia de lo pasado y los pensamientos del destino.—Observa, me dijo: aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja á los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral: no escondas los secretos que el cielo te ha revelado: di la verdad á los hombres...—La fantasma desapareció.

»Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me gritó: resucito, me incorporo, abro con mis propias manos los pesados párpados: vuelvo á ser hombre, y escribo *mi delirio*.»



En la mañana del 16 de Junio de 1822, veintitrés días después de la famosa batalla de Pichincha, que dejamos relacionada en uno de los anteriores episodios, se advertía gran animación en las calles y alrededores de la muy noble ciudad de Quito.

En aquel día iba á hacer su entrada en ella el Libertador Simón Bolívar, esperado con impaciencia por los ya independientes quiteños.

El 7 de Abril anterior había ganado Bolívar la batalla de Bomboná contra las fuerzas del coronel García y, al cabo de una breve pero penosa campaña, reducido á la realista é indomable Pasto. Sujetada ésta, consumada la independencia de Colombia, se puso inmediatamente en marcha para las tierras del Sur, donde su presencia era necesaria. Más allá de *Pichincha* estaban el campo memorable de Junín y la gloriosa jornada de Ayacucho, que puso el sello á la libertad de la América Meridional.

La ciudad vestía de gala: arcos, doseles, festones, trofeos, cuanto el entusiasmo y la alegría de un pueblo agradecido habían inspirado al capricho de los ciudadanos y de las corporaciones, se ostentaban en el trayecto que debía recorrer el triunfador en cien combates.

A su aproximación salieron á recibirle los principales caballeros, y en las afueras, bajo una lujosa tienda de campaña, se le sirvió un espléndido refresco.

La animación se notaba en todos los rostros, el patriotismo latía en todos los corazones, y de todos los labios brotaban los gritos de ¡Viva la República! ¡Viva el Libertador!

Al fin apareció éste.

«No tenemos frases—dice un escritor colombiano— para expresar con entera precisión las escenas de entusiasmo, cariño y gratitud de toda la población al ver la apuesta figura de Bolívar sobre el hermoso corcel que dominaba como consumado jinete, en el vigor de la vida, vestido con el sencillo y elegante uniforme de capitán general, contestando los innumerables saludos y vítores de la multitud embriagada de felicidad, llevando en la mano el sombrero elástico que dejaba al descubierto la cabeza del héroe, adornado de cabellos castaños sedosos y ondulados, lanzando á las preciosas quiteñas miradas de águila, con dos ojos negros, centelleantes, cuya expresión era imposible afrontar, dejando entrever la sonrisa que le asomaba á los labios velados por un bigote fino y recibiendo la multitud de coronas que le arrojaban de los balcones» (1).

(1) JOSÉ MARÍA CORDOVEZ MOURE: *Reminiscencias*. — Tomo III.

Desembocaba á la plaza principal la lucida cabalgata, cuando el héroe venezolano sintió caer sobre su cabeza una grande y magnífica corona de laurel y olivo adornada con cintas de colores; levantó la mirada al balcón desde el cual se la habían arrojado, y vió una hermosa dama que con el fulgor de sus ojos negros hizo bajar los suyos, acostumbrados á mirar de frente el peligro, la muerte y la gloria.

A las puertas del Cabildo habían levantado un lucido tabladillo; frente á él echó pie á tierra el Libertador, y allí, doce bellísimas niñas, vestidas de blanco, coronadas de rosas, radiantes de inocencia y gentileza, depositaron en su frente una corona de laurel, dirigiéndole una de ellas un caluroso y patriótico discurso de bienvenida.

El general estaba conmovido—dicen las crónicas de aquella época—y al día siguiente manifestó su agradecimiento á la Municipalidad quiteña.

En la noche del 17, lo más granado de la sociedad le ofreció un suntuoso baile, en el cual le fueron presentadas las principales familias del lugar.

—La señora Manuela Sáenz de Thorme—dijo don Juan Larrea al presentar una dama al Libertador.

Este reconoció en la presentada á la hermosa mujer de los ojos negros que le había arrojado la corona con cintas tricolores desde el balcón de una de las casas de la plaza.

Manuelita Sáenz, de una de las buenas familias de la capital, esposa de un médico inglés, llamado Jaime Thorme, aunque educada en un convento, era mujer de grande ánimo y de varonil resolución. Los sucesos posteriores de su vida acreditaron su valor y su serenidad en los peligros.

Una viva simpatía unió estas dos almas fuertes, y á poco, abandonando hogar, familia, pisoteando las leyes del honor y atropellando toda consideración social, esta mujer se unió á Bolívar y dióse á seguir los pasos del Grande Hombre, compañera de sus días de gloria y de sus horas de desaliento.

La Providencia le tenía reservado un papel en la Historia; y un momento de heroísmo debía lavar los extravíos de una juventud demasiado pecadora.

Pasaron los años, y llegó el agitado é infausto de 1828.

Ya las facciones, que habían luego de asesinar á Colombia la Gloriosa, se agitaban sordamente. Todo tendía á la disolución, á la que se precipitaban los ánimos inquietos, las ambiciones insaciables y la cruel envidia. Roto ya el freno de toda moralidad, las pasiones corrían desbocadas al abismo, y el mismo Bolívar, el Libertador y Padre de la Patria, habiendo desgarrado con su espada la Constitución de Cúcuta, se erigió en dictador...

La ira de los partidos se enconaba más cada día, y *bolivianos* y *antibolivianos* estaban prontos á destruirse mutuamente.

Entonces, los enemigos del héroe, en la desesperación de su felonía y de su ingratitud, resolvieron asesinarle.

«Existía en Bogotá una sociedad de jóvenes, los cuales se reunían con achaque de estudios y otros fines laudables. Al principio, de escaso número; luego, más y más extenso. Súpose que no estudiaban, y que sus reuniones tenían un carácter peligroso. Dirigíalos cierto francés, jacobino, de nombre *Arganil* (Juan Francisco), pretendido sabio, verdadero charlatán y *sancu-*

lotte de Marsella en tiempo de la Revolución de Francia. Este presidia también otra reunión secreta de la cual eran miembros Agustín Horment, francés; el comandante Pedro Carujo; Florentino González, naturaleza volcánica, y otras personas de carácter discolo, incorregibles y de opiniones turbulentas» (1).

Estas sociedades decretaron la muerte del Libertador de cinco naciones.

Las tropas de la guarnición estaban medio corrompidas, y contaban con los artilleros para atacar los demás cuarteles.

Primero quisieron asesinar á Bolívar en un baile de máscaras con que la Municipalidad de Bogotá le obsequiaba el 10 de Agosto en celebración del aniversario de la entrada en esa ciudad del vencedor de Boyacá, después de aquella gran jornada de la Independencia.

Una genialidad de Manuela Sáenz impidió la ejecución del crimen.

El alcalde D. Ventura Ahumada ordenó que ninguno de los concurrentes había de llevar disfraz contrario á su sexo, y para que su disposición fuese estrictamente cumplida, se colocó él mismo á las puertas del coliseo donde la fiesta tenía lugar, obligando á todos á levantarse el antifaz para ser reconocido.

Llegó una persona vestida de húsar, y negóse á descubrir el rostro; insistió el alcalde, porfió el enmascarado, replicó la autoridad: el húsar no se daba á partido.

Impaciente éste, se le aproximó al alcalde, y le dijo al oído:

—Soy Manuela Sáenz.

(1) LARRAZÁBAL: *Vida de Bolívar*, tomo II.

—Aunque fuera Santa Manuela, no entra vestido de hombre—le contestó Ahumada.

Y continuó el altercado, que tomaba ya las ruidosas proporciones de un escándalo, hasta que D. Ventura se hizo obedecer.

La irascible é injuriada mujer corrió á palacio á poner su queja ante Bolívar; y éste, contrariado con la extravagancia de su amiga, acudió de mala gana á la fiesta.

Permaneció muy poco tiempo; se presentó un momento en el palco, recorrió los salones confundido entre las máscaras y desapareció.

Los asesinos le acechaban, seguían sus pasos requiriendo el arma homicida; pero no se atrevieron á atacarle, y su brusca retirada les intimidó, creyéndose descubiertos ó sospechados.

Pocos días después, el 21 de Septiembre, el Libertador fué á Soacha, pueblecillo inmediato á Bogotá, y permaneció en él dos ó tres días, acompañado de unos pocos. Carujo quería aprovechar la ocasión y victimar á todos; y costó mucho trabajo al general Santander, alma oculta de la conspiración, el impedirlo.

Al fin llegó la memorable noche del 25 de Septiembre.

Bolívar, solo en su habitación, acababa de tomar un baño tibio, cuando oyó estrépito de armas y gritos desesperados de lucha.

«Media noche sería, y reinaban calma y profundo silencio en la ciudad» (1). Todos reposaban tranquilos y confiados, cuando se comenzó á llevar adelante el plan tenebroso.

(1) BARALT Y DÍAZ: *Historia de Venezuela*.

Se dirigen unos á atacar el cuartel del *Vargas* y del escuadrón de *Granaderos*, otros se precipitan al palacio. Entre éstos van, al mando del malvado *Carujo*, *Horment*, *Zulaívar*, *Florentino González*, *José Ignacio López*... Llegan, sorprenden al oficial, atacan la guardia con ímpetu irresistible, hieren, matan, destrozan... y se presentan á la puerta de la habitación del *Libertador*.

Allí les cierra el paso un niño, el teniente *Andrés Ibarra*, espada en mano, dispuesto á vender cara su vida; pero *López* le tiende de un sablazo que le descarga en la mano derecha...

Se aproximan todavía más, violentan la puerta... *Bolívar* va á morir...

Al escuchar el estrépito y comprender de lo que se trataba, el *Libertador* requiere sus armas, y con la espada en la diestra y en la siniestra una pistola, aguarda impertérrito á los asesinos.

¿Pero qué iba él á poder contra tantos?

La *Sáenz* se arroja de rodillas á sus plantas y, llorando, con la mayor de las angustias, exclama:

—¡Sálvate! ¡Sálvate! ¡Por ahí, por esa ventana! ¡Pronto!

El héroe se resiste.

¿Cómo? El, á quien han respetado las balas y las lanzas enemigas en diez años de una lucha gigantesca, él ha de huir ante una caterva de asesinos? ¡Y él está armado! ¡Tiene en la mano la espada que ha libertado un mundo!

Quiere hacerse fuerte en la alcoba; quiere resistir hasta el fin.

La despavorida mujer le manifiesta rápidamente lo inútil de toda resistencia, y el ningún peligro que co-

rría al saltar por una ventana baja que daba frente al Teatro, y en la que los agresores no pusieron ninguna guardia.

El instinto de la propia conservación es poderoso. *Bolívar* quiso conservarse para su pueblo y para su gloria; soltó las armas, y casi empujado por la noble mujer que así le salvaba, saltó por la ventana.

En este instante caían las puertas hechas añicos.

Los conjurados penetran en tumulto, y ante ellos ven, blanca, pálida, descompuesta, una mujer que desafiaba sus iras.

La alcoba vacía, las armas abandonadas, la ventana abierta, les revelan que la víctima que buscaban estaba en cobro.

—¿Dónde está el general *Bolívar*? — pregunta *Carujo*.

—En el salón del Consejo de Estado—le contesta impávida doña *Manuela*.

—Llévenos usted allá.

—Está bien: síganme.

¡Y con paso resuelto les precede!

Esta tardanza daba tiempo á *Bolívar* para huir y salvarse.

Atraviesan los corredores. En uno de ellos yace el infeliz *Ibarra*, en un charco de sangre, con la mano casi desprendida del brazo. Al verle, no puede contenerse la *Sáenz*, y, mujer al fin, prorrumpe en desesperados sollozos.

Llegan al Consejo de Estado: las puertas están cerradas, el salón oscuro y vacío.

—Usted nos ha mentado—dice *Carujo*, y profiriendo atroces injurias se la acerca con el brazo levantado.

—Yo no he venido á pelear con mujeres—grita

Horment, y, á la par que González, impide el atropello.

Pero no pueden contra todos, los caballerosos defensores; y Manuela es vilipendiada con insultos crueles, golpeada, arrastrada como un trapo...

Salen los asesinos, gritando atronadamente:

—¡Muera el tirano! ¡Abajo Bolívar! ¡Viva Santander!

Se precipitan á la calle.

A las puertas se encuentran con el coronel Ferguson, edecán del Libertador, que acudía á cumplir con su deber en el puesto que le tocaba.

—¿Qué hay? ¿De qué se trata?—iba á decir; pero antes de que la pregunta brote de sus labios, Carujo le dispara un balazo, que le arroja muerto á sus pies... ¡Y Ferguson era su amigo y más de una vez le había dispensado protección! (1).

El cuartel del Vargas era atacado por el comandante Silva y los artilleros; pero sin ningún suceso, pues fueron rechazados.

Entretanto los capitanes Rafael Mendoza y Emigdio Briceño escalan las paredes del cuartel de artillería, se introducen en la casa donde estaba preso el general Padilla, á quien los conspiradores habían designado como jefe, y le ponen en libertad. Algo horrible debía acontecer también allí, pues los traidores disparan un pistoletazo en la frente del dormido coronel José Bolívar, que custodiaba á Padilla confiado en su lealtad... Asesinato inútil y repugnante, con la permisón del cual manchó sus viejas glorias el defensor heroico de Cartagenal...

En seguida se desparraman por las calles al grito de

(1) LARRAZÁBAL.—Ibid.

¡Libertad! ¡Libertad!; atruenan con sus clamores el espacio, é instan al pueblo á que tome parte en la bárbara revuelta. El pueblo huye de su encuentro y les deja solos.

Entonces, vueltos de su primera sorpresa los jefes que se hallaban en la ciudad, reúnen las tropas fieles, se ponen á su cabeza, atacan á los asesinos, combaten, triunfan y les dispersan á balazos por las calles, les expulsan, obliganles á buscar refugio para salvar, á su vez, la existencia.

¿Qué era, en tanto, de Bolívar?

Pasaba horas de angustia terrible, oculto en unos barrancos llamados de San Agustín, casi desnudo, con el agua á las rodillas, debajo de un puente, oyendo el estrépito del combate casi sobre su misma cabeza.

Sin más compañía que un fiel criado—su repostero José María, que le viera huir y le siguiera—, las tres horas que transcurrieron fueron para él de la duración de tres siglos de ansiedad, de incertidumbre inenarrable. Al fin oyó que le buscaba una partida de los fieles de Vargas, y se unió á ellos, voló á la Plaza, donde fué acogido con aclamaciones.

Cuando al amanecer volvió á su palacio lo encontró teñido de la sangre de sus leales, y en las mejillas de Manuela Sáenz frescos todavía los brutales bofetones de José Ignacio López.

Tal fué la trágica noche del 25 de Septiembre.

Al día siguiente la mayor parte de los conjurados eran tomados presos; algunos cayeron en la misma noche.

La justicia no fué implacable, por la magnanimidad del Libertador, y si es verdad que los principales subieron al patíbulo, el general Padilla entre ellos, ó fueron al presidio, ó confinados á provincias distantes, también es cierto que poco después se sobreyó en los procesos y se decretó un indulto general.

Este acontecimiento contristó profundamente al Libertador.

—«Yo estoy moralmente asesinado—le decía con emoción al general París—. Aquí, aquí—señalando el corazón—me han entrado los puñales. ¿Ese era el premio de mis servicios á Colombia y á la independencia de América? ¿Qué ofensa he hecho yo á la libertad y á esos hombres?...»

Treinta años después de la muerte de Bolívar perecía en Paita, octogenaria ya, la heroína doña Manuela Sáenz, siempre ferviente en su culto á la memoria del Padre de la Patria.

«La Historia no la absuelve—diremos con un autor ya citado—, pero sí admite circunstancias atenuantes en el proceso que le sigue desde hace más de medio siglo» (1).

(1) CORDOVEZ MOURE.—Ibid.

XXIII

EL NUDO DEL PORTETE

(1829)

Clareaba apenas un pálido sol de Febrero—era el año de 1829—sobre los campos empapados por el riguroso invierno, cuando dos pobres niños salían de la ciudad de Cuenca, y, pasando el caudaloso Yanuncay, tomaban el camino del Sur.

Alegres y satisfechos, entretenidos en animada conversación, caminaban de prisa, la *ruana* sobre los hombros y echados hacia la nuca los sombreros.

Anduvieron largas horas sin cansarse, dirigiendo á los indígenas que encontraban extrañas preguntas, que eran escuchadas con asombro, y obteniendo vagas contestaciones. Los más se contentaban con extender el brazo con dirección al Sur, ¡siempre al Sur!, y luego quedaban pensativos, viéndoles, hasta que se perdían en las vueltas del sendero.

Al fin, desembocaron en una llanura inmensa, cubierta de verdor, atravesada por un río, dominada en medio por una colina, en la cumbre de la cual se er-

La justicia no fué implacable, por la magnanimidad del Libertador, y si es verdad que los principales subieron al patíbulo, el general Padilla entre ellos, ó fueron al presidio, ó confinados á provincias distantes, también es cierto que poco después se sobreyó en los procesos y se decretó un indulto general.

Este acontecimiento contristó profundamente al Libertador.

—«Yo estoy moralmente asesinado—le decía con emoción al general París—. Aquí, aquí—señalando el corazón—me han entrado los puñales. ¿Ese era el premio de mis servicios á Colombia y á la independencia de América? ¿Qué ofensa he hecho yo á la libertad y á esos hombres?...»

Treinta años después de la muerte de Bolívar perecía en Paita, octogenaria ya, la heroína doña Manuela Sáenz, siempre ferviente en su culto á la memoria del Padre de la Patria.

«La Historia no la absuelve—diremos con un autor ya citado—, pero sí admite circunstancias atenuantes en el proceso que le sigue desde hace más de medio siglo» (1).

(1) CORDOVEZ MOURE.—Ibid.

XXIII

EL NUDO DEL PORTETE

(1829)

Clareaba apenas un pálido sol de Febrero—era el año de 1829—sobre los campos empapados por el riguroso invierno, cuando dos pobres niños salían de la ciudad de Cuenca, y, pasando el caudaloso Yanuncay, tomaban el camino del Sur.

Alegres y satisfechos, entretenidos en animada conversación, caminaban de prisa, la *ruana* sobre los hombros y echados hacia la nuca los sombreros.

Anduvieron largas horas sin cansarse, dirigiendo á los indígenas que encontraban extrañas preguntas, que eran escuchadas con asombro, y obteniendo vagas contestaciones. Los más se contentaban con extender el brazo con dirección al Sur, ¡siempre al Sur!, y luego quedaban pensativos, viéndoles, hasta que se perdían en las vueltas del sendero.

Al fin, desembocaron en una llanura inmensa, cubierta de verdor, atravesada por un río, dominada en medio por una colina, en la cumbre de la cual se er-

guía una pequeña pirámide (1), y se metieron resueltamente en ella. Era la pampa de Tarqui.

Avanzaron más, y, á poco, masas confusas de hombres que se movían en el horizonte les indicaron que habían llegado al término de su viaje.

Las masas de hombres que se movían á la distancia eran el ejército de Sucre, que se aprestaba á castigar la insolencia de los ingratos que habían hollado *la tierra de sus libertadores*.

—¿Dónde está el general?—preguntaban los afanosos chicos á todos los que se les ponían delante.

—¿Y para qué buscáis al general?

—Tenemos que hablarle; nos es urgente verle.

Noticioso Sucre de los extraños personajes que le andaban buscando, ordenó les condujeran á su presencia.

—¿Qué me queréis, hijos míos?—les interrogó amablemente el vencedor de Ayacucho, un tanto sorprendido de la audacia de dos muchachos de corta edad que no habían tenido ninguna clase de recelo en venir á su campamento.

Los interrogados palidecieron é hicieron ademán de prosternarse á sus plantas.

—¡Vamos! Hablad pronto, queridos—añadió el héroe.

Los dos chiquillos, apretados uno contra otro, se tocaron con los codos, murmurando bajito, casi al mismo tiempo:

—Habla tú.

(1) La colina con la pirámide del *Francés Urcu*, así llamada por los académicos franceses que á mediados del siglo XVIII estuvieron en Tarqui y levantaron el monumento que hasta hoy existe.

—Tú primero.

Sin duda se trataba de alguna comisión muy espionosa, de la cual ninguno se atrevía á cargar con la responsabilidad llevando la palabra.

Como el general contiauase miránolos con curiosidad y ya un si es no es impaciente, se decidieron ambos á la vez, y extendieron á Sucre dos pañuelos en que había algo cuidadosamente envuelto.

—¿Y eso qué es?—preguntó aquél.

—Un poco de pan, señor.

—¡Pan!...

—Sí, señor: para su señoría. Hemos salido esta mañana de Cuenca expresamente para traéroslo.

—¿Y quién os manda?

—Nadie. Creímos que pudierais tener hambre, vos ó uno de los vuestros, y por eso...

—¡Gracias! ¡Gracias, hijos míos!

Una ola de emoción subió del pecho á la garganta del héroe, curtido al fuego de tantas batallas; se enrojeció su frente, humedeciéronse sus ojos, y abrazó y besó á los dos bravos y patriotas pequeñuelos, delante de su Estado Mayor, que presenciaba atónito tan singular escena.

Les preguntó sus nombres, los de sus padres, y después de haberles acariciado, despidióles contentos y agradecidos.

—No estáis bien aquí, amados niños. Volved á casa, y cuando estéis en ella, decid á vuestros buenos padres que lleváis en la frente un beso del general Antonio José de Sucre.

—¡Oh, buen pueblo! ¡Ah, excelente pueblo!—agregó al alejarse acompañado de sus oficiales—. Señores, ¿no es este un buen augurio de triunfo?

Lo era, en efecto, porque la sencilla acción de los dos pequeños cuencanos simbolizaba el amor y el entusiasmo que el Sur de Colombia abrigaba por el que le había hecho nacer á la vida de la libertad en las faldas del Pichincha.

Y ahora estaba en ese mismo Sur de Colombia, víctima de la más injustificada de las agresiones.

Bolívar había plantado el estandarte de la libertad en el campo de Junín; y Bolívar, no bien pasado un lustro, era odiado y vilipendiado por los peruanos; Colombia había llevado á Lima sus huestes victoriosas, y el nombre de Colombia era maldecido, y su grandeza ultrajada por los peruanos; Sucre había consumado la redención americana en el valle de Ayacucho, y Sucre llevaba su brazo roto en bárbara asonada, como prueba de la gratitud de los peruanos.

Y, después de haberle quitado á Bolívar un mando que no pidiera ni apeteciera, tras de haberle vilipendiado en documentos públicos, luego de haber intervenido en los inicuos acontecimientos de Bolivia, en seguida de haberle provocado de todas maneras, aun alentando á los descarriados colombianos que conspiraban contra su poder y su vida, se levantaron en armas contra el Padre y Libertador.

En vano agotó éste los medios todos de conciliación que estaban á su alcance: sus proposiciones no fueron oídas, sus enviados no fueron recibidos, y pronto los puertos del Sur de la gran República eran asaltados y bloqueados, y pronto el colombiano Lamar, al frente del ejército peruano, pasaba la frontera, profiriendo amenazas de muerte.

Entonces el Libertador requirió la vieja espada cubierta por el laurel de tantas victorias, y envió al joven

Sucre con la misión de arrojar del suelo de la Patria á los desagracedidos invasores.

La campaña fué breve: el Gran Mariscal de Ayacucho tomó el mando de las escasas, mal armadas y hambrientas tropas que Colombia tenía en Cuenca, y voló al encuentro de los 8.000 peruanos que se habían imprudentemente internado en la provincia del Azuay.

El 12 del citado mes de Febrero recibieron la primera lección.

Sucre ofreció la paz hasta última hora; pero la perfidia peruana, al mismo tiempo que aceptaba negociaciones y nombraba comisionados, hacía movimientos para atacar por la espalda al adversario generoso, á quien suponía engañado.

Este no pudo ya contenerse, y retrocediendo para no dejarse sorprender, envió al general Luis Urdaneta y al coronel Manuel León con una compañía de granaderos del batallón Cauca y veinte hombres del Yaguachi á atacar las avanzadas peruanas del puente y los vados del río de Saraguro. Llegan estas tropas, de las cuales bastaron los veinte del Yaguachi para desalojar las avanzadas y desbaratar y poner en fuga dos compañías ventajosamente situadas en que se apoyaban aquéllas. Los colombianos persiguen la derrota y entran en pos de los derrotados, á quienes hicieron correr desalados media legua, en el pueblo de Saraguro. En la plaza están formados 1.300 hombres; pero ¿quién resiste al ímpetu de los nuestros? Los 1.300 se ven embestidos con denuesto poderoso, y ceden el campo, huyen, se evaporan por todos los caminos, presas del pánico; y su carrera es de días, aunque nadie les persiguiese, pues fueron á dar en la distante comarca de Loja, á inmediaciones de la frontera, sin

que volviesen jamás á incorporarse al grueso del ejército.

Continúa rápida la campaña, y al cabo de veintidós días, contados desde que salió de Cuenca, Sucre había puesto fuera de combate dos mil soldados enemigos, les había inutilizado parte de su tren de artillería, gran cantidad de armas y la mitad de las municiones de guerra, y arrebatádole acémilas, equipajes, comunicaciones importantes. El desánimo cundía en las filas peruanas, y el mismo general Lamar andaba perplejo y desalentado.

Y he aquí por qué se encontraba Sucre en la llanura de Tarqui aquel día en que dos pobres niños de Cuenca le llevaron la ofrenda de su inocente patriotismo.

«Cien campos de batalla—había dicho Sucre á sus soldados al hacerse cargo del mando—, tres repúblicas redimidas por vuestro valor en una carrera de triunfos del Orinoco al Potosí, os recuerdan en este momento vuestros deberes con la Patria, con vuestras glorias y con Bolívar.»

El ejército comprendió el deber que tenía que cumplir y se empeñó en salir airoso de la empresa.

De movimiento en movimiento, Sucre, que ya pasara y repasara Tarqui, volvió á ese lugar en la noche del 26, sabedor de que el general Plaza, comandante de la vanguardia enemiga, se había posesionado de la casi inaccesible garganta del Portete, que, hacia el Sur, cierra la llanura con sus frías asperezas, envueltas por las mañanas y las noches en una espesa nube; flanqueada de despeñaderos y páramos, donde llovizna sin cesar.

Dejemos la palabra al historiador Cevallos para

que, en breves palabras, nos refiera esta gloriosa acción de armas, la última en que lucieron las invencibles de Colombia la Grande. Más acá sólo está la miseria de las contiendas intestinas y la ambición infinitamente pequeña de los partidos políticos que arrojaron á Bolívar camino de la expatriación, en la cual hubiera sucumbido si la muerte no le hubiese detenido en las playas colombianas del Atlántico, y desgarraron y ensangrentaron el pabellón de Iris, á cuya sombra se habían librado las jornadas de la Independencia...

«Vencidos algunos días en esos continuos y cautelosos movimientos que emprenden dos ejércitos en acecho de buena ocasión para embestir con ventaja—dice Cevallos (1)—, el mariscal Sucre llegó á situar tres batallones y un escuadrón en lo que llamamos *Portete de Tarqui*, al amanecer del viernes 27, después de haber andado toda la noche desde Narancay. Hizo alto en este punto por aguardar á que se le incorporase la segunda división del ejército, que había quedado bien atrás, y en este tiempo precisamente se oyeron los primeros tiros del enemigo contra el escuadrón *Cedeño*, que estaba á la vanguardia.

»El Portete, uno de esos nudos que de trecho en trecho enlazan por el centro las dos cordilleras de los Andes ecuatorianos, cruza de Oriente á Occidente, separando con su elevación los ríos que forman el venaje del *Paute*, que va para el Atlántico, de los que componen el del *Jubones*, que se encamina hacia el

(1) *Resumen*.—Tomo IV, capítulo IX.

Pacífico. A las faldas septentrionales, donde estaba nuestro ejército (SO. de Cuenca), se extiende la llanura de Tarqui, ancho y lindo ejido vestido de verde, y á las meridionales, donde paraba el enemigo, se ven tierras escarpadas, selvas y colinas que favorecían su posición. El Portete es, pues, una como puerta por donde el nudo abre puerta á las tierras de Occidente por Hornillos, y á las del Sur por Girón y San Fernando, y ese es el punto de que se había posesionado el general Plaza, jefe de la división de la vanguardia enemiga. Tenía á su frente una quebrada bastante profunda, á la derecha breñas y despeñaderos, á la izquierda selvas tupidas, y á las espaldas el grueso y nervio del ejército. Casi no había dar con mejores resguardos, pues hasta otro de los desfiladeros de las inmediaciones era tan estrecho, que sólo podía atravesárselo por contadero, por lo cual, sin duda, ni había pensado Plaza en defenderlo.

»El escuadrón *Cedeño*, puesto á riesgo de ser aniquilado en aquella garganta, fué protegido por el batallón *Rifles*. La falta de claridad suficiente y los embrazos que presentaba el terreno, obligaron á que este solo cuerpo sostuviese el combate por más de un cuarto de hora. El capitán Piedrahita, del batallón *Quito*, destacado horas antes con ciento cincuenta hombres sacados y escogidos de todos los cuerpos para presentarlos á la vanguardia, se había extraviado en el camino, y asomado por la retaguardia del *Rifles* cuando ya se estaba combatiendo. Piedrahita rompe sus fuegos contra *Rifles*, y *Rifles* los suyos contra Piedrahita, destrozándose mutuamente nuestros soldados. Por fortuna, el engaño duró pocos instantes, se aclaró el día y se conocieron.

»En seguida se dispuso que la compañía de cazadores del *Yaguachi* se moviese para nuestra izquierda, y el general Flores, con los de este cuerpo y el *Caracas*, avanza por las selvas del ala derecha. Reforzado así el *Rifles* con la compañía del *Yaguachi*, vence el paso de la quebrada y desconcierta á la carga la división del general Plaza. Preséntase el general Lamar con una gruesa columna y restablece el combate, y de seguida se presentan igualmente por la colina dos cuerpos de la división del general Gamarra, y queda generalizada la batalla.

»El general Flores, entretanto, había logrado situar de frente al batallón *Caracas*, y á este tiempo se incorpora la segunda división colombiana que se esperaba. Reunidos *Caracas*, *Yaguachi* y *Rifles*, y dueños de las breñas los cazadores del segundo cuerpo, se precipitan simultáneamente sobre los enemigos al tiempo que se arroja con el mismo impetu el escuadrón *Cedeño*. No pudieron resistir al vigor de tan ruda carga, y á las siete de la mañana, Colombia, aunque con sentimiento, venga el ultraje de la invasión y añade un número más al largo padrón de sus victorias.»

Las últimas partidas huyen desaladas hacia el Sur, pero las persiguen Alzuro, Guevara, Brown, y las vencen y rinden no lejos del campo de batalla, donde el enemigo deja mil quinientos cadáveres de los suyos, testigos elocuentes del ardor con que había combatido. Otros mil entre heridos y prisioneros caen en poder de los nuestros, quienes se apoderan, además, como botín de guerra, de armas, banderas, cajas de guerra, equipos, municiones...

Aun no se habían enfriado los fusiles en las manos del vencedor, cuando Sucre, desde el lugar mismo del combate, manda un comisionado á Lamar para ofrecerle «medios de salvar los restos de su ejército para que le fuera menos funesta su derrota». ¿Se creerá que aun vencido y destrozado el soberbio Presidente del Perú se niega á aceptar las bases de la negociación, que eran las mismas que le propusiera días anteriores de la batalla, en el pueblo de Oña, contestando, altivo, que esas *condiciones eran las que un ejército vencedor impondría á un pueblo vencido*? ¡Admira, por cierto, tal locura! ¿no era precisamente ese caso?

Indignado Sucre, envió su *ultimatum*, y á las cinco de la mañana del día siguiente pedía Lamar una suspensión de hostilidades, y á las diez se reunían los comisionados de ambas partes para tratar de la paz.

Y de este modo, «el ejército peruano de ocho mil soldados que invadió la tierra de sus libertadores, fué vencido por cuatro mil bravos de Colombia el 27 de Febrero de 1829» (1).

El ejército colombiano perdió en esta jornada apenas ciento cincuenta muertos, siendo doscientos seis el número de sus heridos.

(1) Estas palabras debían constar en la cuarta cara de la columna conmemorativa que decretó Sucre en el mismo campo de batalla. La columna no se levantó jamás. Como nunca se construyó el monumento de Pichincha, decretado por el mismo general. ¡Muy olvidadizos hemos sido los ecuatorianos para con nuestros libertadores: olvidadizos é ingratos!

XXIV

LA TENTACIÓN

(1829)

(MONÓLOGO) (1)

Cruzados los brazos sobre el pecho, en la posición en que le presentan casi todos sus retratos, demacrado, triste, prematuramente envejecido, el Libertador recorre su estancia á largos pasos.—Campo de Buijo, frente á Guayaquil.—Año de 1829.

—¡Y bien! La situación es difícil... ¡Qué horrible situación!...

¿Cómo librar á América de la anarquía que le devora y de la colonización europea que le amenaza?

(1) Casi todas las palabras que, en este monólogo, ponemos en boca de Bolívar, constan en cartas particulares del Libertador y en documentos oficiales de la época, brindis, proclamas, etc., de donde las hemos extractado, añadiendo únicamente las indispensables y haciendo variaciones absolutamente insignificantes, para la mejor ilación del escrito.

Se reunió un Congreso anfictionico, y sus tareas fueron desdeñadas por las naciones más interesadas en sus convenios.

Se propuso una federación parcial de tres Estados soberanos, y la maledicencia y el escándalo se elevaron hasta los cielos...

Las diferentes secciones americanas han ensayado infructuosamente todas las formas de gobierno, simples ó mixtas, comprendidas entre la democracia pura y el completo absolutismo; y después que los pueblos se han familiarizado en destituir, deportar y aun ejecutar infamemente á los monarcas, directores, presidentes y demás conductores de las Naciones; cuando los gobiernos nuevos hacen profesión de desconocer todo derecho de gentes, y guiados por el instinto del mal y por su propio interés han conculcado los tratados más solemnes y faltado á la fe pública de las sociedades; después que, ineptos para gobernarse á sí mismos, son frecuentemente la presa del primer ambicioso, de un emprendedor audaz, y convertidos en instrumentos ciegos de pasiones individuales, llevan la guerra á las naciones limítrofes; desde que la desmoralización ha penetrado en el corazón de los ejércitos; cuando la demagogia ha arrastrado á los hombres no sólo á despedazar las entrañas de su patria y abrasarla en el fuego de la discordia civil, sino en invocar á los enemigos de aquélla, abrirles las puertas y franquearse á ellos como á sus colaboradores; después, en fin, que la sed de mando ha sugerido el medio de saciarla, vituperando á los predecesores hasta el extremo de fallar contra ellos en favor de los enemigos; y cuando la antigua metrópoli, tan lejos de perder las esperanzas de reconquista, hace preparativos para una

nueva y fuerte expedición sobre las costas y provincias australes de la América, —es preciso, es inevitable deplorar anticipadamente la futura suerte del Nuevo Mundo!

La libertad... ¡ah, sí! la libertad, la independencial... Pero ¿no hemos, por ventura, arado en el mar?

Diez y seis años de amontonar combustibles van á dar el incendio que quizás apagará nuestras victorias, nuestras glorias, la dicha del pueblo y la libertad de todos!...

(Se detiene un instante, con la cabeza baja y la mirada húmeda.)

¡Ay! y cómo se ha pagado la libertad con negras ingratitudes y se ha pretendido destruir á los libertadores!...

¡Aun siento aquí, en el corazón, la herida sangrienta que mana sin cesar; aquí tengo clavado el puñal de Septiembre, el puñal maldito!

Yo desapareceré... y luego, el caos!

Los odios apagados entre las diferentes secciones, volverán á galope, como todas las cosas violentas y comprimidas. Cada pensamiento querrá ser soberano; cada mano, empuñar el bastón; cada toga lavestirá el más turbulento.

Los gritos de sedición resonarán por todas partes, y lo que es todavía más horrible que todo esto, ¡es que cuanto digo es verdad!...

¿Qué partido tomaremos?

¿En qué arca nos salvaremos?

La causa de la Independencia se ve amenazada por los mismos que debieran sostenerla. Colombia es ahora la nación señalada por el dedo de la venganza y el resentimiento... ¡Pobre Colombia!...

Un inmenso volcán está á nuestros pies, cuyos síntomas no son poéticos, sino físicos y harto verdaderos.

Colombia estaba como por un milagro sobre un punto de equilibrio casual, como cuando dos olas enfurecidas se encuentran en un punto dado y se mantienen tranquilas apoyadas una de otra, y en una calma que parece verdadera, aunque instantánea. *Yo era ese punto dado; pero el momento acaba de pasar... Ya no habrá más calma, ni más olas, ni más punto de reunión que forme esta prodigiosa calma: todo va á sumergirse en el seno primitivo de la creación; la materia, sí, la materia digo, porque todo va á volverse á la nada...*

(Se sienta más pensativo todavía.)

Sin embargo, es preciso excogitar un medio para salvarnos por nuestros propios esfuerzos del estremecimiento casi universal que ha derrocado los imperios, que ha sepultado las repúblicas, que ha hecho desaparecer naciones enteras!

(Pausa.)

¡Ese proyecto de monarquía!

Y vamos á ver: ¿por qué no?

La América necesita de un regulador, y con tal que su mediación, protección ó influencia emanen de una nación poderosa del antiguo Continente, y con tal que ejerza un poder bastante para que en caso de ser desatendida é insuficiente su política, emplee la fuerza y haga oír la voz del deber, lo demás es cuestión de nombre...

La América no está madura para la democracia. ¿Tendría razón San Martín?

Ahora quieren un príncipe extranjero. Pero ¿dónde está ese príncipe? Un Orleans... ¡bah!... ¿El protecto-

rado inglés? ¡Sí! Doscientos millones debemos á Inglaterra: demos nuestra soberanía en prenda pretoria de nuestra deuda... ¡Qué locura!...

Vamos á ver, repito; ¿y yo?

¿No me han ofrecido una corona? ¿No me la están ofreciendo todavía?

¡Cuántos se empeñan en hacérmela aceptar! Hasta ese Páez, que se lanza á la guerra civil manchando sus gloriosos laureles...

¡Pero no! Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo! Tampoco quiero imitar á César, menos á un Itúrbide...

(Levantando la cabeza con orgullo.)

¡Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria!

El título de Libertador es superior á todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo.

¡No, no! Un trono espantaría tanto por su altura como por su brillo...

La igualdad sería rota, y la libertad asesinada...

Los príncipes flamantes que se obcequen hasta construir tronos encima de los escombros de la libertad, erigirán túmulos á sus cenizas, que digan á los siglos futuros cómo prefirieron su fatua ambición á la libertad y á la gloria!...

Están creyendo algunos que es muy fácil ponerse una corona, y que todos la adoren, y yo creo que el tiempo de las monarquías fué, y que hasta que la corrupción de los hombres no llegue á ahogar el amor á la libertad, los tronos no volverán á ser de moda en la opinión.

¡Tronos! ¡altares! Todos estos monumentos antiguos están minados por la pólvora moderna, y las mechas

encendidas las tienen los furiosos que poco caso hacen de los estragos.

He ahí ese pobre Itúrbide... ¡Qué caída tan lastimosa!

¡No, no! Esas cuatro planchas cubiertas de carmesí que llaman *trono* cuestan más sangre que lágrimas, dan más inquietudes que reposo.

(Animándose.)

Ya lo he dicho. Mis votos son por que los pueblos americanos no consientan jamás elevar un trono en todo su territorio; que así como Napoleón fué sumergido en la inmensidad del océano y el nuevo emperador Itúrbide derrocado del trono de México, caigan los usurpadores del pueblo americano, sin que uno solo quede triunfante en toda la dilatada extensión del Nuevo Mundo.

(Con entusiasmo.)

¡Que las valientes espadas de mis compañeros de armas atraviesen mil veces mi pecho si alguna vez oprimiere yo las naciones que he conducido á la victoria! Y que hasta el nombre mismo de la tiranía sea borrado y olvidado del lenguaje de las naciones...

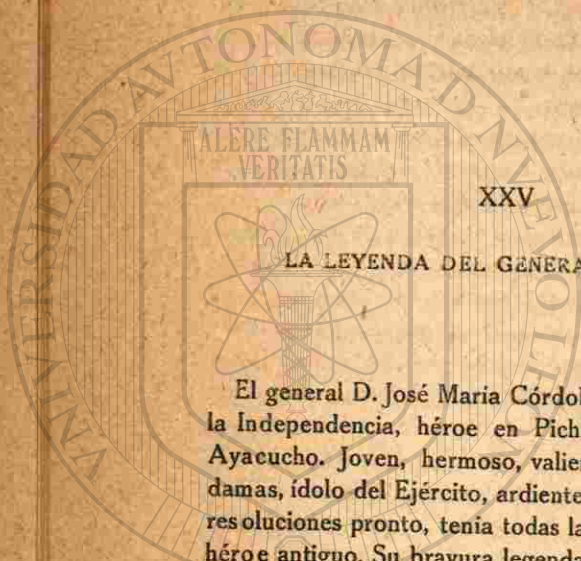
¡Rey! ¡Emperador! ¡Yo!

Yo alcanzaré el sublime título de buen ciudadano, preferible para mí al de *Libertador* que me dió Venezuela, al de *Pacificador* que me dió Cundinamarca, y á los que el mundo entero puede dar...

Un gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de la Patria; sus bases, la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la abolición de la monarquía y de los privilegios...

Los momentos son tristes, la situación aciaga; todo tiende á la disgregación, á la ruina... Pues bien, si

pude un día decir: *si la Naturaleza combate contra nosotros, á ella le venceremos*, tengamos una vez más confianza en la estrella de la América republicana; y cuando la locura de la ambición, el monstruo del egoísmo y de la ingratitud, maten la libertad que he dado á estos pueblos, más vale envolverse en el pabellón sagrado y sucumbir con ella antes que entregar maniatado su cadáver á ningún extranjero, ni mancharme con el contacto de una coronal...



LA LEYENDA DEL GENERAL CÓRDOBA

El general D. José María Córdoba era el Aquiles de la Independencia, héroe en Pichincha, triunfador en Ayacucho. Joven, hermoso, valiente, querido de las damas, ídolo del Ejército, ardiente de carácter, en sus resoluciones pronto, tenía todas las condiciones de un héroe antiguo. Su bravura legendaria brilló en Pichincha y decidió la victoria en Ayacucho.

Pues bien: fué sometido á juicio una vez esta especie de caballero andante de la libertad americana.

Se le acusaba del crimen de asesinato perpetrado en la persona de un misero asistente; ¡á él, á Córdoba!

Muy común es la anécdota, pero la repetiremos aquí como introducción á la historia de autor ajeno que más abajo copiamos, por ser necesaria á la comprensión de la leyenda.

Dícese que un día, vestido de gran uniforme, ceñida la espada, peinado y acicalado, Córdoba, que no pecaba, ciertamente, de exceso de modestia, se contemplaba al espejo, diciendo entre dientes:

—Joven... General... Buen mozo... Querido... Rico... Vencedor... Córdoba, ¿qué te falta?

—¡Juicio, mi general!—oyó que le decían de por ahí. Volvióse mortificado el héroe, y sentado en un rincón vió á su asistente, que le miraba socarronamente con la risa en los labios.

—¡Cómo! ¡Tú!...—y ardiendo en ira y despecho, desenvaina la espada para castigar al criado insolente y de una estocada le deja tendido á sus pies...

Apenas es creíble esta anécdota — ¿no es verdad?—Porque matar á un hombre con tan pequeño motivo, revelaría una depravación horrible y la pérdida de todo sentido moral en el matador, y harto sabido es que el bizarro Córdoba se batía, pero no asesinaba, llevando su caballería al extremo de parecer un Bayardo que erró su época, naciendo para una lucha de las más crueles que conoce la historia, en la cual se ejercieron, por una parte y otra de los contendientes, actos de ferocidad y barbarie inauditas...

Pues bien; el hecho es cierto... Es decir, Córdoba mató efectivamente á su criado en un acceso de loco furor.

¿Pero fueron las palabras del asistente las que le precipitaron á aquel general á cometer atentado semejante?

Así se ha creído hasta ahora, y por eso se le ha considerado á Córdoba como el tipo de la humana presunción, especie de Narciso guerrero, de instintos feroces y de limitada inteligencia.

Hoy tenemos una versión más verosímil, más humana, más comprensible, para decirlo de una vez, de los motivos que metieron á aquel guerrero célebre en aventura tan negra y tan fea. Como leyenda histórica

la cuenta el general D. Luis Capella Toledo, y á él cedemos la palabra, siquiera para variar un poco en el ánimo del lector la monotonía de esta cansada prosa nuestra.

»Con las fuerzas que bajaron por el río Cauca después de la acción de «Chorros Blancos», en Antioquia, iba una *voluntaria*.

»Dicen que había perdido á su marido en aquel combate, y que Córdoba, no obstante, lo hacía aparecer como presente en las listas de revista.

»Y fué que se valió de este medio para darle una ración, porque la viuda no había querido regresar á Medellín.

»¿Había motivos para ello?

»¡No lo sabemos!

»Pero Misericordia, su hija, á la sazón de ocho años, se parecía tanto al general Córdoba, y gastaba éste con ella tales extremos, que en el batallón *Antioquia*, entre los oficiales y entre los individuos de tropa, no faltaban cuchicheos.

»Quién decía que el cabo Uribe, muerto en «Chorros Blancos», ni siquiera había conocido á la viuda; quién, que era simplemente camarada de ella; en fin, todos concluían por que aquella mujer guardaba algún secreto.

»Dicen que la mies brota lo mismo en el estiércol que en la almáciga guardada...

»Como es sabido, después de Tenerife, Córdoba ocupó á Barranca Vieja, en donde se detuvo, después de apresar la artillería enemiga, más tiempo del necesario.

»¿Cuál fué la causa de semejante demora?

»¡Misericordia era huérfana otra vez!

»—Fidel—le dijo Córdoba á su ordenanza con enternecimiento—: esa niña queda sola en el mundo; ampárala, y sé tú su padre desde hoy.

»—Muy bien, coronel—le repuso el ordenanza.

»Y era de ver aquellas atenciones.

»Misericordia, como *La Hija del Regimiento*, vestía uniforme de cantinera; sólo que llevaba los galones de cabo primero y que pasaba revista de presente con el nombre de su padre.

»Fidel y Misericordia andaban solos por todas partes. Rivalizaban en atenciones y cuidados para con el coronel. En Barranquillas, en las sabanas de Corozal durante el sitio de Cartagena, en Pichincha, en Junin, Ayacucho!

»Después de la ocupación del Alto Perú y de los acontecimientos del año 1825, Córdoba, general de división ya, pára mientes en la falsa posición en que se hallaba colocado, á causa de llevar consigo á todas partes una joven de quince años, á quien los unos reputaban como allegada por la sangre, y los otros como allegada por el amor.

»Y resolvió llevarla á la Paz, y colocarla en un convento de monjas, en donde educaban señoritas.

»El viaje, aunque con el beneplácito del Gran Mariscal, fué hecho por algún misterio, de tal modo, que la ausencia de Córdoba ni siquiera se hizo constar en la orden general.

»En el tránsito, el héroe se adelantaba de ordinario para alejar toda sospecha; porque á los quince años, casi no se concibe en las mujeres una inocencia purísima, máxime si han tenido la escuela de los campamen-

tos y la sociedad de los soldados. Pero Misericordia era inocente como una alondra. Córdoba, ya se sabe, era hombre de pocas intimidades, adusto, tímido; y su tolda de campaña ó casa particular, pues que en toda población siempre la montaba, no eran para el acceso de quienes lo querían. La niña sólo andaba con el ordenanza, y éste la cuidaba como á una hija.

»Y para el caso de que se nos pidan pruebas de la inocencia y candor de aquella niña, allá van las siguientes:

»Durante el sitio de Cartagena, Córdoba con su batallón apoyaba la artillería que hacía fuego sobre la ciudad desde la popa. Montilla, general en jefe, rendido por el insomnio y la fatiga, llegó una mañana al cuartel del jefe antioqueño, y quiso descansar.

»—Misericordia—le dijo—, sácame las canas de la cabeza, y por cada una ofrezco darte un caramelo.

»La niña se dió á la tarea y á poco Montilla se durmió.

»Aquello fué motivo para un arreglo de cuentas de nunca acabar. Montilla siempre estaba adeudado, según ella.

»Después de Ayacucho, Monet se hallaba prisionero. La niña, que lo había visto departir con Córdoba antes de la batalla, le llevó una taza de café.

»—Tómela usted, señor general—le dijo.

»—¿Y quién es usted que tanto se interesa por mí?—la interrogó el fiero castellano, picado entre la gratitud y la curiosidad.

»—Yo soy la cantinera del general Córdoba—le repuso la joven con la más dulce inocencia.

»En Chuquisaca, una mañana, Misericordia se acercó á Córdoba, algo enfadada, y le dijo:

»—El Gran Mariscal te ama mucho, y tú no eres hombre para mandarme donde él á que me abrace y que me bese.

»Ya sabemos que Bolívar llamaba á Sucre *impecador*. Acogió éste á la niña, en quien antes había reparado, con paternal cariño, y la besó en los ojos y en la frente.

»Iban á llegar á la Paz.

»Córdoba, que tenía casa preparada, se detuvo en una posada é hizo adelantar á Fidel y á Misericordia.

»Á la mañana siguiente llegó muy temprano, y con la impaciencia de su carácter pidió sus prendas de parada.

»Puesto de riguroso uniforme, mirábase al espejo.

»—¿Y la niña?—preguntó.

»El ordenanza guardó silencio.

»—Quiero verla antes de hablar con las hermanas mercedarias.

»Fidel no se movió.

»—¿Por desgracia ha enfermado Misericordia?

»El mismo silencio.

»Córdoba, con principio de disgusto, reparó en su ordenanza, y lo halló pálido y trémulo.

»Cerró instintivamente la puerta de la alcoba que daba salida á la sala.

»—¿Y bien?

»—¡General!... ¡General!... —exclamó una voz que parecía salir de lo profundo.

»Córdoba corrió... La pobre niña le tendió los brazos.

»—¡Me hizo beber aguardientel!...—le dijo.

»Y cayó desmayada.

»Loco, ciego de furor, el león de los combates ru-

gió de tal modo, que hasta los elementos parecieron estremecerse. Aquello era la conmovedora odisea de los dolores infinitos... Volvió á mirar á todos lados y se halló con su ordenanza de rodillas, pidiéndole *misericordia*.

»Á tal nombre, lo que el héroe tomó por una profanación y un insulto, tiró de la espada y... sin misericordia le atravesó el corazón.

»Si hubiera de seguirse un juicio moral á la memoria del general Córdoba por este hecho, yo apelaría á los padres de familia!...»

Hasta aquí el Sr. Luis Capella Toledo.

Demos el toque final al breve cuadro bosquejado del general Córdoba, relacionando el modo desgraciado como terminó sus días.

Pasaron algunos años.

El 17 de Octubre de 1829 cerradas descargas de fusilería atronaban la hacienda llamada *Santuario*, á la salida de la montaña de *Juntas*, departamento de Antioquia (Colombia).

Eran las once de la mañana.

La lucha acababa de empeñarse, con sumo coraje por ambas partes contendientes; pero bien se veía lo desigual que era.

De un lado, ochocientos veteranos que habían hecho casi todas las guerras de la Independencia, bien armados, bien municionados, bien equipados; de otro, un puñado de campesinos bisoños, casi desnudos y mal armados.

Sin embargo, éstos resistían valientemente, aprove-

chando las ventajas del terreno y sacando fuerzas de su propia desesperación.

De pronto, el general de los veteranos—Daniel Florencio O'Leary—da orden á una compañía de practicar un movimiento de retroceso.

Los otros creen que se inicia la retirada, y con la retirada la derrota de sus contrarios, y, dando gritos de triunfo, abandonan sus posiciones y se lanzan adelante, sin concierto, prudencia ni táctica. Eso se quería el enemigo: vuelven cara los infantes que iban retrocediendo, y unidos á los jinetes y al resto de la infantería, cargan irresistiblemente sobre los incautos, que andan desparramados en el campo, y les atropellan y destrozan en un momento.

Entonces se precipita la reserva á restablecer el combate. Al frente de ella va el bravo Córdoba—convertido en enemigo del Libertador, en traidor y faccioso á impulso de la más loca, de la más ciega é inverosímil de las ambiciones.

Da un grito de furor, desenvaina la espada y se arroja en medio de la pelea, por allí donde está más reñida.

Hizo prodigios de valor, causó la admiración de sus antiguos compañeros, que ahora—enemigos suyos en virtud de la lealtad á Colombia y á Bolívar—le saludaban con una nube de balas, haciéndoles acordarse de que él era el hombre de Tenerife, de Pichincha, de Ayacucho... Disputó el terreno palmo á palmo—dicen los historiadores—, logrando rehacer por breves instantes á sus tropas que iban de vencida, las cuales, según la frase del mismo O'Leary, «queriendo imitar el indómito y espléndido coraje de su caudillo, pelearon como desesperadas».

Pero todo esfuerzo era inútil y tardío.

Abrumado por el número, abandonado de casi todos los suyos, muerto de fatiga, herido peligrosamente, tuvo que retirarse, con veinte soldados, á la casa de teja de la hacienda, y en ella quiso hacerse fuerte.

Desesperado O'Leary por tan loca resistencia, que indefectiblemente iba á conducir á un desastre final para su amigo Córdoba, dase á buscar á éste por el campo, y ordena cesar el fuego.

Pero los de la casa no cesan los suyos: era como querer suicidarse, pues todo estaba ya perdido para ellos.

O'Leary se vuelve á los coroneles Hand y Castelli, y exclama furioso:

—Tomen la casa y no den cuartel á nadie.

Y, engañado por un falso informe, sigue buscando á Córdoba en otra parte, ¡cuando acababa de ordenar su muerte!

Cargan las fuerzas del Gobierno sobre la casa, donde se defendían los últimos facciosos—que facciosos eran los tristes revolucionarios de Antioquia—; entran en ella como un turbión, repartiendo la muerte á derecha é izquierda, con brutalidad cruel... Allí está Córdoba, con la espada rota, soberbio y audaz, aunque vacilando sobre sus pies por la sangre que se le escapa de la herida...

Al caer está el héroe, muchos dicen que ya rendido; pero Ruperto Hand se lanza sobre él, le hiere con el sable en una mano, y al grito de furor de la indefensa víctima contesta con otro sablazo en la cabeza, que le parte el cráneo...

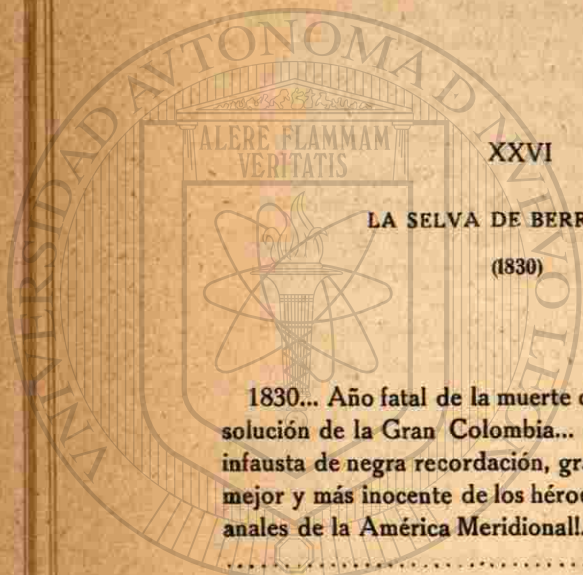
Cuando, momentos después, llegaba desalado O'Leary, sabiendo, por fin, que Córdoba estaba en la

maldita casa, encontró ya cadáver al primer soldado de la América del Sur.

Cerca de doscientos soldados y oficiales suyos quedaron muertos en tan rudo encuentro; los demás yacían heridos, y el resto, prisionero. ¡Y O'Leary sólo tuvo doce soldados muertos y quince heridos!...

¡Oh, la ambición imprudente, que le lanzó al joven héroe á empresa tan oscura como criminal en la que había de encontrar la muerte!

¡No fué este el único de los males que produjo la dictadura de que Bolívar tan en mala hora se había investido el año 28!



XXVI

LA SELVA DE BERRUECOS

(1830)

1830... Año fatal de la muerte de Bolívar y de la disolución de la Gran Colombia... 4 de Junio... Fecha infausta de negra recordación, grabada con sangre del mejor y más inocente de los héroes colombianos en los anales de la América Meridional...

La selva es oscura y silenciosa, y el estrecho camino se arrastra, dando vueltas y revueltas, entre árboles y malezas. Gritan aves silvestres en la intrincada espesura y el viento húmedo pasa mugiendo entre las altas ramas, que entregan á su corriente puñados de hojas secas...

Dos hombres caminan al lento paso de sus cabalgaduras, con el sombrero hasta los ojos, callados y pensativos.

Érase el uno «de mediana estatura, aunque algo más alto que pequeño; delgado, sin ser enjuto de carnes; la cabeza simétrica y sin prominencias; la frente

vasta, en especial hacia los lados, por donde formaba grandes entradas en los cabellos negros, recios y en-sortijados; la piel morena, menos en las partes habitualmente cubiertas por el sombrero, de lo cual se desprende que la *empretecieron* los rigores de la intemperie; las cejas delgadas y perfectas; los ojos castaños, expresivos y dulces...; la nariz larga, combada, no fea; la boca regular; los labios finos, pero salientes, sin duda por la costumbre de la rasura, á que sometía también la redondeada barba y las tersas mejillas, sombreadas apenas por una estrecha y corta pa-tilla» (1).

El que seguía detrás era, á primera vista, un criado. ¿En qué cavila aquel hombre, que tan distraído va? ¿Quién puede adivinarlo!

Viene de librar una brava pelea por la justicia y el derecho desde el alto sillón presidencial de un Congreso; y, desalentado en presencia del odio de las facciones y de la agonía de la República, vuelve al hogar donde le aguarda con los brazos abiertos la noble y amante esposa...

Él tiene enemigos, sí; pero ¿por qué? «Moderadas fueron siempre sus opiniones; sus servicios á la Patria, desinteresados; finas y agradables sus maneras, bueno su corazón y en extremo generoso» (2).

Enemigos... ¿por qué? «Tal vez su excelsa virtud es molesta é importuna en aquella época de crímenes y errores, tal vez ella contraría la ambición de caudillos poderosos ó los planes insensatos de algún bando político...» (3). ¿Pero qué culpa tiene él? ¿No era su pri-

(1) TOBAR.

(2) BARALT.

(3) Idem.

mer deber servir al país y á la causa de la libertad con todas sus fuerzas, con toda su inteligencia, con todo su prestigio?

¡Ingratos! ¡Ah! Cuán ingratos le habían sido los hombres... Le amargaron con injusticias, le vilipendiaron sin motivo, le fracturaron á tiros el brazo que sostuvo la espada que rompió el último eslabón de la cadena española... Y ahora... ahora mismo... ¿No le habían dicho que se guardase, que la asechanza seguía sus pasos y el puñal se agitaba contra él en la sombra? ¡Bah! ¡Imposible! ¿Por qué han de querer matarle? ¿Qué motivo había dado á nadie?

Pero todo ello le aflige el corazón... ¡No, no! ¡Ya está cansado! Ansia el retiro, los goces modestos de la familia, el silencio sagrado de la casa propia, el regazo de su mujer, los dulces besos de su Teresa, su adorada pequeñuela...

El camino hace un brusco recodo, la tupida sombra de los árboles le ennegrece más todavía... El que sueña y cavila no ve ojos brillantes que le acechan desde la espesura, hombres que se mueven al compás de sus pasos.

De pronto suena una descarga cuyo estampido retumba en la profundidad del monte...

—¡Ay, Jesús!... ¡Balazo!... exclama el sin ventura, y cae del caballo, herido en el pecho, en la espalda, en la cabeza...

Aterrado, despavorido, vuela el fiel asistente á socorrerle... ¡Inútil cuidado! El Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, estaba muerto...

Asesinato cruel, asesinato infame é inútil...

Lorenzo Caicedo, el leal asistente, lloró sobre los sangrientos despojos de su jefe, y dióle después hu-

milde sepultura en un rincón del bosque maldito... Sucre había ascendido á la cumbre gloriosa por la escala de sus virtudes, para caer al golpe asesino en ignoto lugar y ser sepultado por la mano caritativa de un criado! ¡Misterios de la Providencia!

—¡Santo Dios!— exclamó el Libertador cuando supo la muerte del Gran Mariscal—. *Se ha derramado la sangre de Abel.*

¿Quiénes fueron los asesinos? ¿Qué causa les impelió á perpetrar crimen tan nefando?

Colombia agonizaba presa de los partidos políticos que, como dice un poeta compatriota nuestro, se disputaron á dentelladas el pan de la Independencia (1). Roto el freno de toda moralidad, los mismos jefes que cooperaron á la obra de libertar la Patria en los campos de batalla, encendían la guerra civil á impulsos de la ambición y la codicia: querían repartirse los despojos de la gran nación, aunque esos despojos se les quedasen entre las manos manchados con la sangre de sus compatriotas... ¡y la virtud de Sucre molestaba á sus planes parricidas! Desde ese momento, el Gran Mariscal estaba condenado á muerte.

La Historia no ha declarado todavía quién fué el alma de la conjuración asesina. Divididas las opiniones en un largo litigio de setenta años, el criterio vacila para decidirse entre el cúmulo de contradictorias pruebas, y no seremos nosotros quienes vayamos á pronunciar un nombre: no emitimos juicios históricos;

(1) CRESPO TORAL, en la hermosa composición intitulada *¡Venezuela!*

narramos sencillamente algunos episodios de un tiempo famoso de glorias, virtudes y crímenes.

Pero si diremos que todos, absolutamente todos los participantes en aquel crimen, los que lo ejecutaron con sus propias manos y los que la opinión señaló como inspiradores, murieron de mala muerte: unos en el patíbulo, envenenados otros; aquél, sin gloria, herido de una lanzada en un oscuro reencuentro; ése, de enfermedad vergonzosa y desamparado de todos, sin auxilio ni consuelo, odiado por las naciones, maldecido y despreciado de sus compañeros; el de más allá, al cabo de largo encierro y crueles persecuciones: ¡todos con el remordimiento en el alma!

Los que personalmente ejecutaron el crimen, ya *disponiendo el lugar y colocando á los asesinos en el sitio conveniente*, ya empuñando el fusil y disparándolo contra la víctima, ya, por último, andando de correvidiles en la negra trama, fueron Apolinar Morillo, que fué juzgado y fusilado en Bogotá; los temidos guerrilleros caucanos José Erazo y Juan Gregorio Sarría, dos soldados de apellido Rodríguez, un indio de las Alpujarras llamado *Cuzco*, Fidel Torres y Antonio Mariano Alvarez.

La historia del crimen se descubrió muchos años después (1839), por una que no nos atrevemos á llamar casualidad, pues la justicia providencial suele á veces ser paciente, sufrida, silenciosa, pero siempre llega, y cuando llega es inexorable.

En aquel año aprisionaron á Erazo de orden del Gobierno, por una causa política, sí, pero de ninguna manera relacionada con el trágico acontecimiento de Junio del año 30.

Aprehensores y preso pasaban por la montaña de

Berruecos. Al llegar al teatro del antiguo crimen, Erazo, que no sabía el motivo de su prisión, creyó equivocadamente que obedecía á aquel luctuoso suceso... Temió el malvado, sintió en su corazón más aguda que nunca la mordedura del remordimiento, y acaso creyó ver que de lo intrincado del bosque le salía al encuentro, airada, vengadora y solemne, la sombra del Gran Mariscal.

Palideció entonces, se le erizaron los pelos de la cabeza, el terror hizo que temblase, y con voz confusa y trémula comenzó á decir:

—No, coronel... yo no fui... Hay una equivocación odiosa... ¡Apolinar Morillo fué quien mató al general Sucre!

Atónito el coronel Forero, que iba al mando de la escolta, se volvió á Erazo diciéndole:

—¡Pero qué dice usted, hombre!

—La verdad. No tuve participación alguna en el asesinato. Morillo lo hizo todo... Se lo juro por mi alma... Y yo lo probaré con todas mis fuerzas...

Era la primera página del juicio público que incoaba la Providencia...

—¡Siempre pensé que era por aquello!—exclamó Desideria Meléndez, esposa de Erazo.

Hallada la hebra, no era ya difícil devanar toda la madeja.

El antiguo, olvidado asunto de 1830 se puso á la orden del día y los jueces procedieron con vigor...

¿Qué importaba que el guerrillero Erazo hubiese estado ó no en comunicación con el montonero Noguera? Lo que importaba saber era quiénes fueron los asesinos de Sucre...

Al fin, después de un largo proceso, Apolinar Mo-

rillo subió al patíbulo el 30 de Noviembre de 1842, resignado á la sentencia que le condenaba, y expresando, un momento antes de morir, todo el horror de una conciencia pecadora que tiene el delito siempre á su vista.

«La idea implacable de aquel hecho—decía—me ha perseguido incesantemente, en la noche, en el día, en la vigilia y en el sueño: jamás, ni un instante, me ha dejado reposo... y el remordimiento, más penetrante que las balas que atravesaron la víctima inocente, ha despedazado constantemente mi corazón» (1).

Sucre, al morir, no tenía sino treinta y siete años.

«Murió la muerte de una fiera el que había vivido la vida de un justo—dice D. Antonio Flores en un libro que escribió en defensa de la memoria de su padre, acusado de participación en el crimen—. A ningún bandido de la montaña cupo el triste fin del que fuera dechado de bondad y de dulzura. ¡Quién hubiera reconocido en esos miseros despojos, abandonados en el cieno, como los de vil atémila destinados á servir de pasto á los buitres ó á los animales bravíos de la selva, al «vencedor del vencedor de Europa», al Bayardo Americano, al adalid famoso que terminó la guerra de la independencia sur-americana! (2).

(1) Manifiesto de Apolinar Morillo en el patíbulo.

(2) *El Gran Mariscal de Ayacucho. El Asesinato*, página 37 de la segunda edición.

XXVII

SAN PEDRO ALEJANDRINO

(1830)

—José... vámonos... que... de... aquí nos echan...
¿Dónde iremos?

Así murmuraba en los estertores de la última agonía un pobre tísico, tendido en un humilde lecho, rodeado de unos pocos amigos fieles en la desgracia, que contenían á duras penas los gritos de dolor de que estaban llenos sus pechos.

Un médico extranjero, medio oculto entre las colgaduras, espiaba ansiosamente la sombra de la muerte, más espesa cada instante sobre la demacrada faz del que deliraba... ¡y también contenía su llanto!

El buen mayordomo, el leal José Palacio, acurrucado en un rincón, la cabeza sobre las rodillas, daba suelta á sus lágrimas, y el ruido de sus sollozos y las incoherentes frases del moribundo eran los sonidos únicos que interrumpían el silencio solemne de la estancia.

Afuera, pasaba apacible el viento por entre las ramas de los árboles, y de tiempo en tiempo oíase á la

rillo subió al patíbulo el 30 de Noviembre de 1842, resignado á la sentencia que le condenaba, y expresando, un momento antes de morir, todo el horror de una conciencia pecadora que tiene el delito siempre á su vista.

«La idea implacable de aquel hecho—decía—me ha perseguido incesantemente, en la noche, en el día, en la vigilia y en el sueño: jamás, ni un instante, me ha dejado reposo... y el remordimiento, más penetrante que las balas que atravesaron la víctima inocente, ha despedazado constantemente mi corazón» (1).

Sucre, al morir, no tenía sino treinta y siete años.

«Murió la muerte de una fiera el que había vivido la vida de un justo—dice D. Antonio Flores en un libro que escribió en defensa de la memoria de su padre, acusado de participación en el crimen—. A ningún bandido de la montaña cupo el triste fin del que fuera dechado de bondad y de dulzura. ¡Quién hubiera reconocido en esos miseros despojos, abandonados en el cieno, como los de vil atémila destinados á servir de pasto á los buitres ó á los animales bravíos de la selva, al «vencedor del vencedor de Europa», al Bayardo Americano, al adalid famoso que terminó la guerra de la independencia sur-americana! (2).

(1) Manifiesto de Apolinar Morillo en el patíbulo.

(2) *El Gran Mariscal de Ayacucho. El Asesinato*, página 37 de la segunda edición.

XXVII

SAN PEDRO ALEJANDRINO

(1830)

—José... vámonos... que... de... aquí nos echan...
¿Dónde iremos?

Así murmuraba en los estertores de la última agonía un pobre tísico, tendido en un humilde lecho, rodeado de unos pocos amigos fieles en la desgracia, que contenían á duras penas los gritos de dolor de que estaban llenos sus pechos.

Un médico extranjero, medio oculto entre las colgaduras, espiaba ansiosamente la sombra de la muerte, más espesa cada instante sobre la demacrada faz del que deliraba... ¡y también contenía su llanto!

El buen mayordomo, el leal José Palacio, acurrucado en un rincón, la cabeza sobre las rodillas, daba suelta á sus lágrimas, y el ruido de sus sollozos y las incoherentes frases del moribundo eran los sonidos únicos que interrumpían el silencio solemne de la estancia.

Afuera, pasaba apacible el viento por entre las ramas de los árboles, y de tiempo en tiempo oíase á la

distancia el bronco rumor del océano, que empujaba sus olas formidables sobre la desierta orilla...

Era el 17 de Diciembre de 1830. Las doce del día. Once años antes, y casi á la hora misma, en otro 17 de Diciembre, se había proclamado en Angostura la República de Colombia... ¡Irrisiones de la suerte! ¡Festear el aniversario de un gran día con la muerte del héroe que esa misma proclamación había hecho!

Porque el moribundo era el general Simón Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú, fundador de Bolivia y Padre de cinco pueblos, «que hizo brotar naciones donde clavó la punta de su espada» (1); Bolívar, pobre, perseguido por el odio de los ingratos, quienes le arrojaban fuera de la Patria que él había redimido y creado!

Pocos instantes después, los ojos del grande hombre se cerraban para siempre.

Imposible describir el desconsuelo de los amigos que, arrojando las iras de sus conciudadanos, no habían vacilado en seguirle camino del destierro.

En aquellos pechos varoniles, expuestos cien veces al plomo y al acero de los enemigos, se produjo un desgarramiento trágico, y aquellos hombres envejecidos en los campos de batalla, acostumbrados á los horrores de la guerra, que nunca habían pestañeado ante la muerte, y presenciaron impávidos escenas de ruina, desolación y ferocidad, lloraban como niños, lloraban tal vez la primera ocasión en su vida, con llanto de huérfanos desamparados!...

Pasaron las horas.

—Es preciso amortajarle—murmuró muy quedo el

(1) CORDERO: *Aplausos y quejas*.

sensible médico extranjero, un francés llamado el doctor Próspero Reverend.

—Al instante—contestó alguien.

—Pues busquen con qué—concluyó el facultativo.

José se puso á revolver baúles y maletas: ahí estaba el uniforme, ahí el calzado, ahí las otras prendas de vestir, miserables y maltrechas las más; pero... pero... pero...

—¿Qué hay, buen José? ¿por qué te angustias?

—¡Ah! ¡señores! ¡Ah! ¡mis buenos señores!...

—Y bien, ¿qué?

—¡Que no hay una camisa!

—¡Cómo!...

¡Y era la verdad! El libertador de tantos pueblos, el rico mayorazgo, el poderoso dueño del marquesado de Bolívar, aquel por cuyas manos habían pasado tantos millones... ¡en su lecho de muerte no tuvo una camisa con que le amortajasen! (1).

El general Bartolomé Salom ó el general Laurencio Silva dió una suya, conmovido ante miseria tanta y tanta grandeza...

¡Playas cartageneras de Santa Marta, yo os saludo!...

No he podido jamás ir peregrino hasta vosotras para besar el suelo donde el Libertador exhaló su postrer aliento; pero sólo al pensar en vosotras, inúndame el alma santa melancolía!

De estar allí, se me figurara que vaga por la ribera la llorosa sombra de Bolívar, que, en las silenciosas

(1) Absolutamente histórico. Lo cuenta el mismo médico de cabecera, doctor Reverend, en un opúsculo que publicó sobre los últimos momentos del Libertador.

noches, arroja una mirada de indescriptible tristeza, clamando aún en voz alta que sus esfuerzos han sido inútiles, que *ha arado en el mar*, al procurar la independencia á estas infelices naciones que tan mal uso han hecho de ella, rompiendo la veste sagrada de la libertad en el carnaval sangriento de revoluciones y guerras intestinas que las tienen atadas á la picota de la vergüenza, impotentes y manchadas ante el juicio de la posteridad!

¡Playas cartageneras de Santa Marta, yo os saludo!

Hastiado de la ruda oposición que de todas partes se le hacía, entristecido por la malevolencia de los unos, las ruines envidias de los otros, incapaz ya de sostener en sus manos las riendas de un poder absoluto que, para mengua suya —¿por qué no decirlo?—, había asumido en hora infausta de extravío; después de haber resignado esa autoridad, y vendido hasta su vajilla para poder acorrer á sus necesidades, el Libertador había llegado á Cartagena á mediados del citado año de 1830.

Bramaba la tempestad en torno suyo. Colombia era destrozada á hachazos; la muerte de Sucre, en la emboscada infame de Berruecos, hirió de muerte á Bolívar; y cuando el Congreso Venezolano declaró que aquella nación «no debía entrar en relaciones de ninguna especie con Bogotá mientras existiera en su territorio el general Bolívar», después de que en aquella Asamblea se pidiera formalmente una expulsión vergonzosa, se puso el sello al escándalo.

Bolívar calló, lo sufrió todo, aconsejó la paz y la obediencia á sus amigos, aun después de la caída de

esa sombra de Gobierno que le había sucedido, y siguió en silencio la ruta del destierro.

Quería irse á Inglaterra á bordo de la fragata inglesa *Shanon*; ¡pero no tenía con qué! En el camino de Bogotá á Cartagena había agotado los pocos recursos con que contaba.

Y decía con razón:

«—De este modo, careciendo de todo, ¿cómo he de ir á Europa ni á parte alguna donde sea conocido el nombre de Colombial Yo, para mí, necesito de muy poco; pero la miseria con que viva, afrontará la América!...»

Si débil y abatido había salido para las riberas del Atlántico, pronto las penalidades de la marcha, las amarguras que, durante ella, saboreó con las noticias que recibía, acabaron de agotar las pocas fuerzas que le quedaban.

Comenzó, en Santa Marta, á padecer una afección catarral que, de improviso, se le declaró en tisis galopante, la cual, en muy pocos días, debía conducirle al sepulcro.

Determinó entonces salir al campo, y fué un español, el señor Joaquín de Mier, quien, en su hacienda llamada *San Pedro Alejandrino*, distante como una legua de Santa Marta, le dió hospitalidad, y un lecho para el viaje último.

Bolívar había arrancado la América Meridional de manos de España y, por los ignorados caminos de la suerte, fué un español quien le proporcionó de favor un asilo para morir...

Viéndose ya cercano á su fin, el 10 del referido mes de Diciembre tomó sus últimas disposiciones, pidió y recibió los auxilios religiosos, hizo su testamento, y di-

rigió á sus compatriotas sus postreras palabras, «con la ternura que un padre moribundo lo hubiera hecho con sus hijos más queridos».

He aquí su última proclama:

«¡COLOMBIANOS!

»Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, la reputación de mi amor á la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido á las puertas del sepulcro. *Yo los perdono.*

»Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro á otra gloria que á la consolidación de Colombia; todos deben trabajar por el bien inestimable de la Unión. Los pueblos, obedeciendo al actual Gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario, dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares, empleando sus espadas en defensa de las garantías sociales.

»¡COLOMBIANOS! Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria. *Si mi muerte contribuye á que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.*»

¡Pobre héroe! ¡Pobre Libertador! Sus votos fueron inútiles: Colombia sucumbió á manos de la ira banderiza y de la ambición deslayada, viniéndose á tierra

aquella obra de su corazón con el último suspiro suyo!

De él sólo nos quedó la independenciam. ¿No es suficiente para su memoria y para la gratitud de las generaciones por él redimidas?

«El cadáver del Libertador fué trasladado de la hacienda de San Pedro Alejandrino, donde murió, á la ciudad (*Santa Marta*), como á las ocho de la noche, y se depositó en la Aduana, en una sala preparada de antemano. Allí se le embalsamó, y fué colocado después en otra pieza, la principal del edificio, con el aparato fúnebre que proporcionaban los escasísimos recursos del país.—Ahí quedó expuesto al público hasta el 20, á las cinco de la tarde, en que se le dió sepultura» (1).

Bogotá le decretó é hizo honras fúnebres espléndidas. Venezuela, patria del héroe, desde donde él saliera para la reconquista y liberación de un continente, esperó DOCE LARGOS AÑOS... ¿Quién es profeta en su tierra?

«Murió el Libertador á los cuarenta y siete años, cinco meses y veintitrés días, después de grandes prosperidades, de largas guerras, de sucesos merecidos, de meditaciones profundas, de altos pensamientos, de miseria, esplendor, reveses, peligros, y algunas faltas inseparables de la condición humana» (2).

He aquí el retrato que de él hace un contemporáneo suyo, su amigo, secretario é historiador (3):

(1) LARRAZÁBAL.

(2) Idem.

(3) RESTREPO: Tomo IV, pág. 414 y sig.

«Bolívar era de estatura mediana, de un cuerpo seco y descarnado; cuando joven, de un color blanco y de hermosa tez; pero después de sus campañas, estaba moreno y pálido. Era oval su cara, sus ojos vivos y penetrantes, y su imaginación ardiente. En el trato familiar era festivo y franco en extremo; gustaba de los festines, pero no perdía la sobriedad. Amó á las mujeres, especialmente en la juventud. Respetaba la religión católica, aunque sus opiniones fueran libres, y dirigía su culto á la Divinidad. La generosidad y el desinterés son dos virtudes que poseía en grado eminente; él murió pobre, después de haber mandado catorce años á Colombia y al Perú.

«Bolívar, como guerrero, es comparable á los primeros hombres que nos presenta la historia antigua y moderna. Genio vasto para concebir sus planes; actividad sin igual para ejecutarlos, superando cualesquiera dificultades; audacia, valor, constancia y sufrimiento en las desgracias hasta cautivar nuevamente á la fortuna, y talento creador para sacar de la nada los recursos, son calidades brillantes que hacen de Bolívar uno de los guerreros más distinguidos de su siglo. En efecto: haber libertado á Venezuela, á la Nueva Granada y al Ecuador, comenzando su atrevida empresa con sólo doscientos cincuenta hombres; haber perseguido á los españoles hasta el Perú y vencido su ejército en Junín y Ayacucho, son acciones dignas de la inmortalidad. Más de cuarenta mil soldados de la España, regidos por excelentes jefes y oficiales, apoyados en plazas fortificadas y en la fuerza moral de trescientos años de dominación, ocupaban y defendían estas ricas y vastas posesiones. El talento y la constancia de Bolívar sacó un ejército de la nada, y se las

arrancó para siempre. En menos de ocho años la bandera colombiana flameó victoriosa desde las bocas del Orinoco hasta las cimas argentíferas del Potosí. La gloria de Bolívar llegó á su colmo con la libertad del Perú, y después de Ayacucho terminó su carrera militar. Desde entonces podemos considerarle como político y administrador.

«Bajo el primer aspecto, hay actos de Bolívar que se hallan marcados con el sello de un gran talento. En 1813 libertó á Venezuela, su patria, del yugo férreo de los españoles, mas no pudo organizar el país por el encarnizamiento con que éstos y sus partidarios le hacían la guerra. Entonces por una tremenda retaliación la declaró á muerte, lo que produjo crueldades y escenas de sangre que hacen estremecer. Bolívar desde 1816 hizo la guerra con humanidad y creó á la República de Colombia, grande acto de política que dió al mundo civilizado una idea muy ventajosa de su fundador. Esta república se constituyó á la sombra de sus laureles, y Bolívar, triunfante, más allá del Ecuador, creó también las del Perú y Bolivia. Fue suya la idea de convocar un congreso americano en el istmo de Panamá; hermosa utopía que no produjo los efectos deseados.

«Con servicios tan eminentes Bolívar se atrajo el amor, el respeto, la veneración, y una confianza ilimitada tanto de los jefes y oficiales del ejército Libertador, que se plegaron á la obediencia, como de los habitantes de las tres repúblicas. Mas desde que publicara su profesión de fe política en el proyecto de constitución para Bolivia, que sus consejeros mal avisados hicieron adoptar en el Perú de un modo irregular; desde que en 1826 apoyó con su influjo á los que

atacaban la constitución de Colombia, promoviendo sus agentes actas ilegales de los pueblos, para llamarle á la dictadura unos, y hablando otros de un pretendido imperio de Colombia, Perú y Bolivia, ó de una vasta confederación de las tres repúblicas, cuyo protector sería él mismo; desde que premió á Páez y á todos los demás que habían procurado despedazar á Colombia y destruir la constitución de Cúcuta, incurriendo en su enojo los que sostuvieron al gobierno constitucional, una desconfianza muy grande se apoderó de los colombianos. Enemigos furiosos se levantaron por todas partes contra Bolívar, atacándole en nombre de la libertad, que decían quería destruir. En medio de pasiones exaltadas y de partidos opuestos, el Libertador, apoyado en el ejército y en la opinión de una mayoría colombiana, aceptó la dictadura, que desgraciadamente produjo la conspiración del 25 de Septiembre, y que entronizó el poder militar más allá de lo que se necesitaba para reprimir una excesiva y turbulenta demagogia. Bolívar, en 1829, improbó y deshizo enteramente el proyecto de monarquía meditado por algunos; él jamás la quiso, á pesar de que amaba el poder vitalicio y el mando sin estar sujeto á leyes. Calumniado, perseguido y rechazado por sus enemigos y por una gran parte de Colombia, dejó con repugnancia el mando supremo; y no saliendo de su territorio, como había ofrecido y le convenía, añadió nuevo pábulo á las calumnias de sus enemigos, que le persiguieron más allá del sepulcro.

»Bolívar aborrecía los pormenores de la administración, y el bufete, según decía, era para él un suplicio. Tenía vigor y firmeza para hacer cumplir sus resoluciones, y una grande constancia en adelantar sus pla-

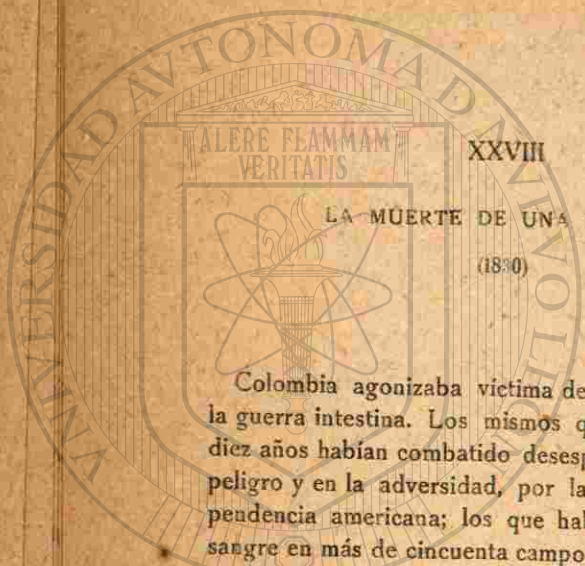
nes, sin que le arredraran los obstáculos por graves que fueran. Opinaba que en Colombia no podían establecerse las teorías de los economistas de la Europa, y por eso prefería conservar las rentas á que estaban acostumbrados los pueblos. Era económico, y no gastaba con facilidad los caudales públicos, los que nunca permitía que se defraudaran. Amaba la justicia dondequiera que la veía, y decretaba conforme á ella. Tenía particular acierto y penetración para escoger sus primeros tenientes. Sucre, Santander, Soublotte, Salom y Flórez fueron dignos subalternos de Bolívar. Condescendiente en extremo con sus amigos, intentaba algunas veces dar por sus consejos resoluciones contrarias á las reglas establecidas y al plan que seguían sus ministros. Sin embargo, tenía por éstos delicadas consideraciones, y sostenía con vigor lo que mandaban, prestándoles su entera confianza.»

á la disgregación; y mucho más cuando un golpe de dictadura abrogó la Constitución de Cúcuta.

El descontento se volvió entonces formidable ante la imposición de la clase militar, la poco democrática constitución boliviana y el mando perpetuo del Libertador.

La ingratitud confió al olvido los favores recibidos, y en el Padre de la Patria y Fundador de cinco naciones no consideró sino un tirano odioso que ocultaba, tras los resplandores de su gloria, manejos ilícitos contra la libertad de los pueblos. Brilló el puñal de Bruto en la oscura noche de Septiembre, y la sangre de los patricios de la Independencia enrojeció el ara sangrienta de la reparación y la venganza. Vibraba en torno la calumnia; y, en el Parlamento, en el Foro, en el cuartel, se agazapaba la envidia y elevaba sus salmos la maledicencia.

Bolívar se cansó de esta lucha estéril y menguada en la cual todas las fuerzas del país estaban contra él. Ya aquel hombre no era el Bolívar de los buenos tiempos, el luchador infatigable, que durante quince años había llevado consigo el genio de la libertad americana, y conducido con sus manos consagradas por la victoria el sagrado pabellón de Iris desde las márgenes del Orinoco á las inmensas pampas bañadas por el caudaloso Plata; el Bolívar de los combates, del ingenio, de la fortaleza sobrehumana, del desinterés sublime, el campeón de América, en fin, habiase eclipsado al correr de los años y á los golpes de la contraria fortuna. Prematuramente viejo y gastado, lleno de desaliento y desengaños, malhumorado por la resistencia que encontraba en sus conciudadanos, sin querer comprender las exigencias y verdaderas necesida-



LA MUERTE DE UNA NACIÓN

(1830)

Colombia agonizaba víctima de las facciones y de la guerra intestina. Los mismos que durante más de diez años habían combatido desesperadamente, en el peligro y en la adversidad, por la causa de la independencia americana; los que habían derramado su sangre en más de cincuenta campos de porfiada contienda; los que en Boyacá, Carabobo y Pichincha sacaron á vida á la Gran Nación, ahora, ambiciosos y desatentados, la querían despedazar, para dividirse sus despojos en un festín parricida.

Por grande, fuerte y poderosa que fuese Colombia, aun en sus mejores días llevó en sus entrañas gérmenes de descomposición. Mal soldados los tres departamentos que la constituían, inconsultas ó impropias las leyes que tendían á mantenerla unida é indivisible; fermentando sordamente la codicia de mando en el pecho de todos aquellos veteranos que se creían dueños de la República, por lo mismo que había nacido á sus esfuerzos, desde muy antes todo se encaminaba

des de los pueblos que había libertado y constituido, quiso sobrevivir á su gloria, y ese fué su crimen.

Y hoy, henchido de desconsuelo, vicado roto su antiguo prestigio, doliente ante la ingratitud de los suyos, toma voluntariamente el camino del destierro, mientras la tempestad ruge en derredor, y, perdido todo principio de moralidad, la guerra civil se desencadena...

¡Allá va, solo, pobre, triste, desalentado, en busca de tierra hospitalaria donde pueda comer el pan de su vejez amargado por el recuerdo y bañado en lágrimas!

Propicia le fué la fortuna; y no consintió en aquella última peregrinación del Genio, donde se hubiesen apagado en medio del silencio indiferente, los resplandores postreros de una virtud y de una gloria que debían ser inmortales. Era necesario que sucumbiese al sucumbir su obra más querida, la realización del ensueño dorado de su existencia, aquella Colombia entrevista en el doloroso destierro de Jamaica y en la noche terrible de Casacoima; cuando todo fuese destrucción y llanto, y los últimos hombres grandes de América se aprestasen á empequeñecerse en las lides de ambición plebeya. ¡Allí está Santa Marta, que le abre brazos de madre, y le prepara en su suelo el asilo último bañado por las ondas del océano!...

.....
¡Estrépito de fusilería! ¿Qué es?

¿Por ventura las huestes de Sámano y Lizón se acercan á la capital? ¿Se renueva la lucha magna?...

Centenares de heridos y muertos yacen con la cara al cielo en aquella llanura roja de sangre y oscurecida por el humo de la pólvora. En el horizonte se lanzan á carrera tendida los que han perdido la jornada; y en

su fuga les alcanza, no la *clemencia*, como dijo el poeta al hablar de otra matanza infame de una de nuestras guerras civiles, sino lanzas implacables que cubren el suelo de cadáveres.

¡Adelante, patriotas! ¡Ni reposo ni cuartel á los godos inhumanos que han renovado la pelea! ¿Estamos todavía en los aciagos tiempos de la *guerra á muerte*?

¡Ea! Terminó la persecución. La hueste vencedora entra, á tambor batiente, en la ciudad de Bogotá, con las banderas desplegadas y las bayonetas chorreando sangre. La ciudad está silenciosa y muda. ¿Cómo no se echan á vuelo las campanas para saludar la entrada de los libertadores?

¡Ah! Es que esos no son libertadores, sino militares sublevados, en el más inmoral de los motines contra la autoridad constitucional de la República, á la cual acaban de derribar en la llanura de El Santuario, á los gritos de ¡Viva Bolívar! y bajo la inspiración de aquel Rafael Urdaneta, memorable por su valor, su pericia y sus talentos en la historia de la Independencia...

.....
He ahí otro Santuario, otro lugar de combate, en los campos de Antioquia.

Un puñado de hombres indisciplinados, confiando más en su valor desesperado que en la justicia de su causa, se han precipitado contra una legión de veteranos avezados al triunfo. Prodigios han hecho esos hombres, guiados por un jefe de fama legendaria en las páginas americanas; pero han tenido que sucumbir al número. La Historia castiga su valor con el desprecio porque esos hombres fueron rebeldes contra su Gobierno.

¿Quién les acaudillaba?

Miradle á las puertas de esa casa...

Rodeado de unos pocos, desangrándose por una ancha herida, pálido y débil, mas ardiendo en coraje, ese hombre todavía joven—no tiene treinta años de edad—exclama:

—¡Rendirnos! ¡No, no! Siempre queda tiempo para morir.

Y da allí mismo el combate último, y cae brutalmente asesinado por quien entregó á la noticia de su crimen la fama de su nombre.

Y llega el jefe contrario, corriendo, desesperado, dando gritos de dolor, y he ahí cómo ese buen O'Leary se abraza llorando del cadáver de José María Córdoba.

.....
 ¡Pobre héroe! Vencer en Pichincha, triunfar en Ayacucho, ser general de división á los veinticinco años, distinguirse siempre por su bravura indómita y la brillantez de sus acciones, para venir á morir oscuramente, promotor y jefe de una revolución vergonzosa contra el mismo Libertador y sin esperanza de triunfo posible...

.....
 Augusta y solemne es la sesión. Los representantes del pueblo deliberan profundamente meditativos. ¿Es por ventura el Consejo Anfictiónico ideado por Bolívar, cuando trataba hacer de la de todos los pueblos americanos una causa única contra los empeños de la reconquista y las intromisiones del extranjero?

No. Es el Congreso Venezolano. Ya no hay Colombia. Venezuela forma casa aparte.

¡Y quién dijera que ese mismo Páez, el héroe de las Queseras, el León invencible de los Llanos, aquel en la

punta de cuya lanza centelleaban la muerte y la victoria, habia de ser quien descargase el primer hachazo sobre Colombia!

Pero su ambición le cegó.

Alzóse en armas contra Bolívar, desconoció la unidad de la patria colombiana, y para apoderarse de una de sus fracciones se declaró en campaña... ¿Campaña contra quién? Contra sus mismos amigos y compañeros, contra la misma causa por la cual habia combatido desde joven...

El Congreso está en sesión. ¿De qué trata? Trata nada menos que de expulsar á Bolívar del suelo por él libertado, trata de aprobar una moción por la cual se declara que la nueva república de Venezuela considerará como enemigo al Gobierno de Bogotá mientras resida en tierra colombiana el general Simón Bolívar...

Y allí, en esa Asamblea Constituyente, en ese primer Congreso de una República que nacia de los afanes de la ambición traidora, tenian voz y voto, autoridad y prestigio, no sólo los ingratos y felones, sino también los asesinos. Carujo, después de intentar, en la noche de Septiembre, asesinar á Bolívar, trata ahora de deterrarle para siempre...

.....
 Resuena una descarga en la selva.

Y ved allí yacer sangriento en la sombra el cadáver del Gran Mariscal de Ayacucho.

¡Oh pobre patria ecuatoriana! ¿Con la sangre del Abel de Colombia la traición y la envidia amasaron, por desgracia, tu autonomía?

.....
 Luis Urdaneta reúne tropas y abre la campaña contra el general Juan José Flores, que ha declarado la

separación de los Estados del Sur. Amenazante es su actitud: apoyado en la opinión pública, proclama la unidad de Colombia y la presidencia de Bolívar. Flores teme, vacila, tal vez está pronto á ceder. Pero la noticia de la muerte del Libertador deja sin motivo el alzamiento de Urdaneta; nace el Ecuador de este conflicto, y álzase poderosa una dominación extranjera y militar que había de ensangrentar el país y llenarle de oprobio y de vergüenza durante quince largos años, sin más paréntesis luminoso que la administración de D. Vicente Rocafuerte.

Y así, dos soldados de la magna guerra, Páez y Flores, en Venezuela y el Ecuador, respectivamente, dan de puñaladas á Colombia, y la matan. En medio está la inmoralidad, palpita el crimen, y se perpetran asesinatos, triunfan ingraticudes sin nombre, y es rota y despedazada la bandera de la Gran Nación.

La Colombia de Bolívar desaparece de! Catálogo de las naciones americanas, después de once años de vida: su recuerdo vivirá inmortal mientras en este Continente haya pechos que amen la libertad y palpiten de entusiasmo ante el heroísmo y la gloria.

1830... ¡Año infausto! ¡Año terrible!

XXIX

LIBERTADORES, MÁRTIRES Y VERDUGOS

En el *Manifiesto* que Bolívar hizo publicar por el Ministro de Estado D. Antonio Muñoz Tebar en justificación de la muerte dada por orden suya á los 800 prisioneros españoles y canarios encerrados en las prisiones de Caracas y la Guaira (8 de Febrero de 1814), pintando las crueldades cometidas por los defensores de Fernando VII desde el comienzo de la guerra; después de una larga exposición de atrocidades y desgracias, decia, entre otras cosas, lo siguiente:

«Aragua, en el Oriente, es el nuevo teatro de las atrocidades. Zuázola es el jefe de los verdugos: hombre detestable, si la especie de sus iniquidades puede hacerle contar entre nuestros semejantes. Todo cae bajo sus golpes, y no han vuelto á encontrarse los que habitaban á Aragua. Jamás se ejecutó carnicería más espantosa. Los niños perecieron sobre el seno de sus madres: un mismo puñal dividía sus cuellos. El feto en

el vientre irritaba aún á los frenéticos: le destrozaban con más impaciencia que el tigre devora á su presa...

»...Desollaron á algunos arrojándoles luego á lagos venenosos ó infectos; despalmaban las plantas á otros, y en ese estado les forzaban á correr sobre un suelo pedregoso; á otros sacaban íntegras con el cutis las patillas de la barba; á todos, antes ó después de muertos, cortaban las orejas...

»¡Qué horrorosa devastación, qué carnicería universal, cuyas señales sangrientas no lavarán los siglos! La execración que seguirá á Yáñez y Boves será eterna como los males que han causado. Partidas de bandidos salen á ejecutar la ruina. El hierro mata á los que respiran; el fuego devora los edificios y lo que resiste al hierro. En los caminos se ven tendidos, juntos, los de ambos sexos: las ciudades exhalan la corrupción de los insepultos. Se observa en todos el progreso del dolor, en sus ojos arrancados, en sus cuerpos lanceados, en los que han sido arrastrados á las colas de los caballos. Ningún auxilio de la Religión les han proporcionado aquellos que convierten en cenizas los templos del Altísimo y los simulacros sagrados. En Mérida, en Barinas y Caracas apenas hay una ciudad ó pueblo que no haya experimentado la desolación. Pero la capital de Barinas, Guanare, Bobare, Barquisimeto, Cojedes, Tinaquillo, Nigua, Cuayos, San Joaquín, Villa de Cura, valles de Barlovento, son pueblos más desgraciados: algunos han sido consumidos por las llamas; otros no tienen ya habitantes. Barinas, donde Puig pasó á cuchillo 500 personas... Guanare y Araure, donde Liendo y Salas, bienhechores de los españoles, son los más maltratados al recibir sus golpes asesinos; Bobare, donde trozaron las piernas y los

brazos de los prisioneros hechos allí mismo y en Yariagua y Barquisimeto...»

¡Qué cuadro más horroroso! ¿Verdad que parece estarnos refiriendo á alguna época bárbara de los tiempos primitivos y á una guerra entre salvajes? Y, sin embargo, no han transcurrido todavía cien años, y había comenzado ya el siglo llamado *de las luces*...

¡Y no era todo!

Entre el cúmulo de crueldades inauditas y de verdugos indignos de llamarse hombres, ¿cómo no recordar á aquel Bartolomé Lizón, que cortaba las manos á los niños menores de diez años, que abría á bayonetazos el vientre de las mujeres encinta y celebraba como juego chistoso la horrenda apuesta de asesinar? ¿Cómo no recordar el suplicio de los hermanos Medinas, de Valencia, á quienes se les ató en la frente cuernos de res, y fueron en seguida *toreados* á lanzada limpia en un círculo de caballería? Imposible olvidar los 500 asesinados en Ocumare por Rosete, la destrucción de Valencia por Boves, las desgracias de la funesta emigración de Caracas, las maldades de Quero...

¡Y á todo esto, no había concluido todavía el año de 1814!

Por todas partes, el país presentaba el aspecto de la más grande desolación: el incendio abrasaba las poblaciones y los pobladores eran pasados á cuchillo, fusilados, ahorcados en los árboles de los caminos, sin distinción de sexo, edad ni condición.

A esta época van incluidos los nombres eternamente aborrecibles de Antoñanzas, Lizón, Puig, Morales, Rosete, Boves... ¡el famoso Boves, que nunca dió cuartel y que se sentía presa de una sed inextinguible de san-

rro, á la asechanza inicua, á la playa solitaria donde la Ingratitud corona de espinas al Beneficio... ¡Felices los que murieron antes que el sol de su gloria se hundiese en las sombras de la discordia intestina y se manchasen sus laureles en los barrizales de la política plebeya donde ambiciones famélicas se disputan á dentelladas un jirón de mísero poder!...

Entre los libertadores de todo América, Norte, Centro y Sur, Bolívar es el punto culminante, no sólo por la tenacidad de su constancia y los resultados de su obra, cuanto por la magnitud de su genio y la alteza de su carácter. Bolívar, el padre y fundador de cinco naciones, muere desamparado y triste, en la derrota de sus más bellas ilusiones, entre el rugido del odio de sus ingratos conciudadanos, después de haber visto levantarse contra su pecho el puñal asesino en las sombras de la noche.

Aquel Sucre, que libró la más decisiva de las batallas de la Independencia, varón magnánimo por su heroísmo y su virtud, cae víctima de enemigos desconocidos, asesinado impiamente en lugar solitario y tenebroso.

Páez yace largos años en la expatriación, y cuando, viejo ya, vuelve á su patria, á la patria que él había fundado fraccionando el primero la gloriosa Colombia, se pierde en la tiniebla, muriendo como un burgués después de haber vivido vida extraordinaria.

¿Los demás? A los demás les arrebató la ola impetuosa de la política. Córdoba sucumbe en un oscuro campo de batalla sin honor y sin gloria; desaparecen Mariño, Bermúdez, los más, en la infinita prosa de los tiempos sucesivos; Piar es llevado al patíbulo en castigo de su rebeldía, vagan otros por playas ex-

tranjeras hasta que la muerte se compadece de ellos!...

Y no sólo á los libertadores de Colombia les cupo suerte tan poco merecida. Lamar muere en el destierro; Gamarra perece en el campo de Ingavi, combatido por los hermanos á cuya libertad había consagrado los mejores años de su vida...

¿Y San Martín? El héroe modesto, el vencedor de Chacabuco y de Maipú, vegeta cerca de treinta años en Europa y se inclina en silencio sobre la tumba cavada en extranjero suelo!...

En Méjico, Itúrbide cae envuelto en la púrpura ensangrentada de una majestad irrisoria. Hidalgo es fusilado por los españoles; Morelos es fusilado también por los mismos. ¡Curas admirables, generadores egregios de la libertad mejicana!

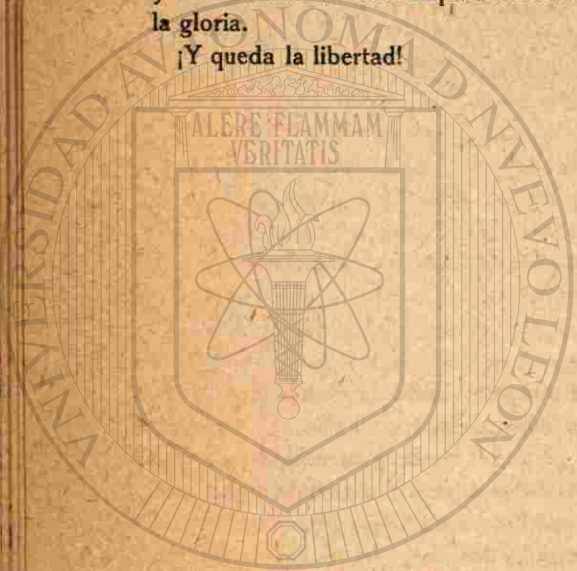
Volved los ojos á la América Central: he ahí un hombre de bien, en cuya alma la verdad y la justicia no son virtudes porque constituyen un temperamento: se llama Francisco Morazán. ¿Qué ha hecho aquel hombre? ¡Poca cosa! Ha dado libertad é independencia á sus conciudadanos. Pues bien; pasan los años, y aquel libertador se ve perseguido de muerte, no sólo por el indio Carrera, el más execrable de los tiranuelos de Centro-América, sino por buena parte de sus compatriotas... Huye el hombre de bien, se expatria y marcha á entregar la voz de sus lamentaciones á las brisas queorean las riberas de la distante Chile...

¡Oh ingratitude de los hombres y perversión de los caracteres! ¡Sacrificarse tanto por libertar un mundo y recoger cosecha de desengaños!...

Pero la obra queda, y ella es inmortal: queda la his-

toria para vengar en sus páginas el olvido de los contemporáneos y colgar sobre la sepultura de los héroes y de los mártires esa lámpara funeraria que se llama la gloria.

¡Y queda la libertad!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

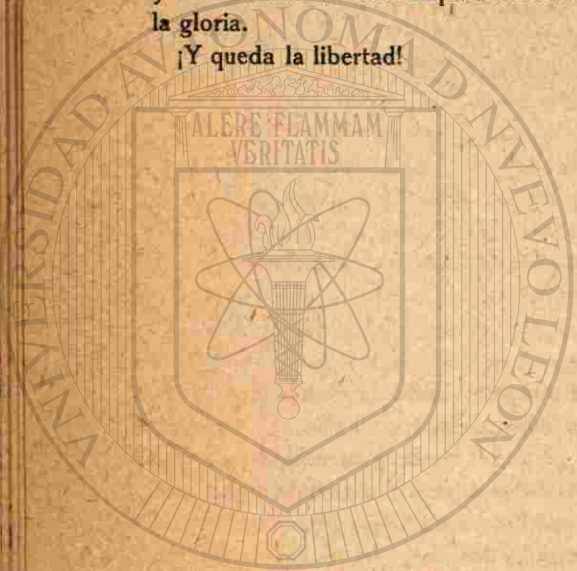
XXX

LAS BATALLAS DE LA LIBERTAD

Cuando el historiador vuelve la mirada á los tiempos heroicos de nuestra Independencia, y considera en la miseria y pequeñez de las guerras intestinas que hoy nos devoran á nosotros los descendientes y usufructuarios de aquellos varones egregios que nos conquistaron la libertad y nos dieron honrada patria á costa de heroicidad admirable, de ejemplar constancia y de sacrificios sin cuento, no puede menos que, extrañado, lamentar la degeneración de los hombres y de las cosas. Antes había un ideal generoso que empujaba á los guerreros y patriotas á la batalla y al martirio; que condensaba los esfuerzos de millones de americanos en el afán del logro de una esperanza única y sublime: la emancipación de un mundo. Hoy, empequeñecido todo, los ingenios y los caracteres, la ilusión y el valor, corremos disparados entre arroyos de sangre y odios fecundos solamente para el mal, á la consecución de miserables granjerías, en las cuales la ambición plebeya se aconseja con la sórdida codicia. En-

toria para vengar en sus páginas el olvido de los contemporáneos y colgar sobre la sepultura de los héroes y de los mártires esa lámpara funeraria que se llama la gloria.

¡Y queda la libertad!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXX

LAS BATALLAS DE LA LIBERTAD

Cuando el historiador vuelve la mirada á los tiempos heroicos de nuestra Independencia, y considera en la miseria y pequeñez de las guerras intestinas que hoy nos devoran á nosotros los descendientes y usufructuarios de aquellos varones egregios que nos conquistaron la libertad y nos dieron honrada patria á costa de heroicidad admirable, de ejemplar constancia y de sacrificios sin cuento, no puede menos que, extrañado, lamentar la degeneración de los hombres y de las cosas. Antes había un ideal generoso que empujaba á los guerreros y patriotas á la batalla y al martirio; que condensaba los esfuerzos de millones de americanos en el afán del logro de una esperanza única y sublime: la emancipación de un mundo. Hoy, empequeñecido todo, los ingenios y los caracteres, la ilusión y el valor, corremos disparados entre arroyos de sangre y odios fecundos solamente para el mal, á la consecución de miserables granjerías, en las cuales la ambición plebeya se aconseja con la sórdida codicia. En-

tonces, bien puede el historiador exclamar sollozando con el vibrante poeta de los *Gritos del Combate*:

Nuestros padres, con ánimo sereno,
buscaban en los campos de pelea
algo fecundo, provechoso y bueno:
nosotros, sumergidos en el cieno,
no tenemos un hombre ni una idea.

Pero en medio de todo, consuela y enorgullece, ciertamente, el que hechos tan grandes y gloriosos, héroes tan dignos de ser cantados por la Musa épica, ilustren nuestra historia, y de la que la Independencia de que andamos ahora tan ufanos, haya nacido, no de ruines intrigas de política, ni de combinaciones viles en que la traición se codea con indecorosas transacciones de la conciencia, en el campo de la deslealtad infame, sino de combates portentosos, en los cuales la adversidad misma era la consejera de la victoria.

Vicisitudes, derrotas, desastres; luchas desproporcionadas de uno contra diez, contra ciento, contra mil; el poder de España y el odio de los mismos pueblos que se quería emancipar; incendios y terremotos; asesinos y verdugos, los hombres y la Naturaleza... ¡y, sin embargo, la América fué libre! ¡Qué indecible temeridad, qué constancia increíble, y, sobre todo, qué fe tan profunda y cuánta elevación de carácter fueron necesarias para llegar al resultado final durante quince años de labor patriótica y sangrienta!

En medio está un río de sangre; sangre de vencedores y vencidos, sangre de mártires, sangre de ejecutores desapiadados: sangre en los patibulos, sangre en los campos de batalla: el licor rojo corre á borbotones

nes durante largos años en las calles y plazas de las ciudades, á orillas de los mares y de los ríos, en la sabana ilimitada, en los hondos valles y en las cumbres altísimas de la cordillera...

Y atruena sin cesar el estrépito de la porfiada contienda. Se presentan y desaparecen en el grande escenario hombres ilustres y fieras detestables, *insurgentes* y *godos*, los que salvan y los que esclavizan, los que combaten y los que asesinan; caen los héroes, y del polvo de su tumba brotan otros, ayer gentes anónimas, mañana hombres dignos de la historia. Muchas veces, la revolución vencida huye á perderse en el confín de la llanura inexplorada, y vive la república solamente en el corazón de unos pocos que le permanecen fieles en la derrota y el infortunio; pasan algunos meses, y la hoguera devastadora vuelve á encenderse más pujante que nunca, y tornan á la lid los varones de ánimo constante, desde playas extranjeras y desde el apartado albergue... ¿Cuándo se vió empeño más tenaz y duradero por la libertad?

Muy largo sería hacer la enumeración siquiera de tantas batallas, combates y acciones que ilustraron aquella época fecunda en sucesos, ó dar, por lo menos, un cuadro general de ellos. Mas acaso basten unos pocos nombres—que viven en la memoria de los contemporáneos y vivirán en las edades sucesivas—para señalar con ellos, cual por seguro derrotero, la cima donde resplandece la gloria americana en esta parte del Continente.

Las Trincheras, Bárbula (1813), donde el triunfo se santifica con el sacrificio de Atanasio Girardot; *Vijirima, Araure*, donde el «batallón sin nombre» conquistó su bandera (1813).

La Victoria (1814), ganada por el impertérrito José Félix Ribas en defensa de la ciudad natal; el sitio de *San Mateo* (1814), immortalizado por el sublime Ricaurte; *La Puerta*, dos veces funesta á la causa de la independencia (1814); Carabobo 1.º y 2.º, felices batallas ambas (1814 y 1821), aunque Cedeño y Plaza hubiesen muerto en la segunda; *Arao, Valencia, Arauca...* (1814).

¡Tú, *Margarita* (1815-1817), conservas con orgullo el nombre de los invictos que te defendieron y libertaron contra todo el poder de España; y tú, ¡oh Barcelona!, señalas el lugar donde Freites y Francisco Esteban Ribas sucumbieron en una empresa terrible ligada para siempre en las páginas de la Historia con el nombre del feroz Aldama! (1817).

Allí están los campos de *San Félix*, donde crece el laurel del heroico é infortunado Piar, y el *Apostadero de la Vieja Guayana*, que el viajero contempla como el lugar famoso donde Antonio Díaz con dos barquichuelos derrotó la escuadrilla enemiga, compuesta de 16 embarcaciones armadas en guerra (1817).

Pasemos, pasemos de largo por aquí... Esta es la quebrada de *Semen*... Una derrota más; ¿y qué? Son los contratiempos de la fortuna; por encima están Dios y la Justicia (1818).

¿Veis? Corre lento y majestuoso el río: á él se arrojan un puñado de jinetes: lo pasan á nado; ya están en la orilla opuesta; se forman, se dividen en pelotones... ¿Qué pretenden? Ahora lo sabréis... Son ciento cincuenta: salen mil contra ellos... Frigor de lucha, rugido de centauros... El ejército español (¡ocho mil hombres!) retrocede asustado y vencido ante el empuje de los ciento cincuenta... Ese campo se llama *Que-*

seras del Medio (1819)... ¡Viandante! Descúbrete con respeto: ¡por ahí pasa la sombra de Páez!...

¡Campos de Nueva Granada, os saludo con entusiasmo!... Ese es *Palacé* (1811) y aquél *Izcuandé* (1812)... ¡Poca cosa! ¡Poca cosa! ¿Aun corre fugitivo por ellos, en espíritu, el gobernador español D. Miguel Tacón?...

Calibío, Tacines, Turbaco, Cartagena, Cachirí, Portobelo... ¡Cuántas acciones y reencuentros!

Molinos de Bonza, Pantano de Vargas (1819)... Señales del tiempo: el gran día se aproxima...

Allí está Boyacá (1819): fin de la dominación española en Nueva Granada. Desaparecido el humo de la batalla que oscurece el campo, aparecerá radiante y bella, con «la daga de Bolívar en el cinto y la lanza de Páez en la mano» (1), ¡la virgen Colombia que acaba de nacer! ¡Gloria á Colombia! ¡Y bien venida sea!

Ayes de víctimas, blasfemias de sicarios enfurecidos, lucha desigual en las calles, en las que el pueblo se bate, desarmado, contra los defensores de la servidumbre... ¿Qué es? ¡Quito! ¡Esa sangre de tus hijos, vertida en bárbaro asesinato, es el primer riego del árbol de la libertad! (1810). ¡El árbol está en semilla aún, pero la tierra es buena, fecundante el abono de lágrimas y de cenizas de mártires, y él brotará con pompa majestuosa, cubrirán sus ramas las tierras todas de la América latina, y á su sombra vendrán las naciones á celebrar el Consejo de la Civilización!... ¡Quito, luz de América!

Viajero que visitas la tierra ecuatoriana, ¡sabe que

(1) CORDERO: *Aplausos y quejas*.

no sólo hay en ella los ríos como mares, las montañas enormes, los volcanes flamígeros y las seculares selvas! ¡También hay campos de gloria y recuerdo de héroes!...

Yaguachi, dos veces terrible *Huachi*, *Tanizahua*, lugar de maldición... ¡Qué! ¿Tan negra es la estrella del joven Sucre? ¡Animo, mariscal futuro y futuro mártir! Si te agradan las cumbres para contemplar desde ellas, cabe el cráter ignífero de los volcanes, la inmensidad de los cielos y la extensión de la tierra, ahí tienes el Pichincha (1824), á cuyas plantas duermo, cautiva entre cadenas, la ciudad de los Shiris... ¿Qué te detiene? ¡Sube! Nada temas, que contigo van José María Córdoba y Abdón Calderón... ¿Que es preciso vencer al ejército de Aymerich? ¡Bah! Ya lo vencerás...

¡Colombia se ha completado! ¡Llor á los vencedores!

¿Completado? Todavía no... Pasto resiste, la realista Pasto, último refugio del poder colonial, cubil de leones embriagados con el negro licor del fanatismo...

Allá va Bolívar, el *hijo de Colombia y Marte* (1), el Genio de la América independiente... Y suenan en el espacio las descargas cerradas de *Bomboná* (1822); el combate es desesperado, como en los mejores días de la Magna Empresa; corre la sangre á torrentes y la ira y el despecho inflaman los corazones... Pasto capitula... Ya no hay en Colombia un palmo de tierra que pueda llamarse española.

¡Por fin! Tantos lustros de rudo batallar han realizando el sueño de libertad é independencia en la nueva,

(1) OLMEDO: *La victoria de Junín*.

en la querida patria! ¡Ahora á descansar! ¡Cuán bueno es reposar en un mullido y fresco lecho de laureles después de las fatigas de una terrible jornada y adormirse á los himnos de gloria que resuenan á la distancia en labios de gentes agradecidas!...

¡Descansar! ¿Quién dijo descanso? Sólo el egoísmo puede dar por terminada la obra, mientras gimen en la vecindad los hermanos esclavizados!

Libre es Colombia, libre Chile, libres las Repúblicas del Plata... ¿Y el Perú? En el Perú todavía se bate el cobre y vencen los hijos de San Fernando...

¡Pues á guerrear por el Perú!

Será la última campaña; pero cuando ella acabe, la porción meridional del mundo de Colón, antes herencia española, será independiente y autónoma.

Y marcha Bolívar, ¡siempre Bolívar!, llevando en sus estandartes el secreto de la victoria.

Llega y vence.

Es que ese hombre ha clavado ya, en beneficio de sus conciudadanos, la voluble rueda de la fortuna.

Junín (1824), merced á Olmedo, es el pedestal sobre el que se yergue la estatua del Libertador; acaso fueron más grandes Araure y Carabobo, indudablemente más decisiva fué Boyacá; pero no estuvo allí el cantor épico...

Brega Sucre por el camino del Sur, entre penalidades y contratiempos... ¿Qué busca? ¿Adónde va? Es que el cerro de Cundurcunca le atrae con imperio irresistible; él marcha ciego á su gloria, porque al pie del Cundurcunca ostenta su verdor hasta la distancia la llanura feliz de AYACUCHO (1824).

¡AYACUCHO!

Es el último cañonazo.

¿Se extinguió su estampido?—¡América es libre!
Y luego el *Portete*... ¡Callemos, callemos, Musa de la Historia! Que si la ingratitud traidora halló castigo en la pampa de Tarqui, no debe el odio recordar contiendas entre quienes habían vivaqueado juntos en los campamentos libertadores...

La del *Portete* fué la última batalla de Colombia; un año después, Colombia había muerto...

¿Veis cuántas penalidades, cuántos esfuerzos y sacrificios, cuántos actos de abnegación y heroísmo por hacer libre la tierra donde hemos nacido?

Pues amemos esta tierra consagrada por las tumbas de los libertadores y bendigamos la memoria de éstos, pues fueron los fundadores y nuestros padres!

EPILOGO

EN POS DEL IDEAL

A BOLÍVAR EN LA GLORIA

Al cabo de casi, casi un siglo transcurrido desde que te abismaste en el seno de la muerte, aquí estamos todavía, ¡oh Padre!, alrededor de tu sepulcro, congregados en la admiración de tu gloria, que es la nuestra, y en la gratitud á tus beneficios, que son nuestro patrimonio y el de los hijos de nuestros hijos hasta la última generación!

Si los tiempos te fueron adversos, si tu camino fué de espinas y desengaños y fuiste herido en el corazón por el negro desconocimiento de los contemporáneos y la deslealtad y traición de los tuyos, la posteridad te ha hecho justicia, é inscrito la historia tu nombre entre los de aquellos hombres portentosos nacidos para variar la faz del mundo y empujar á la humanidad por el camino del progreso á la consecución de sus altos destinos. Y alábante en coro y bendicen tu memoria cinco naciones brotadas de la punta de tu

espada libertadora y victoriosa. Ayer fuiste el combatiente y el mártir; hoy eres el semidiós y el padre: el Libertador, siempre. ¡Oh hijo de la adversidad y del triunfo; unidos en extraño consorcio, los pueblos que tú redimiste y formaste en naciones independientes, te saludan con el orgullo de pertenecer á tan noble stirpe!

¿Los veis? Desde las orillas del Orinoco hasta las faldas del Potosí se extienden como enjambre inmenso que se afana y lucha en la diurna tarea... Aquella es *Venezuela*, patria de héroes, ufana de ser tu tierra nativa, que, en todas partes, en campos y ciudades, llanuras y montañas, á orillas del mar y de sus grandes ríos, lleva sobre sí los sagrados estigmas de tu Genio: Araure, Carabobo, Vijirima, otra vez Carabobo, San Mateo, Bárbula, Barquisimeto, Calabozo, Sombrero, Ortiz, etc., etc., etc... He ahí la nueva *Colombia*, que guarda con orgullo el recuerdo del tiempo heroico y no ha perdido aún, en medio de las agitaciones de la democracia, la tradición de la gloria ni la constancia viril de los días de Cartagena y Boyacá... Aquí, al Sur, te entona un himno triunfal el *Ecuador*, nacido en Pichincha y Bomboná á la vida de la libertad, y te saluda con los estampidos flamígeros de sus volcanes y el murmullo del Marañón en medio de los silenciosos bosques seculares... ¿Cómo no ha de recordarte el *Perú*, si aun resuenan los cánticos de Olmedo en la llanura de Junín y álzase en Ayacucho el sacro monte testigo del triunfo del Gran Mariscal? Y más allá *Bolivia*, la última hija que lleva tu nombre, y mantiene su independencia como un legado inestimable... Y más allá Chile y Argentina, que te deben el afianzamiento de su independencia...

¡Sonríe con orgullo, Libertador! ¡Estos pueblos no son indignos de llamarse tuyos!...

El desaliento de una lucha desigual con la inquina de los hombres y la calamidad de los tiempos que precipitaron la gran Colombia en el abismo de la muerte; las convulsiones de una sociedad que se descomponía para preparar el advenimiento de una época nueva; la infinita tristeza de los últimos momentos, en los que el alma se repliega á los senos más íntimos de la conciencia, hicieron una vez que dudases de tu obra y juzgases estéril el sacrificio é infecunda la sangre vertida en el empeño generoso que constituyó la misión de tu existencia.

¡Te engañaste, Bolívar!

No por la superficie del océano turbulento fué llevada la esteva, húmeda con el sudor del obrero, sino por campos fecundos donde ha prosperado la simiente calentada por el sol de la gloria y de la civilización! ¡Bendito sea el obrero!

—Ayer sombras y silencio; hoy sangre y lágrimas,— el dolor siempre.— ¿Qué habéis ganado, nos dices?

¿Qué hemos ganado? ¡La libertad! ¿Qué hemos afianzado? ¡La esperanza! Es decir: todo.

Hay lágrimas y sangre, es verdad, y el dolor ha presidido la labor diaria.

Pero eso ¿qué importa?

La senda está cubierta de malezas; la traición acecha en la tiniebla; husmean fieras humanas el paso de las víctimas desde la gruta donde el crimen y la usurpación engendran la tiranía; levanta bandera la ambición seguida de turbas descenfrenadas, pero el carro del progreso sigue su marcha, adelante, siempre adelante, hacia el campo donde resplandecen la verdad y

la justicia, con fulgores indeficientes... ¡Allí está el ideal!

Revoluciones, guerras, tiranos, verdugos... ¿y qué? Si la libertad es una religión, ha menester la consagración del martirio; si la civilización es un combate, sus campos tienen que estar empapados en sangre de vencedores y vencidos, y asordados por gritos de triunfo y lamentables clamores de agonizantes. El dolor es la condición de la vida, y el error el patrimonio de la pobre humanidad.

Avanzamos, cayendo y levantando, en pos del ideal que es el bien; y los esfuerzos de la tiranía, las resistencias del fanatismo y la mezquindad de los partidos políticos, no sirven de otra cosa sino para despertar la energía de los caracteres y hacer más amable, por más costoso, el triunfo de la Justicia, la Razón y el Derecho.

¡La Justicia! ¡El Derecho! Tal es la meta: tú la señalaste, ¡Padre y Libertador!, al romper las cadenas que nos oprimían; tú nos guiaste, al través del desierto en una peregrinación de veinte años, hacia la Tierra prometida! Como el Patriarca antiguo, tu alma se llenó de dolor al contemplarla sólo á la distancia; pero nosotros llegamos á ella...

¡Bendito sea tu nombre!

FIN

INDICE

	Páginas.
ADVERTENCIA.....	7
I.—El juramento del Monte Sacro.....	11
II.—Quito, luz de América.....	17
III.—La agostada del año diez.....	26
IV.—Los funerales de Girardot.....	37
V.—El batallón "sin nombre".....	49
VI.—El Parque de San Mateo.....	57
VII.—El año terrible.....	67
VIII.—El negro Pío.....	76
IX.—Nueva Esparta.....	84
X.—La locura del Libertador.....	93
XI.—Policarpa Salabarieta.....	104
XII.—La Casa Fuerte.....	113
XIII.—Queseras del Medio.....	128
XIV.—El pánico de un virrey.....	139
XV.—Colombia.....	154
XVI.—La goleta <i>Alcance</i>	163
XVII.—El bautismo de sangre.....	173
XVIII.—Abdón Calderón.....	182
XIX.—La carga de Junín.....	190
XX.—Escenas de Ayacucho.....	198
XXI.—Delirio sobre el Chimborazo.....	219

	<u>Páginas.</u>
XXII.—Manuelita Sáenz.....	222
XXIII.—El nudo del Portete.....	233
XXIV.—La tentación.....	243
XXV.—La leyenda del general Córdoba.....	250
XXVI.—La selva de Berruecos.....	260
XXVII.—San Pedro Alejandrino.....	267
XXVIII.—La muerte de una nación.....	278
XXIX.—Libertadores, mártires y verdugos.....	285
XXX.—Las batallas de la libertad.....	293
Epílogo.—En pos del ideal.....	301

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

SE HAN PUBLICADO:

I.—OFRENDA DE ESPAÑA A RUBÉN DARÍO, por Valle-Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Cavia, Pérez de Ayala, Díez-Canedo, González Olmedilla, Cansinos-Assens, etc, etc.

Precio: 3,50 pesetas.

II.—ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO: *Escritores representativos de América.*—(Rodó. Blanco-Fombona. Carlos A. Torres. Carlos O. Bunge. J. Santos Chocano.)

Precio: 4,50 pesetas.

III.—RAFAEL ALTAMIRA: *España y el programa americanista.*

Precio: 3,50 pesetas.

IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo, Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Frago, Cristóbal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Firso de Molina, Baltasar de Alcázar.

Precio: 3 pesetas.

V.—PEDRO DE RÉPIDE: *Los espejos de Clío.*

Precio: 3,50 pesetas.

VI.—ANTONIO MANERO: *México y la solidaridad americana.*

Precio: 3,50 pesetas.



NUEVA
BIBLIOTECA